

Las ciencias sociales en la Argentina contemporánea



Juan Ignacio Piovani · Denis Baranger · Fernanda Beigel
coordinadores

ediciones UNL / CLACSO

Las ciencias sociales
en la Argentina
contemporánea



Consejo Asesor
Colección Ciencia y Tecnología
Laura Cornaglia
Miguel Irigoyen
Luis Quevedo
Alejandro Reyna
Amorina Sánchez
Ivana Tosti
Alejandro Trombert

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán
Coordinación comercial
José Díaz

Corrección
María Alejandra Sedrán
Diagramación interior y tapa
Laura Canterna

© Ediciones UNL, 2023.
© Clacso, 2023.

—
Sugerencias y comentarios
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Las ciencias sociales en la Argentina
contemporánea / Juan Ignacio Piovani...
[et al.]; coordinación general de Juan Ignacio
Piovani; Denis Baranger; Fernanda Beigel.
1a ed.– Santa Fe: Ediciones UNL; Ciudad
Autónoma de Buenos Aires: CLACSO. Consejo
Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2023.
Libro digital, PDF/A (Ciencia y Tecnología)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-749-443-3

1. Ciencias Sociales. 2. Ciencias Sociales y
Humanidades. 3. Argentina. I. Piovani, Juan
Ignacio, coord. II. Baranger, Denis, coord. III.
Beigel, Fernanda, coord.
CDD 301

© Anabella Abarzúa, Denis Baranger,
Fabiana Bekerman, Fernanda Beigel,
Alejandro Dujovne, Fernanda Niño,
Juan Ignacio Piovani, Maximiliano Salatino,
Gustavo Sorá, Martín Unzué, 2023.



Las ciencias sociales en la Argentina contemporánea

Juan Ignacio Piovani
Denis Baranger
Fernanda Beigel
Coordinadores

Anabella Abarzúa
Fabiana Bekerman
Alejandro Dujovne
Fernanda Niño
Maximiliano Salatino
Gustavo Sorá
Martín Unzué

ediciones **UNL** / CLACSO

Índice

Introducción / 9

Denis Baranger, Fernanda Beigel y Juan Ignacio Piovani

1. La institucionalización de las ciencias sociales y humanas en Argentina: expansión, asimetrías y circuitos de consagración / 15

Fernanda Beigel y Gustavo Sorá

2. La formación universitaria en ciencias sociales en Argentina / 47

Anabella Abarzúa y Juan Ignacio Piovani

3. Trayectorias y formación de personas con doctorado en ciencias sociales en Argentina / 81

Martín Unzué

4. Las capacidades de investigación de las ciencias sociales en Argentina / 105

Fabiana Bekerman

5. El espacio de las disciplinas sociales en el CONICET / 135

Denis Baranger y Fernanda Niño

6. Estilos de producción en las ciencias sociales argentinas / 161

Juan Ignacio Piovani

7. La publicación en el circuito iberoamericano como modo de internacionalización de los científicos sociales argentinos / 191

Denis Baranger y Fernanda Beigel

8. La edición de ciencias sociales en Argentina en el siglo XXI / 217

Alejandro Dujovne

9. Las revistas de ciencias sociales en la Argentina / 257

Maximiliano Salatino

10. La evaluación de las ciencias sociales en Argentina / 283

Fernanda Beigel, Denis Baranger y Juan Ignacio Piovani

Sobre las autoras y los autores / 323

Introducción

Denis Baranger, Fernanda Beigel y Juan Ignacio Piovani

El Consejo de Decanos y Decanas de Ciencias Sociales de la Argentina (CODESOC) y el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (MINCYT), sentaron las bases, en el año 2009, de una iniciativa que luego se conocería como Programa de Investigación sobre la Argentina Contemporánea (PISAC), cuya vocación ha sido llevar adelante investigación de primera calidad orientada a nutrir las políticas públicas.

El PISAC constituye una experiencia inédita en el país, tanto por la importancia de los actores institucionales involucrados, como por las oportunidades que ha generado para realizar estudios con alcance nacional sobre la sociedad actual. En 2012 comenzó a ejecutarse su primera fase —conocida actualmente como PISAC I— con la participación de cientos de investigadoras/es de todas las regiones de la Argentina. Y en este marco, el primer proyecto se planteó la revisión exhaustiva de la producción académica de las ciencias sociales, lo que resultó crucial para la construcción de los indispensables estados de la cuestión sobre temas clave abordados por estas disciplinas a partir de la recuperación de la democracia.

Pero las ciencias sociales —pensadas como sistema— son parte ellas mismas de la realidad social, y, en tanto tales, también pueden y deben constituirse en un objeto de investigación (Bourdieu, 2001, 167 y ss.). Es así, que, paralelamente, para satisfacer ese imperativo de reflexividad, se desarrolló desde el inicio una segunda línea de trabajo del PISAC I, destinada a problematizar algunos aspectos relevantes en relación con las instituciones científicas y de educación superior, los actores del sistema (investigadoras/es, docentes, becarias/os, etc.), los procesos en los que están involucrados (investigación, evaluación, transferencia, etc.) y sus productos (especialmente las publicaciones).

El libro que aquí presentamos versa sobre los resultados de esta investigación, por considerar que tienen valor en sí mismos, en términos cognoscitivos, y que también son relevantes para el diseño e implementación de políticas públicas específicas en los campos universitario y científico. A las investigaciones originales del PISAC, se suman en este caso algunos resultados puntuales derivados de pesquisas llevadas a cabo por el Centro de Estudios de la Circulación del Conocimiento (CECIC), de la Universidad Nacional de

Cuyo, y por el capítulo argentino del proyecto INTERCO – SSH: *International Cooperation in the Social Sciences and Humanities: Comparative Socio-Historical Perspectives and Future Possibilities*, un ambicioso proyecto comparativo y en clave histórica del desarrollo de las ciencias sociales en varios países, coordinado desde la EHESS de París.

En el primer capítulo «La institucionalización de las ciencias sociales y humanas en Argentina: expansión, asimetrías y circuitos de consagración», Fernanda Beigel y Gustavo Sorá se proponen objetivar el proceso histórico, la estructura y la dinámica que han permeado la diferenciación del campo de las ciencias sociales y humanas (CSH) en la Argentina. Analizando el proceso de institucionalización de las CSH, los autores describen la configuración resultante de las capacidades de investigación en siete de sus disciplinas, como resultado del período de expansión que tuvo lugar hasta 2014. Presentan un panorama general de la situación, abordando tanto sus aspectos institucionales, como su distribución geográfica caracterizada por el peso desmesurado de la región metropolitana. Asimismo, destacan cómo la coexistencia en el campo de dos carreras de investigación basadas en principios disímiles ha llevado también a la diferenciación de los circuitos de circulación de la producción científica segmentados en base a la combinación de tres factores: la lengua de escritura, la disciplina, y la institución de afiliación de los/as autores.

El tema de la formación universitaria en ciencias sociales en Argentina no podía estar ausente de este volumen, y es abordado en el capítulo 2 por Anabella Abarzúa y Juan Ignacio Piovani. En la Introducción, los autores optan por poner el foco en las cuatro carreras nucleadas en el CODESOC —sociología, ciencia política, comunicación social y trabajo social—, a las que suman otras dos carreras afines, antropología e historia, y las que utilizan en su título el rótulo de ciencias sociales, para luego presentar un exhaustivo estado de la cuestión. A continuación, se realiza una descripción pormenorizada de las ofertas educativas existentes en esta materia, teniendo en cuenta el peso relativo de cada disciplina en el conjunto en cuanto a cantidad de carreras y de estudiantes, su distribución por regiones, por nivel académico (distinguiendo carreras de pregrado, grado y posgrado) y por tipo de gestión universitaria (pública y privada). Por último, se presenta un análisis de los perfiles formativos de las carreras de ciencias sociales de grado y posgrado, a partir de la definición del perfil del egresado que figura en el plan de estudios de cada carrera.

En la prolongación del capítulo anterior, el capítulo 3, a cargo de Martín Unzué, particulariza sobre las trayectorias y formación de personas con doctorado en Ciencias Sociales, presentando los hallazgos de una encuesta sobre

el perfil de los doctores de reciente graduación en el área de las ciencias sociales en Argentina. En base a los datos obtenidos a través de un formulario *online* auto-administrado se exponen resultados respecto a dos ejes principales: una caracterización de la población de egresados de los doctorados en lo que hace a variables de base, y un relevamiento de opiniones relativas a las modalidades del proceso de obtención del doctorado.

El proceso de formación académica implícito en los doctorados es diverso y dinámico, aunque aún ha sido poco estudiado en nuestro país. Los doctorados tienden a aparecer asociados a la posibilidad de consolidación de un formato de carrera científica que los plantea como requisito de ingreso. Por ende, ello suscita una variedad de preguntas acerca de sus modos de estructuración y gobierno, sus contenidos, sus objetivos, sus políticas de admisión de candidatos, de selección de docentes, de definición de los requisitos para ocupar lugares como la dirección de tesis o la integración de jurados. Con relación a estos aspectos, los datos producidos proporcionan un cúmulo original de informaciones que son de gran pertinencia.

La temática abordada en el capítulo 4 es la distribución desigual de las capacidades de investigación en nuestro país. Su autora, Fabiana Bekerman, parte de considerar al CONICET y a las universidades como parte de un mismo espacio, como un único campo científico-universitario susceptible de ser analizado tanto sincrónica como diacrónicamente. Los interrogantes de su indagación son: ¿cuáles fueron las políticas científicas que configuraron este espacio científico-universitario, específicamente en lo concerniente a las CSH? ¿Cómo fue la distribución de las capacidades de investigación resultante de la última expansión ocurrida desde inicios de 2000 hasta 2015? ¿Cuál es el ámbito institucional preponderante para las ciencias sociales y humanidades y qué implicancias tiene en términos de estilos de producción y circulación del conocimiento?

Se comienza analizando la evolución del sistema desde sus orígenes hasta 2014 y, en una segunda parte, se aborda la estructura resultante del mismo luego de la expansión registrada a principios del presente siglo, brindándonos una fotografía de las asimetrías disciplinares, regionales e institucionales. Para ello, se construye y analiza en detalle una base de datos con información sobre 1050 espacios institucionales dedicados a la investigación (institutos, centros, laboratorios, unidades, etc.) —denominados genéricamente ‘institutos’— ya sea pertenecientes a las universidades nacionales (de forma exclusiva o de doble dependencia con el CONICET) o bien propios del sistema del CONICET (Unidades Ejecutoras y Unidades Asociadas). Luego, la atención se centra en el subuniverso conformado por los institutos de CSH del CONICET y

de la UBA, y por los investigadores de CSH del CONICET, las dos instituciones que constituyeron históricamente los ámbitos más importantes para el desarrollo de las capacidades de investigación de las CSH.

El capítulo 5, a cargo de Denis Baranger y Fernanda Niño, fue elaborado hace ya unos años y llegó a circular informalmente, pero, por diversas de razones, no se había publicado con anterioridad. «El espacio de las disciplinas sociales en el CONICET», título del capítulo, es un ejercicio de aplicación de técnicas multivariadas a fin de determinar las peculiaridades y especificidades que presentan las CSH. En una primera parte, en base a datos prosopográficos de los CVs de los integrantes de la Carrera de Investigador Científico (CIC) del CONICET, se construye mediante un Análisis de Correspondencias Múltiples (ACM) el espacio de las disciplinas, para luego mostrar los factores que inciden en la heterogeneidad interna de este conjunto de las CSH. Luego, siempre caracterizando a los investigadores como unidades de análisis, se operacionaliza el estilo de publicación en base a la combinación de cuatro dimensiones: el formato, la lengua, el tipo de autoría y la productividad. Haciendo jugar una Clasificación Ascendente Jerárquica (CAJ) sobre los resultados de un segundo ACM, se arriba finalmente a una clasificación de los investigadores en cinco estilos de publicación que permite destacar las diferencias de perfiles de cada una de las disciplinas.

El capítulo 6, «Estilos de producción en las ciencias sociales argentinas» a cargo de Juan Ignacio Piovani, supone respecto al anterior una decisiva ampliación de la perspectiva. Por un lado, al introducir el concepto de “estilo de producción”, el cual implica analizar tres dimensiones diferentes, aunque estrechamente relacionadas: los modelos y procesos de investigación (orientaciones teóricas, estrategias metodológicas, técnicas de investigación, etc.); los formatos de escritura (tipo, estructura y organización de los textos académicos) y las lógicas de publicación (tipos, formatos y perfiles de las publicaciones, etc.). Y, por el otro, al optar por plantear el caso argentino dentro de un esquema centro-periferia en el cual las estrategias de producción están condenadas a desplegarse entre dos tipos polares: la simple imitación y el hiperlocalismo reactivo.

Uno de los puntos importantes de su indagación se refiere al modelo IMRAD (Introducción, Métodos, Resultados, Discusión) que hace medio siglo fue consagrado como parámetro para la escritura de artículos científicos y que ha gozado desde entonces de una amplia aceptación en las ciencias naturales, con tendencia a extenderse al *mainstream* de las disciplinas sociales.

Para lograr su cometido, el autor analiza un corpus de publicaciones (artículos, capítulos y ponencias) de ciencias sociales seleccionadas por pares exper-

tos a partir de una revisión general de la literatura reciente sobre seis amplios núcleos temáticos clave de las ciencias sociales contemporáneas. La base resultante, con un centenar de variables sobre 493 productos publicados, analizada mediante el SPSS, le permite llegar a una descripción de los estilos argentinos de producción académica.

El capítulo 7 se inscribe en la prolongación de los dos anteriores. Denis Banger y Fernanda Beigel muestran cómo, dentro del contexto centro-periferia en que encuentran inmersos los científicos sociales argentinos, y en respuesta a las crecientes presiones a las que se hallan sometidos por parte de los organismos de ciencia y técnica, han logrado desarrollar un modo original de internacionalización vía la publicación en el circuito iberoamericano.

La globalización académica ha generado una cultura evaluativa dominante, basada en la preponderancia del artículo escrito en inglés, que se difundió en dirección Norte-Sur. Así, se originó un sistema de publicaciones en el cual la parte del conocimiento producida en los países periféricos y, más específicamente por los investigadores en CSH, es mínima. Empero, fuera de este sistema *mainstream* se han desarrollado otras vías de internacionalización y las lenguas locales muestran aún su resiliencia. Se focaliza el análisis en las trayectorias de los investigadores del CONICET, el sector más internacionalizado del campo científico argentino, y dentro de éste en las CSH, para mostrar de qué modo éstas circulan su producción. Para ello, se retoman resultados de trabajos anteriores de los autores, que versaban sobre la cultura evaluativa del CONICET y el papel de la lengua en los estilos de publicación, para pasar aquí a explorar la incidencia del circuito iberoamericano de revistas como una vía alternativa de internacionalización.

Los dos capítulos siguientes están dedicados a las modalidades vernáculas de producción y circulación de los escritos de las ciencias sociales, para determinar cómo impactaron las fuertes transformaciones en las dimensiones y configuración del campo académico sobre las formas de publicar y poner en circulación libros y artículos en las CSH.

En el capítulo 8, Alejandro Dujovne nos brinda un muy nutrido panorama de la evolución de la edición en ciencias sociales en Argentina en el siglo XXI. La idea es identificar el sistema de condiciones materiales y sociales y las lógicas que subyacen a la producción y circulación de libros de CSH en Argentina y, a partir de esta información, ofrecer algunas pistas para explorar los modos en que esos libros fueron y son leídos.

Se comienza presentando una serie de aspectos que permiten comprender la especificidad del libro respecto de otros soportes de comunicación académica

y las razones de su particular vigencia en el sector de las CSH, abordando los fundamentos sociales y materiales que organizan la producción, circulación y acceso al libro de CSH. En una segunda parte se ofrece una visión panorámica de la edición de CSH a partir de una perspectiva de campo, en una aproximación que permite distinguir las distintas clases de editoriales y formas de publicar que conforman este segmento del mercado de libro. Por último, se recorren las transformaciones y estado actual de la edición universitaria pública, entendida ésta como un sector clave en la reproducción de las CSH.

Por su parte, Maximiliano Salatino trata acerca de «Las revistas de ciencias sociales en la Argentina». El objetivo del capítulo 9 es mapear el estado actual de las revistas científicas argentinas en ciencias sociales, a partir de un relevamiento primario, revista a revista, guiado por las series de ISSN para la Argentina y el Directorio de Latindex. Este proceso implicó el desarrollo artesanal de una base de revistas de ciencias sociales y humanidades teniendo en cuenta su actividad al año 2019. Se incluyeron revistas con indexación y sin indexación, editadas completamente en papel y en formato digital, en acceso abierto y con acceso restringido.

En una primera sección, se contextualiza históricamente la edición de revistas de ciencias sociales en el país, trazando líneas interpretativas ligadas a la historicidad de la edición de revistas, sus rasgos disciplinares y los soportes de edición. En un segundo momento, el foco está puesto en analizar las instituciones que editan revistas, para luego caracterizar las direcciones de la circulación de las revistas nacionales. Por último, se indaga en los debates vinculados a la indexación, la evaluación académica y el rol de las revistas.

Finalmente, el capítulo 10, firmado por los tres compiladores de este volumen, aborda un tema cuya importancia no ha dejado de crecer a nivel mundial, como lo es el de la evaluación de la investigación, siempre tendiendo a destacar las particularidades que reviste esta cuestión en el ámbito de las ciencias sociales. Se comienza por una discusión sobre el marco teórico más adecuado para abordar la dimensión evaluativa de las prácticas científicas. Luego se ingresa de lleno en una descripción del campo científico argentino, y en la cuestión de las disciplinas, que se ubica en el mismo centro del sistema del *peer-review*. En una tercera sección se recurre al concepto de «culturas evaluativas» para mostrar las notables diferencias en el modo de encarar la evaluación en el CONICET y en las universidades nacionales. Por último, se insiste en el carácter irremplazable del juicio experto como base de cualquier sistema eficiente de evaluación de la ciencia y en el lugar que éste debe ocupar en los procesos de evaluación de carreras académicas.

1. La institucionalización de las ciencias sociales y humanas en Argentina: expansión, asimetrías y circuitos de consagración¹

Fernanda Beigel y Gustavo Sorá

El estudio de los desarrollos nacionales de fenómenos culturales netamente internacionales como la ciencia se nutre ampliamente de miradas comparativas. La comparación puede aflorar en el contraste entre realidades empíricas discontinuas (el modernismo artístico y literario en Brasil y en Argentina, tal como lo ha trabajado Sergio Miceli, 2009), en la apropiación de referencias externas al medio intelectual desde donde se actúa (Sorá, 2011) o en el intercambio entre analistas posicionados en diversos campos culturales nacionales. Este último fue el caso del origen del presente capítulo: la participación en un proyecto internacional que buscó comparar las ciencias sociales en varios países, incluida la Argentina.² Con perspectivas sociológicas e historiográficas, se contrastaron las ciencias sociales y las humanidades entre 1945 y 2015. Entre tantas diferencias que inevitablemente se podrían apuntar, un aspecto estructural de la evolución de las disciplinas sociales y humanísticas en países no-hegemónicos como Argentina (o Hungría, tal como en el marco del proyecto Interco-SSH emprendió un equipo coordinado por Victor Karady; cf. Karady y Nagy, 2019) es la intercalación de períodos de expansión y de retrocesos (evolución – involución de las distintas variables generadoras de autonomía). Al tiempo que iniciábamos análisis morfológicos del desarrollo de las siete disciplinas en las que se concentró el proyecto (antropología, ciencia política, economía, estudios literarios, filosofía, psicología y sociología) eran perceptibles los efectos del robustecimiento generado por las políticas públicas hacia el sector de ciencia y técnica desde 2004.

En ese marco comparativo observamos que hasta 2014 el campo científico en Argentina experimentó una expansión de las capacidades de investigación,

1 Una primera versión en inglés de este capítulo fue previamente publicada (Beigel y Sorá, 2018) en la colección Socio-Historical Studies of the Social and Human Sciences, de la editorial Palgrave.

2 INTERCO – SSH: International Cooperation in the Social Sciences and Humanities: Comparative Socio-Historical Perspectives and Future Possibilities. Este proyecto fue dirigido por Gisèle Sapiro (EHESS – CNRS) y financiado con fondos de la Comisión Europea (Programa FP7-SSH-2012-2; Proposal № 319974), entre 2013 y 2017. El proyecto se concentró en los siguientes casos nacionales: Francia, Alemania, Reino Unido, Italia, Países Bajos, Hungría y Argentina. En menor medida se incorporaron análisis sobre Brasil, Estados Unidos y Suecia.

acompañada de una creciente internacionalización. Sin embargo, durante el ciclo de gobierno presidido por Mauricio Macri (2015–2019) se impuso un freno importante en los ingresos a carrera del CONICET y fue suprimido el ministerio específico con que contaba el sector ciencia y tecnología. Análogos procesos de expansión y crisis se suceden a lo largo de una historia nacional en la que la ciencia ha sido blanco fácil de intereses políticos y económicos de distintos «colores». Apoyados en esta hipótesis estructural e histórico–procesual, en el presente capítulo nos hemos concentrado en el análisis del proceso de institucionalización de las ciencias sociales y humanas, y la configuración de las capacidades de investigación de las siete disciplinas, en aquel período de reciente expansión.

Entre los múltiples indicadores que se articulan jerárquicamente en el desarrollo de un campo productor de bienes simbólicos como la ciencia (Heilbron *et al.*, 2017), elegimos aguzar la indagación de los disímiles circuitos de publicación. Su dinámica está estrechamente vinculada con las diferentes recompensas que se ofrecen en las distintas instituciones del campo, particularmente visibles en la comparación entre las dos carreras de investigación de corte nacional: la del Programa de Incentivos de las Universidades Nacionales (PROINCE) y la Carrera de Investigador Científico del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CIC–CONICET). Hemos contemplado no solo la variación entre disciplinas de las CSH (la economía vs la antropología, la filosofía vs la psicología, etc.), sino también entre grandes áreas de conocimiento (las modalidades de publicación y reconocimiento en las CSH y las ciencias exactas y naturales (CEN), por ejemplo).

Para observar los diferentes circuitos de reconocimiento combinamos el análisis de campo típicamente bourdieuano (Bourdieu, 2002) con el enfoque de la circulación (Beigel, 2014) y señalamos dos grandes orientaciones, en medio de las cuales existen varios matices que se manifiestan en las CSH. Primero, la polarización entre la circulación local e internacional en la publicación del conocimiento producido en el país. Mientras que las CEN participan predominantemente en los circuitos de publicación de corriente principal (*mainstream*), las CSH tienden a comunicar sus trabajos en revistas locales y del circuito latinoamericano. Solo un pequeño segmento entramado en colaboraciones con colegas de países hegemónicos canaliza parte de sus textos a través del circuito principal. Al tiempo de realizar nuestros registros empíricos, muchas de las revistas pertenecientes a las CSH todavía se editaban en papel y, por ende, se distribuían en círculos reducidos; otras no estaban indexadas en ninguna base de datos internacional ni en el índice elaborado por el

Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAICYT). En los últimos años esto ha cambiado muy velozmente y quedan muy pocas revistas de CSH de ese tipo (Beigel, Salatino y Monti, 2022). En segundo lugar, estas orientaciones opuestas fueron estimuladas por acciones de política científica como la eliminación de las becas externas para la formación doctoral, la repatriación de científicos y el apoyo a la multiplicación de carreras de doctorado en el país. Sin embargo, y a pesar de que la mayoría de los nuevos investigadores del CONICET han obtenido su doctorado en Argentina, el Consejo incita a los investigadores a publicar en revistas extranjeras. Se plantea aquí una pregunta clave: si la formación de doctorado dejó de ser el camino privilegiado de la internacionalización, ¿qué otros factores dinamizan la articulación internacional o regional de los científicos sociales del CONICET?

En la primera sección de este capítulo revisamos la historia de la institucionalización de las CSH en Argentina. Para ello aguzamos la mirada sobre la tensa bisagra entre el CONICET y las universidades nacionales. Nos enfocamos en estas dos instituciones porque son los principales pilares de la educación superior e investigación argentina. Entre muchos aspectos, destacamos la incesante concentración de recursos en Buenos Aires (particularmente en la UBA), evidencia conspicua de las asimetrías geográficas e institucionales, que permite avanzar con el entendimiento de lo que Beigel (2014b) ha caracterizado como la heterogeneidad estructural del campo. Las desigualdades geográficas se ponen en evidencia con el contraste morfológico de regiones académicas; las asimetrías institucionales a través de las carreras de grado y de posgrado, así como en términos de personal e institutos. Luego nos concentramos en los circuitos de publicación y el papel particular de las CSH en el universo de las revistas científicas argentinas. Finalmente, hacemos un balance de la expansión reciente y su impacto en las estructuras históricas analizadas para describir el estado del campo emergente de aquel ciclo expansivo de desarrollo.

Institucionalización y profesionalización de las CSH en Argentina: autonomización, politización y formas específicas de prestigio

Las disciplinas reunidas aquí bajo el rótulo CSH surgieron temprano en Argentina. La primera cátedra de sociología se creó en 1898, la psicología siguió con su primera cátedra en 1902 y la antropología en 1906 (Altamirano, 2004). Argentina tiene una larga historia de científicos distinguidos, incluidos ganadores del Premio Nobel, que desempeñan un papel activo en la diplomacia

académica y transnacional. Durante la segunda mitad del siglo xx, la circulación de académicos de prestigio fue impulsada por el exilio político, y reforzó una internacionalización basada más en trayectorias individuales que en políticas institucionales estables (Beigel, 2010). El sistema de educación superior de Argentina es principalmente público y, por lo tanto, ha dependido en gran medida del gasto público, así como de la estabilidad política e institucional. Estos dos últimos factores se han visto amenazados por intervenciones militares que han afectado violentamente la libertad de pensamiento, han contraído los presupuestos de la educación superior y, por tanto, han tenido un fuerte impacto en la estructura del campo académico. La educación pública es parte de un imaginario social sostenido, con una alta valoración de las universidades nacionales que se sustenta, entre otros factores, por una fuerte tradición de autonomía, la cual está garantizada por la Constitución y se define en términos de prevenir la injerencia de otras entidades de la administración pública, del mercado o confesionales en los «asuntos internos» de las universidades. De ese modo, son los propios actores del sistema universitario los que regulan su autogobierno, la autarquía y la libertad de cátedra. Así, las relaciones de cada universidad con el Estado son tensas y las políticas públicas tienen que lidiar con un sistema de educación superior fragmentado que contiene más de 60 instituciones públicas y otras tantas privadas.

La institucionalización de las CSH se asoció directamente con la modernización, expansión de la matrícula y feminización del sistema de educación superior, fenómenos correlativos en la mayoría de los países de América Latina que desde las décadas de 1950 y 1960 han modificado la composición social del estudiantado. Carreras de CSH como educación, trabajo social, psicología, sociología, antropología, economía, se expandieron durante este ciclo, cuando al mismo tiempo se destinaron amplios recursos de asistencia técnica externos aplicados al «desarrollo universitario». La élite de la primera cohorte argentina de científicos sociales participó activamente en redes internacionales y se crearon institutos y asociaciones profesionales capaces de captar ayuda extranjera para la investigación y la docencia (Blanco, 2010). Al mismo tiempo, la creación de varias agencias intergubernamentales de investigación y docencia —como la Comisión Económica para América latina (CEPAL) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)— promovieron un circuito académico regional que estimuló el surgimiento de una forma de prestigio académico regional (Sorá y Blanco, 2018). Al adquirir posiciones institucionales en los nuevos programas de grado, institutos y centros regionales, quienes participaron en la definición de los perfiles de estas nuevas disciplinas acumu-

laron poder institucional, uno de los capitales más significativos en juego. La multiplicación de condiciones y posiciones profesionales estimularon disputas académicas internas que se expresaron en la intensificación de las luchas por dominar las instituciones y moldear el proceso de profesionalización (Beigel, 2013). Los nombres de buena parte del elenco de las figuras más reconocidas pueden surgir del listado de eventos fundacionales de los institutos de investigación y de las carreras de grado.

Durante la década de 1950, el impulso para la modernización del sistema de educación superior promovió la creación de nuevas formas organizativas como los Departamentos, de manera similar a la modalidad predominante en las universidades estadounidenses de a época. En Argentina, esto generó grandes polémicas y caminos diferentes según cada universidad. En este mismo contexto se creó el CONICET, en 1958, junto con la carrera de investigación de tiempo completo, lo que marcó un hito en la profesionalización académica. Esta agencia fue el resultado de un intenso debate sobre la forma institucional que debían tomar las actividades de ciencia y tecnología, concentradas en instituciones públicas en vez de asociaciones privadas (Feld, 2009). Hasta la década de 1980, las CSH tuvieron solo un espacio marginal en el CONICET y su desarrollo ocurrió más bien en el seno de las universidades nacionales y de algunos institutos privados.

En la década de 1960, aquellos intentos para extender la «modernización académica» fueron rechazados por el movimiento estudiantil en las universidades más antiguas y se politizaron cada vez más, bajo argumentos como que la departamentalización era un formato foráneo que nunca encajaría en necesidades específicas para Argentina. El corolario fue la defensa de un antiguo sistema de cátedras en casi todas las universidades. En el contexto de la guerra fría e influenciada por la Revolución Cubana (1959), una percepción antiacadémica se hizo dominante en las CSH y se extendió una forma singular de capital militante (Matonti & Poupeau, 2004), tanto en profesores como estudiantes. El compromiso político se manifestó en un estilo de investigación y escritura dominante: el ensayo social (Diez, 2010), género que se transformó en oposición a la monografía de raigambre empírica y orientada por criterios que desde el sector crítico fueron juzgados como cientificismo, como visión externa, descomprometida, desgajada de «los problemas» políticos y sociales.

Este ambiente radicalizado fue atacado con violencia tras el advenimiento de las intervenciones conducidas por el ministro Ivanissevich en 1974 y tuvo un fin de ciclo con la criminal represión desatada tras la instauración de la dictadura militar en marzo de 1976. Su impacto fue particularmente direc-

to en las escuelas de grado e institutos de investigación de CSH. Cientos de profesores y estudiantes fueron asesinados o encarcelados y se cerraron carreras de sociología, antropología, psicología, trabajo social y periodismo en muchas universidades. Esta desinstitucionalización tuvo fuertes efectos en estas disciplinas; algunos todavía son visibles. Como ha demostrado Bekerman (2013), durante esos años oscuros el gasto público en investigación aumentó, sorprendentemente, como resultado de un préstamo externo otorgado por el Banco Interamericano de Desarrollo. El CONICET recibió una enorme cantidad de dinero para su expansión, mientras que al mismo tiempo se redujo al mínimo el presupuesto de investigación para las universidades nacionales. La vida académica en las universidades mermó totalmente y la investigación se concentró en el CONICET, donde se crearon más de 100 nuevos institutos de investigación. Las CSH recibieron una financiación sustancial para institutos de investigación desvinculados de la antigua agenda politizada. Esta política también benefició a algunas personas, particularmente a directores de 15 institutos que no tenían prestigio científico, pero eran leales al régimen militar. De hecho, posteriormente varios de ellos fueron procesados por fraude. Como resultado, se creó una profunda brecha entre investigación y docencia que trascendió en gran medida el fin de la dictadura, convirtiéndose en un rasgo estructural del sistema científico-académico y en signo de una antinomia aún palpable en el ambiente académico nacional.

Tras el fin del régimen militar (1983), se restablecieron los departamentos de CSH y se crearon nuevos institutos de investigación, principalmente en las universidades públicas. El retorno a la democracia trajo consigo un intento de revertir la brecha entre el CONICET y las universidades nacionales. Estas recibieron parciales incentivos para recuperar su papel en tareas de investigación. Signo irrefutable del referido clivaje, en esta fase menos del 15 % de los profesores universitarios participaban en actividades de investigación; solo una mínima parte tenía títulos de doctor y enumeraba publicaciones académicas en sus CV. La docencia fue la actividad dominante en las universidades y la investigación estuvo casi exclusivamente a cargo del CONICET. Como se puede ver en el gráfico 1, la proporción de investigadores de CSH fue creciendo muy lentamente en relación con las áreas dominantes del sistema científico: ciencias exactas y naturales, y ciencias de la salud. Durante la década de 1990, período de auge neoliberal, se recortó el presupuesto de las universidades y se redujo al mínimo la disponibilidad de puestos permanentes en el CONICET, con lo cual ambos polos institucionales perdieron peso.

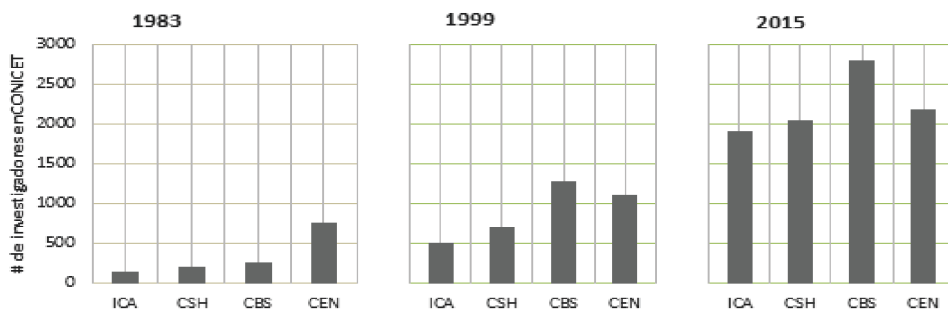


Gráfico 1. Investigadores/as de CONICET por área científica, 1983–1999–2015. Referencias: ICA: Ingenierías y Ciencias Agrarias; CSH: Ciencias Sociales y Humanas; CBS: Ciencias Biológicas y de la Salud; CEN: Ciencias Exactas y Naturales. Fuente: Beigel, F, Gallardo, O. y Bekerman, F. (2018)

Luego de la brutal crisis social y económica que afectó al país en 2001, se inició un ciclo expansivo durante la presidencia de Néstor Kirchner (2003–2007), giro expresivo en casi toda América Latina y no apenas en nuestro país. Este fue un período de fuerte crecimiento para el campo académico, basado en el aumento y diversificación del presupuesto, la creación de nuevas universidades públicas y la promoción de agencias científicas y tecnológicas. También se creó por primera vez un ministerio de Ciencia y Tecnología (2007) que promovió la profesionalización de la investigación e impulsó la internacionalización. Durante las dos presidencias de Cristina Fernández de Kirchner (2007–2015) se amplió el gasto público en ciencia y tecnología con un marcado incremento de puestos de jornada completa. Para fines de 2015, el número total de investigadores del CONICET se había triplicado (pasó de 3579 a 9236) y las becas de doctorado y posdoctorado se habían más que cuadruplicado (de 2351 a 10 092 – CONICET, 2016). También aumentó el presupuesto universitario, con grandes inversiones en infraestructura, centros de investigación en diferentes partes del país y varios nuevos programas de doctorado, especialmente en las CSH. En términos de datos internacionalmente comparables, en 2014 se alcanzó una tasa de 2,64 investigadores por mil habitantes de la PEA (UNESCO, 2016) y el plan establecido por el ministerio preveía incrementarla a 5 por mil para 2020.

En el gráfico 1 se muestra la evolución de los investigadores del CONICET desde 1983 y el creciente número de puestos de tiempo completo para las CSH, los que alcanzaron el 22,1 % del total en 2015. El crecimiento en el número de investigadores no se vio compensado por una expansión equivalente de los recursos financieros para proyectos de investigación. La Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCYT) privilegió la aplicación de fondos para proyectos en áreas como tecnología, salud, ciencias exactas y naturales. La proporción de financiamiento para proyectos de CSH estuvo en el rango del 10 al 12 %, índice de la resistencia aún vigente para considerar a sus disciplinas como áreas prioritarias (Rovelli, 2015).

La evolución de la enseñanza de las ciencias sociales y las humanidades

Como afirmamos, el sistema de educación superior argentino es tradicionalmente público, a pesar de que las políticas neoliberales incentivaron empresas de gestión privada en el ámbito de la enseñanza, a diferencia del terreno de la investigación. Actualmente, el conjunto de instituciones está compuesto por un número casi igual de universidades públicas y privadas. La matrícula de estudiantes, sin embargo, continúa volcada a favor de las instituciones públicas: para 2014, el 78,5 % de la matrícula de grado y el 75,5 % de la matrícula de posgrado correspondía a instituciones públicas. Los títulos de doctorado aumentaron en todas las áreas científicas y se observó un particular movimiento de profesionalización de la investigación en las universidades nacionales. En estudios previos (Beigel, 2014b; Beigel, Gallardo y Bekerman, 2018) hemos demostrado que esta profesionalización se produjo en medio de la existencia de culturas de evaluación contrapuestas y con diversos principios de legitimación (ver Capítulo XI). La Tabla 1 sintetiza algunas de las características estructurales del campo, con observaciones específicas para la CSH.

Tabla 1. Las CSH en el campo académico argentino

<p>Marco institucional</p>	<p>Predominio de financiamiento con fondos públicos. Grandes agencias públicas especializadas en investigación, tales como CONICET. 60 universidades nacionales autónomas con regulaciones diversas en lo concerniente a requisitos para titularidad del profesorado, gobierno universitario, créditos de los estudiantes, planes de estudio. 50 universidades privadas, con escasa actividad de investigación. 79 % de la matrícula de la educación superior perteneciente a universidades públicas.</p>
<p>Políticas públicas e institucionalización de la investigación</p>	<p>Crecimiento equitativo de investigadores de tiempo completo en CONICET entre áreas científicas. CSH representa el 22,1 % del total del personal. Existencia de una agencia nacional (pública) para el financiamiento de investigación científica, la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCYT). No distribución de los subsidios de investigación equitativamente entre áreas. CSH menos favorecidas. Desconexión entre las políticas públicas implementadas por el Ministerio de Educación (dirigidas a las universidades nacionales) y las políticas científicas llevadas adelante por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (dirigidas a CONICET y organizaciones de investigación especializadas).</p>
<p>Enseñanza</p>	<p>$\frac{3}{4}$ del total de la matrícula de educación superior en universidades públicas corresponde a las CSH. 69 facultades de CSH distribuidas en 47 universidades nacionales. En su mayoría separadas entre las etiquetas de ciencias sociales (ciencias políticas, sociología, psicología, trabajo social, antropología) y humanidades (historia, filosofía, literatura, educación). Docencia en universidades no es obligatoria para los investigadores de CONICET, aunque el 78 % del total de los investigadores de CSH son también profesores y la mayoría de los institutos de CSH dependen de universidades nacionales.</p>
<p>Distribución de las capacidades de investigación</p>	<p>Alta concentración de investigadores de CONICET en las tres universidades más grandes y antiguas (UBA, UNLP, UNC). 29 % del total de investigadores de CSH de CONICET trabajan en la UBA. CABA y el área metropolitana de Buenos Aires concentran el 60 % del total de investigadores de CONICET.</p>

continúa en siguiente página

Culturas evaluativas	<p>Una única Agencia Nacional para la Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU).</p> <p>Diversas vías de construcción de prestigio entre académicos de CSH de orientación nacional e internacional en las universidades nacionales y el CONICET.</p> <p>Culturas evaluativas en conflicto y regulaciones distintas en cada universidad nacional, variando principalmente en antecedentes en docencia y reclutamiento endógeno.</p>
Circulación de la producción científica	<p>Circuitos segmentados de publicación, separados según lengua, institución y disciplina</p> <p>Rico universo de revistas locales alimentado por revistas universitarias indexadas y no indexadas, muchas de las cuales siguen publicándose solo en papel.</p>

En Argentina las CSH tienen una tradición consolidada de estudios de grado distribuidos en gran parte del país, con facultades o departamentos separados para humanidades y ciencias sociales en todas las universidades nacionales, aunque sin una clasificación homologada que permita suponer que detrás de cada etiqueta encontraremos las mismas carreras o disciplinas. Por su parte, la evolución del cuerpo docente de las CSH en las universidades públicas muestra periódicos ciclos de crecimiento y de estancamiento. En 1993 se creó el PROINCE, que impactó en la profesionalización de la investigación en estas disciplinas. Con respecto a la matrícula de estudiantes, las ciencias sociales coinciden en tendencia con el aumento de las humanidades. Pero en cuanto a la titulación, las primeras tienen un crecimiento más fuerte que las segundas. El gráfico 2 muestra que los egresados de ciencias sociales se duplicaron en términos absolutos desde 2001 hasta 2014, mientras que los de las humanidades se mantuvieron estables. Sin embargo, la distancia entre la matrícula y la titulación es mayor en las ciencias sociales, debido a una mayor tasa de deserción. Durante la última década, el Consejo de Decanos de Facultades de CSH fue un agente muy activo en la construcción de políticas públicas para estas disciplinas y la obtención de fondos para incrementar las tasas de titulación, movilidad intranacional, cargos docentes de tiempo completo, becas para estudiantes latinoamericanos y otros programas para reforzar la profesionalización.

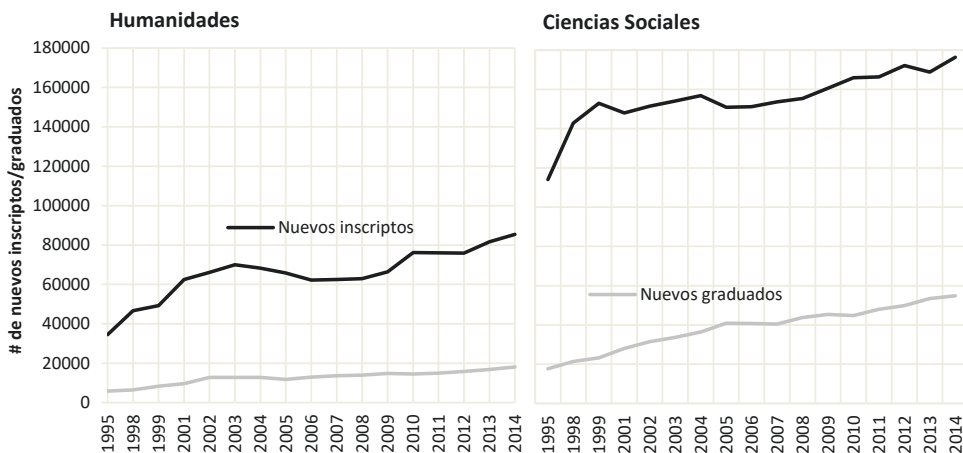


Gráfico 2. Nuevos inscriptos y graduados. Ciencias Sociales/Humanidades, por año (1995–2014)

Fuente: Sistema de Consulta de Estadísticas Universitarias

<http://estadisticasuniversitarias.me.gov.ar/#/home/1>

En cuanto a los programas de posgrado, hasta 2004 en las CSH predominaban las carreras de maestría, mientras que el «doctorado académico» solía limitarse a la defensa de una tesis individual. Durante los últimos 15 años se crearon y acreditaron numerosos cursos de doctorado en ciencias sociales, sociología, ciencia política y antropología, los que se expandieron gracias a la multiplicación de las becas doctorales del CONICET y a otras políticas públicas, como el Programa «DOCTORAR». Entre 2006 y 2012, el número de estudiantes de doctorado en estas disciplinas tuvo un considerable aumento: mientras que las CEN experimentaron un aumento del 27 % en la matrícula de doctorado, los doctorandos en disciplinas de las CSH crecieron un 217 %. En 2012, las CSH alcanzaron una participación del 35 % del total de estudiantes de doctorado en el país. De 2001 a 2015, los nuevos doctores crecieron de 37 a 637 en ciencias sociales y de 74 a 447 en humanidades. El 56 % de los nuevos doctores de CSH son mujeres y el 75 % del total de títulos fueron impartidos por universidades públicas (SCEU, 2016).

Como adelantábamos al comienzo, existen dos carreras nacionales diferenciadas para investigadores: una regulada por las universidades, con cinco categorías (I–V), y otra en el CONICET con cinco niveles, desde Asistente hasta Superior. Buena parte del creciente número de nuevos doctores en CSH se

incorporan al CONICET, a pesar de que la competencia por el ingreso a esta institución siempre ha sido dura. El número de puestos docentes a tiempo completo también ha aumentado en las universidades públicas durante este período, pero cada universidad tiene sus propias regulaciones para la progresión en la carrera docente. En general, en las universidades el título de doctor no es un requisito previo para un puesto de profesor. Hacia 2013 solo el 9,9 % de todo el personal universitario tenía tal grado de formación (SPU, 2013). En muchas universidades, especialmente fuera del ámbito del AMBA, las publicaciones internacionales aún no se consideran importantes ni son un factor determinante en las evaluaciones periódicas de dichas instituciones ante la CONEAU. Tampoco tienen impacto en la financiación presupuestaria estatal. Como consecuencia, una parte de los doctores jóvenes aspiran a convertirse en investigadores del CONICET y se sienten desanimados frente a la posibilidad de acceder a un puesto docente en las universidades, en buena medida debido a los obstáculos que imponen algunas reglamentaciones de los concursos docentes para favorecer a candidatos con antecedentes docentes antes que de investigación. Un signo de la dicotomía entre ambos sistemas institucionales es sin dudas la publicación de artículos en revistas internacionales indexadas: esta práctica ha observado una creciente injerencia en la progresión en la carrera de investigador del CONICET, mientras que no es un factor que impacte sustancialmente en el ámbito universitario, donde inclusive puede ser visto aún con desconfianza o recelo.

Una formación de posgrado cada vez más nacionalizada para una élite académica en tren de internacionalización

Del total de investigadores del CONICET en 2014 (7905 para todas las disciplinas), recolectamos datos sobre la formación de 7343 individuos; el resto representa en su mayoría a investigadores de una generación en la que muchos de ellos no obtuvieron un doctorado. De los que tienen un doctorado, 6470 lo obtuvieron en instituciones argentinas (6293 en universidades públicas) y solo 873 en el extranjero. Para las ciencias exactas y naturales, el doctorado nacional representa el 92 % del total y en ciencias de la salud el 95 %. Las disciplinas de CSH tienen una mayor proporción de títulos de doctorado obtenidos fuera del país: el 21,6 % de todos sus investigadores. Esto se puede atribuir a la desinstitucionalización producida en la dictadura, al exilio y el surgimiento tardío de las carreras de doctorado en el país. Gallardo (2015) ha

analizado la evolución de la relación entre el doctorado nacional y extranjero en los investigadores del CONICET de estas disciplinas entre 1989 y 2013, mostrando que la tendencia ha sido una disminución de titulaciones doctorales obtenidas en el exterior y una pendiente descendente de investigadores sin título de doctorado.

La distribución morfológica de los títulos de doctorado de los investigadores de CSH del CONICET muestra un rezago generacional marcado por las épocas en que se cerraron las carreras de grado, dejando un espacio vacío entre los que actualmente tienen más de 70 años y los de 40. Su composición muestra la existencia de una nutrida población joven con títulos de doctorado nacionales, una generación intermedia mucho menor, pero con más alta tasa de títulos extranjeros, y un núcleo de «figuras de renombre» de la generación predictatorial, quienes algunos obtuvieron títulos doctorales en el extranjero pero en la que predominan ampliamente formaciones sin título de doctor. Esta composición es típica en sociología y antropología, pero es diferente en disciplinas que no fueron tan afectadas en fases de desinstitucionalización, como la economía y la ciencia política. En estas últimas disciplinas también es mayor la proporción de títulos de doctorado obtenidos en el extranjero. En algunas se observa que la proporción de titulaciones obtenidas en Argentina es francamente menor que el porcentaje total que se registra en el universo de investigadores del CONICET (66,9 %). Esta cifra cambia mucho si se analiza por género: el 22,6 % de las mujeres tiene un título de doctorado en el extranjero, frente al 36,6 % de los investigadores varones de las siete disciplinas. Los principales destinos, por orden de importancia, son España, Estados Unidos, Francia y Brasil.

El gráfico 3 muestra la composición particular de la titulación de doctorado en las siete disciplinas seleccionadas para el proyecto. La psicología tiene el mayor número de investigadores que obtuvieron un doctorado en Argentina (85 %), seguida por antropología (78,1 %) y letras (77,7 %). Curiosamente, y es algo que valdría la pena indagar con mayor profundidad, estas tres disciplinas son también las que tienen el mayor grado de feminización: 86,3 % en psicología, 77,5 % en antropología y 71 % en letras. Estos porcentajes corresponden primordialmente a personas menores de 50 años. En ciencia política y economía menos de la mitad de sus investigadores terminaron su doctorado en el país (47,2 % y 46,2 % respectivamente). España es el principal destino para profesionales de psicología y filosofía, aunque las universidades alemanas también son un gran atractivo para esta última. Estados Unidos predomina en ciencia política, economía y letras, seguido por universidades

del Reino Unido. En el caso de sociología, los principales destinos son Francia y España. Solo en el caso de la antropología aparece un país latinoamericano (Brasil) como el principal lugar para obtener un doctorado en el exterior (Gallardo, 2015; Isola 2018).

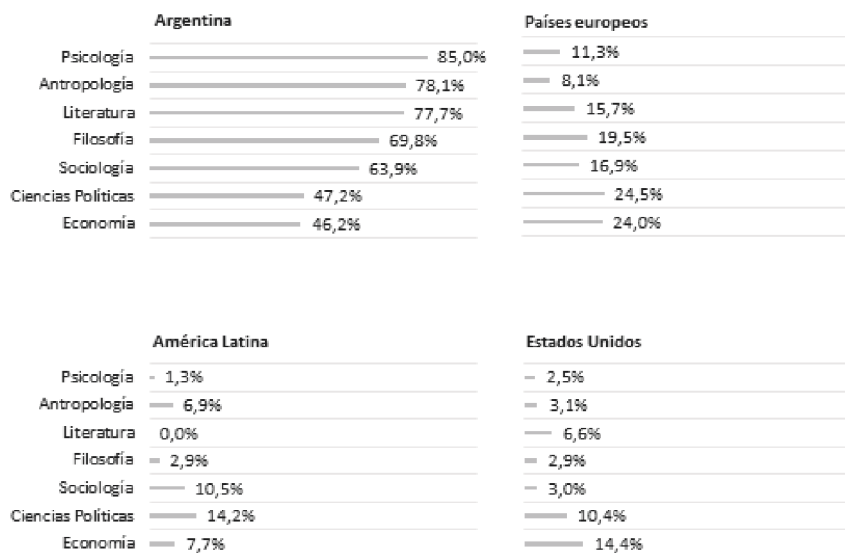


Gráfico 3. Investigadores de CSH según disciplina y país de titulación doctoral, 2014

De los investigadores con doctorado nacional (66,9 %), más de la mitad lo obtuvo en la Universidad de Buenos Aires. En estudios anteriores, Beigel (2017) ha demostrado que la UBA jugó un papel crucial en la formación de las élites académicas internacionalizadas del CONICET. Este dominio no solo se capitaliza en el prestigioso título, sino más probablemente en la adquisición de competencias profesionalizadas e institucionalizadas transmitidas en el seno de institutos y equipos de investigación de larga data y en una mayor participación en redes internacionales. Ello se refleja en la capacidad de redactar un proyecto de investigación o para solicitar una beca, habilidades que por ende deben ser interpretadas como las resultantes de un capital social forjado en los entramados de relaciones y competiciones características en la UBA y relativamente más laxas en otras universidades. Por otro lado, los investigadores formados en la UBA concentran el poder institucional en CONICET, como revela su notoria predominancia y capacidad de influencia en los comi-

tés de evaluación y en las esferas superiores donde se determinan los criterios de ingreso y promoción del sistema científico (Beigel, 2017:840–843).

Morfología y geografía de los/as investigadores/as de las CSH

Para dar cuenta de la población total de investigadores de CSH en el país, debemos analizar los empleados por el CONICET junto con los docentes–investigadores acreditados por el Programa de Incentivo para Docentes–Investigadores (PROINCE) que no pertenecen al CONICET. El total de investigadores de CSH en CONICET para 2014 era de 1711, mientras que el total de profesores categorizados por PROINCE asciende a 4559. Algunos de estos son investigadores del CONICET, pero las estadísticas disponibles no dan cuenta de esta subpoblación con dos cargos diferentes. Nuestra propia base de datos indica que a esa fecha 1327 de 1711 investigadores del CONICET tienen un puesto universitario además de su puesto CIC. En consecuencia, el número de investigadores de CSH en el país a 2014 rondaría las 4943 personas. Debería agregarse un grupo adicional de investigadores jóvenes de CSH porque la última categorización era ya antigua (2009) y muchos la habían pedido hacia 2015.³

Los cargos de investigación en CONICET son independientes de los concursos para puestos docentes en el sistema de educación superior argentino. Para postularse en CONICET es necesario presentar una solicitud que describa la trayectoria y un proyecto científico. Actualmente existen cinco posiciones, por orden de rango: Asistente, Adjunto, Independiente, Principal y Superior. El puesto más alto, investigador superior, se asigna mediante un proceso de selección especial. Con respecto a las promociones dentro del organismo, la institución acepta solicitudes una vez al año, que son evaluadas por comités que ponderan la producción publicada y los aportes científicos en el período. Entre las 5 categorías existe una diferencia salarial moderada, por lo que su progresión debe ser interpretada antes que nada como un indicador de prestigio.

Para las cinco categorías del PROINCE la diferencia también es antes que nada simbólica; el incentivo en sí mismo quedó estancado en su valor real y las diferencias salariales entre categorías son ínfimas. Sin embargo, alcanzar las dos categorías superiores (I y II) es algo deseado por los/as profesores/as, y

³ Una descripción actualizada del proceso de categorización reciente puede verse en Beigel, F. y Bekerman, F. (2019) *Culturas evaluativas. Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a Docentes–Investigadores en Argentina (1993–2018)*. CLACSO–CONADU.

por los/as investigadores/as del CONICET que tienen cargos docentes, porque confieren prestigio y tienen un carácter habilitante. Solo estas dos categorías permiten dirigir y evaluar proyectos acreditados.

Las diferencias entre las dos carreras de investigación (la del CONICET y la de las universidades nacionales) son sustanciales. Una gran cantidad de investigadores universitarios no pertenecientes al CONICET tienen una forma de circulación y publicación predominantemente nacional o inclinados a la producción de ensayos sociales. Por lo general están más comprometidos con la política universitaria (por depender en mayor grado de los recursos en el sistema de enseñanza superior) y una parte de ellos no posee doctorado. En cuanto a los investigadores de las CSH del CONICET, la titulación doctoral es requisito para ingresar y la cultura evaluativa está fuertemente orientada hacia un perfil internacionalizado. Pero el hecho de que la mayoría de los investigadores en CSH del CONICET tenga lugar de trabajo en las universidades nacionales (a diferencia de lo que ocurre en otras áreas científicas del CONICET) y que ambos estilos de construcción de carrera convivan en las facultades, hace de estas dos orientaciones, de estos dos principios de legitimación, un vector de disputas permanentes. Los representantes más conspicuos de ambos estilos conviven, por ejemplo, en la Universidad de Buenos Aires.

La morfología de esta población evidencia importantes diferencias entre CONICET y PROINCE. La tabla 2 describe a los académicos de las CSH en relación con los indicadores demográficos y académicos: los investigadores del CONICET están altamente concentrados en el área metropolitana de Buenos Aires (ver columna 5), mientras que los docentes-investigadores de CSH están mejor distribuidos en todo el país (ver columna 3). Beigel, Gallardo & Bekerman (2018) clasifican ocho regiones académicas en base a la distribución de las instituciones de educación superior,⁴ dado que es relevante diferenciar áreas dentro de esta enorme provincia argentina que incluye la capital del país. Así, distinguen tres regiones diferentes dentro de «Buenos Aires»: a) la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA); b) el área metropolitana de Buenos Aires («Gran Buenos Aires»); y c) otras zonas de la provincia de Buenos Aires (la región «Bonaerense»).

4 Nos referimos a las 7 regiones que representan los Consejos Regionales de Planificación de la Educación Superior (CPRES). Buenos Aires se divide en dos CPRES: bonaerense y metropolitano. En este trabajo, para comparar regiones sin forzar la concentración, hemos separado a la Universidad Nacional de La Plata. Por antigüedad, tamaño y prestigio, su posición se desfigura al ser incluida en la región Gran Buenos Aires.

Tabla 2. Indicadores demográficos, títulos de grado, investigadores, profesores y becarios por región académica

	1	2	3	4	5	6	7	8	9
Región	Población	PROINCE Total de profesores-investigadores categorizados	PROINCE profesores-investigadores categorizados de CSH	Investigadores de CONICET – Todas las áreas científicas	Investigadores de CONICET – CSH	Nuevos graduados de CSH, 2014	Nuevos doctores – Todas las áreas científicas, 2014	Nuevos doctores – CSH, 2014	Becarios doctorales de CSH en CONICET, 2015
CABA	2.890.151 (7,2 %)	3.405 (15,1 %)	1.127 (14,2 %)	2.489 (31,5 %)	849 (49,6 %)	23.880 (32,7 %)	3.790 (41,6 %)	429 (46,5 %)	933 (35,6 %)
Gran Buenos Aires	9.916.715 (24,7 %)	3.351 (14,8 %)	1.460 (18,4 %)	1.353 (17,1 %)	231 (13,5 %)	15.081 (20,6 %)	1.243 (13,6 %)	122 (13,2 %)	617 (23,5 %)
Bonaerense	5.708.369 (14,2 %)	2.603 (11,5 %)	842 (8,7 %)	887 (11,2 %)	135 (7,8 %)		552 (6,1 %)		
Centro-Oeste	6.161.170 (15,4 %)	5.564 (24,6 %)	2.099 (26,4 %)	1.321 (16,7 %)	226 (13,2 %)	13.747 (18,8 %)	1.849 (20,3 %)	161 (17,4 %)	476 (18,2 %)
Centro-Este	4.430.531 (11 %)	2.471 (10,9 %)	572 (7,1 %)	729 (9,2 %)	78 (4 %)	10.112 (13,8 %)	851 (9,3 %)	185 (20,0 %)	199 (7,6 %)
Noroeste	4.911.412 (12,2 %)	2.765 (12,2 %)	939 (11,8 %)	413 (5,2 %)	95 (5,5 %)	5.266 (7,2 %)	469 (5,1 %)	8 (0,9 %)	206 (7,9 %)
Noreste	3.679.609 (9,2 %)	987 (4,4 %)	364 (4,6 %)	143 (1,8 %)	35 (2 %)	3.687 (5 %)	171 (1,8 %)	17 (1,8 %)	83 (3,2 %)
Sur	2.419.139 (6 %)	1.429 (6,3 %)	574 (7,2 %)	570 (7,2 %)	62 (3,6 %)	1.179 (1,6 %)	188 (2,1 %)	1 (0,1 %)	102 (3,9 %)
TOTAL	40.117.096 (100 %)	22.575 (100 %)	7.977 (100 %)	7.905 (100 %)	1.711 (100 %)	72.952 (100 %)	9.113 (100 %)	923 (100 %)	2616 (100 %)

Elaborado por los autores sobre la base de las siguientes fuentes: para población: Censo Nacional 2010 (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INDEC). PROINCE Profesores de todas las categorías I-V (SPU, 2013). Investigadores de CONICET: base de datos PIDAAL, dic. 2014. Nuevos graduados (SCEU 2016, <http://estadisticasuniversitarias.me.gov.ar/#/home/1>); Nuevos doctores: Anuario SPU 2012; Nuevos becarios doctorales en CONICET, 2015: <http://www.conicet.gov.ar/becarios/>

La concentración de investigadores del CONICET en el nodo CABA es particularmente visible, y mayor en CSH que en otras áreas científicas, a pesar de los esfuerzos realizados en los ingresos a la CIC-CONICET para priorizar otras regiones. En general la Universidad de Buenos Aires es un lugar muy relevante como institución de trabajo para una proporción importante de investigadores del CONICET. Pero esto se intensifica en las CSH: CABA acumula el 31,5 % del total de investigadores del CONICET, pero prácticamente la mitad del total de investigadores de CSH. En contraste, la distribución de los docentes-investigadores muestra concentración en primer lugar en la región centro-oeste, con un 26,4 %, seguida del Gran Buenos Aires (18,4 %) y CABA solo en tercer lugar con 14,2 %. El resto de las regiones prácticamente duplican su porcentaje en PROINCE en comparación con la distribución de investigadores del CONICET de CSH. En consecuencia, visto desde una perspectiva espacial las CSH del CONICET están altamente concentradas en la ciudad capital y las del PROINCE están distribuidas más equitativamente en las universidades nacionales del resto del país.

En cuanto a la distribución geográfica por titulación, en la tabla 2 podemos observar que los graduados de CSH se concentran significativamente en CABA (32,7 %). Los datos disponibles no permiten trazar una diferencia entre el Gran Buenos Aires y la región Bonaerense (ambas concentran el 20,6 %). Pero junto con el Centro-Oeste estas cuatro regiones acumulan un impresionante 72,1 % del total de graduados en CSH, mientras que la participación de la región Sur es insignificante (1,6 %). Con respecto a la distribución de doctores/as, en todas las áreas científicas se concentra en CABA (41,6 %) por el papel preponderante que juega la UBA en la formación doctoral. La distribución de las becas de doctorado de CSH otorgadas por CONICET muestra una alta concentración metropolitana (35,6 % pertenecen a instituciones ubicadas en CABA) y participaciones similares para el área de Buenos Aires y la región Centro-Oeste. Pero es dentro de los doctores/as en CSH donde la concentración en CABA es la más alta de todas las variables: el 46,5 % obtuvo su título en la ciudad capital del país, casi todos provenientes de la UBA. Buenos Aires y Centro-Oeste disminuyen su participación cuando se comparan titulaciones de grado y becarios de doctorado, destacando en esta variable la región Centro-Este con una participación del 20 % de los nuevos doctores. Esto se puede atribuir a la dinámica Universidad Nacional de Rosario con varias escuelas de doctorado consolidadas en ciencias políticas, relaciones internacionales, trabajo social y comunicación social.

Profundicemos ahora en la organización del CONICET para analizar las diferencias disciplinarias, el género, la edad, la categoría y las asimetrías geográficas. En comparación con otras áreas científicas, la proporción de investigadores de tiempo completo de las CSH es bastante semejante a las otras tres áreas científicas, como hemos visto antes (22 %). En cambio, su participación en las categorías superiores es menos significativa, como se puede observar en el gráfico 4.

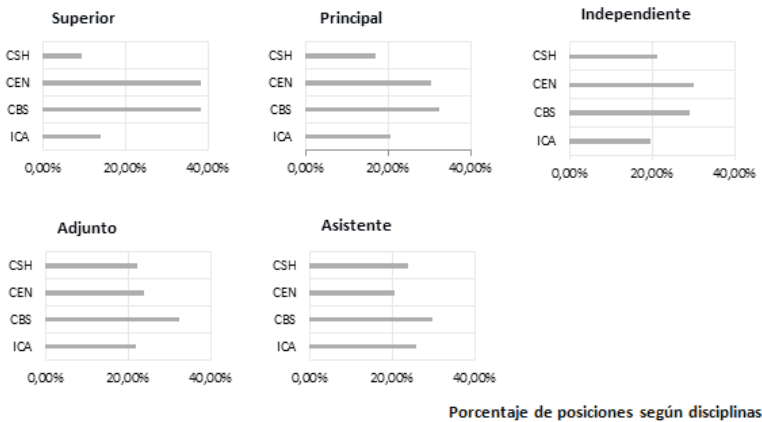


Gráfico 4. Investigadores de CONICET, según categoría y área científica (N= 7.905) %, 2014

Referencias: ICA: Ingenierías y Ciencias Agrarias; CSH: Ciencias Sociales y Humanas; CBS: Ciencias Biológicas y de la Salud; CEN: Ciencias Exactas y Naturales.

Fuente: Beigel, F, Gallardo, O. and Bekerman, F. (2018)

Los investigadores de CSH del CONICET tienden a ser jóvenes (edad promedio, 46 años) y una alta proporción se encuentra en posiciones iniciales de carrera (asistente y adjunto). Ambas características son el resultado de la expansión durante la década 2004–2014 que vino a saldar los hiatos que habían impuesto los períodos dictatoriales en estas disciplinas. Los/as investigadores/as de 30 a 49 años representan más del 60 % de la mayoría de las disciplinas

de las CSH. La psicología es la disciplina más joven, con un 86,3 % de miembros dentro de ese rango de edad. La tabla 3 muestra la distribución de investigadores entre algunas disciplinas y las categorías. Filosofía e historia exhiben una distribución similar, principalmente debido a su antigüedad y al hecho de que sus carreras no fueron cerradas durante la dictadura. La economía sigue un patrón similar, pero con mayor presencia en la categoría adjunto. Sociología y psicología tienen casi la mitad de sus agentes totales en el puesto inferior (asistente).

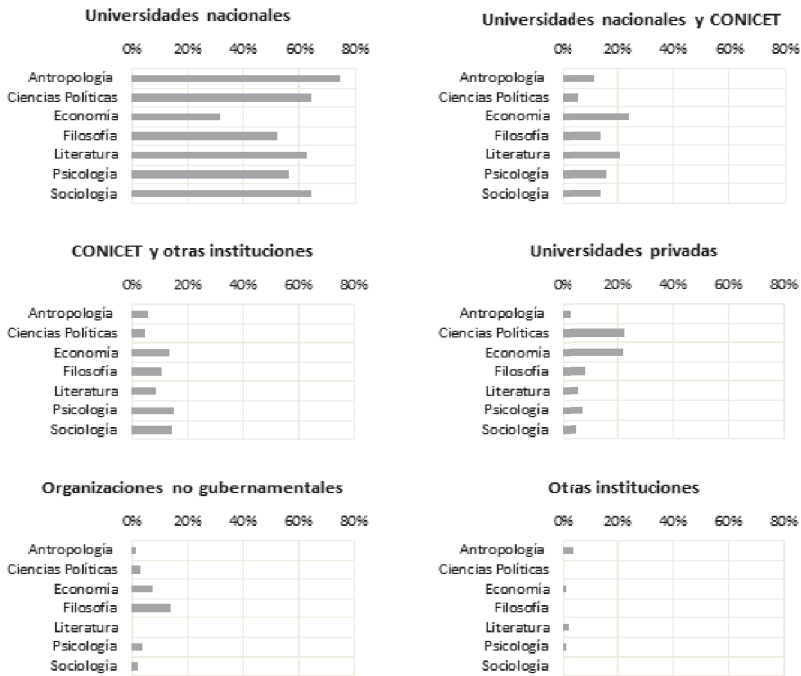
Tabla 3. Investigadores de CONICET de CSH, según disciplinas seleccionadas y jerarquía N=1.711 (2014)

Disciplina	%	n	Superior	Principal	Independiente	Adjunto	Asistente	Sin datos	Total
Antropología Social	9,40 %	160	0,00 %	6,30 %	20,00 %	35,00 %	38,80 %	0,00 %	100 %
Ciencias Políticas	6,20 %	106	0,90 %	10,40 %	16,00 %	33,00 %	37,70 %	1,90 %	100 %
Economía	6,10 %	104	1,90 %	5,80 %	18,30 %	45,20 %	26,90 %	1,90 %	100 %
Filosofía	11,90 %	203	2,50 %	8,90 %	26,10 %	34,00 %	26,10 %	2,50 %	100 %
Literatura	7,10 %	121	0,00 %	5,80 %	28,10 %	31,40 %	33,90 %	0,80 %	100 %
Psicología	4,70 %	80	0,00 %	6,30 %	15,00 %	32,50 %	46,30 %	0,00 %	100 %
Sociología	17,30 %	296	0,70 %	5,70 %	18,60 %	26,40 %	45,90 %	2,70 %	100 %
Historia	13,50 %	232	1,30 %	6,90 %	27,60 %	31,90 %	30,20 %	2,20 %	100 %
Otras	23,90 %	409							
Total	100 %	1.711							

Fuente: Beigel y Sorá 2018

La relación entre varones y mujeres se mantiene relativamente constante para el total de investigadores del CONICET. Las mujeres ocupaban el 54,3 % de los cargos CIC en 2003 y el 55,1 % en 2014. Los campos más equilibrados son la filosofía y la sociología. En cambio, los hombres representan más del 65 % de los investigadores en economía y el 60 % en ciencia política. Las disciplinas más feminizadas son psicología, letras y antropología.

Las asimetrías interinstitucionales son visibles al observar la distribución de los lugares de trabajo para los/las investigadores/as del CONICET. Mientras las CEN tienen mayores porcentajes de investigadores en institutos con dependencia administrativa exclusiva del CONICET, el lugar de trabajo predominante de los investigadores de las CSH son las universidades nacionales (59,5 % del total), como se puede apreciar en el gráfico 5. La excepción es la economía, donde el lugar de trabajo en las universidades nacionales es algo más del 30 %. Los investigadores de CSH en institutos del CONICET de dependencia exclusiva representan solo el 10,7 % de los lugares de trabajo. En cuanto a la doble dependencia (CONICET–institutos universitarios), se dan valores más altos en letras y economía, con más del 20 % en cada una. En comparación con otras áreas científicas, en CSH las universidades privadas alcanzan un número de lugares de trabajo relativamente elevado (9,1 %). Sin embargo, se observan valores bajos en la mayoría de las disciplinas, alrededor del 5 %, excepto en economía y ciencia política, donde más del 20 % de los lugares de trabajo se encuentran en universidades privadas. Finalmente, las dos disciplinas en las cuales los lugares de trabajo de dependencia exclusiva del CONICET concentran mayor proporción de investigadores son psicología (15 %) y sociología (14,5 %).



Porcentaje de investigadores en cada disciplina según tipo de institución

Grafico 5. Investigadores/as de CONICET de disciplinas seleccionadas por lugar de trabajo, n=1.072

En cuanto al rol preponderante de las universidades nacionales como lugar de trabajo de los investigadores de las CSH en el CONICET, cabe destacar dos asimetrías principales. Primero, la concentración institucional y el peso abrumador de la UBA, que aglutina al 45,9 % (426/928) de los investigadores de las CSH radicados en universidades. Muy por detrás quedan otras tres universidades ubicadas en el área del Gran Buenos Aires (San Martín, Quilmes, La Plata), y el resto dispersas por el país (en 29 lugares diferentes, que en conjunto comprenden el 37 % del total de investigadores). Para las universidades más importantes, Gallardo (2015:142–143) ha observado una fuerte asociación entre la institución de grado y doctorado y la misma universidad como lugar de trabajo en el CONICET. Ocho de cada diez investigadores con lugar de trabajo en la UBA o UNLP consiguieron su título de grado en la misma institución, y el 65 % de ellos también obtuvo su doctorado en la misma universidad. En segundo lugar, podemos observar la concentración geográfica de las capacidades de investigación en el área metropolitana, que es un rasgo histórico de

la estructura del campo científico argentino. La concentración es aún mayor porque muchos institutos privados y otros tipos de instituciones también están ubicados en la ciudad capital.

La producción publicada y los circuitos de circulación

Las asimetrías estructurales del campo y los principios de legitimación en conflicto observados entre la cultura evaluativa del CONICET y de las universidades nacionales tienen consecuencias directas para la circulación del conocimiento producido. En otros trabajos, Beigel (2014b, 2015, 2017) ha observado que los circuitos de publicación tienen un papel determinante en la construcción de la carrera académica y que estos circuitos están segmentados según tres factores: lengua de escritura, disciplina, e institución de afiliación de los/as autores. En el caso de Argentina, el universo de investigadores/as que estamos observando obtiene diferentes tipos de recompensas académicas en las carreras institucionales de las que participan, de acuerdo con las culturas evaluativas dominantes en CONICET o en el PROINCE. La tabla 4 ilustra la distribución de estos circuitos de reconocimiento, cómo se relacionan con las disciplinas y la lengua, aunque la institución sea el factor articulador.⁵

Sabemos que iniciar una carrera como investigador/a en CONICET depende principalmente de la publicación de artículos en revistas indexadas y el reconocimiento internacional es un elemento central de los esquemas de ponderación no solo para el ingreso sino también en la promoción. Esta dinámica prevalece en todas las áreas científicas, pero en el caso de las CSH ya varios estudios han mostrado que están orientadas a las revistas latinoamericanas/Iberoamericanas, mientras que las CEN valoran exclusivamente el circuito *mainstream* (Beigel, 2017; Baranger y Niño, *infra cap.5*). En un lado opuesto se encuentran las producciones de científicos sociales que investigan en las universidades y no pertenecen al CONICET, donde la orientación local es muy acentuada. Estos dos circuitos están fuertemente segmentados y representan dos versiones polarizadas de cultura evaluativa local / *mainstream*.

⁵ Para una discusión acerca de la *integridad* del campo científico argentino a pesar de sus diversos principios de legitimación véase Beigel, Gallardo and Bekerman (2018).

Tabla 4. Circuitos segmentados de reconocimiento académico en Argentina

CIRCUITO	Reconocimiento institucional	Disciplinas preponderantes	Lenguas de publicación preponderantes
Local	no metropolitano–universidades nacionales	CSH	español
Regional–Transnacional	metropolitano–universidades nacionales y CONICET	CSH y ciencias agrarias	español portugués
Corriente principal/mainstream	CONICET e institutos internacionalizados en UBA–UNLP–UNC	ciencias exactas y naturales, medicina y biología, arqueología, ingenierías, tecnologías	inglés

El estudio de Gantman (2011) sobre investigadores de ciencia política, sociología, antropología y psicología sostiene que predominan los artículos publicados en revistas nacionales y en español, mientras que muy pocos se publican en revistas indexadas en Web of Science (WoS) o en inglés.

Una encuesta a coordinadores/as de comisiones asesoras de CONICET (Beigel, 2014) y el estudio sobre las 5 publicaciones más relevantes, seleccionadas por los propios investigadores del CONICET para postularse a la promoción (Beigel, 2017), muestran que una cultura evaluativa internacionalizada prevalece en este organismo, junto con una tendencia creciente a publicar artículos en inglés y en revistas indexadas en el circuito *mainstream*. La tendencia en las generaciones más jóvenes de investigadores de las CSH del CONICET es seleccionar publicaciones en formato de artículos en lugar de libros y apuntar a publicaciones en inglés. Los investigadores de CSH son parte de un cambio general que muestra una preferencia por las revistas no argentinas y reemplazar la evaluación de la originalidad de los artículos publicados a favor de la aceptación de la valoración del juicio sobre la revista realizado por índices internacionales. Sin embargo, una diferencia es notable: en las CSH se valoran los servicios de indexación latinoamericanos (véase Baranger y Beigel, *infra* cap. 7), mientras

que en las CEN el SCI (WoS–Clarivate) o Scopus establecen los estándares.⁶ Al igual que en otras partes del mundo, esto promueve la evaluación de autores individuales a través del factor de impacto de la revista en la que publican y no la evaluación de la calidad de las contribuciones individuales.

Pasemos ahora a la relación entre estas culturas evaluativas en conflicto y al panorama de las revistas científicas argentinas. Beigel y Salatino (2015) construyeron una base de datos que cubre todas las revistas activas de CSH argentinas. La tarea más desafiante fue identificar revistas no indexadas, pero activamente editadas en facultades o departamentos de todo el país. Como resultado de ese relevamiento se observó que 349 de 716 revistas no están indexadas y que 345 de 716 se editan solo en papel. La mayoría de las revistas indexadas están cubiertas por sistemas regionales, como LATINDEX, REDALYC y SCIELO. Como sostiene Beigel (2010) existe un circuito académico regional en las CSH desde la década de 1960 que fue particularmente dinámico hasta el momento en que la dictadura militar en Chile desarmó su base en Santiago de Chile. Esta orientación regional se manifestó en revistas «latinoamericanas» relevantes, como la *Revista Latinoamericana de Sociología*, editada por el Instituto Torcuato Di Tella y dirigida por Juan Marsal (Sorá y Blanco, 2018).

La mayoría de las revistas argentinas indexadas se publican en el área metropolitana de Buenos Aires, enfatizando la tendencia centralista ya observada para los investigadores y las capacidades institucionales. Las revistas que están indexadas en servicios transnacionales de acceso abierto —(DOAJ) o repositorios como DIALNET— se publican en formato digital y se destacan por ocuparse de áreas temáticas o por un perfil multidisciplinario. En comparación con las revistas indexadas en el circuito regional, estas revistas se editan en diferentes provincias de Argentina con al menos 10 revistas por región, una gran cantidad en las regiones de Cuyo, Nordeste y Noroeste.

En el relevamiento realizado hasta el año 2014 verificamos que solo 25 revistas (5 % de todas las revistas de CSH actualmente en circulación) están indexadas en WoS–Clarivate o, en segundo lugar, en SCOPUS. En general estas revistas son antiguas, el 40 % de ellas fueron fundadas entre 1943 y 1980 y

⁶ En este trabajo no avanzamos sobre los juicios y valoraciones atribuidas a la publicación de artículos y de libros. Pero es esencial observar que la publicación de libros continúa siendo un formato valorado entre los investigadores de las CSH, con excepción de economía y ciencia política. Tal ponderación es un permanente factor de debate al interior de las comisiones evaluadoras del CONICET, especialmente ante la necesidad de justificar esta «diferencia» en las disputas con los agentes dominantes del sistema, adscriptos a las ciencias «duras». Para un panorama de tal oposición en la antropología, véase Sorá 2020.

pertenecen a ciencia política, economía y psicología (por ejemplo, *Journal of Applied Economics*, *Intersecciones en Antropología*, *Estudios migratorios latinoamericanos* y *Salud Pública*). La mayoritaria inclinación por el acceso abierto de la comunicación científica en las CSH en Argentina se ve claramente en el hecho de que incluso estas revistas indexadas en sistemas de acceso restringido (WoS, Scopus o Ulrich) también están indexadas en otros sistemas pertenecientes al circuito regional; las revistas están optando por el impulso democratizador del mercado de publicaciones académicas argentino. Entre estas se encuentran publicaciones como *Intersections in Anthropology*, *Mundo Agrario*, *Runa*, *Synthesis*, *Andes*, *Cuadernos del CILHA* o *La Trama de la Comunicación*. Estas revistas se publican en las universidades nacionales más prestigiosas y mientras algunas son muy antiguas otras se crearon en la década del 90.

A diferencia de estas revistas, las publicaciones no indexadas se editan principalmente en universidades nacionales de las regiones Noroeste y Noreste. De las 222 revistas no indexadas, el 68 % se publica únicamente en papel, lo que reduce considerablemente su circulación y acceso efectivo fuera de los límites geográficos de la institución editora. En este circuito se consideraron las revistas que, a pesar de estar indexadas en Latindex, no están disponibles en texto completo (Beigel y Salatino, 2015).

La morfología disciplinaria de las revistas argentinas es evidencia de lo que Heilbron y Gingras (2015) denominan la «resiliencia de las disciplinas». Un grupo significativo de las revistas de las CSH se pueden clasificar como multidisciplinarias y constituyen el 34 % del total. A partir de la década de 1990 florecieron las revistas que abordaban temas específicos basados en enfoques interdisciplinarios. Sin embargo, como se puede ver en el gráfico 6, se han creado numerosas revistas disciplinarias nuevas desde 2001 que están fuertemente impulsadas a proponer estilos internacionales de publicación y circulación. Esto es particularmente notable en historia, literatura, psicología y ciencia política. Ilustrando el desarrollo histórico de las revistas de CSH, dividimos todas las revistas activas en ocho disciplinas y el resto entre las revistas multidisciplinarias.

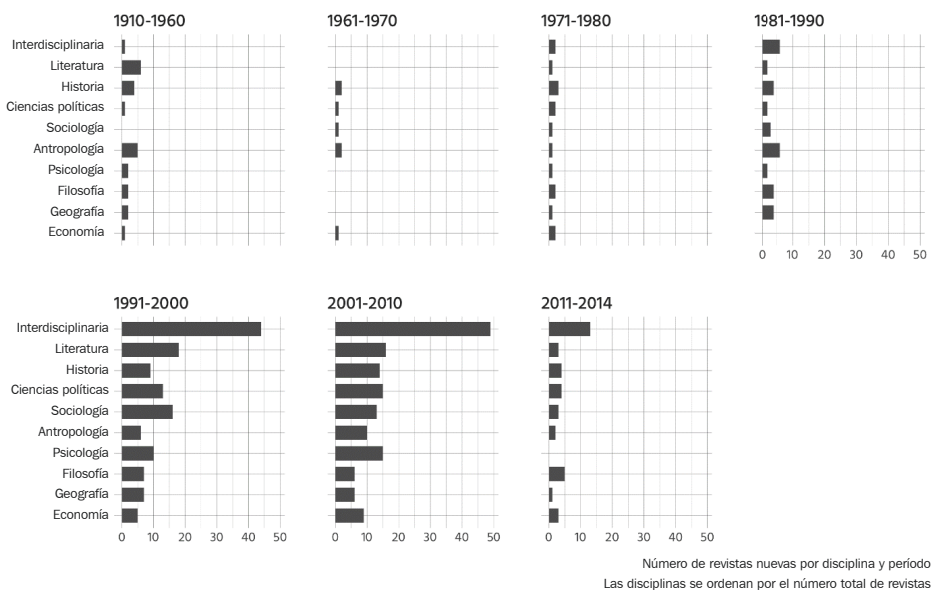


Gráfico 6. Revistas de disciplinas seleccionadas por período fundacional 1917–2015 (n: 559)
Fuente: Beigel y Salatino, 2015

La antropología, la economía y la literatura están mejor representadas en las primeras décadas, hasta 1970, con media docena de revistas. La historia evidencia un patrón algo diferente con revistas que perduran hasta el presente, como el *Boletín de Historia Americana* y la *Revista de Historia Argentina y Americana*. La economía es particularmente fuerte, con una revista precursora como *Desarrollo Económico* fundada en 1958, una publicación de referencia aún muy vigente que también edita trabajos de otras disciplinas, especialmente sociología, ciencia política e historia. También vale la pena mencionar que el *Journal of Applied Economics* se publica en inglés y está indexado en WoS. Entre 1960 y 1980 se crearon muchas revistas de ciencias sociales y humanidades, pero pocas sobrevivieron. Como afirmamos, una característica de las últimas dos décadas es la creciente aparición de revistas multidisciplinarias.

Comentarios finales

Este capítulo buscó objetivar el proceso histórico, la estructura y la dinámica que permean la diferenciación del campo de las CSH en la Argentina. Analizamos la reciente expansión institucional y el crecimiento en términos de capacidades de investigación entre 2004–2015, junto con las asimetrías estructurales, geográficas e institucionales emergentes. El análisis se condensó en el último ciclo de expansión e intentamos comprender las diferencias entre las culturas científicas de las universidades nacionales y el CONICET, en gran parte porque las tensiones y potencialidades de este campo científico se define en la bisagra entre estos dos polos institucionales.

Al enfocar la geografía de la población de investigadores de las CSH, mostramos que los investigadores del CONICET están altamente concentrados en una sola universidad (UBA) mientras que los docentes–investigadores categorizados por PROVINCE observan una distribución heterogénea en universidades de las diversas regiones del país. Esto se debe al hecho de que la autonomía de las universidades limita y en algunos casos inclusive impide la imposición de estándares internacionales para los concursos y categorizaciones. En cuanto a los estilos de producción y circulación, los investigadores del CONICET tienden a producir cada vez más artículos que libros, pero esto no significa que la bibliodiversidad y el multilingüismo haya desaparecido en ese organismo, como puede verse al estudiar el corpus completo de las publicaciones de ese universo (Beigel y Gallardo, 2020). Además, en línea con otros estudios (Baranger y Beigel, 2021), hemos destacado que la singularidad de los estilos de publicación de las CSH en el CONICET se proyecta en una orientación predominantemente latinoamericanista.

En consecuencia, junto con la expansión registrada hasta 2015 se ampliaron los espacios de circulación de los/as científicos/as propensos a los estilos de producción dominantes del sistema académico mundial, aquellos más inclinados al circuito regional y también de quienes tienen una agenda más orientada por problemas locales y/o regionales. La dinámica de estos estilos de producción está ligada al capital simbólico en juego en el campo y, en particular, al papel que juega la publicación en un espacio con diversos principios de legitimación en tensión. Estos principios se pueden observar en la existencia de diferentes circuitos de reconocimiento, todos localmente valiosos, pero con recompensas diversas según la institución. En un sistema universitario como el argentino, con una fuerte tradición de autonomía y politización, el circuito local conserva vigencia como un espacio muy dinámico con cientos

de revistas editadas por facultades, donde académicos locales publican sus trabajos sin una determinación externa, es decir establecida por los estándares de la publicación internacional. Dado que los circuitos locales aún no han sido estudiados en profundidad, no podemos suponer que tienen escaso valor científico o son endogámicos, pero sí podemos afirmar que esta orientación «nacional» aún prevalece en muchas instituciones de las CSH. En contraste, en la cultura evaluativa promovida por el CONICET se reemplaza la valoración de la calidad y originalidad de cada contribución por el criterio de la indexación de las revistas, o el factor de impacto o el Índice H. En medio de culturas evaluativas tan opuestas, los científicos sociales argentinos de orientación local, regional e internacional conviven en las universidades y también en la propia trayectoria de las personas, que muchas veces circulan por varios circuitos y diversifican sus mensajes hacia distintas audiencias.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, Carlos (2004). Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la «ciencia social» en la Argentina. En F. Neiburg y M. Plotkin (Comps.) *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Paidós, pp. 31–65.
- Baranger, Denis y Fernanda Beigel (2021). «La publication en Ibéro-Amérique en tant que mode d'internationalisation des chercheurs en sciences humaines et sociales du Conicet (Argentine)», *Revue d'anthropologie des connaissances* 15, 3. DOI: <https://doi.org/10.4000/rac.23440>
- Beigel, Fernanda (2010). Social Sciences in Chile (1957–1973). A laboratory for an autonomous process of academia-building. In Syed Farid Alatas and Kathinka Sinha-Kerkhoff (Eds.) *Academic Dependency in the Social Sciences: Structural Reality and Intellectual Challenges*. Manohar, pp.183–212.
- Beigel, Fernanda (2013). The politics of academic autonomy in Latin America. In Beigel, Fernanda (Ed.) *The politics of academic autonomy in Latin America*. Ashgate, pp. 1–27.
- Beigel, Fernanda (2014a). Current tensions and trends in the World Scientific System: alternative circuits and new forms of peripherality. *Current Sociology* 62 (5), pp. 743–765.
- Beigel, Fernanda (2014b). Publishing from the Periphery: Structural heterogeneity and segmented circuits. The evaluation of scientific publications for tenure in Argentina's CONICET. *Current Sociology* 62 (5), pp. 617–625.
- Beigel, Fernanda (2015). CULTURAS [evaluativas] ALTERADAS. *Política Universitaria*, N°2, IEC-CONADU, pp. 11–21.
- Beigel, Fernanda (2017). Peripheral Scientists, between Ariel and Caliban. Institutional know-how and Circuits of Recognition in Argentina. The «career-best publications» of the researchers at CONICET. *Dados. Revista de Ciências Sociais*, vol. 60, N° 3, 2017, pp. 825–865.

- Beigel, Fernanda y Salatino, Maximiliano (2015). Circuitos segmentados de consagración académica: Las revistas de ciencias sociales y humanas en Argentina. *Información, Cultura y Sociedad*, N° 32, pp. 7–32.
- Beigel, Fernanda y Gallardo, Osvaldo (2014). The CSH researchers in Argentina. *Interco–CSH Report* N° 2. PIDAAL.
- Beigel, Fernanda, Gallardo, Osvaldo y Bekerman, Fabiana (2018). Institutional expansion and scientific development in the periphery. The structural heterogeneity of Argentina's academic field *Minerva*, <https://doi.org/10.1007/s11024-017-9340-2> .
- Bekerman, Fabiana (2017). Distribución desigual de las capacidades de investigación en las ciencias sociales argentinas: una mirada relacional, *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, forthcoming.
- Bekerman, Fabiana (2013). The Scientific Field during Argentina's Latest Military Dictatorship (1976–1983): Contraction of Public Universities and Expansion of the National Council for Scientific and Technological Research (CONICET). *Minerva. A Review of Science, Learning and Policy*, Vol. 51, Issue 4, June, 253–269. <http://www.minerva-online.com>
- Blanco, Alejandro (2010). Ciencias Sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva elite intelectual (1940–1965). En Altamirano, Carlos. *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. II, Katz, pp. 606–629.
- Blanco, Alejandro y Wilkis, Ariel (2017). Internationalization of sociologists in Argentina during the last thirty years: density and geography. En Johan Heilbron, Gustavo Sorá y Thibaud Boncourt (eds.), *The Social and Human Sciences in a Global Perspective*. Palgrave–MacMillan, forthcoming.
- CONICET (2016). <http://www.conicet.gov.ar/acerca-de-conicet-en-cifras/>
- Feld, Adriana (2009). El Consejo Nacional de Investigaciones: estado y comunidad científica en la institucionalización de la política de ciencia y tecnología argentina (1943–1966). In Vessuri, H. et al. (Eds.) *Conocer para transformar. Producción y reflexión sobre Ciencia, Tecnología e Innovación en Iberoamérica*, pp. 133–152.
- Gallardo, Osvaldo (2015). Trayectorias de formación de investigadores del CONICET. *Sociedad*, N° 34, pp. 129–147.
- Gantman, Ernesto (2011). La productividad científica argentina en Ciencias Sociales: Economía, Psicología, Sociología y Ciencia Política en el CONICET (2004–2008). *Revista Española de Documentación Científica*, Vol. 34, N° 3, pp. 408–425.
- Heilbron, Johan and Gingras, Yves (2015). La résilience des disciplines. In *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 210, pp. 5–10.
- Heilbron, Johan; Boncourt, Thibaud; Sapiro, Gisèle; Sorá, Gustavo; Karady, Victor; Brisson, Thomas; Jeanpierre, Laurent y Lee, Kil-Ho (2017). Indicators of the Internationalization of the Social Sciences and Humanities. *Serendipities, Journal for the Sociology and History of the Human Sciences* 2 (1), pp. 131–147. DOI: 10.25364/11.2:2017.1.8
- IIGG (2015). Instituto Gino Germani. Memoria institucional.
- Isola, Nicolás (2018). Argentinos à Brasileira. A circulação de antropólogos argentinos pelo Museu Nacional (PPGAS–MN/UFRJ). *Mana. Estudos de Antropologia Social* 24 (2), pp. 068–108, DOI <http://dx.doi.org/10.1590/1678-49442018v24n2p068>

- Karady, Vico y Nagy, Peter Tibor (2019). Institutionalization and professionalization of the social sciences in Hungary since 1945. In Fleck, Ch., Duler, M. y Karady V. (eds) *Shaping Human Sciences Disciplines*. Palgrave, pp. 289–325.
- Miceli, Sergio (2009). Artistas «nacional–extranjeros» en la vanguardia sudamericana (Lasar Segall y Xul Solar). *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 13 (2), pp. 173–182.
- MINCyT (2015). *Indicadores de Ciencia y Tecnología*, 2013, Vol. 17.
- Oszlak, Oscar (1976). *Política y organización estatal de las actividades científico–técnicas en la Argentina: crítica de modelos y prescripciones corrientes*. CEDES.
- Rovelli, Laura (2015). Un modelo para armar: áreas prioritarias e investigación en universidades nacionales. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, UNER, in press.
- Sorá, Gustavo (2011). El libro y la edición en Argentina. Libros para todos y modelo hispanoamericano. *Políticas de la memoria* 11, pp. 125–145.
- Sorá, Gustavo y Blanco, Alejandro (2018). Unity and fragmentation of Social Sciences in Latin America. En Johan Heilbron, Gustavo Sorá y Thibaud Boncourt (eds.), *The Social and Human Sciences in a Global Perspective*. Palgrave–MacMillian.
- Sorá, Gustavo y Dujovne, Alejandro (2018). Translation of Western social and human sciences in Argentina. A comparative study of translations from French. English, German, Italian and Portuguese. En Johan Heilbron, Gustavo Sorá y Thibaud Boncourt (eds.), *The Social and Human Sciences in a Global Perspective*. Palgrave–MacMillian.
- Sorá, Gustavo (2021). Historia como reedición. La antropología argentina en su exposición americana. En Rosana Guber y Lía Ferrero (Eds.) *Antropologías hechas en la Argentina*. ALAS, pp. 579–589 (epílogo – en prensa).
- SCEU (2016). Sistema de Consulta de Estadísticas Universitarias Secretaría de Políticas Universitarias. <http://estadisticasuniversitarias.me.gov.ar/#/seccion/2>
- SPU (2013). Anuario de Estadísticas Universitarias. Buenos Aires: Secretaría de Políticas Universitarias, Ministerio de Educación de la Nación. <http://portales.educacion.gov.ar/spu/investigacion-y-estadisticas/anuarios/>
- UNESCO (2016). International Institute for Statistics. Indicators for Science and Development <http://uis.unesco.org/indicador/sti-rd-hr-res>

2. La formación universitaria en ciencias sociales en Argentina

Anabella Abarzúa y Juan Ignacio Piovani

Introducción

En este capítulo se analiza la oferta formativa de grado y posgrado en ciencias sociales en Argentina. A tal efecto, se presenta un panorama exhaustivo de las carreras actualmente en curso en universidades públicas y privadas, su distribución institucional y territorial, y la evolución de su matrícula estudiantil. Por otra parte, se examinan sus orientaciones formativas sobre la base de la definición del perfil del egresado/a y de sus incumbencias profesionales. Por tratarse de una investigación desarrollada en el marco de un proyecto del Consejo de Decanas y Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas (CODESOC), se ha puesto el foco principal en las cuatro que carreras que nuclea dicho Consejo —sociología, ciencia política, comunicación social y trabajo social—, a las que se han sumado otras dos carreras afines, antropología e historia, y las carreras que utilizan en su título el rótulo genérico de ciencias sociales.

A pesar de la rica tradición local en el estudio de la universidad y del sistema universitario, las ciencias sociales, en general, no han definido a la formación universitaria disciplinar como uno de sus principales objetos de indagación, al menos en el sentido apenas señalado. Si bien existen informes sobre las carreras universitarias, especialmente de tipo estadístico y habitualmente no focalizados de manera exclusiva en las ciencias sociales, producidos en el ámbito de la Secretaría de Políticas Universitarias y de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU, 2022), no se ha prestado suficiente atención, en la investigación social empírica, a la expansión reciente de las carreras de ciencias sociales, a la federalización de la oferta formativa, a su desarrollo diferencial en el ámbito público y privado, o a las especificidades de la formación de grado y posgrado en este campo. No obstante, existen algunos importantes antecedentes de análisis del desarrollo histórico de las disciplinas sociales y de su institucionalización universitaria.

En el caso de la sociología, Blanco (2006), por ejemplo, analiza la etapa fundacional de la carrera en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y, en particular, el proceso de modernización de la disciplina liderado por Gino Germani. Noe (2007), por su parte, descri-

be la trama política e institucional que posibilitó que Germani desarrollara su proyecto de sociología científica y académica en dicha universidad. Blois (2009) reconstruye el proceso de reorganización institucional e intelectual de la carrera sociología de la UBA iniciado en 1984, a partir de la recuperación democrática y, en un trabajo posterior (2019), aborda la carrera de sociología de la UBA y de los centros privados durante la última dictadura cívico militar, una etapa que caracteriza como de degradación material y simbólica de efectos duraderos. En un texto más cercano a los objetivos de este capítulo, Mancuso (2011) presenta un análisis de los planes de estudio de la carrera de sociología de la UBA desde 1958 hasta 2011. Si bien resulta clara la centralidad de la UBA en los relatos históricos sobre la disciplina y su institucionalización universitaria, hay también algunos estudios sobre su desarrollo en otros ámbitos. Díaz (2016), a la vez que señala los límites del «ubacentrismo» en la historia de la institucionalización de la sociología, explora su desarrollo en la Universidad Nacional de Mar del Plata, desde sus orígenes en la década de 1960, la posterior apertura de la carrera en la década del 1970 y su reapertura en 2007 después de que fuera cerrada por la dictadura cívico militar. Ghilini (2017) examina los primeros años del proceso de conformación de la carrera de sociología en la Universidad Católica Argentina, mientras que Tortti y Chama (2003), en una entrevista a Alfredo Pucciarelli, describen el proceso de creación / refundación de la carrera de sociología en Universidad Nacional de La Plata.

Con respecto a la ciencia política, cabe destacar el trabajo de Bulcourf y D'Alessandro (2013), en el que se aborda la institucionalización y profesionalización de la disciplina en Argentina hasta la década de 1980, en diálogo con el contexto político nacional y con los debates teóricos, metodológicos y epistemológicos de la ciencia política en el plano internacional. En este marco, analizan, además, el aporte de la sociología de Germani a la ciencia política argentina, la importancia de la carrera en la Universidad del Salvador y la creación de la carrera en la UBA en la década de 1980. Bulcourf y Cardozo (2013) describen las características de la disciplina en Argentina y, si bien ponen el énfasis en las temáticas investigadas desde 1983 a la actualidad, también mencionan la expansión de la oferta de carreras de ciencia política en Argentina desde la creación de la carrera de la UBA. Al respecto, señalan que, a pesar de ello, persiste una fuerte concentración de la matrícula estudiantil y de los proyectos de investigación en dicha institución. En otro artículo, Bulcourf (2008) aborda más específicamente la enseñanza de la ciencia política en las universidades argentinas, mientras que Guardamagna (2011) presenta

datos interesantes sobre el desarrollo de esta carrera en las universidades de Rosario y de Cuyo.

La historia e institucionalización de la carrera de comunicación social constituye un caso particular, por el hecho de que sus orígenes se remontan a iniciativas que tuvieron lugar fuera del ámbito universitario. La literatura destaca como hito fundacional a la Escuela Argentina de Periodismo, creada en la década de 1930, en La Plata, por el Círculo de Periodistas de la Provincia de Buenos Aires, posteriormente incorporada a la Universidad Nacional en 1954 y transformada en Facultad de Periodismo y Comunicación Social —la primera como tal—, en 1994 (Zangara, 2022; Ciappina, 2015), si bien ya en la década de 1980 se había dado una fuerte expansión de la oferta de esta carrera en universidades públicas y privadas de todo el país. Con respecto a las carreras universitarias de comunicación social, una cuestión puntual que ha sido abordada, y que se relaciona de alguna manera con su origen histórico vinculado al periodismo, es lo que Deharbe (2019) describe como la tensión entre una formación de carácter más académico y otra de tipo profesional o técnico, un tema que retomaremos más adelante en el análisis de los perfiles formativos de esta carrera.

A diferencia de otras disciplinas, hay una profusa bibliografía que reconstruye el derrotero histórico del trabajo social en el país. Alayón (1980) presenta un detallado recorrido que se inicia con la Sociedad de Beneficencia, y aborda iniciativas extra universitarias y universitarias como las de la Fundación Eva Perón, la Escuela de Visitadoras de Higiene Social de la Facultad de Medicina de la UBA, la Escuela de Servicio Social Argentino, la Escuela de Asistentes Sociales de la Facultad de Derecho de la UBA y el Instituto de Servicio Social del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública, entre otras. Oliva (2005), en una tesis doctoral sobre la temática, señala que en 1929 se crea la primera Escuela de Servicio Social dependiente del Museo Social Argentino, cuyo antecedente inmediato fue la ya mencionada Escuela de Visitadoras dependiente de la Facultad de Medicina de la UBA. También reconoce la importancia que tuvieron para la disciplina las instituciones educativas religiosas, como la Escuela de Asistencia Social creada en 1940 por el Instituto de la Cultura Religiosa Superior Femenina. Señala, además, que en 1942 se crea la escuela de Servicio Social de Rosario y, en 1946 se establece la Escuela de Asistentes Sociales de la Facultad de Derecho de la UBA. A mediados de la década de 1980, cuando se crea la Facultad de Ciencias Sociales de esta universidad, la escuela se incorpora como carrera de Trabajo Social. Por otra parte, menciona que a mediados de la década de 1940 ya había Escuelas de Servicio Social en otras

provincias y ciudades del país: La Plata, Santa Fe, San Juan, Córdoba, Mendoza y Tucumán. Otros trabajos analizan períodos históricos más acotados: Moljo y Moljo (2006), por ejemplo, exploran la historia del trabajo social en Argentina desde la década de 1960 hasta la actualidad, considerando tres etapas: antes de 1976, la dictadura de 1976–1983 y la democratización.

En el caso de la Antropología, una mención especial merece el informe coordinado por Barolomé (2007) sobre la enseñanza de la antropología social en Argentina en el marco de las ciencias antropológicas, preparado para la *World Anthropologies Network* (WAN). También cabe señalar el trabajo de Visacovsky, Guber y Gurevich (1997) en el que se analiza la creación de la carrera en la UBA en 1958, y los hitos que la precedieron. Estos autores consideran a la institucionalización como un proceso que dio continuidad a la tradición histórico cultural iniciada en la década de 1930, y reseñan la relación de la antropología con la historia, en una primera etapa y, a partir de la década de 1960, con la sociología. A propósito de la antropología social, Garbusky (1992) examina su recorrido histórico en Argentina y su desarrollo en universidades como las de Buenos Aires, Rosario, Mar del Plata, Salta, Misiones, del Centro de la Provincia de Buenos Aires y Jujuy, entre otras instituciones. En 2021, en el marco del XII Congreso Argentino de Antropología Social, llevado a cabo en La Plata, se organizó un panel en el que se presentaron varios trabajos centrados en la carrera de antropología en diferentes ámbitos institucionales. Entre ellos, podemos citar el de Bergesio (2021) sobre la historia y los desafíos de la carrera en Jujuy; el de Badaró (2021) sobre la licenciatura en Antropología Social y Cultural de la Universidad Nacional de San Martín; el de Kropff Causa (2021) acerca de la profesionalización de la antropología en la Universidad Nacional de Río Negro; o el de Barrera (2021) sobre la formación en antropología en Rosario.

Con respecto al campo de la historia, algunos trabajos como el de Buchbinder (1996) o el de Devoto y Pagano (2009) han abordado el desarrollo de la historiografía argentina. En esta línea, el primero menciona los hitos de su proceso de institucionalización, como la creación en 1921 del Instituto de Investigaciones Históricas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Otros trabajos han puesto el foco en aspectos mucho más puntuales: Coudannes Aguirre (2019), por ejemplo, analiza la formación de profesores de historia en las universidades argentinas; Carrera (2018) examina los planes de estudios de las carreras de historia de las principales universidades del país y se pregunta por la ausencia de la perspectiva decolonial y Lo Russo (2017) aborda la carrera de historia en la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires en los años 1973–1974.

Para cerrar este apartado, vale recordar otro antecedente importante, que no se circunscribe exclusivamente al análisis de una disciplina, sino que presenta un estudio de los procesos de institucionalización, profesionalización e internacionalización de la sociología, la ciencia política y la antropología en Argentina (Murmis, 2005).

La oferta formativa de grado y posgrado en ciencias sociales en la actualidad

Hacia el año 2021, la oferta formativa universitaria de grado en las disciplinas seleccionadas incluye un total de 267 carreras: 217 licenciaturas y 50 profesorado. A ello se podría añadir 57 carreras de posgrado, principalmente tecnicaturas correspondientes a las áreas de comunicación y de trabajo social. La mayoría de las carreras de grado se dicta en universidades públicas (71 %) y se distribuyen regionalmente de la siguiente manera: 99 en la región Metropolitana (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 24 partidos del Gran Buenos Aires y La Plata); 67 en la Región Pampeana (Interior de la Provincia de Buenos Aires —excluyendo La Plata—, Córdoba, La Pampa y Santa Fe); 32 en el Noroeste —NOA— (Salta, Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, Jujuy y Tucumán); 29 en el Nordeste / Mesopotamia —NEA— (Entre Ríos, Corrientes, Chaco, Misiones y Formosa); 20 en Cuyo (Mendoza, San Juan y San Luis) y 20 en la Patagonia (Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego).

Las carreras de historia y de comunicación social son las de mayor peso relativo en el conjunto de la oferta de grado, ambas con un total de 67 programas. Pero en el caso de historia se encuentra cierto equilibrio entre licenciaturas (36) y profesorado (31), mientras que en el área de comunicación social las licenciaturas son mucho más prevalentes (61, frente a 6 profesorado). Siguen en importancia cuantitativa las carreras de ciencia política, con un total de 47, de las cuales 45 son licenciaturas y 2 son profesorado, y de trabajo social, con 43 licenciaturas sobre un total de 46 carreras. Los programas de sociología son 22, con 17 licenciaturas y 5 profesorado, y los de antropología 12, con un solo profesorado. Cierran la lista las carreras de ciencias sociales, con 4 licenciaturas y 2 profesorado.

La distribución regional de esta oferta formativa se observa en la Tabla 1. La región Metropolitana concentra la mayor cantidad de carreras en todas las disciplinas, con la excepción de Antropología y, junto con el NEA, son las úni-

cas dos regiones con al menos una carrera en cada una de las disciplinas aquí analizadas. La región Pampeana no cuenta con licenciaturas o profesorado en ciencias sociales, pero es la primera en cantidad de carreras de antropología y segunda en las carreras de todas las restantes disciplinas. Cuyo y la Patagonia son las regiones con menor oferta cuantitativa de carreras —ambas con veinte—, aunque la Patagonia tiene mayor diversificación: solo carece de programas generales de ciencias sociales, mientras que en Cuyo, además de estos, tampoco se cuenta con carreras de antropología.

Tabla 1. Carreras de grado (Licenciatura y Profesorado) por disciplina y región

REGION	SOC.	C. POL.	COM.	T. S.	C. SOC.	ANT.	HIST.	TOT
METROPOLITANA	7	22	25	18	4	3	20	99
PAMPEANA	7	10	16	11		4	19	67
CUYO	4	2	6	4			4	20
NEA	1	5	7	3	2	1	9	28
NOA	1	5	9	5		3	10	33
PATAGONIA	2	3	4	5		1	5	20
TOTAL	22	47	67	46	6	12	67	267

Fuente: elaboración propia a partir de datos de SPU

Historia es la disciplina con mayor oferta de carreras en todas las regiones, con la excepción de la Metropolitana y Cuyo, en las que comunicación social cuenta con más cantidad de programas. En las regiones en las que historia ocupa el primer lugar, el segundo lo detenta la carrera de comunicación. En Cuyo, el segundo lugar corresponde a historia y en la región Metropolitana a ciencia política. La oferta formativa está más concentrada en el NEA (con 32 % de carreras de historia sobre el total de programas), seguida por el NOA y Cuyo (con 30 % de carreras historia y comunicación social, respectivamente), la región Pampeana (con 28 % de programas de historia) y finalmente las regiones Metropolitana y Patagónica (con 25 % de carreras de comunicación, en el primer caso, y de historia y trabajo social, en el segundo). Cabe enfatizar que esto se refiere a la cantidad de carreras, porque cuando se analiza la matrícula estudiantil el panorama es muy diferente. De acuerdo con datos oficiales de la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU), en el año 2017 comunicación social era la carrera con más estudiantes, con un 37,6 % del total de

la matrícula de las 7 disciplinas consideradas en este capítulo. Seguían en importancia trabajo social, con el 24,9 %, historia, con el 15,3 % y ciencia política, con el 10,8 %. Las carreras de sociología, antropología y ciencias sociales eran las que tenían menor participación relativa en la población estudiantil: 5,8 %, 4 % y 1,4 % respectivamente.

La carrera de comunicación social tenía la matrícula más alta en las regiones Metropolitana (44,2 % del total), NOA (41,4 %), Cuyo (37,2 %) y NEA (33,6 %), mientras que en la región Pampeana y la Patagonia el primer lugar lo ocupaba la carrera de trabajo social, con un 32,6 % y un 39,9 % del total de estudiantes. Si bien todas las carreras tenían ya cierta tradición en investigación y participación en el mundo académico, podría afirmarse que aquellas con un perfil más profesionalizante —comunicación social y trabajo social— dominaban ampliamente la matrícula de estudiantes: entre el 57,4 % en la Patagonia y el 72,5 % en el NOA.

Ahora bien, si se considera la evolución de la matrícula a lo largo del tiempo, puede destacarse que las carreras con mayor aumento de estudiantes entre 2001 y 2017 fueron ciencia política (+60,9 %), trabajo social (+56,4 %), historia (+45 %) y antropología (+35,5 %). Las carreras de comunicación social y sociología tuvieron un incremento muy moderado de su población estudiantil en esos más de 15 años (+6,1 % y +4,6 %, respectivamente), mientras que las licenciaturas y profesorado en ciencias sociales experimentaron un marcado descenso (-46,8 %). El leve incremento del alumnado de las carreras de comunicación social y sociología entre 2001 y 2017 comporta, en realidad, una disminución de su participación relativa en el total de estudiantes de las siete disciplinas analizadas: comunicación social pasó del 44,2 % al 37,7 % de los alumnos y sociología del 6,9 % al 5,8 %.

En el Gráfico 1 se observa el peso relativo de las diferentes carreras en las regiones y dentro de cada región. Esta representación visual confirma lo ya señalado acerca de la mayor concentración de carreras de todas las disciplinas en las regiones Metropolitana y Pampeana. No obstante, si se considera la oferta de carreras en relación con la cantidad de habitantes, vemos que ésta varía entre 1 carrera cada 130.000 habitantes, en el caso de la Patagonia, y 1 carrera cada 206.000 habitantes en la región Pampeana. En la región Metropolitana, la razón es de 1 carrera cada 149.000 habitantes, en Cuyo 1 cada 169.000, en el NOA 1 cada 176.000 y en el NEA 1 cada 202.000 habitantes. La concentración no se registra tanto en la cantidad de carreras vigentes en cada región (en relación con la cantidad de habitantes), sino en la matrícula estudiantil. La región Metropolitana, con el 32 % de la población argenti-

na, aglutinaba en 2017 al 48,7 % del total de estudiantes de las 7 disciplinas analizadas. Todas las restantes regiones tenían una participación relativa en la población estudiantil de estas carreras menor a su peso poblacional, destacándose en primer lugar la región Pampeana, que con 30,1 % de la población nacional, concentraba solo el 23 % de la población estudiantil de ciencias sociales, y esto a pesar de contar con grandes centros universitarios como Córdoba, Rosario, Mar del Plata, Sante Fe y Bahía Blanca. En términos relativos, la región Metropolitana contaba con 1 estudiante de estas carreras cada 214 habitantes, frente a 1 de cada 382 en el caso de Cuyo, 1 de cada 409 en el NOA, 1 de cada 426 en la región Pampeana, 1 de cada 448 en la Patagonia y 1 de cada 507 habitantes en el NEA.

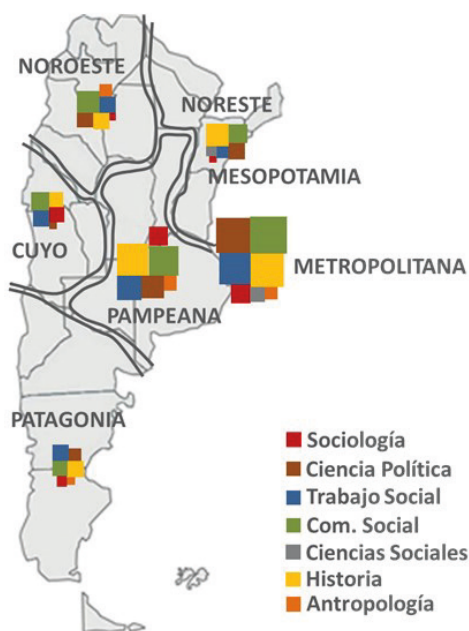


Gráfico 1. Peso relativo de la oferta de carreras por región y disciplina
Fuente: elaboración propia a partir de datos de SPU

Otro aspecto a destacar es la marcada feminización de la población estudiantil: en el año considerado (2017), 61 de cada 100 estudiantes de estas carreras eran mujeres. La participación relativa de las estudiantes alcanzaba el punto más alto en la carrera de trabajo social, con un 85,7 %, mientras que la carrera de ciencia política era la más paritaria, con un 50,4 % de estudiantes mujeres y un 49,6 % de estudiantes varones. La carrera de historia, también relativamente paritaria, era la única con mayor proporción de varones, con un 51,7 % de la matrícula.

Finalmente, con respecto al tipo de gestión, 189 carreras se dictan en universidades públicas y 78 en universidades privadas. La oferta privada está presente en todas las regiones, con la excepción de la Patagonia, y tiene fuerte concentración en la región Metropolitana, con un 59 % del total de las carreras y, en menor medida, en la región Pampeana, con un 19 % de ellas. Y si bien hay oferta de carreras de instituciones privadas en 25 localidades de 11 provincias, 32 de las 78 carreras tienen su sede en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Otra particularidad de los programas de universidades privadas es que, en el 90 % de los casos, tienen una duración de 4 años, mientras que, en las universidades públicas, el 67 % tiene una duración de 5 años. A diferencia de los programas dictados por instituciones de gestión privada, los de las universidades públicas tienen presencia en todas las regiones y en todas las provincias del país, en 51 localidades diferentes. Además, aunque en este caso la mayor concentración de programas también se registra en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, con 14 de las 189 carreras, otras ciudades como Bernal (Quilmes), Córdoba, La Plata, La Rioja, Los Polvorines (San Martín), Mar del Plata, Mendoza, Paraná, Río Cuarto, Rosario, San Fernando del Valle de Catamarca, San Juan, San Miguel de Tucumán, Santa Fe y San Salvador de Jujuy cuentan al menos con 5 carreras.

Con respecto a la formación de posgrado, se destaca en primer lugar su notable expansión en las últimas décadas, tal como lo han documentado De la Fare y Lenz (2010) o Beigel y Sorá (cap.1 de este volumen). Hacia 2021, se habían presentado ante la CONEAU más de cinco mil trámites de carreras de posgrado en ciencias sociales y humanas para su evaluación, de los cuales 4.103 resultaron acreditados: 1.861 especializaciones, 1.709 Maestrías y 532 doctorados.¹

1 Cabe aclarar que esto no equivale al número total de carreras, ya que una misma carrera puede haber presentado más de un trámite. Esto sucede, por ejemplo, cuando vuelve a someterse a evaluación para la reacreditación, o cuando se presenta por segunda o tercera vez luego de una acreditación fallida.

En las áreas disciplinares analizadas en este capítulo, se cuenta con un total de 209 carreras de posgrado activas, 169 dictadas en universidades públicas y 40 en universidades privadas, lo que permite concluir que la oferta de posgrado está aún más ampliamente dominada por las instituciones públicas que la de grado, con más del 80 % de los programas. De este conjunto de carreras, 54 son especializaciones, 104 maestrías y 51 doctorados. Una cuestión a destacar es que, a diferencia del grado, esta oferta está mucho más concentrada territorialmente: cerca del 57 % de los programas se dictan en el área metropolitana, en comparación con el 37 % de las carreras de grado. La región Pampeana mantiene un peso relativo equivalente en el posgrado al de sus carreras de grado, en torno al 25 % del total de la oferta nacional, mientras que, en todas las otras regiones, la cuota de su oferta de posgrado es proporcionalmente menor a la de grado: 5,3 % y 7,5 %, respectivamente, en Cuyo; 5,3 % y 13,5 % en el NEA; 4,3 % y 12,3 % en el NOA; 2,4 % y 7,5 % en la Patagonia

En línea con lo que dispone la Res. 160/11 del Ministerio de Educación de la Nación sobre los estándares y criterios a considerar en los procesos de acreditación de carreras de posgrado, se observa una mayor variedad y diferenciación de titulaciones en las carreras de especialización y, en segundo término, en las de maestría (especialmente en las de tipo profesional). De acuerdo con dicha resolución, la Especialización es una carrera que busca profundizar en el dominio de un tema o área determinada dentro de un campo profesional o de diferentes profesiones, mientras que las Maestrías tienen por objeto proporcionar una formación académica y/o profesional correspondiente a una disciplina, área interdisciplinaria o campo profesional de una o más profesiones. Los Doctorados, por su parte, requieren la especificación precisa de una disciplina o área interdisciplinaria en su título. No sorprende entonces que 49 de los 51 doctorados emitan un título específico en ciencias sociales, sociología, ciencia política, antropología, trabajo social, comunicación o historia.

En la Tabla 2 se observa la distribución disciplinar y regional de estos 49 programas de doctorado. Los doctorados con mayor cantidad de carreras son los de ciencias sociales y de historia, ambos con un total de 13, aunque el primero tiene mejor cobertura territorial, con presencia en todas las regiones. La región Pampeana cuenta con la oferta más diversificada, con doctorados de todas las disciplinas, con la excepción de sociología. La región metropolitana, con un total de 22 programas (46 % del total de la oferta nacional) tiene doctorados de todas las disciplinas, salvo comunicación social y trabajo social, que solo se dictan en la región Pampeana. La Patagonia solo cuenta con un doctorado en ciencias sociales, mientras que el NOA tiene doctorados de tres

disciplinas (ciencias sociales, antropología e historia) y Cuyo y el NEA de dos (ciencias sociales e historia, en el primer caso, y ciencias sociales y antropología social, en el segundo)

Tabla 2. Carreras de doctorado por disciplina y región

REGION	C. SOC.	SOC.	C. POL.	COM.	T. S.	ANT.	HIST.	TOT
METROPOLITANA	5	3	6			2	6	22
PAMPEANA	2		2	3	3	1	5	16
CUYO	2						1	3
NEA	3					1		3
NOA	1					1	1	3
PATAGONIA	1							1
TOTAL	13	3	8	3	3	5	13	49

Fuente: elaboración propia a partir de datos de SPU y CONEAU

En cuanto al tipo de gestión, solo el 11 % de las especializaciones, el 22 % de las maestrías y el 23 % de los doctorados se dictan en instituciones privadas. Las carreras de posgrado de universidades privadas están presentes en todas las regiones, salvo en la Patagonia, pero con una muy fuerte concentración en la región Metropolitana (80 % del total) y menor diversificación disciplinaria. La oferta de posgrados de universidades públicas, que cubre todas las disciplinas consideradas, también presenta concentración metropolitana, pero más atenuada (52 %). La región Pampeana es la segunda en términos de concentración de la oferta, con un 27 % del total de las carreras dictadas en este tipo de instituciones.

Los posgrados de las 7 disciplinas consideradas tenían, en 2017, una matrícula de poco menos de 20.000 estudiantes. Las carreras con titulación en ciencias sociales nucleaban el 31,5 % de los alumnos, seguidas en importancia numérica por las de ciencia política, con el 27,9 %, las de comunicación social, con el 12,4 %, y las de historia, con el 9,8 %. En el Gráfico 2 se observa la evolución de la matrícula de posgrado entre 2001 y 2017. El año 2005 marca el inicio de un ciclo de fuerte crecimiento de la población estudiantil de posgrado en todas las áreas, especialmente intenso en los casos de ciencias sociales, ciencia política y comunicación social. Pero también se constata que, hacia el final del periodo, la mayoría de los posgrados, con la excepción de los de trabajo social, antropología e historia, mostraban un relativo estancamien-

to de su matrícula (ciencia política) o una disminución (ciencias sociales, comunicación social y sociología). De todos modos, resulta importante destacar que la participación relativa de los estudiantes de posgrado en el total de estudiantes de ciencias sociales (grado y posgrado) tuvo un incremento constante, y pasó del 1,4 % en 2001 al 12,1 % en 2017.

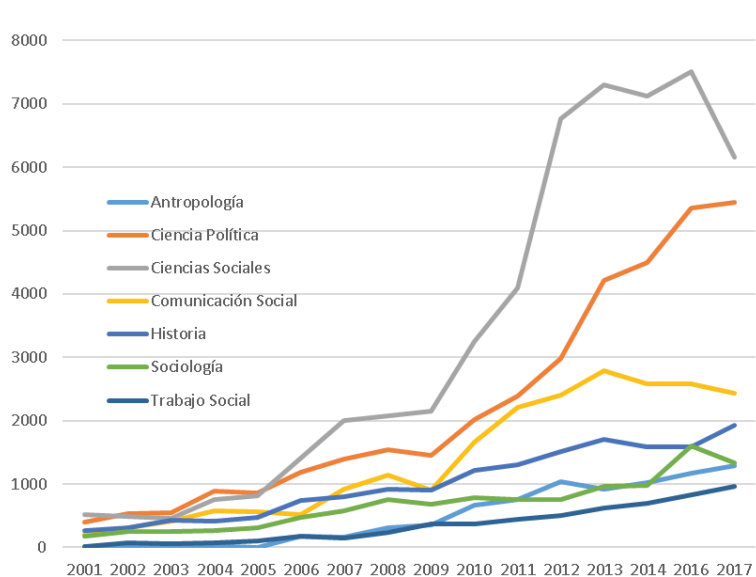


Gráfico 2. Evolución de la matrícula de estudiantes (2001–2017)

Fuente: elaboración propia a partir de datos de SPU

Al igual que en las carreras de grado, la mayoría de estudiantes de posgrado eran mujeres. Pero, en este caso, la feminización era algo mayor (64 mujeres por cada 100 estudiantes) y abarcaba a todas las áreas. Por encima del promedio de feminización se destacaban las carreras de trabajo social, con más de un 85 % de mujeres en su población estudiantil, las de antropología, con 69 %, y las de sociología, con 68 %. Por debajo del promedio se encontraban, en particular, los posgrados de historia, con un 53,3 % de estudiantes mujeres, y los de ciencia política, con 59,1 %. La mayor concentración de estudiantes de posgrado se registraba en la región Metropolitana, con un 61,6 % del total nacional, una cifra bastante mayor que la observada para el caso de las carreras de grado. Y también era más favorable, para esta región, la relación entre estudiantes de posgrado y población total. En efecto, las diferencias interre-

gionales en esta dimensión eran mucho más marcadas que en lo que respecta a la oferta de grado, con 1 estudiante de posgrado por cada 1225 habitantes en la región Metropolitana, frente a 1 de cada 6983 en el NOA, 1 de cada 5263 en la Patagonia, 1 de cada 4396 en el NEA, 1 de cada 3900 en la región Pampeana y 1 de cada 2529 en Cuyo. Estas cifras, obviamente, no tienen en cuenta el hecho de que, en muchas ocasiones, los estudiantes de una región deben viajar a otra para realizar sus posgrados, y dejan claramente en evidencia la fuerte concentración de las opciones de estudios de posgrado en la región Metropolitana y las mayores oportunidades que tienen sus habitantes para acceder al posgrado sin necesidad de desplazamientos y costos adicionales.

Perfiles formativos de las carreras de ciencias sociales

Para dar cuenta de los perfiles formativos de las carreras de ciencias sociales de grado y posgrado nos concentramos en el análisis de la definición institucional del perfil del egresado, que incluye lineamientos sobre las competencias que se espera desarrollar a lo largo del cursado de la carrera.² En la mayoría de los casos, tomamos como fuente las páginas web institucionales, pero, cuando estaban accesibles, recurrimos también a las resoluciones de los Consejos Superiores o Directivos, formuladas en el momento de la creación o modificación de los programas y planes de estudio de las carreras. Esto nos permitió ampliar considerablemente la muestra y conservar la representatividad disciplinar, geográfica y de tipo de gestión, ya sea pública o privada, de las carreras analizadas.

La muestra estuvo compuesta por los perfiles de 171 carreras y se diseñó de manera tal de asegurar diversidad disciplinaria y regional y, a la vez, respetar la representatividad en ambas dimensiones teniendo en cuenta, de manera aproximada, el peso de cada categoría en el total de la oferta académica nacional (Gráficos 4 y 5). En la muestra, 108 perfiles son de carreras de grado y 63 de carreras de posgrado. El 80 % de los perfiles corresponden a Universidades de gestión pública. En general, los perfiles de las carreras que se dictan en universidades privadas son descritos de forma más genérica, mientras que en los de las universidades públicas se encuentra mayor especificidad. Estos últimos buscan delimitar con precisión campos laborales y experticias, o competencias acordes a dichos campos.

² Para el procesamiento de los documentos utilizamos el software Atlas.ti, versión 8.4.24.0.



Gráfico 3. Distribución de la muestra de perfiles por disciplinas³
Fuente: elaboración propia



Gráfico 4. Distribución de la muestra de perfiles por regiones
Fuente: elaboración propia

³ La categoría «Ciencias Sociales (en general)» corresponde a carreras de posgrado que no pudimos clasificar como propias de una disciplina específica, o a los posgrados que usan tal denominación en su título. En la muestra solo hay un caso de grado, la Licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad Torcuato Di Tella.

Perfiles de grado

En relación con los perfiles de grado, las fuentes consultadas no permiten identificar diferencias sustanciales entre regiones ni entre carreras de gestión pública o privada. El principal clivaje que se desprende de la lectura e interpretación de los documentos es el disciplinar. Por otra parte, algunos indicios apuntan a que la antigüedad de las carreras y el grado de actualización de los programas de estudio son condiciones relevantes para encontrar distinciones entre los perfiles.

El fundamento científico–académico de las profesiones

Con matices, todas las carreras reclaman como fundamento formativo el desarrollo de una capacidad profesional adecuada a distintos ámbitos más o menos diferenciados, como veremos más adelante, basada en la formación científica en su campo disciplinar específico. En general, esta formación daría elementos para la elaboración de diagnósticos, la identificación de problemas y la intervención crítica y creativa en la «realidad social». Citamos a continuación algunos ejemplos:

El perfil profesional del Licenciado en Ciencia Política y Administración Pública será el resultado y la expresión de una rigurosa formación científico–política y comprensiva de las dimensiones normativa, teórico–metodológica e instrumental de la disciplina que habilite al graduado para: analizar de un modo crítico, integral y particularizado, los fenómenos político y administrativo público; accionar en forma creativa sobre dichos fenómenos. (Lic. en Ciencia Política y Administración Pública, Universidad Nacional de Cuyo)

La/el egresada/o de la Carrera de Ciencias de la Comunicación posee una sólida formación teórica y conceptual para el análisis comunicacional de los fenómenos sociales, y posee herramientas para intervenir de manera crítica y profesional en distintos ámbitos del campo de la comunicación. (Lic. en Comunicación Social, Universidad de Buenos Aires)

En lo Profesional (el graduado) es capaz de dar respuestas a las necesidades del medio, de desempeño interprofesional idóneo; capaz de desempeñarse en los ámbitos institucionales (públicos y privados) y comunitarios; dotado de criticidad respecto de su rol profesional apto para contextualizar los conocimientos de su ciencia en el marco general y crítico respecto de sí, de sus posibilidades y limitaciones. (Lic. en Sociología, Universidad Nacional de San Juan)

Sin dejar de lado este fundamento común de los perfiles formativos de las carreras de ciencias sociales en Argentina, también resulta importante destacar algunas particularidades relacionadas con el campo de estudio de cada una de las disciplinas. En definitiva, sobre la base de los perfiles se puede entrever cuáles con los campos de estudio que cada disciplina reclama como propios. En este sentido, tanto las carreras de historia como las de antropología definen su tarea de investigación en torno a fenómenos relativamente específicos. En el caso de la antropología, el perfil de la Universidad Nacional de Rosario, por ejemplo, delimita un campo concreto cuando sostiene que el antropólogo puede «realizar estudios e investigaciones referidas a los grupos humanos en su dimensión biológica y cultural, y a las relaciones socioculturales involucradas en su accionar y en su diversidad espacio-temporal» (Lic. en Antropología, Universidad Nacional de Rosario). Y, en el caso de la historia, esta disciplina ancla específicamente sus reflexiones en el pasado y su relación con el presente. Así, en el perfil de la carrera de la Universidad Nacional de Jujuy, por citar un caso arquetípico, se espera que un/a historiador/a sea capaz de «realizar investigaciones analizando sistemáticamente los enfoques teóricos y metodológicos de la Historia y ciencias afines, produciendo conocimiento en las diversas áreas de la Historia que propicien una mejor comprensión del pasado y su relación con el presente» (Lic. en Historia, Universidad Nacional de Jujuy).

A diferencia de estas dos disciplinas, las carreras de ciencia política y de sociología se refieren, con frecuencia, a campos de estudio algo más amplios, en ocasiones con alusiones directas a las «ciencias sociales» en su conjunto. A continuación, se presentan algunos ejemplos:

El Licenciado en Sociología está capacitado para intervenir en todas las etapas del análisis e interpretación sobre problemas sociales y de interés sociológico. (Lic. en Sociología, Universidad Nacional de Santiago del Estero)

(El graduado podrá) desarrollar la actividad profesional en lo concerniente a la formulación e implementación de estudios y análisis sobre los diferentes aspectos que presenta la realidad social desde una perspectiva global, integral y crítica. (Lic. en Sociología, Universidad Nacional de Villa María)

Los/as graduados/as de Ciencia Política serán capaces de interpretar y explicar las estructuras, procedimientos y procesos políticos, en función del análisis de las relaciones de poder entre la autoridad y los individuos, los grupos y las organi-

zaciones. (...) Interpretar y explicar el surgimiento y desarrollo de sistemas políticos, sus componentes y relaciones, y las interacciones entre diferentes sistemas políticos. Aplicar la metodología del análisis político y la metodología y técnicas de la investigación social en la realización de estudios e investigaciones. Utilizar los esquemas teórico–metodológicos de las disciplinas sociales y el conocimiento de contexto que ellas brindan para la comprensión de la problemática política. (Lic. en Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires)

(El egresado podrá) dominar cuestiones ligadas con la comprensión y análisis de procesos y dinámicas sociopolíticas. (...) Realizar un empleo adecuado y crítico de la terminología propia de las ciencias sociales. Participar en el desarrollo de proyectos de investigación en ciencias sociales. Realizar un empleo adecuado y crítico de las técnicas de relevamiento y producción de información. (Lic. en Ciencia Política, Universidad Nacional de San Martín)

Tanto el trabajo social como la comunicación social buscan legitimar la especificidad de su campo de estudio a través de su quehacer profesional. En este sentido, la principal preocupación académica es reflexionar, con fundamentos teóricos, acerca de aquellos conocimientos específicos que sean potenciales aportes para la intervención profesional:

El Licenciado en Comunicación Social será capaz de realizar estudios de investigaciones propias del campo de la Comunicación Social y el Periodismo. Concretar investigaciones aplicadas a la solución de problemas comunicacionales, informativos y/o a la implementación de programas y proyectos específicos en medios masivos, grupos o instituciones. (Lic. en Comunicación Social, Universidad Nacional de Misiones)

La Licenciatura en Comunicación Social tiene por finalidad formar graduadas y graduados para intervenir con solvencia teórica y práctica, y con discernimiento crítico, en el análisis, planificación y gestión de los diversos procesos de comunicación social. (Lic. en Comunicación Social, Universidad Nacional de Rosario)

Las/los trabajadoras/es son profesionales capacitados para: Reconstruir la trayectoria histórico–social de los procesos de desarrollo, rupturas y avances de la disciplina en el contexto de las ciencias sociales como posibilidad de prospectiva y de fortalecimiento de espacios y asociaciones profesionales. (Lic. en Trabajo Social, Universidad Nacional de Catamarca)

La orientación de los perfiles hacia diversos ámbitos laborales

Al analizar las orientaciones de los perfiles formativos se puede establecer una suerte de continuo que va desde las carreras más «académicas» a las más orientadas al ejercicio de una profesión. En el polo más académico se ubican, en general, las carreras de historia y de antropología y, en el polo más profesionalizante, las de comunicación social y trabajo social, mientras que, en una posición relativamente intermedia de este continuo, se encuentran las carreras de sociología y ciencia política. Esta clasificación se desprende de la orientación hacia diferentes ámbitos de inserción para los graduados y de las capacidades o competencias que se pretende que adquieran en sus trayectos universitarios de formación. Desde un punto de vista analítico, los perfiles describen cuatro orientaciones laborales posibles, hacia ámbitos relativamente diferenciados, pero no necesariamente excluyentes entre sí: el ámbito académico/educativo; el Estado y entes públicos; el mercado y entidades privadas; el espacio comunitario.

En la Tabla 3 se observa, a partir de esta clasificación, el porcentaje de carreras de la muestra que fue asignado a una u otra orientación laboral.

Tabla 3. Orientación formativa laboral de las carreras de grado en Argentina

	Campo académico y educativo	Estado o entidades públicas	Mercado o entidades privadas	Ámbito comunitario
Historia	56,4%	33,3%	7,7%	2,6%
Antropología	38,2%	26,5%	5,9%	29,4%
Sociología	34,2%	31,7%	22,0%	12,2%
Ciencia Política	23,5%	47,1%	20,6%	8,8%
Comunicación Social	22,0%	34,2%	35,4%	8,5%
Trabajo Social	12,7%	40,9%	8,5%	38,0%
Total	27,0%	36,9%	19,8%	16,3%

Fuente: elaboración propia

En general, la orientación hacia el Estado, fundamentalmente asociada a la elaboración o ejecución de políticas, y hacia el trabajo en entidades públicas, es la más prevalente en los perfiles de las carreras universitarias de ciencias sociales en Argentina. Sigue, en orden de importancia, la orientación hacia el campo académico, asociada con actividades de investigación y docencia, en todos sus niveles. Las orientaciones laborales hacia el ámbito privado y comunitario tienen menor incidencia. En todo caso, la primera está en gran medida dominada por carreras de comunicación y, dentro de ellas, probablemente por aquellas que ponen mayor énfasis en el ejercicio de la profesión en los medios y/o en la comunicación institucional/corporativa. La orientación hacia el ámbito comunitario tiene mayor importancia entre las carreras de trabajo social, cuestión que no resulta sorprendente dado que sus graduados suelen desempeñarse en organizaciones comunitarias y, en menor medida, entre las de antropología (social).

No obstante, el trabajo social, junto con la ciencia política, son las disciplinas que orientan con mayor claridad sus perfiles hacia el Estado y los entes públicos. Pero hay importantes diferencias entre ellas en el grado de especificidad de los ámbitos de competencia. Las carreras de ciencia política tienen un perfil más amplio, dedicado a la gestión pública en general, incluidos los organismos internacionales. Citamos algunos ejemplos: «(el politólogo) conoce los diferentes temas inherentes al gobierno, la administración y las políticas públicas. Todo esto significa una formación amplia para entender y trabajar en política» (Lic. en Ciencias Políticas, Universidad Católica Argentina). «El egresado/a contará con los conocimientos y habilidades necesarios para analizar la realidad política nacional e internacional e intervenir reflexivamente en las actividades de las instituciones y organizaciones estatales y privadas, así como de los organismos internacionales» (Lic. en Ciencia Política, Universidad Nacional de Córdoba).

En cambio, en las carreras de trabajo social los perfiles describen a un agente del Estado capacitado para diagnosticar e intervenir en situaciones sociales de «necesidad», o relacionadas con la «cuestión social», que requieren el concurso del Estado mediante una política social. Derivado de esto último encontramos la segunda orientación predominante en los perfiles de trabajo social, que es la ya mencionada orientación hacia lo comunitario, espacio en el que los trabajadores sociales se desempeñan como agentes capacitados para articular la demanda social en busca de soluciones específicas. En la siguiente cita se encuentra un ejemplo de esta orientación, que da pie a un campo de desempeño profesional amplio y a la vez bien delimitado:

(se espera que los trabajadoras sociales puedan) generar, potenciar y/o fortalecer procesos de organización comunitaria y/o institucional construyendo espacios concretos y flexibles en la articulación entre las necesidades e intereses de los sectores que participan del mismo y los objetivos e intereses de la institución, tendiendo a la satisfacción y legitimación de los derechos sociales. (Lic. en Trabajo Social, Universidad Nacional de Villa María)

Si bien todas las disciplinas están orientadas hacia el campo académico de las ciencias sociales, tanto para el desempeño en la investigación como en la docencia en todos sus niveles, hay matices importantes y diferencias significativas entre ellas. Las carreras de historia, antropología y, en menor medida, las de sociología, son las que más habitualmente definen perfiles para el desempeño académico y educativo. Su autoridad profesional proviene fundamentalmente de los conocimientos científicos propios de su campo disciplinar y, desde allí, derivan las orientaciones hacia otros ámbitos.

En el caso de la historia, su orientación prioritaria hacia el campo académico se debe — al menos en parte— a la presencia importante de profesorado en su oferta académica. Y el desempeño en el Estado se basa en la asesoría o curaduría en materia historiográfica o de patrimonio cultural. Un claro ejemplo de esta articulación se presenta en la carrera de historia de la Universidad Nacional de Jujuy, en cuyo perfil se afirma que las incumbencias del licenciado en historia, además de incluir todas aquellas relacionadas con la investigación en la disciplina, habilitan también para la intervención

en las problemáticas culturales a través del diseño e implementación de proyectos de gestión que articulen a los actores sociales para la conservación, divulgación e interpretación del patrimonio cultural y la divulgación del conocimiento histórico, para la participación «como asesor, consultor y perito en materia histórica de actividades y producciones culturales y científicas y otras acciones sociales para la recuperación de la verdad, memoria y los reclamos de las comunidades indígenas y populares» y para «desempeñarse en museos y otras instituciones afines.

En la antropología, la articulación de la orientación académica con otros ámbitos se da a través de intervenciones comunitarias específicas, derivadas del trabajo de campo propio de la disciplina y de un asesoramiento a comunidades y entidades públicas basado en dichas intervenciones. Un ejemplo de este entramado profesional complejo se encuentra en el perfil de la licencia-

tura en antropología de la Universidad Nacional de Río Negro, en el que se enumeran las siguientes incumbencias y alcances del título:

Realización de estudios sobre hábitos, actitudes, opiniones, comportamientos, valores, creencias e ideologías de los grupos humanos; Diseño, planificación, gestión y evaluación de proyectos socioculturales. Énfasis en situaciones de interculturalidad o que involucren problemáticas relacionadas con el patrimonio cultural; Asesoría para la elaboración, aplicación, y evaluación de políticas y normas en lo relativo a su adecuación a los distintos aspectos socioculturales de los grupos humanos. Asesorías, peritajes y consultorías en referencia al impacto sociocultural de emprendimientos, programas y proyectos de diversa índole, ya sea públicos o privados. Peritajes referidos a los componentes socioculturales de los comportamientos humanos. Formación y coordinación de equipos de trabajo en el área sociocultural.

Los perfiles de sociología delimitan el campo laboral mediante lo que podríamos definir como «investigación aplicada», tanto en ámbitos públicos como privados. Un indicio de esto es la distribución de los perfiles de manera relativamente pareja entre las diferentes orientaciones de desempeño profesional. Citamos a continuación un ejemplo, tomado de la licenciatura de la Universidad Nacional de Córdoba, que resume este anclaje de la sociología en relación con un ámbito laboral amplio:

Se aspira a que las/los egresadas/os puedan: Utilizar y/o elaborar teorías propias de la Sociología para explorar, describir, explicar y comprender fenómenos de la realidad social; Aplicar los distintos métodos y técnicas de investigación sociológicas para diseñar, dirigir, coordinar, ejecutar, supervisar asesorar y evaluar investigaciones sobre distintos aspectos de la realidad social; Realizar estudios de factibilidad social de planes, programas y proyectos, cuya implementación afecta las relaciones y estructuras sociales, así como evaluar el impacto social de los mismos; Planificar, administrar, ejecutar y evaluar proyectos en organizaciones del Estado, empresas y asociaciones no gubernamentales sobre distintos aspectos de la realidad social. (...); Relevar y evaluar datos referidos a investigaciones de mercado, medios de comunicación social y sondeos de opinión.

Los perfiles de las carreras de comunicación social suelen fundamentar el ejercicio profesional principalmente en capacidades técnicas y tecnológicas, y presentan dos especializaciones profesionales diferenciadas: el periodismo y la comunicación institucional. Ninguna de estas actividades está circunscrita estrictamente al ámbito estatal o privado, hecho que podría explicar la presencia de ambas orientaciones en los perfiles:

El Licenciado en Comunicación Social será capaz de realizar estudios de investigaciones propias del campo de la Comunicación Social y el Periodismo. Concretar investigaciones aplicadas a la solución de problemas comunicacionales, informativos y/o a la implementación de programas y proyectos específicos en medios masivos, grupos o instituciones. Participar en tareas de consultorías, asesoramiento, diagnóstico, planificación, gestión y evaluación en comunicación e información, tanto en instituciones públicas como privadas. Analizar, diseñar y evaluar programas y proyectos de comunicación e información. Asumir tareas de diseño, gestión y producción de la comunicación y la información en áreas y departamentos de Medios de Comunicación, así como en ámbitos específicos del campo profesional, en organizaciones y empresas públicas y/o privadas. (Lic. en Comunicación Social, Universidad Nacional de Misiones).

Compromisos éticos–profesionales

Si bien no todos los perfiles formativos hacen mención explícita a un «compromiso ético–profesional», resulta importante destacar que esta dimensión aparece en un porcentaje importante de los documentos institucionales analizados. En total, en los perfiles de 34 carreras se hace referencia al aspecto ético profesional como un componente central de la formación universitaria, y esto tiende a ser más prevalente en algunas disciplinas como el trabajo social (con un 44 % de perfiles que lo abordan), comunicación social (24 % de las carreras) y sociología (18 % de los casos).

Ahora bien, ¿cómo se define dicho compromiso en cada una de estas disciplinas? Según lo que podemos inferir de la lectura de los documentos, la presencia de manifiestos éticos, vinculados al ejercicio profesional y académico se enmarca, en primer lugar, en la adscripción a determinados principios de las universidades a las cuales pertenecen las carreras. En algunos, casos tienen que ver también con los procesos de politización que atravesaron históricamente dichas casas de estudio.

En las universidades confesionales, católicas, este compromiso ético pasa por integrar los valores cristianos al ejercicio de la profesión. En este sentido,

en el perfil de la licenciatura en Sociología de la Universidad del Salvador se señala que se pretende formar «sociólogos (...) con capacidad para integrar los valores cristianos en el cumplimiento responsable de dicha tarea profesional», mientras que en el caso de la licenciatura en comunicación social de Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino se afirma que se busca formar comunicadores sociales con una formación humanística que les «permite asumir un compromiso irrestricto con la verdad, promover la evangelización de la cultura y fortalecer la ética de los mensajes, respondiendo, de ese modo, a un público que debe ejercitar su derecho a la información y a la opinión».

En cambio, en las universidades públicas el compromiso ético–profesional está más relacionado con debates político–académicos que se dieron al momento de la creación de las carreras o de reforma de sus programas. En algunos perfiles de sociología, por ejemplo, el compromiso ético–profesional está vinculado al desarrollo de una actitud crítica frente a la «realidad social». La licenciatura en Sociología de la Universidad Nacional de Cuyo lo resume del siguiente modo: «El marco dentro del cual se desarrollarán estos conocimientos [teóricos, metodológicos, etc.] deberá ser el de contribuir a formar un Sociólogo autocrítico de su tarea profesional cotidiana, crítico en su visión de los fenómenos sociales, analítico en el abordaje de dichos fenómenos y coherente entre su discurso y su práctica». En comunicación social encontramos usualmente referencias a la democratización de la comunicación y la adopción de una perspectiva crítica frente a procesos de transformación social. En esta línea, el perfil de la licenciatura en comunicación social de la Universidad de Buenos Aires plantea que la carrera «brinda herramientas para intervenir y producir en el campo comunicacional desde una perspectiva crítica que favorece la democratización de la comunicación». Y el de la misma carrera, en la Universidad Nacional de La Plata, expresa que «en el plano sociopolítico, el perfil del Licenciado en Comunicación Social al que este Plan aspira es un egresado preparado para contribuir, desde su especificidad, a la independencia en el campo de las comunicaciones y a la transformación social». La Universidad Nacional de Río Negro sigue la misma línea cuando indica que aspira a formar profesionales «críticos, autónomos y democráticos, conscientes de la función político/ideológica de la comunicación y de su implícita posibilidad de afectar procesos de transformación social» y «capacitados para diseñar políticas de comunicación e información que garanticen la libertad de expresión».

Finalmente, en trabajo social el compromiso ético–profesional está anclado en la intervención en situaciones sociales de desigualdad o pobreza, y en

la garantía de los derechos sociales. Por ejemplo, la carrera de trabajo social de la Universidad de Buenos Aires «asume el desafío de operar en una sociedad compleja y profundamente desigual (y) reclama su compromiso con las disputas de los sectores populares de nuestro país». El perfil de carrera en la Universidad Nacional de Catamarca es aún más explícito cuando afirma que el egresado puede «efectuar una lectura crítica de la problemática social y motivar procesos de acción transformadora a través de su intervención profesional» y debe «comprometerse en su intervención profesional, en la recuperación y defensa de los valores éticos, culturales y democráticos (y) exhibir una conducta acorde a las pautas éticas y morales propias de nuestra sociedad».

Perfiles de posgrado

Del total de 63 perfiles de carreras de posgrado en ciencias sociales analizados, 43 % (n=27) corresponde a doctorados, 49 % (n=31) a maestrías y 8 % (n=5) a especializaciones. La amplia mayoría de los perfiles formativos en el posgrado están orientados al desarrollo de competencias para la investigación y la docencia universitaria. Al igual de lo que sucede en el grado, la adopción de perfiles más profesionalizantes se hace a partir de las competencias que brinda una formación científica en ciencias sociales. Esta combinación de orientación académica y profesional se observa con mayor frecuencia en las especializaciones (100 %) y en las maestrías (52 %) que en los doctorados (18 %). Esto es consistente con la ya citada Res. 160/11 de la SPU, que establece las características de las carreras de posgrado, más ligadas al ejercicio profesional en el caso de las especializaciones y más centradas en la actividad científico y académica, en el caso de los doctorados, pasando por las maestrías que pueden ser, tal como lo regula la resolución, de tipo académico o profesional. Presentamos a continuación los perfiles de los dos niveles que analizamos con mayor detalle, el de maestría y el de doctorado, y por disciplina en particular o en ciencias sociales en general.

Maestrías

En el caso de las maestrías, aunque hay programas con un claro perfil académico, en general la convergencia entre la orientación académica y la profesional es visiblemente mayor que en los doctorados. Por otra parte, al igual que en las carreras de grado, la mayoría de los perfiles apuntan a que el conocimiento de problemáticas sociales desde un punto de vista científico abo-

ne el ejercicio profesional. A continuación, observamos esto por disciplinas de estudio.

En historia, la maestría de la Universidad Torcuato Di Tella, por ejemplo, se propone profundizar los conocimientos historiográficos con el fin de volcarlos a la docencia o la investigación. Pero también hace mención, aunque de forma genérica, a «diversos campos profesionales» de actuación. En antropología, si bien la orientación es más bien académica, la experticia disciplinaria se propone como fundamento de un ejercicio profesional específico. En esta línea, la maestría en Antropología Social de la Universidad de Buenos Aires afirma que sus egresados podrán

diseñar y desarrollar proyectos de investigación, tanto en el campo de la investigación básica como en el campo de la gestión y la intervención. Realizar tareas de consultoría y asesoramiento técnico en el campo del diseño y la implementación de las políticas públicas, tanto desde la perspectiva de las instituciones estatales como de las organizaciones no gubernamentales.

La sociología a nivel de maestría, como ya se observó en el grado, es la disciplina que más claramente funda su ejercicio profesional en un saber sociológico específico. Un ejemplo es el caso de la maestría en sociología de Universidad Católica de Buenos Aires, cuyo perfil expresa que el egresado «podrá desempeñarse en el campo de la consultoría y el ejercicio profesional (...) analizando y proponiendo respuestas a diversas problemáticas de naturaleza sociológica a través de la producción, recopilación, tratamiento e interpretación crítica de información compleja sobre la realidad social, presentándola de forma clara y pertinente para responder preguntas específicas». Otro ejemplo es el de la maestría en sociología de la Universidad Nacional de Córdoba, que define a sus egresados como un recurso humano «experto en análisis sociológico y preparado para intervenir en el desarrollo regional, por su conocimiento sobre enfoques alternativos de interpretación/explicación de los problemas sociales».

En ciencia política, las maestrías se posicionan en la bisagra entre el campo académico y el campo de la política y la gestión estatal. Apuntan mayoritariamente a formar a profesionales altamente calificados para desempeñarse bajo la figura de asesor. En esta línea, la maestría en Partidos Políticos de la Universidad Nacional de Córdoba

se propone formar investigadores/as con una creciente capacidad para planear y desarrollar investigaciones de forma autónoma, con ejercicio en hábitos intelectuales de carácter interdisciplinarios (pero que también) posean las cualidades necesarias para desempeñarse con pericia en los espacios de intersección que vinculan los análisis académicos con la toma de decisiones en el ámbito público.

En definitiva, sostiene que los «magísteres poseen la formación adecuada para desempeñarse con solvencia en la investigación, el análisis político, la docencia y la gestión pública vinculada al ámbito de lo político». Y el perfil de la maestría en Ciencia Política de la Universidad Nacional de San Martín indica que sus egresados estarán capacitados para «hacer un doctorado, practicar la docencia a nivel superior o desempeñarse profesionalmente en labores técnicas o de asesoramiento en organismos públicos y privados».

En trabajo social, la formación teórica y metodológica a nivel de maestría busca aportar, al igual que en el grado, a la reflexión acerca de las prácticas profesionales de intervención y a situar dichas prácticas en un contexto social específico. Por ejemplo, la maestría en trabajo social de la Universidad Nacional de Entre Ríos

procura que los egresados adquieran la solidez y rigurosidad teórico–epistemológica necesarias para la producción de conocimientos en el campo de lo social, para la cualificación de las intervenciones profesionales y para el fortalecimiento de la formación académica de grado. Se pretende lograr un profesional capaz de (...) recrear críticamente perspectivas teóricas y metodológicas que aporten a intervenciones profesionales y que respondan a las problemáticas emergentes de la realidad social; intervenir creativamente en el diseño, gestión y evaluación de políticas públicas.

La maestría en Trabajo Social de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, por su parte, sostiene que sus egresados «deberá(n) estar en condiciones de comprender el significado social e histórico de la profesión, con competencias para aportar a los procesos de producción de conocimiento».

En comunicación social, finalmente, se hallan los perfiles más profesionalizantes a nivel de maestría. Esto se observa especialmente en la oferta de universidades privadas, por ejemplo, en la Universidad del Salvador, que se propone «formar graduados capaces de organizar los departamentos de comunicación interna y/o externa de las organizaciones públicas o privadas». Y, además, afirma que «el innovador diseño curricular da la posibilidad de des-

empeñarse en roles gerenciales y de conducción en las áreas de comunicación institucional y asuntos públicos en empresas nacionales, internacionales, organizaciones sociales sin fines de lucro y organizaciones gubernamentales». El perfil formativo más especializado y profesionalizante se refleja también en la mayor especificidad que se observa en las titulaciones que ofrecen muchas de las maestrías en esta disciplina: magister en comunicación corporativa e institucional, en la Universidad Juan Agustín Maza y en la Universidad del Salvador; magister en comunicación estratégica y magister en comunicación digital interactiva, en la Universidad Nacional de Rosario; magister en comunicación institucional, en la Universidad Nacional de San Luis; o magister en comunicación y cultura contemporánea, en la Universidad Nacional de Córdoba.

A pesar de estas distinciones disciplinares, se observa que, en general, en las maestrías la interdisciplinariedad de los campos de estudio parece tener más presencia y estar más consolidada que en los doctorados y en las carreras de grado.

Doctorado

Como ya se ha señalado, los perfiles de los doctorados en ciencias sociales son en su mayoría de tipo académico. El de la Universidad Nacional de Cuyo se plantea, por ejemplo, que su trayecto formativo «acredita haber alcanzado un nivel de formación suficiente para ofrecer un aporte relevante al conocimiento científico», mientras que en el de la Universidad Nacional de Entre Ríos se afirma que «el egresado (...) estará en condiciones académicas para elaborar aportes originales en el campo del pensamiento y el conocimiento, desarrollar la investigación y formar investigadores con autonomía y capaces de realizar nuevos diseños».

En historia los doctorados también son mayoritariamente académicos, y si bien en algunas ocasiones plantean establecer puentes interdisciplinarios con otros campos de conocimiento, circunscriben sus problemáticas de investigación a la historiografía. Un ejemplo de esto es el del doctorado en historia de la Universidad Nacional del Comahue, en cuyo perfil se señala que el egresado

tendrá una visión académica amplia e interdisciplinaria y estará preparado para integrar o dirigir equipos de investigación y realizar estudios sobre problemáticas vinculadas con la Historia Económica, Historia Política, Historia Social, Historia de las Ideas, Historia de la Cultura e Historiografía. De igual manera estará formado para realizar trabajos interdisciplinarios con historiadores y otros profesionales de disciplinas afines.

Los doctorados en antropología también se circunscriben a su campo disciplinar, pero con cierta apertura hacia otras disciplinas de las ciencias sociales. Un ejemplo es el del doctorado en Antropología Social de la Universidad Nacional de San Martín, en el que se espera del doctorando/a la adquisición

de competencias y conocimientos para la formulación de problemas de investigación, en relación con los procesos de recolección y análisis de datos basados en técnicas etnográficas y cualitativas, y en lo referido al dominio de las técnicas de escritura propias de la disciplina. Al finalizar el doctorado el egresado poseerá conocimientos de teorías antropológicas clásicas y contemporáneas, de teorías en su área de especialidad y, complementando su formación, una apertura a la Sociología y a la Historia.

Al igual que en el grado, los perfiles doctorales en sociología y ciencia política apuntan a un campo de estudio más amplio. En el caso de la sociología, como se señaló en el apartado 2, la oferta de doctorados disciplinares es muy escasa. Algunas de las universidades con carreras de grado en sociología más antiguas y consolidadas, como las de Buenos Aires, La Plata, Cuyo o San Juan, han optado por ofrecer doctorados en ciencias sociales que apuntan a captar egresados de un amplio abanico de carreras de grado afines, entre ellas la sociología, y que si bien en su perfil formativo articulan los aportes de las diferentes disciplinas, suelen reconocerle cierta centralidad a la sociología, especialmente en la formación teórica y metodológica.

En Ciencia Política, a diferencia de los doctorados analizados previamente, se observa en los perfiles una mayor integración entre aspectos estrictamente académicos, vinculados a la investigación, y del ejercicio profesional extra académico. Un claro ejemplo de esto es el perfil del doctorado de la Universidad Nacional de Córdoba, que

se propone la formación de recursos humanos con capacidad suficiente para: Manejar los instrumentos epistemológicos y metodológicos necesarios para llevar a cabo proyectos viables de impacto sociopolítico; Resolver problemas específicos del área de especialización elegida, para lo cual contarán con una preparación idónea para el análisis de los procesos políticos y un dominio de los métodos y técnicas de investigación; Transferir los conocimientos adquiridos en la formación de recursos humanos en los distintos niveles y en la docencia universitaria en general; Desarrollar un campo de actuación calificado en consultorías de carácter público y privado, asesoría en organismos nacionales, internacionales y otras organizaciones.

Observamos también esta mayor complementariedad entre la formación académica y profesional en los doctorados en comunicación social y trabajo social. En el caso de la primera disciplina, un ejemplo es el doctorado en comunicación de la Universidad Nacional de La Plata, que se plantea como objetivo principal: «preparar a profesionales a través de una formación íntegra», y añade que «organiza sus actividades académicas para preparar docentes, investigadores y profesionales altamente calificados que puedan contribuir al mejor conocimiento de los procesos y las estructuras comunicacionales que afectan el desarrollo de nuestras sociedades». En el caso de la segunda disciplina, el doctorado de la Universidad Nacional de Rosario tiene como uno de sus objetivos específicos «desarrollar capacidades y habilidades para emprender proyectos de investigación científica que puedan describir y explicar la realidad social empírica; y también formular elaboraciones teóricas sobre los objetos de conocimiento propios del campo social y de la actuación profesional».

Conclusiones

En las últimas décadas, la formación en ciencias sociales en el nivel de grado del sistema universitario argentino ha tenido una fuerte expansión, tanto en la oferta de carreras como en la matrícula estudiantil, lo que se explica por varios factores concurrentes. Entre otros, podemos destacar la refundación de carreras que habían sido cerradas o restringidas durante última la dictadura cívico-militar, la expansión del sistema universitario público con la creación de nuevas universidades que han captado, principalmente, alumnado de primera generación universitaria, y el crecimiento de las universidades privadas, especialmente en la década de 1990, en el marco de la implementación de reformas de corte neoliberal. También ha sido muy significativa la expansión de la oferta de posgrados de ciencias sociales. Este proceso se observa en las universidades públicas y en las privadas, aunque las primeras registran no solo una más alta participación en la oferta de carreras y en la matrícula estudiantil, sino también una mayor diversificación de titulaciones y una mejor cobertura territorial.

En la actualidad, como se ha mostrado a lo largo del capítulo, la oferta formativa en ciencias sociales está presente en todas las regiones del país. Puede señalarse que esta presencia federal está garantizada por las universidades públicas, de las que hay al menos una en cada provincia. La oferta de gestión privada, en cambio, se encuentra concentrada en el Área Metropolitana de

Buenos Aires y en otras pocas ciudades grandes. Por otra parte, la cobertura disciplinaria, la cantidad de carreras y la relación entre la oferta formativa y la cantidad de habitantes presenta variaciones. En general, se observa una oferta más diversificada en los grandes centros urbanos, especialmente en Buenos Aires, cuya población cuenta con oportunidades educativas mucho más consolidadas que las de otras regiones. En regiones menos pobladas, como la Patagonia, o de menor desarrollo relativo, como el NEA y el NOA, la oferta de grado está dominada por carreras de corte más profesionalista, como Trabajo Social y Comunicación Social, que posiblemente presentan mejores oportunidades de inserción laboral en mercados de trabajo con fuerte impronta del sector público, o por carreras de mayor antigüedad y tradición, como Historia, especialmente en la forma de profesorado, cuyos egresados suelen insertarse en el sistema educativo local. Las carreras más orientadas a la investigación y el trabajo académico son prevalentes en las grandes áreas metropolitanas.

En el nivel de posgrado, la distribución territorial dista mucho de los niveles alcanzados en las carreras de grado. En este sentido, se registra una concentración aún más marcada de la oferta formativa en el Área Metropolitana de Buenos Aires y en las grandes ciudades de la región Pampeana. En estas regiones también se encuentra mayor diversificación de las opciones de estudios de posgrado. Todo ello pone en evidencia la persistencia de significativas desigualdades territoriales y las ventajas con las que cuentan las/os jóvenes de Buenos Aires y otras pocas ciudades para la realización de estudios de posgrado en ciencias sociales.

Más allá de los matices regionales, las disciplinas con mayor oferta de formación de grado son Historia y Comunicación Social. En el caso de la Historia, la particularidad es que los profesorado representan casi el 50 % del total de las carreras vigentes. Si observamos la matrícula estudiantil, Comunicación Social es la disciplina con más estudiantes en el nivel de grado, aunque en el período 2001–2017 tuvo un crecimiento discreto de la matrícula, lo que redundó en una caída de su peso relativo en el conjunto de la población estudiantil de ciencias sociales. Las disciplinas con mayor incremento de matrícula durante ese período fueron Ciencia Política, Trabajo Social, Historia y Antropología. Con respecto a la matrícula estudiantil de posgrado, el estudio muestra que el año 2005 marca un punto de inflexión, con el inicio de un ciclo de fuerte y sostenido crecimiento del alumnado. Pero también muestra que hacia finales de la década de 2010 eran pocas las carreras que mantenían una expansión de su matrícula, mientras que en otros casos esta se había estancado o incluso comenzado a decrecer. Un hecho muy destacable

es el notable incremento relativo de la matrícula de posgrado en el total de la matrícula estudiantil de ciencias sociales, que pasó de 1,4 % a 12,1 % en poco más de 15 años. Por otra parte, cabe señalar la alta tasa de feminización de la población estudiantil de posgrado, aun mayor que en el nivel de grado, y la creciente presencia de estudiantes extranjeros, predominantemente de origen latinoamericano.

En relación con los perfiles formativos, el principal clivaje que se desprende de la lectura e interpretación de los documentos de carreras de grado analizados es el disciplinar. Hay, además, algunos indicios de que la antigüedad de las carreras y el grado de actualización de los programas de estudio son condiciones relevantes para distinguir entre los perfiles. En general, se observa la definición de un fundamento científico para el desarrollo de capacidades profesionales y la adscripción a un campo de estudio más o menos específico según las disciplinas.

En cuanto a la identificación de incumbencias profesionales y ámbitos laborales de actuación, se registra una suerte de continuo que va desde carreras más “académicas” (Historia —licenciatura—, Antropología y, en menor medida, Sociología) a otras más orientadas al ejercicio profesional (principalmente Comunicación Social y Trabajo Social). Se destaca asimismo la importancia de perfiles formativos para el desempeño profesional en el Estado, o en organismos públicos, especialmente en el caso de las carreras de Ciencia Política y de Trabajo Social, y para el trabajo en el ámbito comunitario, en particular entre las carreras de Trabajo Social y, en menor medida, entre las de Antropología. Un aspecto importante refiere al desarrollo de compromisos ético-políticos vinculados al ejercicio profesional y académico durante la trayectoria formativa de grado. Esto se debe a la adscripción a los principios éticos y los compromisos con los derechos humanos de las universidades donde se desarrollan las carreras y, en algunos casos, igualmente a los procesos de politización que atravesaron históricamente dichas casas de estudio.

Con referencia a los perfiles formativos en el nivel de posgrado, se advierte un carácter fuertemente profesional en las especializaciones y, por el contrario, una orientación más estrictamente académica en los doctorados. En efecto, si bien estas últimas carreras no excluyen en la definición de sus perfiles el potencial desempeño de sus egresados en el ámbito profesional, ponen un claro énfasis en la prioridad formativa para la docencia y la investigación. Las maestrías, por su parte, reflejan la diversidad de opciones que la propia legislación vigente reconoce al diferenciar entre las profesionales y las académicas, y presentan, en consecuencia y según el caso, perfiles tanto

profesionales como académicos. No obstante, es de destacar que en todos los niveles, incluso entre las carreras de orientación más profesional, se prioriza una formación de base de tipo científico, con fuerte componente teórico y metodológico, cuya importancia se reconoce no solo para futuras carreras académicas, sino también para el desarrollo de competencias para el ejercicio profesional extraacadémico.

Referencias bibliográficas

- Alayón, Norberto (1980). *Hacia la historia del trabajo social en Argentina*. Ediciones CELAT.
- Alayón, Norberto y Molina–Molina, María Lorena (2019). Acerca del movimiento de reconceptualización. *PROSPECTIVA. Revista De Trabajo Social E Intervención Social*, (9), 31–40. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i9.7352>
- Badaró, Máximo (2021). La licenciatura en Antropología Social y Cultural en la Escuela IDAES / Universidad Nacional de San Martín. *XII Congreso Argentino de Antropología Social*, Universidad Nacional de La Plata.
- Barrera, Nicolás (2021). Breves apuntes para pensar la formación en Antropología en la ciudad de Rosario. *XII Congreso Argentino de Antropología Social*. Universidad Nacional de La Plata.
- Bartolomé, Leopoldo (Coord.) (2007). Argentina: la enseñanza de la antropología social en el contexto de las ciencias antropológicas. World Anthropologies Network: http://www.ramwan.net/old/documents/06_documents/informe-argentina.pdf
- Bergesio, Liliana (2021). Antropología en Jujuy: historia y desafíos de la carrera y el Colegio de Graduados. *XII Congreso Argentino de Antropología Social*. Universidad Nacional de La Plata.
- Blanco, Alejandro (2006). *Gino Germani y la renovación intelectual de la sociología*. Estudio preliminar. UNQui Editorial.
- Blois, Juan Pedro (2009). Sociología y democracia: La refundación de la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires (1984–1990). *Sociohistórica* 26: 111–150.
- Blois, Juan Pedro (2019). Sociología y regímenes autoritarios. La Carrera de Sociología de la UBA y los circuitos académicos alternativos durante los «años de plomo». *Sociohistórica*, n° 43, e071, marzo–agosto 2019. ISSN 1852–1606. Universidad Nacional de La Plata.
- Bulcourf, Pablo y D'Alessandro, M. (2013). La ciencia política en la Argentina: desde sus comienzos hasta los años 80. *Revista de Ciencias Sociales* 13, 139–230. Disponible en RIDAA–UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1162>.
- Bulcourf, Pablo y Cardozo, Nelson (2013). La Ciencia Política en la Argentina: su desarrollo e institucionalización. *REVISTA DEBATES*, v.7, n.3, p.57–88, set.–dez. 2013.
- Bulcourf, Pablo (2008). Algunas reflexiones sobre la enseñanza de la ciencia política en la Argentina. *POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, núm. 13, pp. 225–242. Grupo Interuniversitario Postdata.

- Buchbinder, Pablo (1996). Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana* Dr. Emilio Ravignani, 13.
- Carrera, Julián (2018). La perspectiva decolonial en los planes de estudio de historia en la Argentina, conjeturas de una ausencia. *Otros logos* 9: 110–129.
- Ciappina, Carlos María (2015). De Escuela a Facultad: una historia política de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata (1934–1998). Tesis Doctoral. UNLP.
- CONEAU (2022). Guía de Posgrados acreditados de la República Argentina. CONEAU.
- Coudannes Aguirre, Mariela A. (2010). La formación del profesor de historia en la universidad argentina. La creciente distancia entre investigación/ docencia y teoría/ práctica, *Antítesis* 3, 6: 975–990.
- Deharbe, Diana Carolina (2019). Las valoraciones de los graduados en Comunicación Social sobre su formación. *Ciencia, Docencia y Tecnología*. Vol. 30, 58.
- De la Fare, Mónica; Lenz, Sylvia (2010). La política de posgrado en la Argentina y la expansión de carreras. VI Jornadas de Sociología de la UNLP, 9 y 10 de diciembre.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Sudamericana.
- Díaz, Diego (2016). La primera etapa de la Sociología en la Universidad Nacional de Mar del Plata. De la creación de la Cátedra de Sociología (1966) al cierre de la Carrera de Sociología (1977). IX Jornadas de Sociología de la UNLP, 5 al 7 de diciembre.
- Garbulsky, Edgardo O. (1992). La antropología social en la Argentina. *RUNA, Archivo para las Ciencias del Hombre*, 20(1), 11–33.
- Ghilini, Anabela (2017). La carrera de sociología en la Universidad Católica Argentina: intentos de renovación académica frente al bloqueo tradicionalista (1958–1966), *Izquierdas (Santiago)* [online].32: 18–38.
- Guardamagna, María Melinda (2011). Marchas y contramarchas en el desarrollo de la ciencia política argentina. *Persona y sociedad / Universidad Alberto Hurtado*. Vol. XXV / N° 3 / 2011 / 11–27.
- Kropff Causa, Laura (2021). La profesionalización de la antropología en la Universidad Nacional de Río Negro. *XII Congreso Argentino de Antropología Social*. Universidad Nacional de La Plata.
- Lo Russo, María Belén (2017). La disputa en las aulas: la carrera de historia en la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires (1973–1974). XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Mancuso, María (2011). La Carrera de Sociología de la UBA, su currícula a través de los años. 1958–2011. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Moljo, Shirly y Moljo, Carina (2006). A 30 años del golpe militar en Argentina: aproximaciones a la historia del Trabajo Social. *KATÁLYSIS* 9, 2: 260–267.
- Murmis, Miguel (2005). Sociology, political science and anthropology: institutionalization, professionalization and internationalization in Argentina, *Social Science Information* 44, 2 & 3: 227–282.

- Noe, Alberto (2007). La institucionalización de la sociología académica en la Argentina (1955–1966). *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el trabajo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*. Nº 9, vol. IX, invierno. ISSN 1514–6871 (Caicyt).
- Oliva, Andrea Antonia (2005). Trabajo Social en Argentina: trazos históricos. Tesis doctoral. PUC–San Pablo.
- Torti, María Cristina y Chama, Mauricio Sergio (2003). Constitución y desarrollo de la Carrera de Sociología en la UNLP: Entrevista a Alfredo Pucciarelli. *Cuestiones de Sociología*, 2003 (1). ISSN 2346–8904.
- Visacovsky, Sergio; Guber, Rosana; Gurevich, E. (1997). Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. *Redes*, vol. 4, núm. 10, octubre, 1997, pp. 213–257. Universidad Nacional de Quilmes.
- Zangara, Juan Pablo (2002). 70 años de periodismo y comunicación: avatares de una historia por (re) escribir, *Anuario de investigaciones 2002*, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, 2003, pp. 308–315.

3. Trayectorias y formación de personas con doctorado en ciencias sociales en Argentina

Martín Unzué

Introducción

El crecimiento y la consolidación de los doctorados en Ciencias Sociales en Argentina son un fenómeno que se ha acentuado en la última década y media. Fue condición necesaria y previa para ello la normalización de la enseñanza de las ciencias sociales en nuestras universidades, algo que recién podemos ubicar a partir del retorno a la democracia.

El afianzamiento de diversas carreras, en algunos casos su fundación o reapertura, y el aumento en el número de estudiantes y graduados del área, generaron las condiciones para el posterior desarrollo de los posgrados en esas disciplinas.

Este ciclo se profundizó con las reformas estructurales que se dieron en el sistema universitario y en el científico desde mediados de los años 90, en especial luego de la sanción de la Ley de Educación Superior. La nueva legislación y los «graduados en disponibilidad» fueron un buen incentivo para una etapa inicial de crecimiento de especializaciones y maestrías (Unzué, 2011; De la Fare y Lenz, 2012).

Ya en el presente siglo, y en especial con la dinamización de la oferta de becas doctorales, asistimos a un segundo momento en el que son los posgrados de corte más académico, y en especial los doctorados, los que crecen con fuerza (Unzué, 2015). Hay una confluencia de diversos factores en este proceso.

En primer lugar, la consolidación de las políticas de ciencia y tecnología poscrisis de 2001 que tienen como uno de sus principales objetivos la inversión en recursos humanos a fin de incrementar la cantidad de personal en el sector científico y tecnológico (Unzué y Emiliozzi, 2017). Tanto en el documento «Bases para un plan estratégico de mediano plazo en Ciencia, Tecnología e Innovación» como en el posterior «Plan Estratégico Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación 2006–2010», se fija la meta de llegar a los tres investigadores cada 1000 integrantes de la población económicamente activa, lo que supone la planificación de una fuerte inversión en becas para el desarrollo de estudios doctorales.

Este objetivo se asocia a una reconfiguración de la idea de carrera científico-académica, en la que el título de doctor deviene condición de ingreso a la misma.¹

Allí las pautas fijadas por el CONICET para el acceso a la carrera de investigador científico van a resultar, a medida que se fortalece la probabilidad de alcanzar ese destino laboral por el incremento de la oferta de plazas, un importante ordenador de carreras de jóvenes graduados.

En lo que sigue, el capítulo presenta los hallazgos de una encuesta sobre el perfil de los doctores de reciente graduación en el área de las ciencias sociales en Argentina.² El relevamiento fue realizado en junio de 2019 a partir de una encuesta online, anónima, autoadministrada a un universo de 1560 doctores de diversas disciplinas seleccionadas, graduados en universidades argentinas de todas las regiones en los últimos 15 años.

Se incluyeron doctorados en Ciencias Sociales, Administración, Antropología, Ciencias Políticas, Ciencias de la Educación, Ciencias Económicas, Ciencias Jurídicas, Comunicación, Comunicación Social, Demografía, Derecho, Derecho Privado, Economía, Geografía, Historia, Humanidades, Relaciones Internacionales, Sociología y Trabajo Social de una veintena de universidades públicas y privadas. Se recibieron 823 respuestas completas organizadas en tres ejes.

El primero buscó caracterizar a esa población de doctores (sexo, edad, región de origen, disciplina del grado, edad al doctorarse, trayectoria familiar). El segundo se centró en los temas de empleo de esos doctores señalando tipo de empleo, sector, percepción sobre sus salarios, oportunidades de crecimiento, y la valoración general del o de los empleos, porque muchos doctores declararon tener más de uno. En tercer lugar se indagó sobre el propio proceso de la realización del doctorado: años que les llevó completar los créditos, escribir la tesis, cómo definieron sus temas de trabajo, cómo califican su formación doctoral,

1 El análisis de los investigadores del CONICET, y en particular en ciencias sociales, muestra que antes de los años 90 los mismos suelen tener doctorados realizados en el exterior del país, y que hay un número no desdeñable de ingresos sin título de doctor, algo que queda superado desde esos momentos. Al respecto, Gallardo (2015).

2 Notemos que la delimitación disciplinar del campo de las ciencias sociales es un problema complejo. En primer lugar porque existen muchos cruces entre disciplinas de grado y de doctorado en las trayectorias, pero además, porque las prácticas interdisciplinarias y transdisciplinarias se van volviendo cada vez más relevantes en la investigación social. A ello se le agrega que las divisiones institucionales, sea las que hacen las universidades (que son diversas) o los organismos científicos, ponen dentro o fuera del campo a algunas disciplinas. En nuestro trabajo hemos seleccionado un conjunto de doctorados por sus vinculaciones con disciplinas que son relevantes y pertinentes para los estudios en ciencias sociales.

si han realizado o realizarían actividades de movilidad nacional o internacional, el rol y las relaciones con los/as directores/as de tesis, las experiencias con los jurados de las mismas y en los actos de las defensas, entre otras cosas.

En este capítulo trabajaremos con los componentes 1 y 3 de la encuesta, dado que resultados parciales del segundo, sobre inserción laboral, han sido ya presentados (Emiliozzi, 2020; Unzué y Rovelli, 2020).

De este modo en lo que sigue comenzaremos con una caracterización de la población de doctores en ciencias sociales relevada. Luego, en sucesivos apartados analizaremos la experiencia de los estudios de posgrado, la valoración de los doctorados, de los directores/as, y los procesos de elaboración de las tesis y de sus defensas. Cerraremos el capítulo con una conclusión.

Las doctoras en ciencias sociales

Las personas con doctorados en ciencias sociales encuestadas son mayoritariamente mujeres (un 64 %, frente a un 35 % de hombres y un 1 % de otros).³ Este predominio sería más importante que el que se observa entre los egresados del grado. Según los datos del anuario de estadísticas universitarias del año 2017, un 60 % de los egresados de carreras de grado en ciencias sociales son mujeres, lo que permite señalar que la tasa de feminización existente crece ligeramente en el nivel doctoral.

Sin embargo, esto no es homogéneo. Hay importantes variaciones si comparamos por disciplinas dentro del área, donde algunos campos de conocimiento están más feminizados que otros.

Mientras en Ciencias de la Educación y Antropología la presencia de mujeres llega al 80 %, en Economía y Administración resultan minoritarias (42 %). En una posición intermedia, con paridad, encontramos a los doctorados en ciencia política. Sin dudas estas diferencias son portadoras de las distintas tasas de feminización que ya se ven en el grado.

3 Notemos que los números que damos a continuación sobre composición de género, pueden tener algunas divergencias con los que publica el Ministerio de Educación al menos por tres razones. La primera es que nuestro agrupamiento de disciplinas no es igual al que realiza la estadística oficial bajo el rótulo «ciencias sociales». Luego que aquí estamos caracterizando a la población de doctores y no a los egresados. Finalmente, como ya analizamos en otra ocasión, hemos detectado algunas faltas en los números ministeriales que son por ausencia de información (por ejemplo de los doctores graduados en la UBA antes de 2010), por demoras en la información que brindan las universidades al ministerio, o también por divergencias en los criterios de registro (por ejemplo si se toma como dato de egreso el registro de los libros de defensa de tesis o el de recepción del diploma de doctor). A pesar de ello las diferencias no son muy significativas y no alteran las conclusiones.

En relación con la edad de los doctores encuestados, se trata de una población no muy joven, con un 46 % entre los 30 y 39 años, un 35 % en el rango de 40 a 49 años y un 13 % entre 50 y 59.

La explicación se asocia con el tardío desarrollo de los doctorados, lo que se combina con carreras de grado que siguen siendo relativamente largas, y que, como consecuencia, nos da una edad de salida del grado elevada que luego produce edades de egreso del doctorado también altas.

Como se puede ver en el Gráfico 1, son muy pocos los doctores en ciencias sociales graduados con menos de 30 años, y hay una importante concentración entre los 30 y 35 años (52 %), y números nada menores para los graduados de entre 36 y 40 años y de 41 a 45 años.

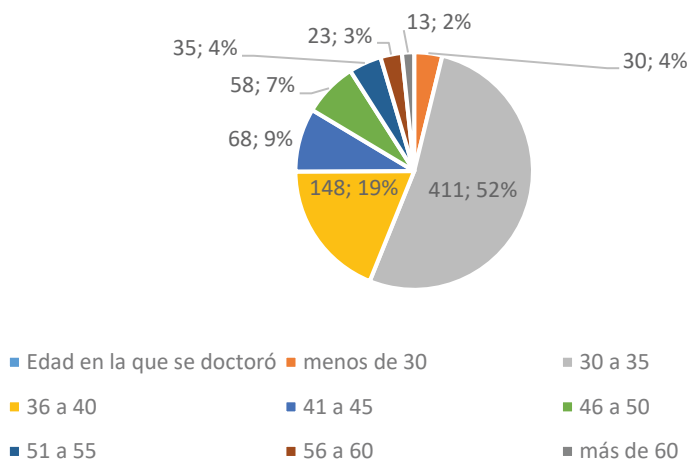


Gráfico 1. Edad de graduación del doctorado.

Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

Una consecuencia significativa de esta característica es que el 29 % de las/ los doctores/as encuestados manifiesta haber tenido hijos durante el tiempo de realización de su doctorado. Esto obedece a varias cuestiones que aún deben ser indagadas con mayor profundidad, pero resulta una particularidad en relación con otras experiencias internacionales, en las que se suele postergar el inicio del ciclo reproductivo para una etapa posterior a la de la formación.

Una primera hipótesis es que la mayor edad de los doctorandos argentinos determina ciclos vitales en los que se vuelve esperable el tener hijos. Si se cruza esta pregunta por la edad de terminación del doctorado vemos con claridad que mientras el 13 % de los graduados hasta 30 años tuvieron al menos un hijo, el número se eleva a un 25,3 % en los que se graduaron entre 31 y 35 años y a un 48,4 % en los que lo hicieron entre los 36 y los 45 años, para luego reducirse a un 14 % para los mayores a 45 años.

Se trata de un acontecimiento de las vidas personales que puede tener consecuencias en la actividad académica y de formación, y que es probable que en ciertos casos la retrase o complique, en especial para las madres. Los datos nos muestran que para aquellos que tuvieron hijos en este período, la duración del doctorado se extendió en relación con los que no los tuvieron como veremos más adelante.

De los doctorandos que tuvieron hijos durante esa etapa, un 38 % declara haber logrado una licencia por ello.

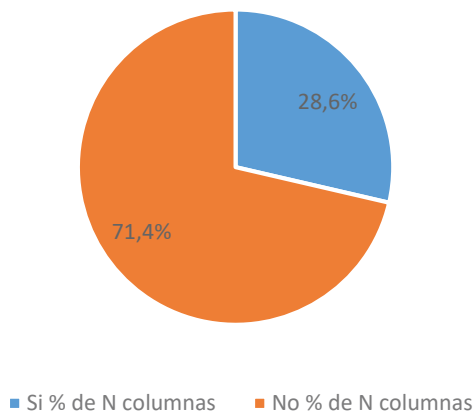


Gráfico 2. ¿Tuvo hijos durante sus estudios doctorales?

Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

También resulta relevante analizar la formación alcanzada por la familia de origen de los/as doctores/as entrevistados, es decir, sus padres y madres. Esto se vincula con la pregunta por el acceso al nivel que alcanzan los llamados «primera generación de universitarios», un tema que también está siendo fuertemente tratado en los estudios del campo.

De los datos de la encuesta podemos ver que la categoría que presenta una mayor frecuencia tanto para padre como para madre es la de «estudios universitarios completos». Allí un 35,6 % de los doctorandos tienen padre en esa condición, y un 29,2 % madre. Incluso en particular para madres, el número con posgrados es relevante: 6,6 %.

Como contraparte, son muy pocos los doctores que manifiestan tener padre o madre que no completaron sus estudios primarios o que solo alcanzaron ese nivel (3,2 % madre y 3,9 % padre en el caso de incompleto).

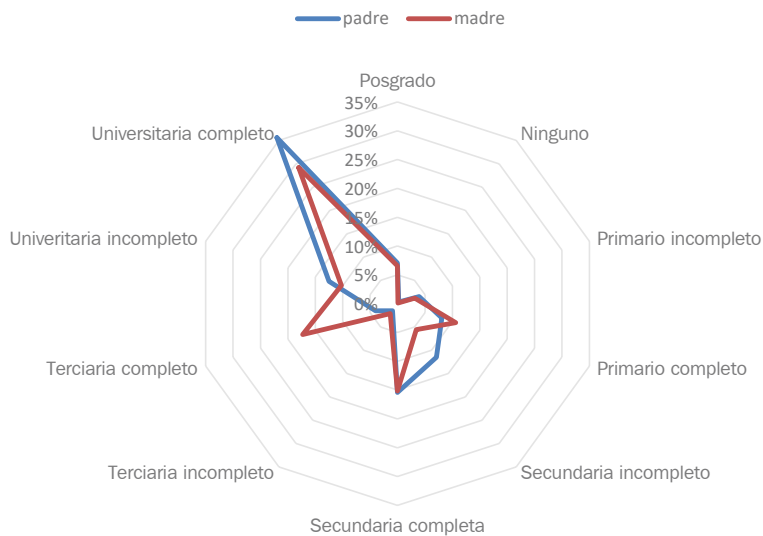


Gráfico 3. Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

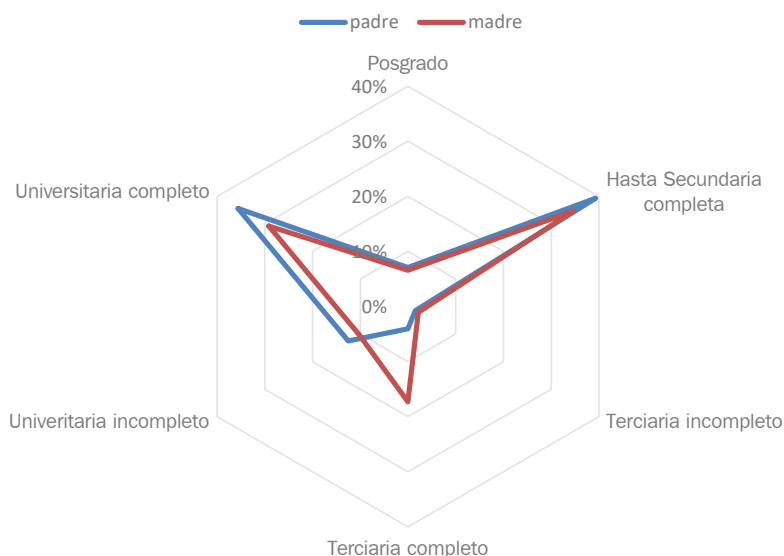


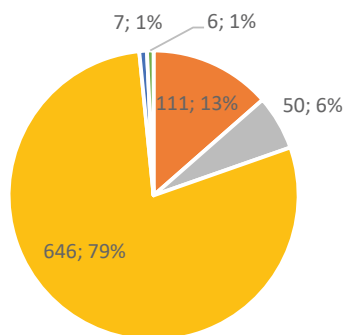
Gráfico 4. Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

Si sumamos todas las categorías inferiores hasta secundario completo, como podemos ver en el Gráfico 4, es notable que las madres, en dicha categoría, presentan más frecuencia que los padres.

Si agregamos más categorías podemos ver que los padres son más numerosos que las madres en haber llegado a la universidad, las madres que los padres a estudios terciarios, pero que en términos generales padres y madres de doctores en ciencias sociales son mayoritariamente universitarios.

En cuanto a la distribución territorial de las universidades de graduación de los/as doctores/as, la misma se presenta en el gráfico 5. Podemos ver que hay una extrema concentración de doctores graduados en la ciudad de Buenos Aires, donde se desarrolla la mayor parte de los programas doctorales argentinos, y de donde ha surgido el 82 % de los doctores entrevistados. Le sigue en relevancia la provincia de Buenos Aires con el 11 % y la zona central del país con el 5 %. Hay regiones como la Patagónica y el NOA que casi no tienen doctores en ciencias sociales graduados en sus universidades, y otras regiones como Cuyo y el NEA en las que esos números son muy bajos.

Esto señala los límites que han tenido los esfuerzos por descentralizar o federalizar la formación de recursos humanos con grado de doctor, objetivo que podemos encontrar en los principales planes nacionales de cyt de los últimos años.



■ Región que realizó doctorado ■ Bonaerence ■ Centro ■ Metropolitana ■ Noreste ■ Cuyo

Gráfico 5. Región de realización del doctorado.

Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

En relación con las disciplinas de formación de origen de los/as doctores/as en Ciencias Sociales, la mayor parte de ellos/as son Sociólogos, seguidos por Licenciados en Ciencias de la Comunicación e Información, Licenciados en Ciencia Política, Antropología, Educación, cerrando Economía y Administración e Historia. Podemos destacar que estos números no se corresponden con las cantidades de graduados de cada disciplina, lo que marca las diversas propensiones a realizar doctorados, así como la tendencia a seguir carreras académicas.

Finalmente, también se indagó sobre el conocimiento de idiomas de las personas encuestadas. Como era esperable, el predominio del inglés es muy notorio en esta población ya que un 43,9 % declara tener un nivel «avanzado» y un 38,8 % «intermedio», lo que da un 82,7 % en ambas categorías. Le siguen bastante alejados el portugués (8,6 % y 15,4 % respectivamente, sumando un 24 %), el francés (11,7 % y 11,4 % lo que da un 23,1 %), el italiano (5,7 % y 6,2 %) y el alemán (1,9 % y 2,9 %).

Sin embargo, podemos señalar que el 43,9 % correspondiente al nivel avanzado de inglés no parece un muy buen indicador porque deja a una mayoría en niveles en los que tendrían dificultades para escribir correctamente en esa lengua. La cuestionada valoración de los *papers* en inglés publicados en revistas internacionales como forma de evaluación de la producción científica,

que se ha ido instalando a nivel mundial en los organismos de CYT, encuentra en este dato una cierta restricción para que los/as doctores/as argentinos avancen en esa forma de producciones, aunque reconocemos que también se verifica que los números van mejorando en los segmentos más jóvenes. Ese nivel de «avanzados» discriminado por edades es del 56,2 % en los menores de 35 años, del 48,6 % en los que tienen entre 36 y 40 años, del 38,2 % entre 41 y 50 y del 31,1 % en los mayores de 50 años.

A continuación, presentaremos algunos datos sobre la experiencia de la realización de los doctorados.

Experiencias en los estudios de posgrado y en el doctorado

La pregunta por la formación de posgrado previa al doctorado muestra que un número importante de doctores/as (55,7 %) ha realizado una maestría. Ese número es muy superior respecto de los que completaron una especialización (15,8 %) lo que indica que este tipo de posgrado, que es el más ofertado en el sistema universitario argentino, no es muy valorado por los que quieren realizar una carrera académica y tienen al doctorado como objetivo.

Sin embargo, y aunque podemos decir que algo más de la mitad de los/as doctores/as son magísteres, el recorrido al estilo europeo (licenciatura–maestría–doctorado como estipula el Plan Bolonia) no se da en todos los casos. En la experiencia argentina un número muy significativo de doctores (44,3 %) pasa directo del grado al doctorado sin hacer previamente una maestría.

Ahora esta trayectoria parece también vinculada con la disciplina de los estudios. En el caso de los doctorados de sociólogos, politólogos y licenciados en ciencias de la educación, más del 60 % ha realizado una maestría. En el extremo opuesto, entre los antropólogos y arqueólogos solo el 20,8 % ha realizado una maestría. Todo parece indicar que la oferta de maestrías más ciertas prácticas institucionales explican en parte esta diversidad de comportamientos, a lo que se le debe sumar la diversidad de requisitos previos que se dan en las admisiones a los doctorados.⁴

⁴ Podemos encontrar doctorados que les exigen a sus ingresantes la realización de una maestría previa, y otros que no. También, en los que se diseñan de modo más personalizado tomando en cuenta los perfiles y las trayectorias de los candidatos, podemos encontrar que el pedido de realización de una maestría puede o no resultar un requisito de admisión, dependiendo de la consideración del caso.

En relación con los posdoctorados, si bien los mismos están en crecimiento en la última década, así como la disponibilidad de becas para su realización, por el momento la mayor parte de los/as doctores/as no ha realizado posdoctorados (80,1 %), lo que indica que los mismos aún están poco desarrollados en el país en el área de las ciencias sociales.

Las preguntas por la duración de los doctorados también son relevantes. Si consideramos que las experiencias de estudios de grado dilatados temporalmente son habituales y que los datos globales indican que un 30 % de los egresados de las universidades argentinas lo hacen en los tiempos previstos (tiempos teóricos),⁵ los doctorados parecerán bastante ajustados a esos plazos óptimos.⁶

La mayor frecuencia de culminación de doctorados la encontramos en los 5 años (41,2 %), seguida por los 6 años (19,7 %) y los 4 años (15,3 %). Esto muestra que casi tres de cada cuatro doctores/as concluyen su tesis en un período que va de 4 a 6 años, es decir, en torno a los 5 años que establecen la mayor parte de las becas disponibles y que señalan el plazo institucional esperado para la conclusión de esa etapa por parte de las entidades financiadoras.

Es cierto que este dato presenta algunas variaciones por disciplina y por género. Las mujeres suelen tardar más en completar sus doctorados, pues si el 44 % de los varones lo concluyen en 5 años, tan solo el 39,7 % de las mujeres están en esa situación, mientras la relación se invierte en los 6 y 7 años, donde son más las mujeres que los hombres las que tardan esos años, como se ve en el Gráfico 6.

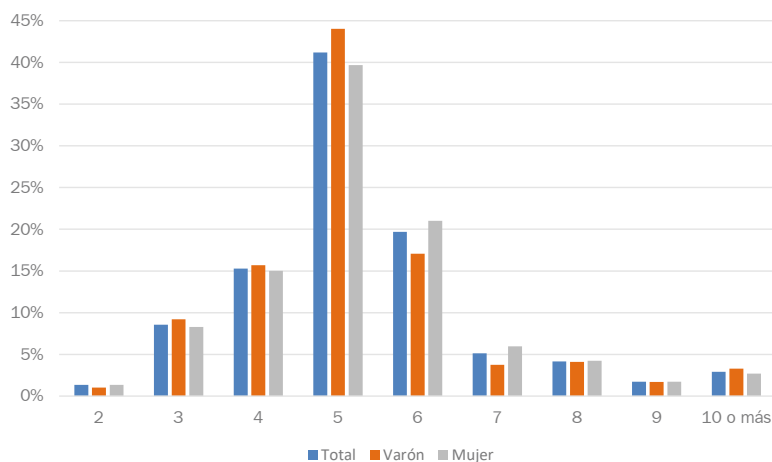


Gráfico 6. Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

⁵ Según los datos de la SPU (Síntesis de Información de estadísticas Universitarias 2015–2016).

⁶ Para un análisis del caso de los becarios, ver Conicet (2012, 2014) y Jeppesen (2015).

Si cruzamos la variable duración del doctorado en años con haber tenido una beca (notando que el 77,8 % de los entrevistados han tenido becas doctorales), podremos ver que las mismas estandarizan la trayectoria, dado que la mayor parte de los tesis ajustan sus recorridos a la beca. La concentración de tiempo entre 4 y 6 años es más alta en becarios/as, mientras que en los/as doctorandos/as sin beca se ve una mayor dispersión de los tiempos de conclusión de este nivel. Ello también implica que son menos los/as doctorandos/as becados/as que terminan sus doctorados antes de los 5 años, como se observa en el Gráfico 7.

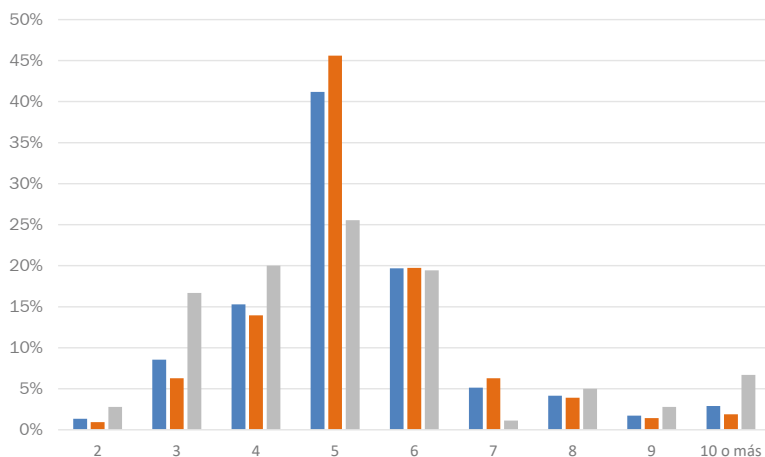


Gráfico 7. Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

También podemos incorporar la ya mencionada situación de haber tenido al menos un hijo durante la realización del doctorado. Allí vemos que ello alarga el tiempo de conclusión del doctorado. Mientras que, como ya planteamos, un 41,2 % de los doctores termina sus tesis a los 5 años, ese número se reduce al 34,5 % para los que tienen al menos un hijo, mientras que en 6 años se concentraba un 19,7 %; de los que tienen hijos ese número se eleva al 21,2 % y en más de 6 años la diferencia se amplía del 13,9 % para los doctores en general al 18,6 % para aquellos que fueron padres o madres.⁷

⁷ Notemos que nuestra encuesta solo relevó doctores y doctoras graduados, por lo que no hemos podido medir los eventuales casos de abandono por parte de padres y madres.

A la hora de preguntar por las razones de la elección de determinado doctorado, los entrevistados señalan en un 57,1 % que el cuerpo docente del doctorado fue un dato considerado y un 55,2 % sostiene que la acreditación de la CONEAU también fue tenida en cuenta.⁸

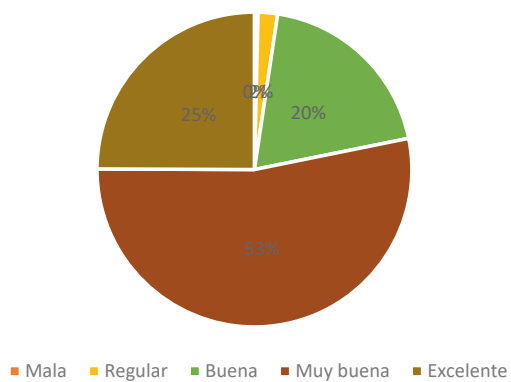
Valoración de la formación doctoral

Los doctores entrevistados suelen tener una buena valoración de los doctorados que han realizado. La mayor parte considera que su formación ha sido «muy buena» (53 %), seguida por «excelente» (25 %) y «buena» (20 %).

Si cruzamos esta variable por la duración del doctorado podremos ver que cuanto menos tiempo le llevó a los encuestados hacer el doctorado, mejor es la caracterización de sus formaciones como «excelente» (pasando del 28,6 % para aquellos que terminaron en 3 o 4 años a 22,1 % en los que lo hicieron en más de 6). También que los que no fueron becarios tienden más a calificar sus formaciones como «excelente» que los que sí lo hicieron con becas (38,3 % frente a 21,2 %). Este último dato parece bastante curioso. Una primera lectura podría sugerir que hay diferencias en las exigencias entre becarios y no becarios, aunque resulta necesario seguir indagando sobre este tema en la etapa de entrevistas, así como en las diversas percepciones de la formación cruzadas por universidad y disciplina.

Los números generales sobre la valoración de la formación acompañan a la caracterización del cuerpo docente del programa, como se aprecia en los Gráficos 8 y 9.

⁸ Recordemos que para ciertas becas como las que otorgan los organismos científicos (CONICET y las becas del FONCYT) es requisito de elegibilidad que el doctorado seleccionado tenga su acreditación de la CONEAU, por lo que el dato resulta bajo, o en todo caso, parece que se da por supuesto ese requisito porque hay becarios/as de esas agencias que no declaran haber considerado la evaluación, tal vez por desconocimiento de la normativa. Para las becas financiadas por universidades esa demanda de acreditación suele ser de la propia universidad.



Gráficos 8. ¿Cómo evalúa su formación laboral?

Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

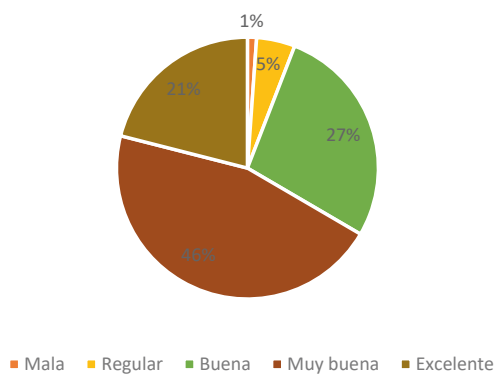


Gráfico 9. ¿Qué evaluación tiene el cuerpo docente?

Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

El 46 % de los encuestados considera que los profesores del doctorado fueron «muy buenos» y el 21 % «excelentes». Estas dos categorías —que suman un 73 %— suponen una alta valoración, aunque ligeramente menor a la que tiene la pregunta anterior sobre formación doctoral que suma 78 % en ambas categorías. Es decir, los encuestados tienen una ligera mejor evaluación de sus formaciones que de los profesores que los formaron, lo que da lugar para pensar qué otros elementos influyen en ese recorrido. Sin dudas, el papel de directores/as y de sus propios esfuerzos pueden ser parte de la explicación de esa divergencia.

También debemos notar que al tratarse de los resultados de una encuesta a doctores graduados, no contamos con datos sobre aquellos que abandonan sus estudios doctorales, y que podrían tener una percepción distinta de ambas cuestiones.

En relación con la oferta de seminarios de los doctorados, las opiniones presentan algunas críticas ya que un 24 % la indica como regular o mala, aunque las mismas se van reduciendo a medida que tomamos doctorandos que vienen de regiones fuera de la metropolitana. En aquellos provenientes de regiones periféricas la oferta de seminarios es mucho más valorada que para los que vienen del área metropolitana.

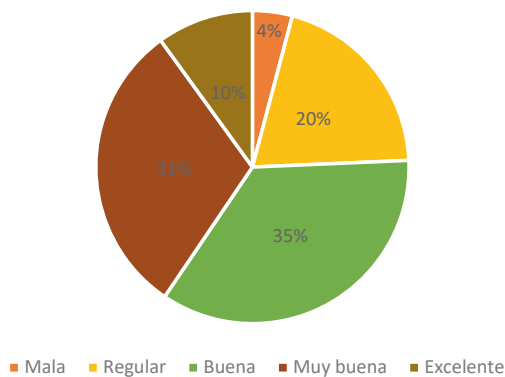


Gráfico 10. ¿Cuál es su opinión sobre la oferta de seminarios?

Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

Una cuestión que mereció una consideración que hoy resulta claramente redimensionada fue la pregunta por la modalidad de cursado de los seminarios doctorales. El 89,5 % respondió que había realizado sus seminarios de modo presencial, un 10,1 % en modalidad presencial y virtual y solo un 0,4 % afirmó haber hecho su cursada de modo virtual. En consecuencia, la irrupción de la pandemia de COVID-19 a partir de marzo de 2020 —que suspendió las actividades presenciales en todas las universidades (fenómeno que también se ha dado en la mayor parte del sistema universitario a nivel mundial)— supuso una imprevista y forzada migración a la virtualidad, partiendo de una situación abrumadoramente predominante de la modalidad presencial. Esto lleva a concluir que se trató de un esfuerzo importante de reconversión y adaptación que deberá ser evaluado en sus consecuencias positivas y negativas en el futuro.

Otro dato que nos parece significativo referido a la tendencia a la «endogamia» de los posgrados, y en particular de los doctorados, que ha sido tematizada en la literatura,⁹ es el que surge de la pregunta sobre si los profesores del doctorado ya habían sido docentes del doctorando previamente. Las respuestas se sintetizan en el Gráfico 11.

9 Notemos que la referencia crítica a la endogamia académica ha sido frecuente en países como España, Portugal, México o Perú, centrada en la integración de los cuerpos docentes con graduados de la misma universidad. En este caso nos estamos refiriendo a la integración de los estudiantes de los posgrados con graduados de ciclos anterior de la misma universidad. No son pocas las instituciones que despliegan estrategias y mecanismos de incentivos para promover esta retención de estudiantes, como se puede ver en los aranceles preferenciales para los graduados de la unidad académica del posgrado. Frente a las tradiciones que promueven la movilidad entre instituciones, como encontramos en ciertos países, esta no parece tan valorada en Argentina, o al menos, supone que hay circuitos habilitados y otros que no son factibles para dicha circulación. No podemos dejar de ver que la cuestión del gobierno de las universidades nacionales y del rol del claustro de graduados, puede ser un factor a considerar, en especial en algunas instituciones.

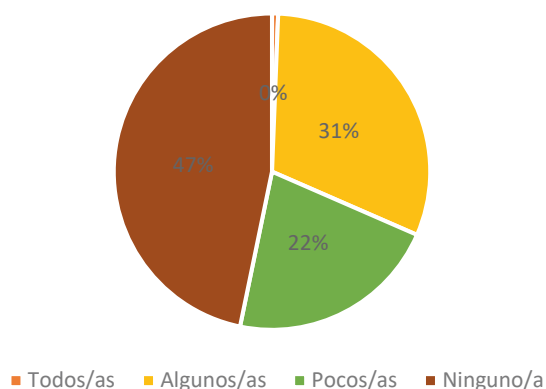


Gráfico 11. ¿Los profesores del doctorado ya habían sido docentes suyos?

Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

Notemos que para una mayoría, 53 %, los docentes del doctorado ya son conocidos de un modo u otro, aunque la situación no es tan extrema, porque son «algunos» o «pocos» los que se repiten; mientras, un 47 % de los doctorandos no conocía personalmente a ninguno de sus docentes del doctorado. Solo un 0,6 % manifestó que «todos» ya habían sido profesores suyos y esos casos se concentran más en algunas disciplinas (como económicas y «otras ciencias sociales») y en algunas universidades, aunque siempre siendo un número que no supera el 3 %.

Esto puede sugerir diversas explicaciones sobre las que continuaremos indagando. La primera es que los cuerpos de profesores en general son amplios y que se pueden realizar recorridos alternativos en el grado, al menos en algunas universidades grandes. También se podría pensar que ciertos profesores que ejercen en el doctorado no tienen un contacto directo y cotidiano con los estudiantes del grado.

Las preguntas que se han realizado sobre los aportes de los talleres de tesis muestran que existe cierto acuerdo en que los mismos son útiles para el posterior trabajo de escritura, que cumplen con las expectativas, que sirven desde el punto de vista metodológico, y también como espacio para interactuar con otros doctorandos. Este último punto es importante, pues muestra que el doctorado, a pesar de ser un trabajo predominantemente individual del doctorando (abordaremos la cuestión de los directores a continuación), también produce espacios de interacción e intercambio de experiencias, enfoques e información, que resultan relevantes y valorados.

Directores, tesis y defensas

Uno de los tópicos relevados en la encuesta estuvo vinculado a la figura de los/as directores/as de tesis. Si bien la relación director/a–doctorando/a puede ser de distintos tipos, pues los modos de trabajo y ejercicio de las direcciones son diversos, en términos generales, los cambios de director/a no resultan muy frecuentes.

Solo el 11,8 % de los 823 encuestados cambió de director/a a lo largo de su doctorado y una enorme mayoría ha valorado positivamente esa vinculación, como se ve en el Gráfico 12.

El 61 % se muestra «totalmente de acuerdo» con la afirmación de que el aporte del director/a fue fructífero para su formación, a lo que se le puede sumar un 30 % que está «de acuerdo».

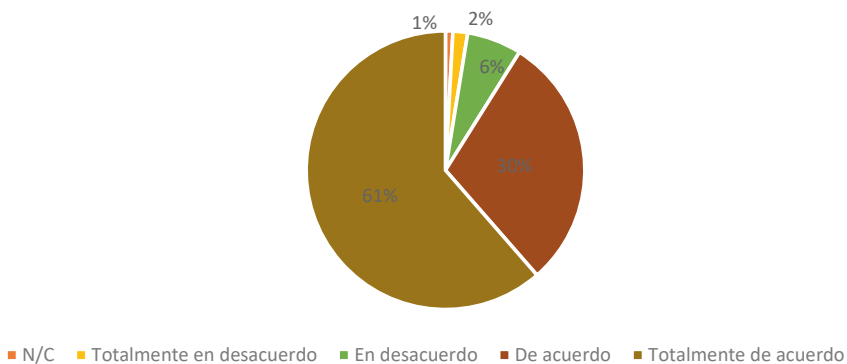


Gráfico 12. La relación con el director/ra resultó fructífera para mi formación.

Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

Estos números se vinculan con la pertinencia temática entre las áreas de trabajo del director/a y el tema de la tesis. Un 89 % de los doctorandos sostienen que sus temas de tesis están vinculados con los de sus directores/as.

En cuanto al acompañamiento de los/as directores/as a lo largo del trabajo doctoral, un 50 % manifiesta que eso se ha dado plenamente, a lo que se puede sumar un 32 % que declara que se ha dado. Por otro lado, un 16 % está en desacuerdo o totalmente en desacuerdo con la afirmación de que el director/a ha acompañado constantemente el trabajo doctoral, lo que es minoritario, aunque no es un número despreciable.

Estos datos deben interpretarse como referidos a un acompañamiento de corte académico, porque al preguntar sobre un apoyo en «cuestiones administrativas», el número de los que creen que no han sido tan asesorados por los/as directores/as se incrementa a un 26,4 %.

En cuanto a la escritura de la tesis, sin dudas la etapa fundamental del trabajo doctoral, en la que debe realizarse un aporte original al conocimiento y sintetizarse el trabajo hecho en los años previos, la mayor parte de los entrevistados señala que se trató de una tarea que les llevó más de un año (59,2 %), mientras un 33,2 % la escribió en un lapso de entre 6 meses y un año. Como era esperable, los doctorandos que tuvieron hijos también suelen tardar más en escribir sus tesis. Pero hay otro dato llamativo. A mayor edad de egreso del doctor, más tiempo le llevó escribir la tesis, como se aprecia en el Gráfico 13.

Las razones pueden ser diversas y también serán objeto de estudios complementarios. Una primera hipótesis puede ser que los más jóvenes aceptan más fácilmente una visión instrumental del doctorado, viéndolo como una etapa más administrativa que debe ser atravesada con más velocidad para comenzar con la carrera académica. Una segunda hipótesis puede estar relacionada con la mayor consolidación o reconocimiento académico que se logra con el paso de los años, y que opera como elemento de presión para hacer de la tesis un producto valioso. A más edad más conocimiento y más exposición al mundo de los colegas, lo que se traduce en más celo y esfuerzo por el resultado del trabajo doctoral. Una hipótesis final puede estar vinculada con la actividad laboral. Es esperable que a medida que aumenta la edad de los egresados, encontremos una menor participación de becarios (con dedicación exclusiva a sus trabajos doctorales). Esto implica no solo que los ritmos de trabajo no están marcados por los tiempos administrativos de la beca, sino que, además, es posible que el doctorando no becario deba dedicar parte de su jornada laboral a otras tareas, lo que puede complicar y alargar esta etapa de producción de la tesis.

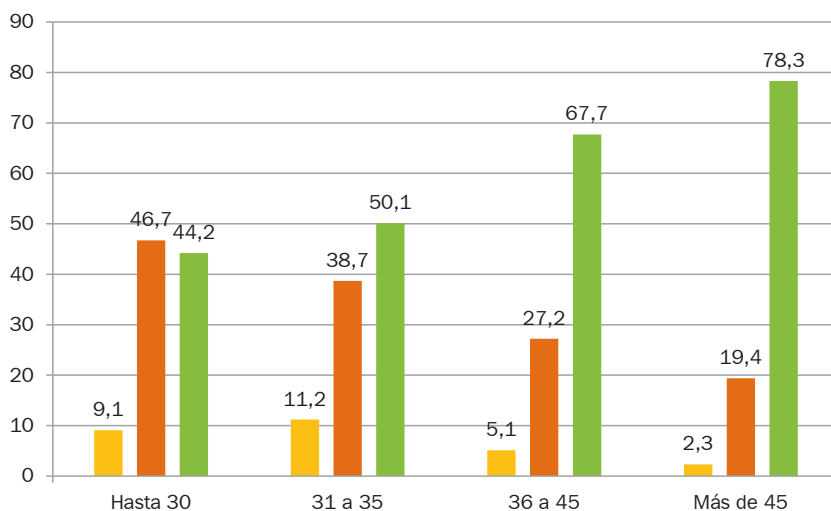


Gráfico 13. Edad de egreso y tiempo de escritura de la tesis.
Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

El lugar de trabajo habitual y predominante para escribir la tesis por parte de los doctorandos en ciencias sociales ha sido sus casas en el 76,1 %, seguido por la universidad o el instituto o centro de investigación (17,3 %) y una biblioteca (4,3 %). Esto señala el problema de la escasa institucionalidad del trabajo doctoral en el campo de las ciencias sociales, que tiene que ver con el tipo de investigaciones que se plantean, así como con limitaciones de infraestructura de las propias instituciones, aunque esto puede ser muy variable en distintas universidades.

Esta tendencia general se verifica incluso en los casos en que el doctorado se realice con una beca de dedicación exclusiva, aunque, como se muestra en el gráfico que sigue, los/as becarios/as doctorales han trabajado con mucha más frecuencia en la universidad o en el centro o instituto de investigación que aquellos que no tenían beca. Si se suman las dos categorías, veremos que un 12,1 % de los doctorandos no becarios han podido trabajar en la institución, frente a un 18,7 % de los beneficiados con una beca.¹⁰

¹⁰ Aquí las situaciones son muy diversas e incluyen los casos en los que existe una exigencia de instituciones y/o directores/as hacia becarios/as para que concurren al lugar de trabajo.

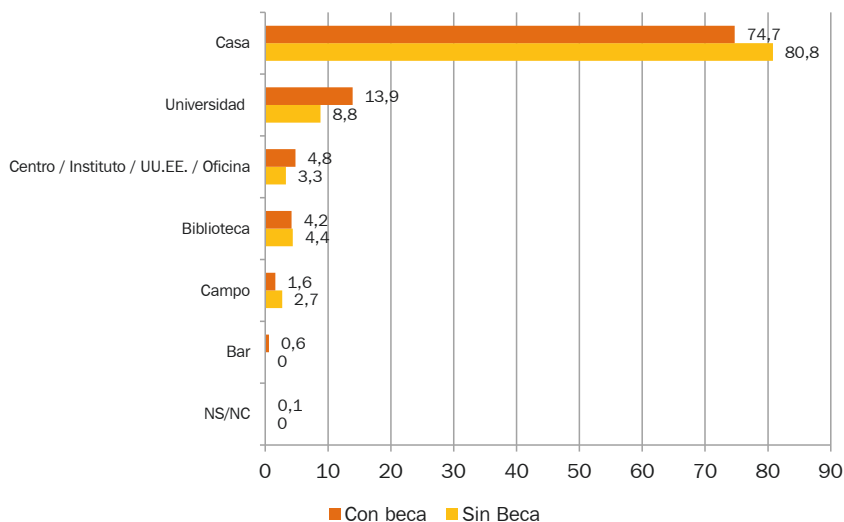


Gráfico 14. Lugar predominante de realización de la tesis doctoral
Elaboración propia en base a datos de la encuesta sobre el perfil de doctores en ciencias sociales

Finalmente, sobre las experiencias en torno a la defensa de la tesis, los encuestados muestran conformidad con los jurados y sus desempeños. Entre el 80 y el 90 % consideran que los jurados eran pertinentes temáticamente, que leyeron las tesis y que hicieron devoluciones valiosas. Esos números son consistentes con la valoración de la experiencia de la defensa de la tesis, que para un 87,6 % fue satisfactoria o muy satisfactoria.¹¹

Por otro lado, y dentro de los temas sobre los que seguiremos indagando, un 51,4 % de los doctorandos afirma haber tenido participación en la conformación del jurado de tesis (ese número es mayor en las universidades privadas donde llega al 55,6 %). Entendemos que ello va desde la sugerencia directa o indirecta de posibles evaluadores, hasta incluso en algunos casos la delegación de tareas que deberían ser administrativas e institucionales, como el contacto con los mismos.

También hemos relevado que un 58,1 % de los encuestados afirman que «conocían» a más de un miembro del tribunal de su tesis (es decir, a la mayoría, pues en general estos se conforman con tres jurados), aunque sobre este

¹¹ Sin embargo, hay un 10,4 % de los encuestados que ante la pregunta referida a si todos los jurados leyeron la tesis se manifiestan en desacuerdo o totalmente en desacuerdo, lo que abre un espacio para preguntar sobre esa dimensión fundamental de la evaluación en los doctorados.

último punto ese conocimiento debería ser mejor definido y podría no significar una proximidad personal.

Si el momento de la defensa de la tesis es central en el proceso de formación de los doctores, el análisis de los mecanismos de selección y del papel de los jurados deberá ser objeto de un estudio detallado.

Conclusiones

La pregunta por los doctorados ha devenido, en los últimos lustros, un tema de estudio abordado con creciente frecuencia en la literatura internacional. Sin embargo, mientras en otros países podemos ver una relevante y completa producción de datos estadísticos, así como de trabajos de análisis cualitativos sobre ese subsector de formación, esto en Argentina aún se encuentra en una etapa relativamente embrionaria.

El interés por el asunto tiene múltiples explicaciones. La primera se vincula a la creciente significatividad de los doctorados por el enorme crecimiento que han mostrado a nivel mundial, y en especial en nuestra región latinoamericana, lo que a su vez se profundiza en el terreno de las ciencias sociales. Los doctorados se han consolidado en la cúspide del sistema de formación académica,¹² pero también ganan relevancia por el modo en que se suelen vincular con las políticas públicas de cyt, como ha sucedido en la Argentina durante las últimas dos décadas.

Cualquier intento por hacer de la inversión en cyt un componente apreciable de las políticas públicas, que apunte a generar oportunidades de desarrollo económico y social, debe preguntarse por las características de esa población que es clave para el estudio del sistema científico.

Ello se asocia inevitablemente con el análisis del proceso de formación académica implícito en los doctorados, que se muestra muy diverso, dinámico y aún poco estudiado a pesar de su relevancia en términos de volumen, recursos invertidos, capacidad de dinamización de la oferta de las universidades así como de la producción de conocimiento original y aporte a los procesos de internacionalización académica.

Los doctorados se asocian a la consolidación de un formato de carrera científica que los pone como requisito de ingreso. De allí la pertinencia de las

12 Los posdoctorados también están conociendo un importante desarrollo aunque es discutible si se trata de un nuevo nivel de estudios

preguntas por sus modos de estructuración y gobierno, sus contenidos, sus objetivos, sus políticas de admisión de candidatos, de selección de docentes, de definición de los requisitos para ocupar lugares como la dirección de tesis o la integración de jurados. También la pregunta por la existencia de instancias de coordinación entre las políticas de CyT, los programas doctorales y los potenciales destinos laborales de esos egresados, en especial si los mismos se concentran en el sistema científico y universitario.

Notemos que en varios países las discusiones sobre algunos de estos ejes ya han logrado cierta madurez, que implica incluso el análisis de la posibilidad de la ampliación de los perfiles de los doctorados para diversificar las habilidades transmitidas y la potencial empleabilidad de sus egresados, que en términos generales se tienden a concentrar en diversos segmentos del mundo académico-científico. Aquí las deudas del caso argentino aún parecen significativas.

Las preguntas por eventuales ajustes en los perfiles de formación de doctores/as deben superar las lecturas lineales y simplistas que establecen una correlación obvia entre lo que las universidades consideran que es formar a un doctor, lo que la ciencia y las disciplinas en abstracto dictarían, lo que reciben los organismos científicos y el mundo académico, y lo que suponen las políticas públicas que son esas capacidades de las personas con doctorado.

La interacción entre el sistema universitario y el sistema de CyT, en la medida que el primero se ha constituido en el lugar de formación de los científicos, resulta de especial relevancia, aunque las instancias de coordinación entre ambos universos suelen ser predominantemente informales.

En el presente capítulo hemos podido caracterizar de modo exploratorio a una población de personas doctoradas en ciencias sociales, y señalar sus orígenes familiares, su concentración geográfica, su edad relativamente elevada, las condiciones de su trabajo doctoral, sus aproximaciones a los posdoctorados y sus capacidades idiomáticas. Hemos mostrado que se trata de una población predominantemente feminizada que suele provenir de familias de origen con formación universitaria, concentrada regionalmente en la zona metropolitana del AMBA y que ha cursado en modalidad presencial. También, que tienen recorridos relativamente dilatados, aunque no parecen ser los doctorados las instancias que prolongan los mismos. Que es frecuente la conclusión de estudios de maestría previos, aunque la realización directa de los doctorados no es algo extraño, que la prosecución de posdoctorados aún no es predominante y que en el conocimiento de idiomas se verifica el esperable predominio del inglés, aunque una mayoría no tendría capacidades suficientes para escribir en esa lengua con fluidez, lo que puede constituir una limitación a los modos pre-

dominante valorados (aunque discutidos) de producción científica esperada.

Hemos señalado que los programas doctorales están relativamente bien considerados por sus graduados/as al igual que los aportes de docentes y directores/as, aunque algunos aspectos deberían ser objeto de mayores indagaciones para alimentar futuros debates, como los modos de estructuración de los doctorados, sus amplitudes temáticas, las ofertas de créditos, la disponibilidad o limitación de los espacios institucionales, la cuestión de la endogamia institucional, y las vinculaciones entre los/as doctorandos/as y de ellos con los cuerpos de docentes, directores o tutores e integrantes de los jurados, todo potencialmente cruzado por variables como universidad de graduación o disciplina, cuestiones sobre las que continuamos trabajando.

Referencias bibliográficas

- CONICET (2014). Informe Eficacia del Programa de becas de posgrado del CONICET en la obtención de títulos de doctorado. Buenos Aires.
- CONICET (2012). Análisis de la inserción laboral de los exbecarios doctorales financiados por CONICET. Buenos Aires.
- De la Fare, Mónica y Sylvia Lenz (2012). *El posgrado en el campo universitario. Expansión de carreras y productividad de tesis en Argentina*. Los Polvorines, UNGS.
- Emiliozzi, Sergio (2020). Los/as Doctores/as en Ciencias Sociales en Argentina. Un análisis de sus trayectorias formativas. *Argumentos* 22, Buenos Aires, IIGG UBA.
- Emiliozzi, Sergio (2015). Tendencias Mundiales en la Formación e Inserción de Recursos Humanos Altamente Calificados. *Sociedad* 33, diciembre. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Gallardo, Osvaldo (2015). Trayectorias de formación de investigadores del CONICET. *Sociedad* 33, diciembre. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Jeppesen, Cynthia Verónica, Goldberg, Mariela, Szpeiner, Alfonsina y Rodríguez Gauna, María Cecilia (2015). Estrategias, instrumentos y resultados de la política de recursos humanos del CONICET en los últimos diez años. *Sociedad* 33, diciembre. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología (2006). Plan Estratégico Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación 2006–2010. Buenos Aires. Disponible en <https://www.argentina.gob.ar/ciencia/publicaciones/planes/plan-bicentenario-2006-2010>
- Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología (2005), Bases para un plan estratégico de mediano plazo en Ciencia, Tecnología e Innovación. Buenos Aires. Disponible en <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL005628.pdf>

- Secretaría de Políticas Universitarias (2017). Anuario de estadísticas universitarias. Buenos Aires.
- Unzué, Martín y Rovelli, Laura (2020). Expectativas laborales, movilidad e inserción de personas recientemente doctoradas en el área de Ciencias Sociales en Argentina. *Pensamiento Universitario* 19. Buenos Aires.
- Unzué, Martín y Emiliozzi, Sergio (2017). Las políticas públicas de Ciencia y Tecnología en Argentina: un balance del período 2003–2015. *Temas y Debates* 33, año 21, ene–jun.
- Unzué, Martín (2011). Claroscuros del desarrollo de los posgrados en Argentina. *Sociedad* 29/30. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Unzué, Martín (2015). Nuevas políticas públicas de formación de doctores en Argentina. *Sociedad* 33, diciembre. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

4. Las capacidades de investigación de las ciencias sociales en Argentina¹

Fabiana Bekerman

Introducción

La institucionalización de la investigación científica en Argentina se remonta a mediados del siglo XIX cuando se crearon los primeros institutos estatales y, en el ámbito universitario, a principios del siglo XX, cuando algunas universidades antiguas comenzaron a gestar grupos de investigación sistemáticos y reconocidos. Pero fue durante las décadas de 1950 y 1960 cuando se estableció la mayoría de las instituciones destinadas a diseñar, promover y ejecutar el desarrollo científico y tecnológico, entre ellas el CONICET creado en 1958. Paralelamente, en las universidades nacionales durante ese periodo se forjaron las bases para la profesionalización de la investigación como actividad especializada (Albornoz, 2004; Prego y Vallejos, 2010). Sin embargo, fue recién en la década del 80 cuando surgieron en las universidades lo que Vasen (2013) denomina «políticas científicas institucionales» con la creación de Secretarías de Ciencia y Técnica y Programas de subsidios en algunas de ellas. Recientemente, las transformaciones ocurridas desde principios de 2000 hasta 2015 — orientadas a la expansión de la autonomía académica, en términos de institucionalización, profesionalización, circulación internacional del conocimiento endógeno y desarrollo de una agenda propia de investigación— han profundizado ciertas asimetrías entre las instituciones académicas y desigualdades intranacionales, y se ha producido una segmentación progresiva en la distribución del prestigio entre los científicos. En trabajos previos hemos demostrado que el desarrollo histórico–estructural del ámbito científico argentino se ha ido configurando como un espacio predominantemente público (cuyos pilares son el CONICET y las universidades nacionales) y con una marcada heterogeneidad estructural (Beigel, Gallardo y Bekerman, 2018).

Un aspecto fundamental de esa heterogeneidad se refiere a la convivencia conflictiva de dos sistemas de evaluación de investigadores en el país; dos culturas evaluativas de nivel nacional: una anclada en el CONICET, donde se

1 Este trabajo es una versión modificada del artículo «Distribución desigual de las capacidades de investigación en las ciencias sociales argentinas: una mirada relacional», publicado en *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad CTS*, vol. 13, N° 37, 2018, pp. 257-288.

estimulan las trayectorias internacionalizadas, se recompensa la publicación indexada y se categoriza según los estándares impuestos por las ciencias exactas y naturales; y otra actuante en las universidades nacionales (públicas), donde se estimula investigadores con un *habitus* local, se recompensa el prestigio docente y tienen mayor incidencia las ciencias sociales y humanas (Beigel, 2015; Beigel y Bekerman, 2019). Estas dos culturas evaluativas operan en el marco de un circuito latinoamericano de publicaciones académicas con una vasta antigüedad y en un circuito nacional donde la mayoría de las revistas locales son de ciencias sociales y casi la mitad de las revistas totales no están indexadas y se editan en papel, con lo cual son distribuidas en pequeños círculos (Beigel y Salatino, 2015). Todo esto produce una segmentación anclada en las instituciones y las disciplinas. Otros aspectos de la heterogeneidad se vinculan con la distribución desigual de las capacidades de investigación en términos disciplinares, institucionales y regionales, cuyo análisis constituye el objetivo de este trabajo.

Pero, el aparente dualismo del campo científico donde pareciera que existen dos espacios diferenciados, uno en el CONICET y otro en las universidades nacionales, en realidad no es tal porque la heterogeneidad estructural de ese espacio se caracteriza al mismo tiempo por una fuerte integralidad:

En primer lugar (...) la gran mayoría de los/as investigadores del CONICET tienen lugar de trabajo y cargo docente en una Universidad nacional, con lo cual aquellos «oficios» opuestos se enfrentan en un mismo locus. En segundo lugar, ambos perfiles participan de la clasificación nacional del PROINCE (Programa de Incentivos a los docentes–investigadores²) y comparten espacios en la más alta categoría (I). En tercer lugar, la Universidad de Buenos Aires tiene un papel determinante en la morfología y estilos de producción y circulación del CONICET. (Beigel y Bekerman, 2019:25)

Teniendo en cuenta estos elementos vamos a considerar al CONICET y las universidades como parte de un mismo espacio, como un *campo científico*–

2 Programa creado en 1993 (Decreto 2427 del PEN) para todas las universidades públicas cuyo objetivo era aumentar la investigación por medio de la asignación de un plus salarial a los docentes que acreditaran la realización de investigaciones, previo proceso de evaluación curricular a través del cual se les asignaba una categoría de investigación. En 2019 el PROINCE fue reemplazado por el Sistema Nacional de Docentes Investigadores Universitarios (SIDUN) y en marzo de 2023 este programa fue nuevamente sustituido por el Programa para la Investigación Universitaria Argentina (PRINUAR) cuyas implicancias aún desconocemos.

universitario, que analizaremos diacrónicamente (como resultado histórico de procesos regionales y de políticas científicas locales) y sincrónicamente (comprendiendo la estructura de relaciones entre los institutos que lo conforman y los agentes y disciplinas que lo dinamizan en un momento determinado). Los interrogantes que guiarán el presente trabajo son: ¿cuáles fueron las políticas científicas que configuraron el espacio científico–universitario, específicamente en lo concerniente a las ciencias sociales y humanidades? ¿Cómo fue la distribución de las capacidades de investigación resultante de la última expansión ocurrida desde inicios de 2000 hasta 2015? ¿Cuál es el ámbito institucional preponderante para las ciencias sociales y humanidades y qué implicancias tiene en términos de estilos de producción y circulación del conocimiento? Para responderlos disponemos de un trabajo empírico basado en la construcción primaria de una base de datos con información sobre los espacios institucionales dedicados a la investigación (institutos, centros, laboratorios, unidades, etc.) —que denominamos genéricamente institutos— pertenecientes a las universidades nacionales (de forma exclusiva o de doble dependencia con el CONICET) y al sistema del CONICET (Unidades Ejecutoras y Unidades Asociadas). Esta base alcanzó un total de 1050 institutos y fue finalizada en diciembre de 2014. Para analizar la distribución de los recursos humanos dedicados a la investigación construimos una base de datos a partir de información del sistema SIGEVA–CONICET a la cual tuvimos acceso durante nuestro trabajo de campo, correspondiente a 2014. Además, tomamos datos de la SPU sobre los docentes categorizados en el PROINCE correspondiente a 2012.

El desarrollo histórico del campo científico–universitario argentino y el itinerario de las ciencias sociales

El concepto de campo, en términos bourdieusianos, supone que la diversidad de prácticas, representaciones y lógicas que los agentes (personas o instituciones) despliegan en ese espacio están en relación con un «sistema de preferencias» que depende no solo de las opciones de aquel que decide sino también de las condiciones en las cuales son efectuadas esas opciones: la práctica se explica vinculando las condiciones sociales en las que se ha constituido el *habitus* que las ha engendrado con las condiciones sociales en las que este opera. Aplicando esto al campo científico, Bourdieu sostiene que la especificidad del «oficio» de científico procede del hecho de que ese aprendizaje es la incorporación de unas estructuras teóricas que se adquieren a lo largo de la trayectoria de forma-

ción y de la práctica científica en equipos e instituciones. Las posiciones de los agentes o instituciones son definidas por el volumen y la estructura del capital específico que poseen. Y esas posiciones determinan la estructura del campo que los determina; es decir, el estado de las fuerzas que se ejercen sobre la producción científica, sobre las prácticas de los científicos o las culturas institucionales (Bourdieu, 2003). Lo particular del campo científico radica en que esa estructura de relación de fuerzas está definida por la estructura de la distribución de dos especies de capital: temporal (ligado a las posiciones en instituciones científicas) y científico (vinculado al prestigio y el reconocimiento de los pares). Así, las estrategias de los agentes son al mismo tiempo científicas y sociales. El campo es el espacio de tensiones entre un capital de autoridad propiamente científica y un capital de poder sobre el mundo científico, que puede ser acumulado por unos caminos que no son estrictamente científicos (a través de las instituciones que conlleva) y que es el principio burocrático de los poderes temporales (Bourdieu, 1984). Los campos nunca son totalmente autónomos, por el contrario, reciben el impacto de fuerzas externas que penetran sus fronteras y por eso la autonomía es siempre relativa. Pondremos en juego estas nociones analizando el desarrollo histórico de conformación del espacio científico–universitario argentino con especial atención al proceso operado en el ámbito de las ciencias sociales y humanidades.

La incorporación de la función de investigación en las universidades argentinas fue tardía y desde sus orígenes estas instituciones se han caracterizado por una orientación profesionalista (Gordon, 2013; Vasen, 2012; Prego, 2010; Buchbinder, 2005; Escotet *et al.*, 2010). Recién en la década del 50 comienza a incorporarse aisladamente la investigación en las universidades cuando iniciaron una fase de modernización y profesionalización, la cual se expresó en un importante aumento de puestos de tiempo completo (full time) y en el crecimiento de la matrícula en nuevas carreras como la de educación y las ciencias sociales. Mas tarde, a comienzos de la década del 70, surgieron institutos y centros que buscaron generar una mayor estructuración para la investigación, junto con la cooperación de organismos internacionales, gubernamentales y no gubernamentales y diversas fundaciones que facilitaron, mediante becas y programas de formación, la movilidad del personal científico y de conocimientos en toda Latinoamérica. Por su lado, los espacios extrauniversitarios comenzaron a configurarse como un complejo científico tecnológico también a partir de la década del 50, con la creación de una vasta cantidad de instituciones estratégicas para el área de ciencia y técnica (INTA, INTI, CNEA). El

principal hito del proceso de institucionalización de la investigación científica por fuera de las universidades fue la creación del CONICET en 1958, cuyos mecanismos de promoción de la investigación científica fueron el sistema de subsidios, el programa de becas, la creación de la carrera del investigador científico y tecnológico y del personal de apoyo a la investigación.

Las ciencias sociales argentinas tuvieron sus inicios a fines del siglo XIX o principios del siglo XX, cuando se crearon las primeras cátedras de sociología o ciencia social. Sin embargo, el proceso pleno de institucionalización ocurrió durante las décadas de 1950–1960 cuando verdaderamente se reconocieron como áreas de conocimiento incluidas en el sistema académico (De Sierra *et al.*, 2007), y a partir de allí estas disciplinas se fueron fortaleciendo tanto en sus funciones de docencia como de investigación. En 1947 se fundó el Instituto de Sociología de la UBA; luego se crearon la *Revista de Sociología* y la carrera de sociología en 1957. En 1958 se inauguró la carrera de antropología y en 1968 la de ciencia política. Dos centros privados de investigación cumplieron un rol central en el proceso de institucionalización: el Instituto de Desarrollo Económico, creado en 1958, y el Centro de Sociología Comparada, fundado en 1963. Estos centros estaban asociados a dos revistas: *Desarrollo económico* (1958) y *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* (1965). También tuvieron importancia para la legitimación de las ciencias sociales argentinas dos editoriales: Paidós y Eudeba. La creación del CONICET propició la institucionalización de la actividad de investigación y, si bien las áreas sociales no fueron prioritarias en ese momento, sí recibieron el impulso que les brindó un organismo dedicado exclusivamente a la investigación.

El golpe de Estado de 1966 fue devastador para el proyecto universitario modernizante, para la actividad científica en general y para las ciencias sociales en particular. En las universidades, luego del desalojo violento de estudiantes y profesores y de la fuerte represión conocida como *la noche de los bastones largos*, «alrededor de trescientos investigadores y docentes optaron por el exilio y se incorporaron a universidades e institutos de investigación del exterior» (Buchbinder, 2005:190). En el CONICET el directorio sostuvo que su tarea era eminentemente técnica y en virtud de ello los directores no debían presentar sus renuncias; el acta de la reunión donde se tomó esta decisión señalaba que «este grupo de científicos trabaja independientemente de toda consideración política» (citado en Hurtado, 2010:127–128). Ese mismo directorio asumió una resolución de los servicios de seguridad extendida para todos los cargos en el Estado, por la cual antes de considerar los antecedentes de un candidato a ingresar

a un cargo público —en este caso a la carrera del investigador—, su nombre debía ser sometido a investigación por los servicios de seguridad.

El breve interregno democrático (1973–1974) estuvo caracterizado por huelgas, disturbios, movilización estudiantil y politización de los ámbitos académicos y científicos. En ese contexto, se decretó la intervención de las universidades nacionales y del CONICET. Para las primeras significó la instauración de una nueva política que suprimía las trabas al acceso, simbolizada en el examen de ingreso, e intentaba establecer una «universidad nacional y popular». Para el CONICET se inauguró una modalidad de intromisión directa del poder político, que suprimió el directorio y designó un interventor. A mediados de 1974, como corolario de la muerte de Perón y en medio de un contexto de agudización de la conflictividad política y social, se produjo un giro fundamental en el gobierno nacional que para el ámbito científico–académico se vio cristalizado en la designación de Oscar Ivanissevich como ministro de Educación. La denominada «misión Ivanissevich» y el simultáneo accionar de la Triple A significaron la antesala de la intervención y represión militar que desembocó en la dictadura más cruenta de la historia argentina.

Con aquella dictadura militar impuesta en 1976, la investigación científica fue gravemente constreñida en las universidades y concentrada en el CONICET. Como consecuencia, se produjo una marcada ruptura entre ambas instituciones, lo que se tradujo en una escisión estructural entre investigación y docencia, cuyos efectos son visibles aún hoy en algunos espacios académicos. En las universidades se cerraron institutos y carreras, se disminuyó el presupuesto, se implementaron medidas para achicar las dimensiones del sistema (sistema de cupos por carrera y por universidad, arancelamiento de los servicios educativos). La dictadura se ensañó contra las ciencias sociales en general, identificadas por el régimen con la penetración ideológica subversiva en la universidad (Vessuri, 1992), cerrando carreras en algunos casos (antropología fue cancelada en las universidades de Mar del Plata, Salta y Rosario) y limitando los contenidos en otros (en las universidades de Buenos Aires, La Plata y Misiones lograron sobrevivir, pero con contenidos restringidos y con una política de cupos en las dos primeras). En el CONICET la dictadura inició un periodo contradictorio donde hubo una fuerte represión seguida por el crecimiento y la expansión del sistema. Se crearon más de 100 institutos bajo su dependencia, aumentó el número de investigadores y becarios, y se establecieron centros regionales de investigación en las provincias del interior del país. Pero este periodo constituye un ejemplo paradójico de una dinámica de doble sentido: por un lado, se vio fuertemente arrebatada la autonomía institucional más

elemental, dada por la intervención directa del poder político, pero al mismo tiempo fue posible un espacio dinámico donde los agentes competían por el capital (científico e institucional) y cuyo resultado fue una distribución desigual de esos capitales —que dejó afuera a algunos agentes—, permitiendo a los grupos dominantes —vinculados sobre todo a las ciencias naturales y biológicas— profundizar sus posiciones y tomar decisiones de política científica, fusionando un capital más puramente académico/científico con un capital de poder institucional como sustento de sus apuestas y sus luchas. Sin embargo, para otro sector (como fue el caso de las ciencias sociales) estas reglas científicas fueron alteradas y en su lugar se impusieron unas nuevas vinculadas a nuevos capitales que definieron nuevas posiciones impuestas exógenamente por la intervención militar. En efecto, los directores de institutos de ciencias sociales designados por la intervención detentaban el menor prestigio científico en relación con el conjunto y no poseían capital de poder institucional (Bekerman, 2018a). Además, las ciencias sociales mantuvieron una posición marginal en el proceso de expansión: los institutos de investigación del CONICET pertenecientes a estas áreas disciplinares representaban el 13 % en 1974 y mantuvieron esa proporción hasta el final de la dictadura, en 1983. Para el resto de las disciplinas hubo reacomodamientos: las ciencias exactas y naturales pasaron del 56 % al 46 %; las ciencias médicas crecieron del 20 % al 24 %, y las tecnologías e ingenierías pasaron del 11 % al 16 % (Oszlak, 1976; Bekerman, 2013).

Los hechos ocurridos en las universidades y en el CONICET durante la dictadura para el caso de las ciencias sociales promovieron el surgimiento y desarrollo de centros académicos independientes (CAI) que fueron exitosos como modo de preservación y desarrollo científico, llegando a ser la «última llama de investigación independiente» (Vessuri, 1992:357). Los CAI tuvieron una «mentalidad de catacumbas» que incluía un perfil bajo, poca difusión de sus trabajos y temáticas recortadas. A pesar de su reducida visibilidad, su producción escrita fue conocida regional e internacionalmente y su volumen supera con mucho la producción realizada durante el periodo en las universidades. Entre esos espacios se cuentan el CEDES (Centro de Estudios de Estado y Sociedad), el CISEA (Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración), el CENEP (Centro de Estudios de Población) y el EURAL (Instituto de Investigaciones Europeo-Latinoamericano). Se destaca, además, el CEAL (Centro Editor de América Latina), donde gran parte de los científicos sociales pudieron publicar los resultados de sus investigaciones.

Desde 1983, con la restauración de la democracia, la prioridad estuvo puesta en la necesidad de normalizar y ordenar la vida institucional en un momento de fuertes restricciones presupuestarias, lo cual significó que los recursos para ciencia y tecnología permanecieran congelados durante el periodo. En el CONICET se tomaron medidas que cambiaron el rumbo de la institución, como la derogación de las disposiciones que establecían controles ideológicos a través de exigencias informativas de «seguridad» para el ingreso a carrera, la supresión del carácter secreto de los dictámenes, la modificación en el otorgamiento de los subsidios que comenzaron a destinarse a grupos de investigación y no a directores, la convocatoria pública a proyectos de investigación, la unificación de las comisiones asesoras para la evaluación y el otorgamiento de subsidios, entre otras (Bekerman, 2016). Entre las medidas más importantes que el Consejo tomó durante este periodo se cuentan aquellas destinadas a reestablecer el vínculo con las universidades nacionales, y con ese objetivo se lanzaron dos convocatorias de proyectos de investigación (PID y PIA) que incluían explícitamente a los investigadores universitarios mediante un concurso abierto en el que la pertenencia o no al CONICET no formaba parte de los criterios de evaluación. Además, el lanzamiento de tres programas: el Sistema de Apoyo a los Investigadores Universitarios (SAPIU), el Programa de Apoyo a Núcleos Universitarios de Investigación (PROANUI) y los Laboratorios Nacionales de Investigación y Servicios (LANAIS), cuyo objetivo era facilitar la compra de equipamiento científico de alto costo para ser ubicado en las instituciones de educación superior. Por su parte, en las universidades nacionales se restableció la autonomía, se designaron rectores normalizadores, se restituyó el ingreso directo, se revisaron los concursos efectuados durante la dictadura, se reabrieron carreras que habían sido cerradas en la etapa precedente, se reformaron planes de estudio y se modificaron los lineamientos de los concursos docentes y de los estudios de posgrado, entre otros aspectos significativos. Hubo, además, un crecimiento de los institutos de investigación e incorporación de docentes vinculados principalmente a las ciencias sociales/humanidades y a las agrarias. Si bien fue una etapa de recomposición de la investigación, la docencia continuó siendo la actividad dominante en las universidades hasta los años noventa (Leal, Robin y Maidana, 2012).

A principios de los años 90 el centro de las políticas científicas estuvo ubicado en el CONICET y, sobre todo, en el desmantelamiento de las medidas que había tomado la gestión previa. Lo más importante por su fuerza simbólica fue la supresión del SAPIU y con ello el fortalecimiento nuevamente de los centros e institutos propios del CONICET, lo cual marcaba un cambio de di-

rección en lo que había sido una política de apertura hacia las universidades. Pero a mediados de la década hubo nuevamente un cambio de rumbo marcado por reformas definidas por organismos internacionales de crédito. En 1993 se creó la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU), agregando un nuevo actor en la mesa de decisiones de las políticas científicas, junto con la SECYT, el CONICET y las universidades. Estos cambios estuvieron acompañados por conjunto de nuevos programas y estructuras institucionales que incorporaron mecanismos competitivos en el sistema científico y universitario e inauguraron el rol evaluador del Estado: entre ellos, un fondo que asignaba recursos para la mejora de la docencia por mecanismos competitivos (FOMECE) y la Comisión Nacional para la Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU). Además, se promulgó la Ley de Educación Superior y el Programa de Reforma de la Educación Superior y se creó la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCYT). La SPU impulsó el PROINCE, cuya aplicación mostró las debilidades de la práctica de la investigación llevada a cabo en las universidades y la porción mínima de profesores con títulos de posgrado y con publicaciones científicas; al mismo tiempo favoreció la diferenciación salarial entre los docentes y la segmentación en el mercado académico (Chiroleu *et al.*, 2011; Gordon, 2013). En términos generales, en las universidades crecieron los institutos y la incorporación de docentes e investigadores, mientras que en el CONICET fue un periodo de crisis institucional y congelamiento de los ingresos a carrera del investigador. Los vínculos entre ambas instituciones durante este periodo se restringieron a los instrumentos tradicionales de promoción en el Consejo: institutos, carrera del investigador y del personal de apoyo a la investigación y programa de becas (Oregioni y Sarthou, 2013). En el ámbito específico de las ciencias sociales se produjo un pasaje desde el cientista social comprometido y con un rol político hacia el científico-técnico instrumentalista, con altas posibilidades de aplicabilidad empírica inmediata y directa: «En los 60–70 son los imperativos revolucionarios y de formación de los estados nacionales los que marcan el pulso de la producción de las ciencias sociales; en los 80–90, las exigencias democratizadoras y modernizadoras vía reformas estructurales de corte neoliberal» (Castellanos, 2008:14).

Desde principios de los años 2000, luego de un periodo de desconcierto y crisis social y económica, comenzó una reestructuración del espacio científico-universitario caracterizada por la expansión, el crecimiento presupuestario y los intentos por restablecer los vínculos entre el CONICET y las universidades. El área de ciencia y tecnología pasó a ocupar un lugar destacado en la política pública, lo cual quedó reflejado en la creación del Ministerio de

Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva (MINCYT) en 2007 y la multiplicación de institutos de investigación, becas de doctorado y puestos full time. Se crearon 22 nuevas universidades públicas y nuevos centros regionales en el CONICET. Entre 2003 y 2015 los investigadores del Consejo se triplicaron de 3500 a 8900, las becas crecieron de 2351 a 8886 y el personal técnico y administrativo aumentó en un 38 % (MINCYT, 2015; CONICET, 2014). Un aspecto fundamental del crecimiento del sector fue el incremento del gasto destinado a Ciencia y Tecnología que pasó de 2194 millones de pesos en 2004 a 5745 millones en 2013 (MINCYT, 2015).³ La composición de ese gasto según el sector de ejecución indica que el 75 % se canalizó a través del sector estatal, mientras que el sector privado fue insignificante. Además, su evolución entre 2009 y 2013 muestra un incremento en la participación porcentual en este gasto de los organismos públicos, donde está incluido el CONICET (pasando del 46 % al 48 % entre un año y otro), mientras que las universidades nacionales disminuyeron (del 27 % al 26 %). La evolución de la Función Ciencia y Técnica entre 1993 y 2009 muestra que el CONICET tuvo durante todo el periodo una participación superior a la de las universidades: el primero incrementó su participación un 446 %, mientras que las segundas lo hicieron en un 378 %. Además, si bien el PROINCE tuvo un incremento de docentes categorizados (pasando de 16 662 en 2003 a 24 014 en 2012), sin embargo, este hecho no estuvo acompañado de una actualización salarial (Mosto, 2011).

Hacia finales de 2015 se inició un cambio de rumbo en la política científica que significó el inicio de una etapa de fuerte recorte presupuestario en el área: el CONICET redujo en un 60 % el ingreso a la carrera del investigador científico dejando fuera a alrededor de 500 investigadores jóvenes pese a haber aprobado todas las instancias requeridas para su ingreso y en las universidades nacionales disminuyó el gasto público universitario como porcentaje del PBI, pasando de 0,85 % en 2015 a 0,79 % 2016 (Doberti, Gabay y Levy, 2020:48).

³ Los valores están expresados en miles de pesos constantes de 2004 y corresponden al gasto de todas las actividades científicas y tecnológicas que realizan las instituciones (públicas o privadas) que desarrollan esta actividad en el país. Está basado en una encuesta aplicada anualmente por el MINCYT, cuyo año corresponde al 2013.

La estructura del campo científico–universitario en 2014: fotografía de las asimetrías disciplinares, regionales e institucionales

Al momento de nuestro trabajo de campo, el CONICET contaba con una estructura de red institucional conformada por 218 Unidades Ejecutoras, 22 Unidades Asociadas y 14 Centros Científicos y Tecnológicos (CONICET, 2014) y las universidades nacionales de gestión estatal sumaban 52 (SPU, 2013). Nuestra base de datos, construida con información sobre los institutos de investigación de ambos espacios, alcanzó un total de 1050 entre los cuales el 77 % pertenecía exclusivamente a una universidad nacional, es decir, no dependía administrativamente de ninguna otra institución científica; el restante 23 % pertenecía a la red del CONICET (donde incluimos los institutos exclusivos del Consejo y también aquellos que comparten su dependencia con otras instituciones: universidades públicas y privadas, organismos científicos públicos, asociaciones, etc.; entre ellos el 17 % tenía doble dependencia CONICET–Universidad).

Para analizar la distribución regional de los institutos (y las capacidades de investigación asociadas a ellos), hemos considerado una clasificación elaborada en el marco del CECIC,⁴ que divide para todo el país ocho regiones académicas, considerando indicadores demográficos y académicos que dan homogeneidad relativa a cada espacio. Cada una de estas regiones cuenta con al menos una universidad creada antes de 1960, que funciona como una especie de nodo regional. En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires es claro el papel dominante de la UBA que concentra prácticamente un tercio de las capacidades nacionales de investigación. Las cuatro regiones que siguen en importancia son Gran Buenos Aires, Centro–Oeste, Centro–Este y Bonaerense, respectivamente. Cada una tiene una tradición de investigación pertinente, aunque la contribución de los graduados de posgrado y doctorado es menor. Norte–Oeste y Nordeste contribuyen muy escasamente a los nuevos graduados y doctorados, a pesar de tener universidades con más de 50 años de existencia y una cantidad apreciable de profesores pertenecientes al PROINCE. Sur se revela como la región más extensa con menor cantidad y densidad poblacional en Argentina y tiene nuevas, pero todavía pocas, instituciones de educación superior, aunque se ha beneficiado de las políticas de federalización en el CONICET, reclutando más investigadores nuevos que el Noroeste y el No-

4 Centro de Estudios de la Circulación del Conocimiento, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNCuyo.

reste juntos (Beigel, Gallardo y Bekerman, 2018). El Gráfico 1 muestra marcas asimetrías intranacionales en la distribución regional de los institutos de investigación. Observamos la concentración que el sistema del CONICET tiene en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: 31 % de sus institutos funcionan en esta región, lo cual incluye los institutos dependientes de forma exclusiva o en convenio con instituciones públicas o privadas, así como aquellos de doble dependencia CONICET–UBA. En el subsistema universitario, el 26 % de los institutos tiene su sede en el Gran Buenos Aires (donde funciona la Universidad Nacional de La Plata, UNLP) y el 23 % en la región Centro–Oeste (que incluye a la Universidad Nacional de Córdoba, UNC). De manera que las universidades más grandes y antiguas y la región metropolitana, que históricamente han concentrado los recursos, son las que centralizan las estructuras institucionales disponibles para el desarrollo de la investigación científica.

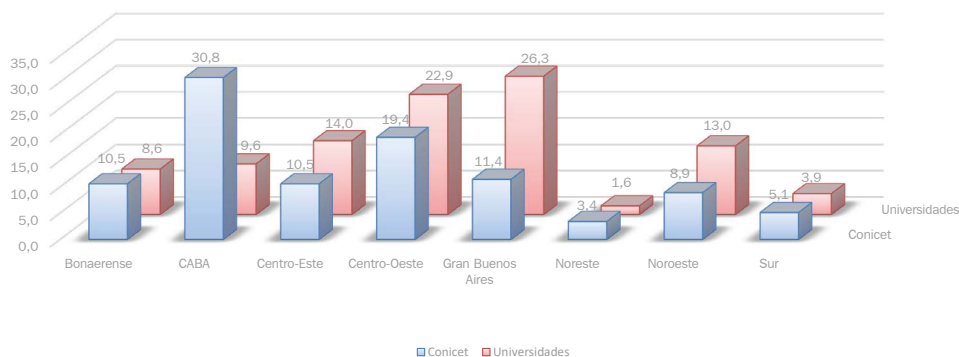


Gráfico 1. Institutos universitarios/CONICET según distribución geográfica, 2014, n=1050
Fuente: elaboración propia sobre Base de Institutos, CECIC, 2014.

Si analizamos la distribución de los institutos y de los investigadores del CONICET según las áreas de conocimiento (Gráfico 2) observaremos en el caso de las Ciencias Biológicas y de la Salud (CBS) que más de la mitad de los institutos de investigación (53 %) pertenece exclusivamente a una universidad nacional; sin embargo, la mayoría de los investigadores del CONICET de esas áreas (67 %) tiene como lugar de trabajo un instituto de doble dependencia (CONICET–Universidad). Las Ciencias Exactas y Naturales (CEN) presentan una distribución institucional más pareja: 46 % depende exclusivamente de una universidad y 41 % es de doble dependencia CONICET–Universidad; sin

embargo, una mayoría arrasadora de los investigadores, el 71 %, trabaja en un instituto de doble dependencia. En ambas áreas disciplinares observamos una marcada inserción de los investigadores en estructuras institucionales con doble dependencia —CONICET/Universidades— y mucho menos presencia en institutos universitarios exclusivos.

Las Ciencias Agrarias, Ingenierías y de Materiales (CAIM) presentan una proporción muy elevada de institutos universitarios exclusivos (87 %), pero el 59 % de los investigadores del CONICET perteneciente a estas áreas trabaja en un instituto de doble dependencia (que representan tan solo el 10 % sobre el total de institutos de estas áreas). Aquí encontramos menor proporción de institutos de doble dependencia que en las disciplinas anteriores, pero con una elevada inserción de investigadores CONICET.

El caso que atrae nuestro mayor interés es el de las Ciencias Sociales y las Humanidades (CSH), cuya distribución es bien llamativa: el 91 % de los institutos depende exclusivamente de una universidad nacional y el 65 % de los investigadores del CONICET desarrolla sus actividades en uno de ellos. La proporción de institutos e investigadores en el sistema del CONICET es sustantivamente menor en relación con el resto de las disciplinas.

Resulta claro, entonces, que las ciencias biológicas y de la salud, así como las ciencias exactas y naturales, tienen mayor arraigo institucional en el CONICET y esto ha sido así históricamente; mientras que las ciencias sociales y humanidades, así como las agrarias, han tenido mayor arraigo y desarrollo en las universidades nacionales. Estas tendencias se profundizaron durante la última dictadura militar; en efecto, la evolución de la creación institucional indica que hasta 1976 los institutos universitarios superaban en cantidad a los del CONICET y tenían una marcada preponderancia de aquellos dedicados a las CSH y las CAIM. Esta tendencia se invirtió en el periodo de dictadura, cuando crecieron los institutos del CONICET, sobre todo los de CBS y CEN (Bekerman, 2018b).

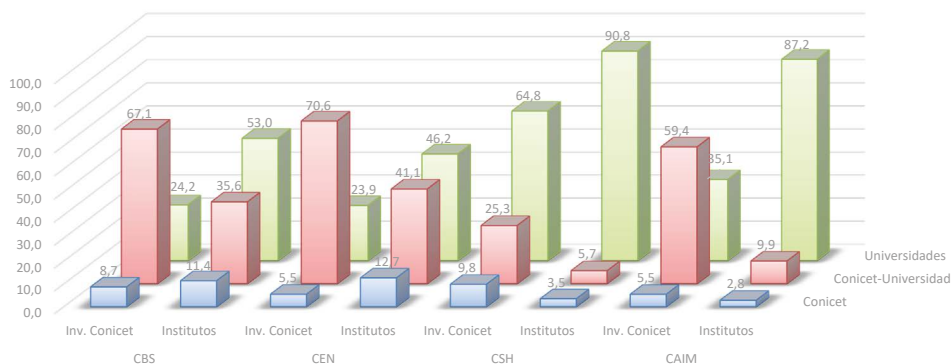


Gráfico 2. Institutos universitarios/CONICET e investigadores CONICET según áreas disciplinares, 2014, n=1050/n=7905

Referencias: CAIM = ciencias agrarias, ingenierías y de materiales; CSH = ciencias sociales y humanidades; CBS = ciencias biológicas y de la salud; CEN = ciencias exactas y naturales
Fuente: elaboración propia sobre Base de Institutos, CECIC, 2014, Base SIGEVA/CONICET, 2014.

Veamos ahora cómo es la distribución de los institutos y de los investigadores al interior del subsistema universitario (Gráfico 3), es decir, concentrándonos en los institutos que dependen exclusivamente de una universidad nacional: representan el 77 % de nuestra base de datos (813/1050 institutos). Según áreas de conocimiento, encontramos una marcada preminencia de las CSH que representan el 51 %, seguidos de las CAIM (30 %) y con proporciones bastante menores las CBS (10 %) y CEN (9 %).

Entre los institutos universitarios de CAIM, el 50 % se concentra en tres universidades: UNLP (24 %), UBA (13 %) y UNC (13 %); la otra mitad corresponde al resto de las universidades nacionales. Las CBS presentan mayor concentración en la UNC (39 %), 21 % son de la UNL y 5 % de la UBA; el restante 39 % se distribuye entre las universidades nacionales. En el caso de las CEN, la distribución es más equilibrada porque el 70 % está repartido entre diversas universidades, exceptuando la UNC (16 %), la UNLP (11 %) y la UBA (3 %). Para las CSH encontramos destacable el lugar de la UBA, que representa el 10 % de los institutos de nuestra base, mientras que la UNC tiene el 6 % y la UNLP el 4 % de los institutos, y el 80 % restante que se divide entre otras universidades del país.

El caso de los investigadores del CONICET con lugar de trabajo en un instituto universitario tiene una distribución que muestra el peso de las tres universidades más antiguas y prestigiosas (UBA, UNLP y UNC) en todas las disciplinas, pero se destaca en el caso de las ciencias sociales y las humanidades

donde la proporción de investigadores en institutos de la UBA alcanza el 46 %, muy lejos de aquellos que trabajan en institutos pertenecientes a las UNLP (5 %) o a la UNC (4 %), y representan casi la misma proporción que los investigadores repartidos en el resto de las universidades del país. El caso opuesto está representado por las CAIM, cuyos investigadores con lugar de trabajo en institutos universitarios se distribuyen en un 67 % entre varias universidades y las tres más grandes concentran en menor medida estos recursos. En las CBS también se destaca el lugar de la UBA, donde trabaja el 27 % de los investigadores del CONICET, con lugar de trabajo en un instituto universitario, y en las CEN ocurre lo mismo con la UNLP (19 % pertenece a esta universidad).

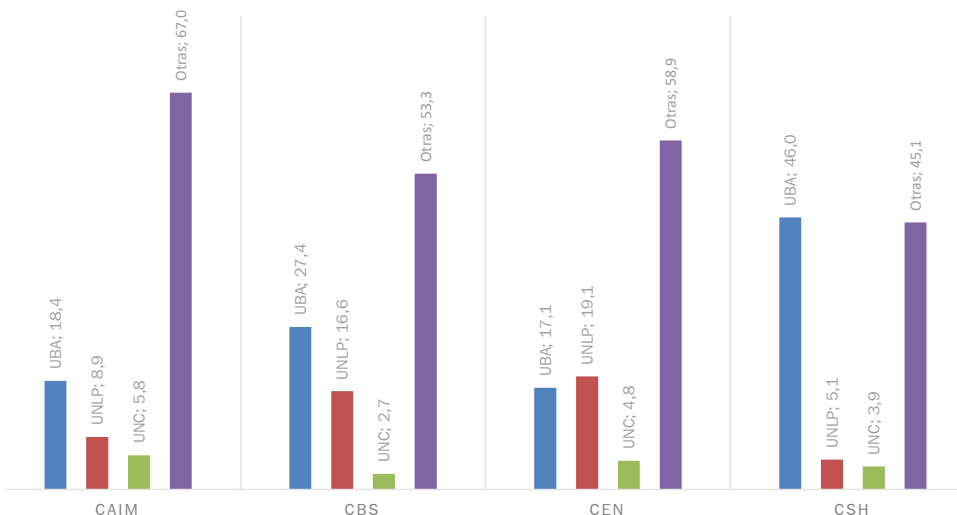


Gráfico 3. Investigadores del CONICET con lugar de trabajo en un instituto universitario exclusivo, según universidades seleccionadas y área disciplinar, n=2278
Fuente: elaboración propia sobre Base de Institutos, CECIC, 2014 y Base SIGEVA/CONICET, 2014.

La distribución de los docentes categorizados en el PROINCE a 2012 también se caracteriza por marcadas asimetrías disciplinares y la concentración en las tres universidades centrales del sistema académico nacional: el 14 % pertenecía a la UBA, el 11 % a la UNLP y el 8 % a la UNC; mientras que el 67 % se repartía entre las universidades restantes. La distribución disciplinar de estos docentes mostraba una preeminencia de las ciencias naturales (30 %) y de las sociales (22 %), seguidas de las ingenierías/tecnologías con una proporción del 14 %, luego de las humanidades con el 11 %, las ciencias agrícolas (10 %) y finalmente las ciencias médicas que alcanzan el 7 % (existe un 5 % de docentes sobre los cuales no hay datos disponibles). En todos los casos se destaca el rol de la UBA, sobre todo en las ciencias médicas. Para las ciencias sociales y humanidades el 14 % de los docentes pertenece a la UBA, el 11 % a la UNL y el 8 % a la UNC; el resto de las universidades se reparte el 67 % de los docentes incentivos en estas áreas (SPU, 2013).

La concentración de las capacidades de investigación en la UBA, la UNL y la UNC no se explica solo por una superioridad numérica de estas universidades, sino que los datos que presentamos en este trabajo, así como en trabajos previos, nos permiten afirmar que cumplen un rol fundamental en la conformación y concentración de las élites académicas.

La pertenencia a estas instituciones favorece la incorporación de saberes institucionales que se reproducen en el proceso de formación académica, diferenciando perfiles de producción, estilos de publicación y circuitos de consagración. Saberes que nunca son exclusivamente de orden académico, sino que remiten a un saber-hacer y un saber-ser, un oficio, un *habitus* científico, que se adquiere a través de la inmersión en ciertos grupos y que para ser eficaz debe estar asociado a ciertos tipos de recursos o capitales sociales y políticos:

Un postulante proveniente de una universidad prestigiosa no tiene mejores posibilidades de ingresar al CONICET porque su título es, por ejemplo, de la UBA sino porque su paso por esa institución le dio un conjunto de saberes, una serie de redes y una particular habilidad para construir una carrera académica con un estilo de producción y un perfil internacionalizado, acorde a las expectativas reinantes en ese organismo. Puede decirse, entonces, que este «capital institucional» y los saberes que entraña constituyen un tipo particular de capital social. (Beigel, 2015:11)

Ya mencionamos que, para ciertas áreas disciplinares, estas universidades representan el anclaje institucional principal de los investigadores del CONICET, y veremos que estas mismas instituciones, sobre todo la UBA, concentran el grueso de los docentes-investigadores del PROINCE con las categorías superiores I y II (Gráfico 4). A medida que disminuyen jerárquicamente las categorías del PROINCE, disminuye también la proporción de docentes pertenecientes a la UBA, mientras que para el resto de las universidades la tendencia es totalmente opuesta. Si bien es cierto que la UBA —al igual que la UNLP y la UNC— tiene mayor trayectoria y por lo tanto sus docentes han tenido mayores posibilidades de acceder a las categorías superiores, también podríamos encontrar una alta proporción de docentes en las categorías inferiores, dado el peso numérico de estas universidades. Sin embargo, esto no es así: la UBA concentra el 25 % de las categorías I y el 18 % de las categorías II, mientras que las categorías inferiores representan valores cercanos al 10 %.

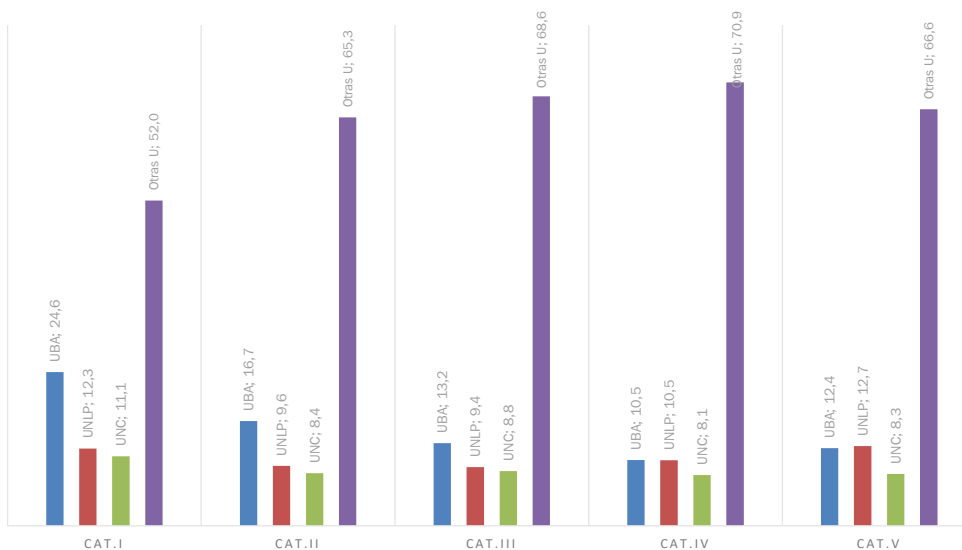


Gráfico 4. Docentes-investigadores que perciben el incentivo según categoría de investigación y universidades seleccionadas, 2012, n=24.396

Fuente: elaboración propia en base a Anuario SPU (2013)

Estructura de relaciones interna de las ciencias sociales

Si miramos la evolución de la creación de institutos de investigación en el largo plazo, encontraremos una tendencia similar para todas las áreas disciplinares que podríamos sintetizar en tres grandes ciclos. El primero, entre 1970 y 1983, cuando se produjo una contracción en el sistema universitario debido al cierre/intervención en muchos institutos, mientras que en el CONICET hubo crecimiento y descentralización institucional. El segundo ciclo, a partir de 1984, cuando comienza una recuperación universitaria que se expresó, entre otras cosas, en la creación de nuevos institutos y, contrariamente, en el Consejo hubo un largo periodo de estancamiento. El tercero, a partir de 2006/2007, cuando ambos espacios institucionales experimentaron una marcada expansión con la creación de nuevos institutos y la incorporación de recursos humanos (investigadores, becarios, docentes categorizados). Ahora bien, ¿cuál fue la estructura resultante de esta evolución y cómo quedaron ubicadas las ciencias sociales y humanidades?

Habíamos mencionado anteriormente que estas áreas disciplinares concentraban sus recursos principalmente en el sistema universitario. Pero la distribución al interior de este espacio no es equitativa; por el contrario, en el total de institutos universitarios de CSH (415), el 16 % pertenece a la Universidad Nacional de Rosario, seguida por la de Cuyo y Tucumán con la misma proporción (11 %), luego la Universidad Nacional de San Martín (10 %) y en el cuarto lugar la UBA (9 %); el resto de las universidades presentan proporciones bastante menores. Esta distribución nos muestra ciertas asimetrías, pero no es suficiente para comprender la posición que esas universidades ocupan en términos de capacidades de investigación porque, por ejemplo, la UBA aparece en cuarto lugar en cantidad de institutos; sin embargo, solo el Instituto Gino Germani cuenta con 203 investigadores, 248 becarios y 140 personal auxiliar o técnico; es decir, tiene una concentración muy elevada de recursos humanos (Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2014–2015). En efecto, cuando analizamos la distribución de los investigadores del CONICET dedicados a las CSH con lugar de trabajo en una universidad (Gráfico 5), la UBA escala al primer lugar, concentrando el 37 %, con una marcada diferencia respecto de otras universidades: 10 % en la UNLP, 8 % en la UNC y el resto de las universidades tienen un porcentaje igual o inferior al 5 %. Habíamos mencionado que entre los docentes categorizados en el PROINCE, en el área de CSH, el 14 % pertenecía a la UBA, el 11 % a la UNLP, el 8 % a la UNC y el resto de las universidades del país se repartían el 67 % de estos investigadores.

A su vez, entre los docentes del PROINCE con las categorías superiores (I y II) de CSH, el 40 % pertenece a la UBA. De manera que los recursos humanos dedicados a la investigación en CSH en el sector universitario están fuertemente concentrados en esta institución de educación superior.

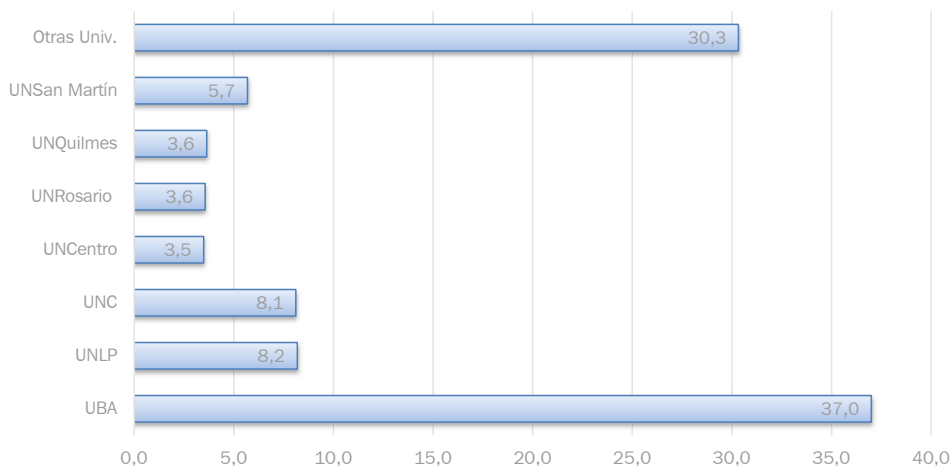


Gráfico 5. Investigadores CONICET de CSH con lugar de trabajo en institutos universitarios de dependencia exclusiva y de doble dependencia CONICET/universidad, según universidades seleccionadas, 2014, n=1319

Fuente: elaboración propia sobre la Base SIGEVA/CONICET, 2014

Veamos, ahora, cuál es la distribución de los institutos de investigación teniendo en cuenta la disciplina específica que desarrollan. Hemos elaborado una clasificación propia analizando los proyectos y/o grupos de investigación declarados en las páginas institucionales de cada uno de ellos y creamos la categoría «multidisciplinarios» para los casos donde convergen diversas disciplinas (Gráfico 6). Entre los institutos universitarios y del CONICET de ciencias sociales y humanidades (457) el 27 % son multidisciplinarios, un 11 % se dedica a la economía, el 10 % a la literatura, el 9 % a las ciencias de la educación o pedagogía y un porcentaje similar a las artes. El resto de las disciplinas tiene una proporción igual o inferior al 6 %. Específicamente, en el sistema del CONICET predominan en primer lugar los institutos multidisciplinarios y luego aquellos dedicados a las disciplinas más tradicionales: antropología, econo-

mía, filosofía, historia, geografía, literatura. En el sistema universitario predominan institutos orientados a disciplinas específicas, probablemente como consecuencia del sistema de cátedras que pudo haber favorecido una mayor diferenciación disciplinar, y al mismo tiempo encontramos mayor presencia de disciplinas menos convencionales como artes, comunicación, psicología, administración pública.

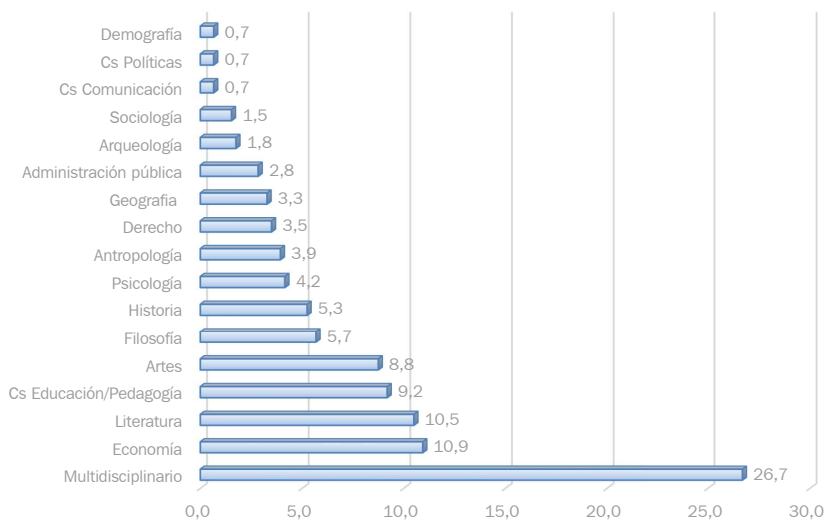


Gráfico 6. Institutos universitarios/CONICET de CSH según disciplinas, 2014, n=457.

Fuente: elaboración propia sobre Base de Institutos, CECIC, 2014

La distribución regional de los recursos para la investigación en el caso de las CSH presenta asimetrías similares a las que describimos para la estructura general del campo científico. Las tres regiones que se destacan por la proporción de institutos e investigadores son la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (donde la UBA concentra el 12 % de los institutos universitarios/CONICET y el 46 % de los investigadores del CONICET), Gran Buenos Aires (que incluye la UNLP, aglutina el 22 % de los institutos y el 19 % de los investigadores del CONICET) y Centro-Oeste (a la cual pertenece la UNC, tiene un 20 % del total de institutos de nuestra base y un 13 % del total de investigadores del CONICET). El resto de las regiones poseen proporciones

bastantes menores tanto en relación con los recursos institucionales como con los humanos.

Vamos a concentrarnos ahora en un subuniverso conformado por los institutos de CSH del CONICET y de la UBA y por los investigadores de CSH del CONICET, porque los datos presentados nos permiten afirmar que estas dos instituciones han constituido históricamente los ámbitos por excelencia de las capacidades de investigación de las ciencias sociales. El Gráfico 7 indica que el 49 % de esos institutos (de CSH en el CONICET y UBA) pertenece en forma exclusiva a la UBA y el 54 % de los investigadores del CONICET de CSH trabaja en un instituto de esa universidad. La comparación resulta valiosa en términos relativos porque nos permite decir que, si bien la UBA y el CONICET disponen de una proporción cercana de institutos, la UBA concentra más de la mitad de los recursos humanos (sigue siendo mayor la proporción de investigadores en la UBA, aun si agregamos al CONICET el 6 % de los que desarrollan sus tareas en institutos de doble dependencia).

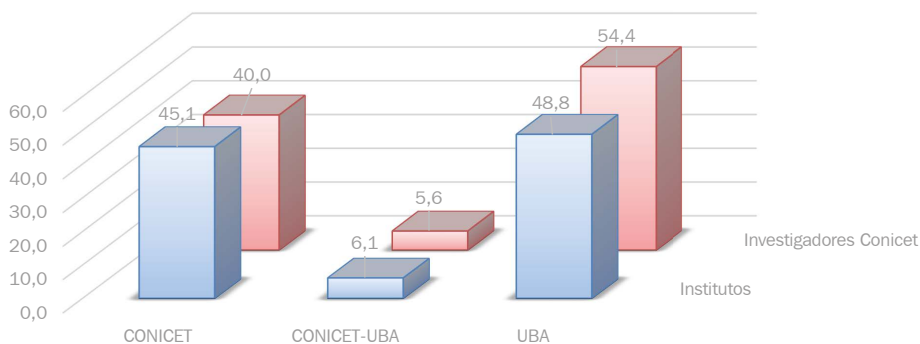


Gráfico 7. Institutos UBA y CONICET de CSH e investigadores CONICET de CSH según pertenencia institucional, 2014, n:82/n:1172

Fuente: elaboración propia sobre Base de Institutos, CECIC, 2014 y Base SIGEVA/CONICET, 2014

La evolución de la creación de institutos de CSH en ambas instituciones (Gráfico 8) refleja claramente el desarrollo histórico particular del campo científico argentino, que hemos mencionado para el resto de las disciplinas. La política de creación de institutos en el CONICET comenzó hacia 1970 muy tímidamente y durante el periodo de dictadura se profundizó, mientras que la UBA ya tenía

una tradición anclada en la creación de los primeros institutos de investigación en el país y la etapa militar significó una fuerte contracción. Para ambas instituciones, el periodo de expansión que se inicia en 2003 fue fructífero en términos de creación de institutos e incorporación de recursos humanos. De manera que encontramos marcadas diferencias en dos etapas: una, entre 1970 y 1983, cuando el CONICET se expandió, mientras que la UBA sufrió una fuerte desinstitucionalización, sobre todo en el caso de las CSH; y otra, entre 1984 y 1989, cuando la tendencia fue absolutamente inversa, representando para la UBA un periodo de crecimiento y para el CONICET todo lo contrario.

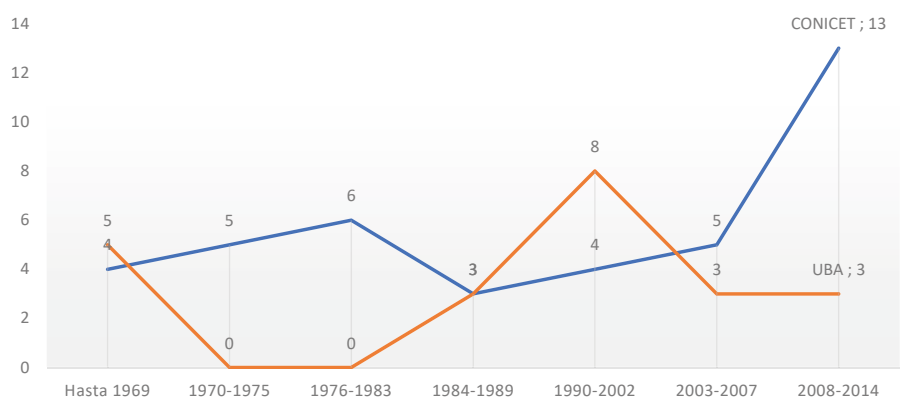


Gráfico 8. Institutos UBA y CONICET de CSH, según periodo de creación (1950–2014), n=62,5 valores absolutos.

Fuente: elaboración propia sobre Base de Institutos, CECIC, 2014

Respecto de la distribución regional de los institutos de CSH en estas dos instituciones, el 69 % está ubicado en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (40/82 son exclusivos de la UBA y 17/82 pertenecen al CONICET o son de doble dependencia). La distribución según áreas de estos institutos (Gráfico 9)⁵ advierte, nuevamente, que en el CONICET existe menor diferenciación disciplinar que en la UBA. De hecho, predominan los institutos multidisciplina-

⁵ El total de institutos de la UBA y el CONICET no coincide con el total del Gráfico 7 porque para un porcentaje de institutos no pudimos acceder a la fecha de creación.

rios y algunas disciplinas como antropología, derecho, demografía, literatura, sociología, mientras que la UBA concentra los institutos de administración pública, psicología, economía, ciencias de la educación/pedagogía, arqueología, y en menor medida tiene institutos multidisciplinarios. Los de doble dependencia CONICET –UBA (5 en total) se dedican principalmente a la historia o la economía, aunque no los incluimos en el gráfico para simplificar la visualización.

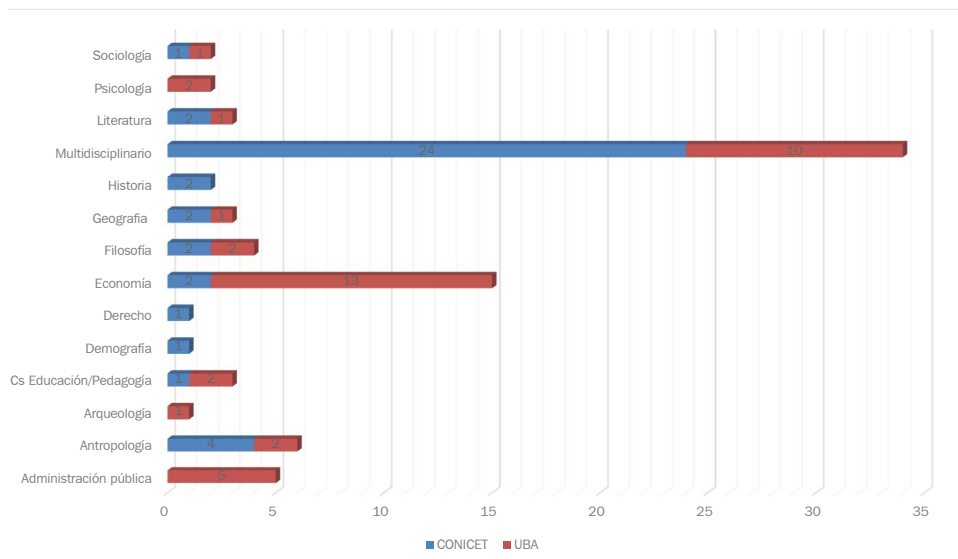


Gráfico 9. Institutos de CSH de UBA y CONICET según distribución disciplinar, 2014, n=82, valores absolutos.

Fuente: elaboración propia sobre Base de Institutos, CECIC, 2014

Comentarios finales

El análisis de las políticas científicas en el largo plazo nos ha permitido advertir la existencia de una importante «elasticidad» del desarrollo científico; es decir, pudimos constatar la coexistencia de fuerzas exógenas y endógenas que actuaron con mayor o menor fuerza en el campo, produciendo en algunos casos, una marcada expansión y reestructuración de ese espacio. Entre los momentos claves del desarrollo de las políticas científicas se destaca el periodo militar (1976–1983), que impulsó dos procesos inescindibles: el fortalecimiento y la expansión del CONICET y, simultáneamente, la contracción del espacio universitario, profundizando una fuerte escisión entre investigación y docencia. Al interior del CONICET las ciencias sociales y humanidades tuvieron un desarrollo periférico, no solo en términos presupuestarios y de creación institucional, sino que, además, los directores de institutos designados por la intervención militar detentaban el menor prestigio científico en relación con el conjunto y no poseían capital de poder institucional. El periodo posdictatorial se caracterizó por un intento de acercamiento entre ambas instituciones a través de diversos programas destinados a vincularlas, cuyo impacto fue escaso porque fueron discontinuados. Hacia mediados de los '90 se inició una etapa de reformas estructurales y creación de nuevos organismos rectores de la política científica (SPU, Agencia, CONEAU, entre otros) y se buscó estimular la investigación en las universidades nacionales con el lanzamiento del PROINCE mientras el CONICET transitó una etapa de fuerte congelamiento presupuestario. Hacia principios de los 2000 comenzó progresivamente una etapa de fortalecimiento del sector universitario y científico–tecnológico reflejado principalmente en el crecimiento presupuestario, el surgimiento de nuevas instituciones y la creación del Ministerio de Ciencia y Tecnología.

La estructura científico–universitaria resultante de ese desarrollo histórico, analizado en un corte temporal correspondiente a 2014, se presenta como un espacio fuertemente institucionalizado y dotado de grandes recursos, pero al mismo tiempo estructuralmente heterogéneo debido a la distribución desigual de las capacidades de investigación entre regiones, instituciones y disciplinas. Analizamos las asimetrías vinculadas a la pertenencia institucional y mostramos que, a pesar que la cantidad de institutos dependientes exclusivamente de una universidad, supera por mucho a los institutos del CONICET; sin embargo, este organismo concentra los recursos humanos que desarrollan la investigación (aunque muchos de ellos trabajan en institutos de doble

dependencia CONICET–Universidad y/o detentan un cargo docente y en ese sentido están vinculados a las instituciones de educación superior). Hemos mostrado la fuerte concentración de institutos en la región metropolitana y en las tres universidades más antiguas y prestigiosas: el 31 % de los institutos del CONICET están ubicados en CABA y el 26 % de los institutos universitarios funcionan en la región del Gran Buenos Aires; la primera región es sede de la UBA y la segunda de la UNLP. En segundo lugar, se ubica la región Centro–Oeste (19 % de los institutos del CONICET y 23 % de los universitarios) donde funciona la UNC.

La distribución disciplinar de los institutos e investigadores fue configurándose históricamente y al momento de nuestro estudio encontramos una marcada inserción o preeminencia en el ámbito del CONICET para el caso de las ciencias biológicas y de la salud así como de las ciencias exactas y naturales y, en menor proporción, de las ciencias agrarias y de materiales; lo cual se refleja en el porcentaje de investigadores del CONICET cuyo lugar de trabajo es un instituto que pertenece a la red de este organismo: 76 % en el caso de las CBS, 71 % en las CEN y 59 % en las CAIM. Sin embargo, para el caso de las ciencias sociales y humanidades observamos que el 65 % de los investigadores del CONICET en estas áreas trabaja en un instituto exclusivo de una universidad. Es más, el 91 % de los institutos de investigación de CSH de nuestra base son exclusivos de una universidad. Así, podemos decir que la proporción de institutos e investigadores de ciencias sociales y humanidades insertos en el sistema del CONICET es sustancialmente menor que en el resto de las áreas disciplinares.

Focalizando el análisis en el subsistema universitario pudimos advertir que el 51 % de ellos desarrollan las ciencias sociales y humanidades (frente al 18 % en el CONICET), el 30 % las CAIM y en proporciones bastante menores hay institutos universitarios dedicados a las CBS (10 %) y CEN (9 %). Si bien los institutos universitarios de CSH están concentrados principalmente en al menos 5 universidades nacionales (UNR, UNT, UNCuyo, UNSAM, UBA), los recursos humanos dedicados a la investigación se concentran fuertemente en la UBA: 37 % de los investigadores del CONICET y 14 % de los docentes categorizados en el PROINCE de estas áreas disciplinares trabajan en aquella universidad. Más aún, entre las categorías superiores del PROINCE (I y II) de CSH el 40 % pertenece a la UBA.

En definitiva, el conjunto de datos empíricos analizados a lo largo del trabajo nos permite advertir que las ciencias sociales y las humanidades han ido anclándose sobre todo en las universidades nacionales, entre las cuales se des-

taca fuertemente la UBA. Habíamos mencionado que la pertenencia a esta institución —así como a otras universidades centrales, prestigiosas y antiguas como la UNLP o la UNC— favorece la incorporación de un conjunto de saberes y habilidades que facilitan la construcción de una carrera académica y un estilo de producción internacionalizado acorde a las expectativas reinantes en el CONICET. ¿Significa, entonces, que las ciencias sociales están impulsadas por científicos con un *habitus* internacionalizado? No necesariamente, porque «esta universidad tiene la envergadura y la entidad de un “sistema universitario en sí mismo”, por lo cual presenta asimetrías intrainstitucionales propias» (Beigel, 2017:855). De esta manera, la dinámica interna de la UBA está caracterizada por la coexistencia de dos vías de construcción de prestigio: uno más endógeno y local y otro más internacionalizado. Ambos estilos de producción y circulación de conocimiento atraviesan la institución y las disciplinas y esto es válido no solo para la UBA sino para el conjunto de las universidades nacionales.

En un estudio reciente sobre el CONICET y las universidades nacionales (Beigel y Bekerman, 2019) hemos mostrado cómo operan las culturas institucionales en las prácticas evaluativas en ambas instituciones advirtiendo que en el caso del CONICET las prácticas evaluativas son más homogéneas, por ejemplo, en lo referente a la evaluación de las publicaciones está extendido el uso de la indexación de las revistas como instrumento de clasificación del valor de las publicaciones a ingreso y promoción. Sin embargo, en las comisiones evaluadoras del PROINCE en las universidades encontramos mayor heterogeneidad y observamos cierto margen de maniobra donde la cultura evaluativa fue constituyendo un propio estilo de investigador, basado en el prestigio docente y donde no se han impuesto las publicaciones en circuitos mainstream como determinantes para la categorización. Podemos decir, entonces, que la estructura de relaciones en el campo científico–universitario (entre agentes e instituciones y disciplinas) favorece el surgimiento de diversos estilos de producción y circulación de conocimiento que determinan, y a su vez están determinados, por culturas evaluativas diferentes, con mayor o menor asiento en una u otra institución, pero que nunca son totalmente exclusivas, sino que conviven conflictivamente y esto es válido en mayor medida para el conjunto de las universidades nacionales porque, como mencionamos, el CONICET tiene una cultura evaluativa más homogénea.

El espacio conformado por las universidades nacionales y el CONICET ha sido abordado analíticamente como un campo científico–universitario desde dos enfoques diferentes pero interdependientes. Por un lado, realizamos un análisis diacrónico intentando identificar en el desarrollo de las políticas cien-

tíficas los momentos de transformaciones o reestructuraciones resultantes de dinámicas propias del espacio científico y del impacto de intervenciones externas, poniendo en juego la noción de autonomía del campo. Por otro lado, abordamos un análisis sincrónico, intentando explicar el resultado de esas luchas históricas entre instituciones y disciplinas, es decir, el estado de la estructura de relaciones en el campo científico–universitario argentino en 2014. Partiendo de esta fotografía —resultado histórico de tendencias anteriores— creemos necesario que las ciencias sociales y humanidades inicien y propongan un debate hacia adentro sobre las asimetrías existentes en la distribución de sus capacidades de investigación y los modos de «valuación» de sus propios estilos de producción y circulación del conocimiento, cuyos resultados constituyan un insumo sólido para repensar y mejorar la distribución regional e institucional de sus recursos así como los sistemas y las prácticas evaluativas tanto en las universidades nacionales como en el CONICET. Esperamos que este trabajo haya resultado un aporte en ese sentido.

Referencias bibliográficas

- Albornoz, Mario (2004). *Política científica y tecnológica en Argentina en Temas de Iberoamérica, Globalización, Ciencia y Tecnología*. Sala de lectura CTS+I de la OEI.
- Beigel, Fernanda y Bekerman, Fabiana (2019). (Coords.) *Culturas evaluativas. Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a Docentes-Investigadores en Argentina (1993–2018)*. CLACSO–IEC/CONADU. ISBN 978–987–722–478–8
- Beigel, Fernanda y Salatino, Maximiliano (2015). Circuitos segmentados de consagración académica: las revistas de Ciencias Sociales y Humanas en la Argentina. *Información, cultura y sociedad*, n° 32, pp. 11–35.
- Beigel, Fernanda, Gallardo, Osvaldo y Bekerman, Fabiana (2018). Institutional expansion and scientific development in the periphery. The structural heterogeneity of Argentina's academic field (1983–2015). *Minerva, A Review of Science, Learning and Policy*, enero. <https://doi.org/10.1007/s11024-017-9340-2>.
- Beigel, Fernanda (2013). *The politics of academic autonomy in Latin America. The politics of academic autonomy in Latin America*. Ashgate, pp. 1–27.
- Beigel, Fernanda (2015). Culturas [evaluativas] alteradas. *Política Universitaria*, n° 2, pp. 11–21. IEC– CONADU.
- Beigel, Fernanda (2017). Científicos Calibanes: entre Próspero y Ariel. Saberes institucionales, estilos de publicación y circuitos de consagración en Argentina. Un estudio de las «publicaciones más relevantes» de los investigadores del CONICET. *DADOS–Revista de Ciencias Sociales*, vol. 60, no 3, pp. 825 a 865.

- Bekerman, Fabiana (2018a). *La investigación científica argentina en dictadura. Transferencias y desplazamientos de recursos (1974–1986)*. EDIUNC, ISBN 978–950–39–0357–5
- Bekerman, Fabiana (2018b). Morfología del espacio científico–universitario argentino: una visión de largo plazo (1983–2014). *Ciencia, Docencia y Tecnología*, N056, pp.18–46. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-17162018000100002&lng=es&nrm=iso.
- Bekerman, Fabiana (2013). The Scientific Field during Argentina’s Latest Military Dictatorship (1976–1983): Contraction of Public Universities and Expansion of the National Council for Scientific and Technological Research (CONICET). *Minerva. A Review of Science, Learning and Policy*, vol. 51, n° 4, pp. 253–269. DOI 10.1007/s11624–013–9227–9. <http://link.springer.com/article/10.1007/s11024-013-9227-9>.
- Bekerman, Fabiana (2016). El desarrollo de la investigación científica en Argentina desde 1950: entre las universidades nacionales y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. *Revista Iberoamericana de Educación Superior RIES*, UNAM–IISUE/Universia, vol. VII, n° 18, pp. 3–23.
- Bekerman, Fabiana (2019). Un sistema de evaluación homogéneo para un espacio universitario heterogéneo. Estructura del PROINCE y características de la categorización 2016–2018. En Beigel, Fernanda y Bekerman, Fabiana. (Coords.) *Culturas evaluativas. Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a Docentes–Investigadores en Argentina (1993–2018)*. CLACSO–IEC/CONADU. ISBN 978–987–722–478–8. Pp: 61–84.
- Bourdieu, Pierre (2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Anagrama.
- Buchbinder, Pablo (2005). *Historia de las Universidades Argentinas*. Fondo de Cultura Económica.
- Castellanos, Rubi (2008). Modernidad, América Latina y Ciencias Sociales. La producción de conocimiento de la sociedad en América Latina. *Nómadas*, n° 19, pp. 271–284.
- Chiroleu, Adriana, Iazzetta, Osvaldo, Voras, Claudia y Díaz, Claudio (2011). La política universitaria argentina de los '90: los alcances del concepto de autonomía. *Education Policy Analysis Archives*, vol. 9, n° 22, pp. 1–18.
- CONICET (1989). Informe sobre investigaciones de hechos ocurridos en el CONICET. Periodo 1976–1983.
- CONICET (2014). Conicet en cifras. <http://www.conicet.gov.ar/acerca-de-conicet-en-cifras/>.
- De Sierra, Jerónimo, Garretón, Manuel, Murmis, Miguel, Reyna, José Luis. y Trinidad, Hegelio (2007). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*. Siglo XXI.
- Doberti, Juan Ignacio, Gabay, Gabriela y Levy, Melina. (2020) El presupuesto universitario en la Argentina: ¿cuánto, cómo, dónde y a quiénes? *CUINAP, Cuadernos del INAP*, Año1.
- Gordon, Ariel (2013). La configuración de las políticas de ciencia, tecnología y educación superior en Argentina y Brasil en perspectiva comparada. En M. Unzué y S. Emiliozzi (comps.) *Universidad y políticas públicas ¿En busca del tiempo perdido? Argentina y Brasil en perspectiva comparada*. Imago Mundi, pp. 75–115.
- <https://ries.universia.net/article/view/1134/desarrollo-investigacion-cientifica-argentina-1950-universidades-nacionales-consejo-nacional-investigaciones-cientificas-tecnicas>.

- Hurtado, Diego (2010). *La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso: 1930–2000*. Edhasa.
- Instituto de Investigaciones Gino Germani (2015). *Memoria 2014–2015*, IIGG.
- Leal, Mercedes, Robin, Sergio y Maidana, María. (2012). La tensión entre docencia e investigación en los académicos argentinos. En Norberto, Fernandez Lamarra y Mónica, Marquina (eds.) *El problema de la profesión académica: desafíos para los países emergentes*. Universidad Nacional de Tres de Febrero, pp. 356–370.
- MINCYT (2015). Indicadores de Ciencia y Tecnología argentina 2013. <http://www.MINCYT.gov.ar/publicaciones>.
- Mosto, Gustavo (2011). El gasto público en Ciencia y Tecnología. Análisis de la evolución del gasto público en ciencia y tecnología entre 1983 y 2009, documento de trabajo n° 45, REDES.
- Oregoni, María Soledad y Sarthou, Nerina. (2013). La dinámica de la relación entre CONICET y dos universidades nacionales argentinas. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, año 24, n° 46, pp. 33–68.
- Oszlak, Oscar (1976). *Política y organización estatal de las actividades científico-técnicas en la Argentina: crítica de modelos y prescripciones corrientes*. CEDES.
- Prego, Carlos y Vallejos, Oscar (Comp.) (2010). *La construcción de la ciencia argentina: instituciones, procesos y actores en la universidad argentina del siglo XX*. Biblos.
- Prego, Carlos (2010). La gran transformación académica en la UBA y su política a fines de los años 50. En Carlos Prego y Oscar Vallejos (comps.) *La construcción de la ciencia argentina: instituciones, procesos y actores en la universidad argentina del siglo XX*. Biblos, pp. 133–163.
- SPU (2013). Anuario 2013. Estadísticas universitarias argentinas, Secretaría de Políticas Universitarias. <http://portales.educacion.gov.ar/spu/investigación-y-estadísticas/anuarios/>
- Vasen, Federico (2012). La construcción de una política científica institucional en la Universidad de Buenos Aires (1986–1994), tesis doctoral, Universidad Nacional de Quilmes.
- Vasen, Federico (2013). Las políticas científicas de las universidades nacionales argentinas en el sistema científico nacional. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, año 24, n° 46, pp. 9–32.
- Vessuri, Hebe (1992). Las Ciencias Sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas. En Enrique, Oteiza (dir.) *La política de investigación científica y tecnológica en Argentina. Historias y perspectivas*. CEAL.

5. El espacio de las disciplinas sociales en el CONICET

Denis Baranger y Fernanda Niño

Para el estudio de los campos científicos y académicos, el análisis realizado por Bourdieu en *Homo academicus* (1984) y posteriormente la prolongación de sus reflexiones en *Science de la science y réflexivité* (2001) son antecedentes insoslayables a los que se ha agregado recientemente el volumen 1 de *Sociologie générale* (2015), su curso inicial en el Collège de France. Siendo esta una vía de indagación sumamente prometedora, no pretendimos aquí internarnos plenamente en ella por la simple razón de no disponer de los datos requeridos. Es que en efecto Bourdieu se basaba en indicadores diversos de capital cultural, social y científico, fruto de un largo trabajo de recopilación que se encuentra fuera de nuestro alcance.

En nuestro caso nos hemos basado exclusivamente en la información contenida en los cvs de los miembros de la Carrera de Investigador Científico (CIC) del CONICET, la cual no permite elaborar casi ninguno de aquellos indicadores.

En todo este capítulo las unidades de registro son los investigadores pertenecientes a la Carrera de Investigador Científico del CONICET al 31-12-2013. Con esta información comenzamos construyendo el espacio de las disciplinas sociales en el CONICET y en una segunda instancia elaboramos el espacio de los estilos de publicación.

El espacio de las disciplinas sociales¹

En primer lugar, nos propusimos encarar un análisis de los datos prosopográficos en base a la información sobre los individuos investigadores contenida en sus cvs. Desafortunadamente, los mismos no proveen de indicadores sobre el origen social de los científicos.² Aun así, procedimos a realizar un Aná-

1 Hablamos aquí de *espacio* y no de *campo* en función de los elementos y las propiedades tomadas en cuenta para la descripción de este universo. «Lo que llamaré campo designa así reglas de funcionamiento de un espacio social, reglas en el juego», puntualizaba Bourdieu en 1982 (2015:233).

2 Obviamente, no hay en los CVs ninguna referencia a la ocupación o al nivel educacional de los padres. En cuanto al establecimiento en que cursaron sus estudios secundarios no más de un 10 % aportan datos. En cambio, los datos sobre el lugar de nacimiento suelen estar presentes, pero su utilidad en cuanto indicadores del origen social es limitada, por decir lo menos.

lisis de Correspondencias Múltiples (ACM) con elección de las modalidades, cuyos resultados se exhiben en el Gráfico 1.³

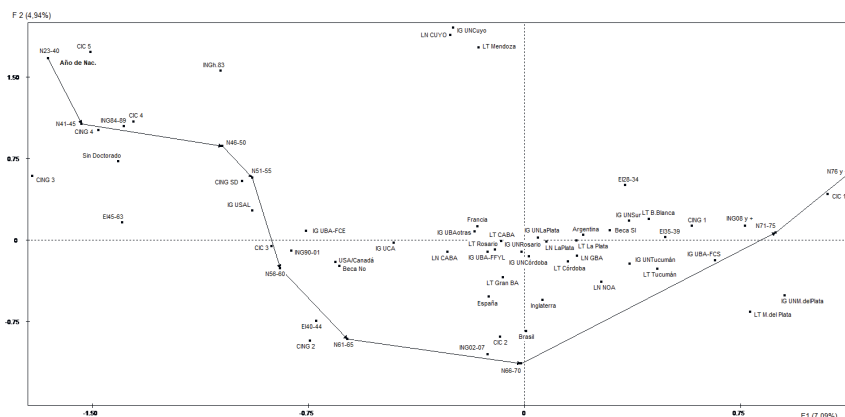


Gráfico 1. ACM prosopográfico. Proyección de las modalidades activas en el plano factorial 1,2

El factor 1 (horizontal) tiene un claro significado temporal, oponiendo a los jóvenes científicos sociales, localizados en el lado derecho, a los de mayor edad en el sector izquierdo. Así, la variable año de nacimiento contribuye a este eje con un 23,4 %, la categoría actual en la CIC aporta 21,53 %, el año de ingreso a la CIC 15,9 %, la edad de ingreso el 12,5 %, la categoría de ingreso el 12,9 % (ver el listado de las variables y modalidades con sus contribuciones en el Anexo: Tabla A1). Es evidente que hay un alto grado de redundancia entre estas variables, a las que cabe adicionar el no haber tenido beca del CONICET previamente al ingreso, y el no haber obtenido un doctorado, dos modalidades con alguna contribución (3,1 % y 2,8 %, respectivamente) por la mayor importancia que cobran entre los investigadores más antiguos. Todo ello determina un peso muy grande de este primer factor, que concentra un 37,7 % de la inercia.⁴

3 El procesamiento de los datos fue realizado con SPAD 6.0.

4 Con la denominada «corrección de Benzécri» (1979), aplicando el procedimiento de cálculo de Flora Chanvrlil, accesible en <http://www.cevipof.com/fr/l-equipe/l-equipe-administrative/bdd/equipe/43>, citado en Le Roux (2014:263).

El histograma (ver anexo: Gráfico. A1) de la descomposición de la inercia en valores propios permite visualizar un brusco descenso de la inercia luego del primer factor, lo que indica que se trata de una estructura en gran medida unidimensional.

No resulta tan simple interpretar el segundo factor (vertical) del plano factorial, aun cuando la observación del mismo parecería sugerir distinciones en el espacio geográfico. En realidad, lo que sucede es que también en este eje el elemento temporal es el de mayor peso, en una suerte de «efecto Guttman» característico de las estructuras unidimensionales, que opone las modalidades extremas en este caso en el sector superior, a las medias en el inferior. En el plano se observan además proximidades puntuales entre modalidades de las variables «Institución del grado» (IG), «Lugar de trabajo» (LT) y «Lugar de nacimiento» (LN). Es lo que se observa para las modalidades Mendoza y UNCUYO (región central superior del plano) que contribuyen en algo al segundo factor, aunque su contribución es mucho más fuerte al tercer eje. Examinando las contribuciones de cada modalidad (ver Anexo: Tabla. A1), independientemente de las proximidades observadas en el plano, en esta estructura básicamente unidimensional los sucesivos ejes van expresando aspectos puntuales: mientras que el tercero está armado por la asociación entre Mendoza y UNCUYO, el cuarto expresa la relación entre la UN de Tucumán y el NOA, el quinto entre la ciudad de La Plata y la UNLP, y así sucesivamente. Estos son resultados no triviales que están expresando características propias del sistema académico y científico argentino consistentes en la gran concentración de los recursos humanos en Buenos Aires, unida a una limitada movilidad geográfica de los graduados en universidades del interior que se incorporan a la CIC. Para estos últimos, la política de descentralización regional del CONICET contribuye a ese resultado en la medida en que las exigencias para competir exitosamente por el acceso a becas son menores en las regiones más alejadas del Área Metropolitana.

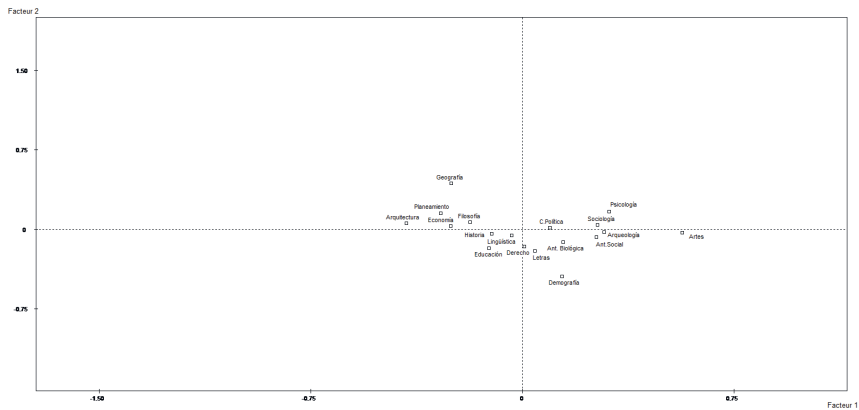


Gráfico 2. ACM prosopográfico. Las disciplinas como modalidades ilustrativas en el plano factorial 1,2

Quando se proyectan las disciplinas como modalidades ilustrativas en el espacio así conformado, se observa como es esperable una única dirección clara de elongación de la nube de puntos horizontalmente a lo largo del primer factor. Las disciplinas se ordenan según el mismo desde las más antiguas a la izquierda hasta las más jóvenes del lado derecho. La mayor «juventud» de sociología, antropología social, arqueología, psicología y artes tiene que ver aquí con su composición por edades resultado del mayor peso en ellas de la categoría inicial de la CIC (ver Anexo: Tabla A2). Esto es explicable en base a la merma relativa que presentan estas disciplinas en las categorías más elevadas de la CIC, en parte como consecuencia de la persecución sufrida durante la dictadura inaugurada en 1976.

El espacio de los estilos de publicación

Para caracterizar a los investigadores, tomándolos como unidades de análisis, definimos el estilo de publicación en base a la combinación de cuatro dimensiones, a saber: formato, lengua, autoría y productividad (ver Tabla A3).

a) Para la definición del *formato* en este análisis hemos considerado los artículos en revistas, los capítulos en libros, los libros y las compilaciones de su autoría, producidos a lo largo de toda su carrera, tomando la suma de estos cuatro elementos como el total de sus publicaciones científico- académicas. Interesa especialmente el porcentaje de artículos, ya que es sabido que es menor en las ciencias sociales que en las naturales e ingenierías, y aún más reducido en las humanidades.⁵ No hemos tomado en cuenta a formatos que en algunas disciplinas pueden revestir cierta importancia, como los documentos de trabajo, o los manuales destinados a la enseñanza primaria o secundaria, ni tampoco los prólogos de libros (cuando no eran asimilables a capítulos) ni los artículos periodísticos. Los artículos tomados en cuenta han aparecido indistintamente en revistas con o sin referato; aplicar esta distinción resultaría complicado considerando que los artículos han sido publicados a lo largo de un período que supera el medio siglo, y que durante el mismo muchas revistas han cambiado de categoría, incorporando la modalidad de la evaluación por pares anónimos, sobre todo en los últimos años. Por otra parte, hoy menos que nunca *referato* puede ser considerado como sinónimo de calidad, más allá de la importancia atribuida a esta característica en las diversas instancias de evaluación de las instituciones que componen el sistema científico.⁶ *A fortiori*, tampoco se ha aplicado esta distinción para los restantes formatos (capítulos, libros y compilaciones) en los que la aplicación de este criterio de distinción es reciente y aún más discutible.

b) Para la dimensión *lengua* relevamos información sobre la existencia de publicaciones en los idiomas que aparecen con mayores frecuencias: inglés, portugués, francés, alemán e italiano. En el caso del inglés relevamos el número total de publicaciones en ese idioma, mientras que para las lenguas restantes las consideramos en términos de simple presencia-ausencia.

c) En cuanto a la *autoría* se han distinguido las publicaciones en las que el investigador figura como autor individual de aquellas otras producidas en colaboración, sin tener en cuenta el número de coautores. Aunque la

5 Según Archambault y Vignola Gagné (2004:3) «los artículos dan cuenta de un 45 % a un 70 % del producto de la investigación en las ciencias sociales, y de un 20 % a un 35 % en las humanidades, dependiendo de la disciplina».

6 Aunque es evidente que sería de la mayor importancia disponer de un criterio de calidad de las publicaciones, la adopción del sistema de referato es un indicador tanto o más imperfecto que el factor de impacto: mientras algunas revistas sin referato han alcanzado niveles de excelencia (por ejemplo, *Actes de la Recherche*), las hay con referato en las cuales muchos artículos no dejan ser banales.

ciencia en su conjunto tiende a ser vista como una empresa colectiva realizada por equipos de investigación compuestos por múltiples integrantes, el imperativo de la publicación en colaboración que caracteriza en general a las ciencias naturales y especialmente a las médicas no alcanza del mismo modo a todas las disciplinas sociales.

d) Por *productividad* entendimos una medida puramente cuantitativa de la producción del investigador a lo largo de su carrera en los diferentes formatos que hemos registrado, contabilizando sin ningún tipo de ponderación la suma en todos los formatos de sus publicaciones individuales tanto como en colaboración.

Para cada una de las cuatro dimensiones seleccionamos un indicador:

–*Formato*: el porcentaje de publicaciones consistente en artículos en revistas (en vez de capítulos de libros, libros y compilaciones). Relevamos también el total para cada uno de los otros formatos, pero no los incluimos como indicadores adicionales de la dimensión formato del estilo de publicación,⁷ aunque sí como modalidades ilustrativas para nuestro análisis.

–*Idioma*: el porcentaje de publicaciones editadas en inglés, reconociendo así el papel dominante que juega esta lengua. Las publicaciones en otros idiomas fueron incorporadas como modalidades ilustrativas.

–*Autoría*: el porcentaje de publicaciones de autoría colectiva (y no individual);

–*Productividad*: el número promedio de publicaciones por año (la suma de todas las publicaciones, dividida por el número de años transcurridos entre su última y su primera publicación).

Las categorías de estos cuatro indicadores fueron tomadas como modalidades activas para realizar un segundo ACM sobre el espacio de los estilos de publicación.

⁷ Así, los porcentajes de capítulos no fueron tomados en cuenta para la primera dimensión, siendo que exhiben una muy alta correlación negativa con los porcentajes de artículos, resultando de este modo redundantes, por lo que su inclusión llevaría a otorgarle un peso desproporcionado a la dimensión «Formato». Los libros y compilaciones —muchos menos numerosos que los artículos y capítulos— fueron incluidos en números absolutos para su eventual incorporación al análisis también como modalidades ilustrativas.

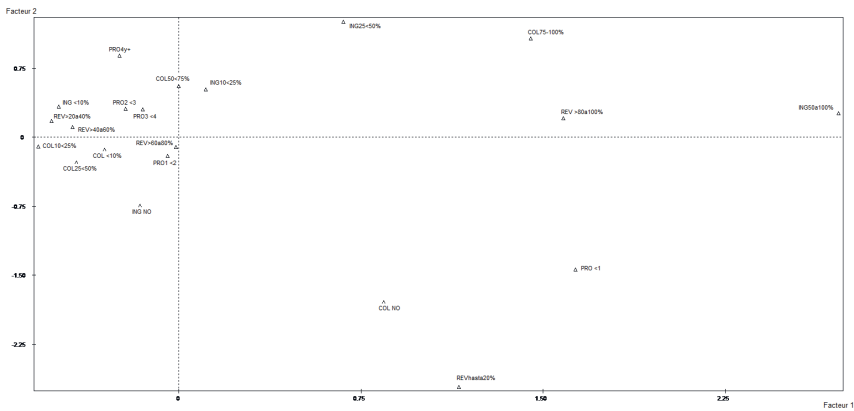


Gráfico 3. ACM de estilos de publicación. Proyección de las modalidades activas en el plano factorial 1,2

En este caso el significado individual de cada factor no es tan simplemente definible como ocurre con el ACM prosopográfico. El primer factor (horizontal) divide el espacio en dos sectores que a primera vista se presentan con distintas densidades: a la izquierda hay una mayoría de las modalidades (y de los individuos, como se verá luego), mientras que en el sector derecho es menor el número de modalidades (y de individuos). En las distinciones establecidas por el primer factor intervienen los cuatro indicadores seleccionados, pero las variables mejor correlacionadas con ese eje son «Inglés» (30 %), «Revistas» (28 %) y «Autoría» (29 %), en tanto «Productividad» solo da cuenta de un 13 % de la inercia del eje. Al considerar las modalidades más contributivas de estas variables se observa que corresponden a los niveles más elevados de las tres primeras variables: ING50a100 % (23 %), REV>80a100 % (19 %) y COL75a100 % (18 %), todas ellas con coordenadas positivas. Sin embargo, también con coordenadas positivas se ubican las modalidades que corresponden a los niveles más bajos en las variables «Autoría» (COLNO) y en «Revistas» (REVhast20 %). En cuanto al cuarto indicador, «Productividad» aparece en su modalidad PRO<1 (menos de una publicación al año, el nivel más bajo) también con una alta contribución y con una coordenada positiva. De este modo el nivel más bajo de productividad está asociado a las modalidades extremas en los otros indicadores: los que presentan una escasa producción cuantitativa tienden a caracterizarse por modos opuestos de autoría y de formato (una

proporción muy alta de la producción realizada ya sea en colaboración ya en forma individual; altos porcentajes de quienes publican fundamentalmente en revistas como así también de quienes lo hacen casi exclusivamente en otros formatos). En cambio, en el sector izquierdo se ubica la gran mayoría de los individuos que se caracterizan por diversas combinaciones de modalidades medias en los indicadores «Formato», «Autoría» e «Inglés».

Así, este primer eje traduce una diferenciación que opone modalidades extremas de formato, autoría e inglés claramente predominantes y asociadas a una baja productividad, a estilos mixtos caracterizados por modalidades intermedias y una mayor productividad

Por su parte, el eje 2 (vertical) establece las distinciones entre las modalidades extremas: los «altos» ubicándose en el sector superior, los «bajos» en el inferior.

En este caso, la estructura es aún más unidimensional (ver Gráfico A2), concentrándose en el primer factor el 74 % y en el segundo un 19,6 % (luego de aplicar la corrección de Benzécri).

Los estilos de publicación: composición de las clases

En un artículo reciente, Beigel distingue dos estilos extremos de practicar la ciencia en la periferia del sistema científico mundial. Basándose en los personajes de *La tempestad* de Shakespeare —y en la apropiación de los mismos por parte de José Enrique Rodó en su obra homónima—, Beigel opone a Ariel, el émulo diligente del dominador Próspero, a Calibán, el nativo díscolo:

Viven en países del Sur, pero se despliegan en circuitos internacionalizados, que han sido anexados al reino de los sistemas de indexación, los rankings de revistas y las mediciones bibliométricas. Eféreos, «puros», como Ariel, no encuentran el sentido de escribir en español o en portugués porque para ellos la ciencia es «universal» y se comunica en esta *lingua franca*. Por otro lado, hay científicos Calibanescos que resisten la mundialización académica escribiendo en su idioma materno, publicando en revistas no indexadas, o recluyéndose en islas, sostenidas por la endogamia» (Beigel, 2017).

La metáfora de Beigel se asienta básicamente en la dimensión idiomática, a la que combina con algunos aspectos del *formato* de publicación. En nuestro análisis añadimos otro factor como el tipo de *autoría* (individual o en cola-

boración) apuntando a complejizar el análisis, con la idea de poder determinar luego la medida en que las disciplinas se corresponden con distintos estilos de publicación.⁸

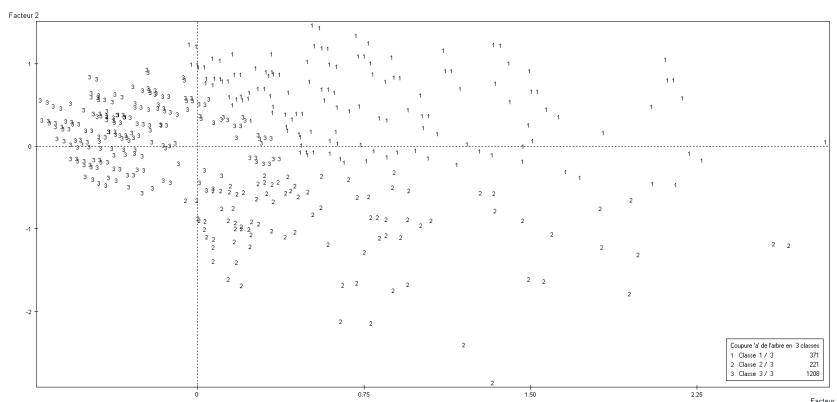


Gráfico 4. Clasificación de los individuos en tres clases de estilo de publicación

En esta perspectiva realizamos una Clasificación Ascendente Jerárquica (CAJ) sobre los dos primeros ejes del ACM, a partir de la cual analizamos particiones a las que conducía. Se revela así inicialmente la existencia de una estructura básica constituida por tres clases: la 1/3 ubicada en el sector derecho superior del plano, la 2/3 en el derecho inferior, y la 3/3 en el sector izquierdo. Así, podríamos considerar que la primera se corresponde básicamente con los Arieles, la segunda con los Calibanes, en tanto que la tercera —la más numerosa y heterogénea— presenta características mixtas.

Ahora bien, al haber agregado a las categorías de Beigel la dimensión de la autoría en nuestra caracterización de los estilos de publicación, la clase 1/3 en el sector superior derecho aparece como presentando también una fuerte tendencia a las publicaciones en colaboración. Esto nos lleva a proponer la definición de un *estilo estándar de publicación* caracterizado por el predominio de artículos en revistas, publicados en inglés y firmados en colaboración. De este modo identificamos una tendencia a la cual las distintas disciplinas —y los investigadores— podrán plegarse en distintos grados, aunque ninguna alcan-

⁸ A nivel mundial, es un hecho que en las ciencias sociales y humanidades son más bajos los porcentajes de artículos firmados en colaboración (Gingras, 2002:32–33; 2010:186).

ce a ajustarse a la misma por completo. Así, se puede reinterpretar la categorización de Beigel considerando a la clase 1/3 como agrupando a científicos sociales cuyo estilo —estándar— de publicación tiende a asemejarse a un perfil predominante en las ciencias exactas y naturales.

En la búsqueda de distinciones más finas entre los estilos de publicación, exploramos a continuación una división en cinco clases, la cual se produce por una división de las clases 1 y 3 originales.

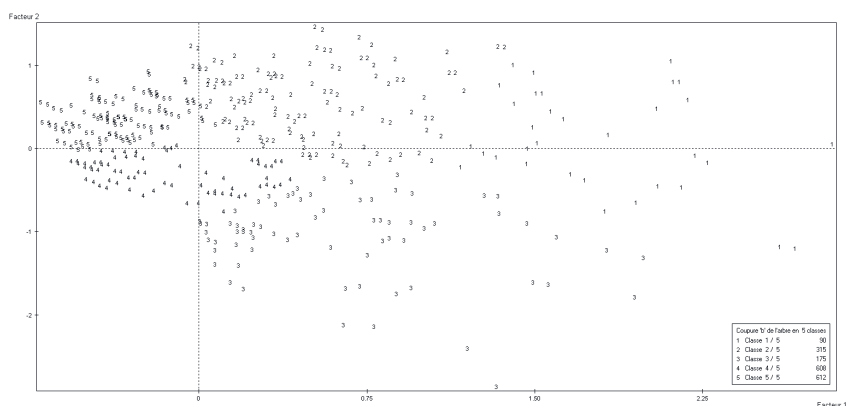


Gráfico 5. Clasificación de los individuos en cinco clases de estilo de publicación

Tabla 1. Matriz de las distancias entre las cinco clases

	Clase 1 / 5	Clase 2 / 5	Clase 3 / 5	Clase 4 / 5	Clase 5 / 5
Clase 1 / 5	0,0000	1,4083	1,9539	2,2680	2,3143
Clase 2 / 5	1,4083	0,0000	1,7594	1,2229	0,9933
Clase 3 / 5	1,9539	1,7594	0,0000	1,2155	1,7535
Clase 4 / 5	2,2680	1,2229	1,2155	0,0000	0,6080
Clase 5 / 5	2,3143	0,9933	1,7535	0,6080	0,0000

En las celdas de la matriz aparecen las distancias entre los centros de gravedad de las cinco clases. Ello permite apreciar como el tipo 1/5 (*Estándar*) presenta características muy claramente distintivas con respecto a todos los demás, siendo que la distancia de su centro de gravedad respecto de los otros tipos es siempre muy amplia. En cambio, la distinción entre los tipos 4/5 y 5/5 parecería casi consistir en una cuestión de matiz, dada la distancia muy reducida entre sus centros de gravedad (0,6080).

La clase 1/5 corresponde a un estilo de publicación *Estándar*, y abarca un conjunto reducido de 90 investigadores (un 5 % del total). En los tres primeros indicadores esta clase registra los valores más elevados, con los más altos porcentajes de publicaciones en inglés, en revistas y en coautoría, siendo estas características definitorias de un estilo estándar en las ciencias duras;⁹ pero también esta clase concentra el mayor porcentaje de sus integrantes en el nivel más bajo de productividad (un 41 % exhibe un promedio anual de publicaciones inferior a 1). Vale decir, se trata de un conjunto que se distingue por la *calidad* de su producción la que resulta privilegiada frente a la cantidad (no parece irrazonable pensar que la publicación predominante en revistas en inglés, más selectiva y difícil de lograr, explica una menor productividad; o, alternatively, que aquellos que no alcanzan un nivel estándar tiendan en algunos casos a compensar esa carencia por una mayor cantidad de publicaciones).

La clase 2/5 cultiva un estilo *Proto-estándar*; son 315 investigadores (17,5 % del total) que globalmente muestran una tendencia a ajustarse al estilo anterior aunque ya con valores algo más bajos, y un mayor nivel de productividad (similar al promedio de todas las clases).

En cambio la clase 3/5 se ajustaría a un estilo *Caliban* o *Localista*. De sus 175 miembros, un 73 % directamente carece de publicaciones en inglés y un 60 % no publicó nunca en coautoría; por lo demás, esta clase exhibe también una tendencia a bajos niveles de productividad, caracterizándose especialmente por la producción de una o menos publicaciones por año (44 %).

9 Es importante aclarar que ésta es una afirmación meramente constatativa, carente de cualquier implicancia normativa: no consideramos necesario ni conveniente que todas las disciplinas deban plegarse por igual a un estilo *estándar*. Respecto a la publicación en inglés es importante notar que «in many parts of the world, research excellence is equated with English-language publication. [...] The impact factor is calculated for journals indexed in the US-based and still mostly English-language Web of Science. These biases are particularly problematic in the social sciences and humanities, in which research is more regionally and nationally engaged» (Hicks et al., 2015:430).

Las dos clases restantes son las más numerosas; totalizan cada una un tercio de la población. Para una mejor caracterización de las diferencias entre estas dos clases recurrimos a indicadores incorporados como variables suplementarias, los que figuran en la Tabla 2.

Tabla 2. Investigadores con publicaciones en otros idiomas, por clases (%)

Idiomas	Clase	Clase	Clase	Clase	Clase	Total
	1/5	2/5	3/5	4/5	5/5	
Inglés	97,8	84,8	26,9	17,8	93,5	60,1
Francés	6,7	11,4	9,7	16,1	23,2	16,6
Portugués	4,4	12,7	10,9	16,3	25,2	17,6
Italiano	1,1	4,8	4,0	4,4	11,4	6,7
Alemán	1,1	4,8	10,9	4,9	10,1	7,1
solo español	2,2	13,0	53,1	54,3	4,7	27,5
n (=100 %)	90	315	175	608	612	1800
nº de otros idiomas	1,11	1,21	0,65	0,63	1,70	1,12

En esta tabla, la clase 4/5 presenta el más bajo porcentaje de investigadores con trabajos en inglés (17,8 %), y el mayor porcentaje de monolingües españoles (54,3 %). De este modo la clase 4/5 se asemeja claramente al tipo *Localista*. Con respecto a la clase 3/5, las principales diferencias que presenta la clase 4/5 están dadas por sus mayores niveles de productividad y por un peso algo más elevado de las publicaciones en colaboración. Pero, tanto en la clase 3/5 como en la 4/5 se observa en la última hilera de la tabla que los números de lenguas de publicación (diferentes del español) son los más bajos: 0,65 y 0,63 en promedio para cada investigador.

Las principales diferencias entre las clases 4/5 y 5/5 residen en su nivel de productividad y en el porcentaje de investigadores que han publicado en otros idiomas. La clase 4/5 se caracteriza por su menor productividad (60 % exhibe un promedio inferior a 2 publicaciones anuales, mientras en la clase 5/5 un 68 % presenta un promedio anual de 2 o más publicaciones).

Sin embargo, resultan del mayor interés las diferencias que estas dos clases presentan en cuanto a los idiomas. Si bien ambas se caracterizan por su baja producción en inglés, en la clase 4/5 esta obedece, como se ha visto, a la ausencia total de este idioma en la mayoría de sus integrantes; en cambio, en la

clase 5/5 lo característico es un número alto de investigadores que han publicado en ese idioma: en verdad, el porcentaje de investigadores que han publicado en inglés (93,5 %) es casi tan alto como en la 1/5, aunque, claro está, con mucha menor frecuencia (representando por lo tanto un bajo porcentaje sobre el total de su producción).

Pero además esta clase 5/5 es a la vez la que registra los más altos porcentajes de investigadores que han publicado en otros idiomas: estos investigadores son los que recurren en mayor grado a idiomas distintos del español (1,71 en promedio, frente a 1,11 en los estándares puros, que tienden a permanecer confinados al inglés). En la clase 5/5, en cambio, se evidencia una definida voluntad de universalización, aunque bajo formas alternativas a las prescriptas por el modelo dominante basado en el inglés como *lingua franca*.¹⁰ Especialmente el francés y el portugués aparecen con porcentajes importantes. Es en este sentido que podemos considerar a los integrantes de la clase 5/5 como *Universalistas*.

Estilos de publicación y disciplinas

Podemos ahora considerar las diferencias entre las distintas disciplinas en cuanto a los estilos de publicación.

¹⁰ Retomando un término pergeñado por J.E. Rodó se los podría considerar como opositores a la *nordomania*, el sometimiento cultural a los Estados Unidos de (norte) América (aún cuando la lengua inglesa involucre también a Gran Bretaña, que reviste importancia para algunas disciplinas).

Tabla 3. composición de las disciplinas por estilos de publicación

Disciplinas	Clase 1 / 5	Clase 2 / 5	Clase 3 / 5	Clase 4 / 5	Clase 5 / 5	Total (100 %)
Ant.Biol.	43,9	46,3	0,0	0,0	9,8	(41)
Ant.Social	0,0	9,0	7,6	46,9	36,6	(145)
Arqueología	3,2	46,8	0,6	18,4	31,0	(158)
Arquitectura	0,0	20,5	13,6	34,1	31,8	(44)
Artes	4,2	12,5	16,7	20,8	45,8	(24)
C.Política	2,0	6,1	16,3	35,7	39,8	(98)
Demografía	14,3	28,6	0,0	0,0	57,1	(7)
Derecho	2,4	12,2	17,1	26,8	41,5	(41)
Economía	30,9	29,8	3,2	8,5	27,7	(94)
Educación	7,0	40,4	14,0	14,0	24,6	(57)
Filosofía	2,5	7,5	27,3	25,5	37,3	(161)
Geografía	4,1	18,4	6,1	24,5	46,9	(49)
Historia	1,0	3,1	10,3	52,4	33,2	(292)
Letras	2,4	5,5	17,3	40,2	34,6	(127)
Lingüística	1,8	8,8	5,3	35,1	49,1	(57)
Planeamiento	5,3	15,8	10,5	21,1	47,4	(19)
Psicología	12,6	66,3	2,1	9,5	9,5	(95)
Sociología	1,0	8,6	4,5	47,8	38,1	(291)
TOTAL	5,0	17,5	9,7	33,8	34,0	(1800)

La Antropología Biológica presenta una combinación única de los estilos *Estándar* (44 %) y *Proto-estándar* (46 %), con una ausencia total de las clases *Localistas 3/5* y *4/5*. De este modo exhibe un perfil que la distingue netamente de las demás ciencias sociales y humanas. Entre los antropólogos se tiende a concebirla como una subdisciplina, integrante de la gran ciencia del hombre, junto a la Arqueología, la Antropología Social y la Lingüística. Esta es verosímilmente la razón por la cual el CONICET la ha encuadrado como parte de la Antropología dentro de la misma gran área junto con las demás ciencias humanas y sociales, y es lo que ha justificado su inclusión en nuestro análisis. Sin embargo, su ubicación extrema y solitaria en el plano de los estilos de publicación (ver Gráfico 4) muestra a las claras que, en lo que hace a las propiedades consideradas para construir el espacio de las publicaciones, la Antropología Biológica pertenece más al conjunto de las disciplinas biológicas que a las sociales o humanas.¹¹

11 En la ANPCYT, la Antropología Biológica aparece entre las Ciencias Humanas (y la Social entre las Sociales); en la RICYT, en cambio, se considera que «la antropología física, la geografía física y la psicofisiología deben clasificarse normalmente en ciencias exactas y naturales» (ver Baranger, 2014:29).

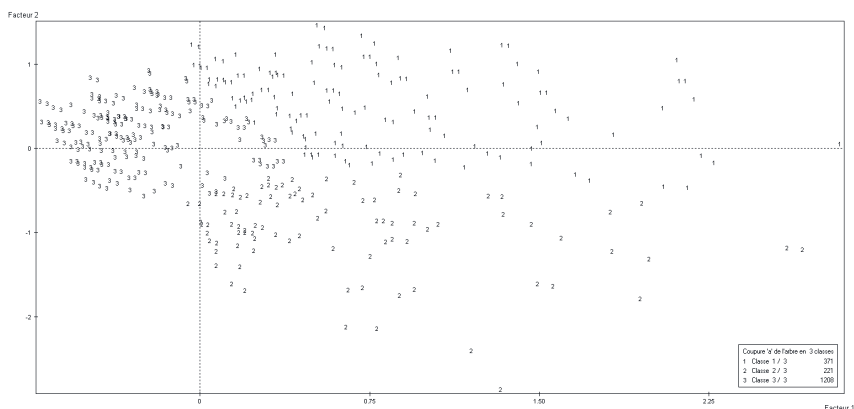


Gráfico 6. ACM estilos de publicación. Proyección de las disciplinas en el plano 1,2
 Nota: se proyectan solo las disciplinas que alcanzan un valor-test $\geq 2,0$ en alguno de los dos ejes (ver Tabla A5).

Economía exhibe el segundo porcentaje más alto de *Estándar* (31 %), combinado con un alto porcentaje de *Proto-estándar* (29 %), pero también con una proporción significativa de *Universalistas* (28 %). En cambio, en Psicología domina el tipo *Proto-estándar* (66 %), mientras que en Educación su predominio (40 %) es menos marcado. Arqueología, por su parte, se caracteriza por una combinación del tipo predominante *Proto-estándar* con el *Universalista*, con lo que pasa a ocupar en el plano una posición intermedia entre la Antropología Biológica y la Social.

En las restantes disciplinas el predominio pasa a las clases 4/5 y 5/5. La mayor proporción del tipo *Localista* se registra en Historia (52 %). Pero en las otras dos disciplinas *históricas* o *sintéticas*, como las denomina Passeron (1991, Cap. 1), los porcentajes no son mucho menores: Antropología Social y Sociología presentan perfiles extremadamente similares que se traducen en posiciones muy próximas en el espacio factorial. Ambas se reparten básicamente entre un tipo *Localista* predominante y uno *Universalista* con un peso algo menor. En cambio en Lingüística se invierten los pesos relativos de ambos tipos, predominando los *Universalistas* (49 %).

En cuanto a los idiomas, Antropología Social, Historia y Sociología muestran los porcentajes más bajos de investigadores que han publicado en inglés, a la vez que porcentajes comparativamente altos en francés (ver Tabla A6).

Globalmente considerado, el argumento de Beigel que describe la existencia de dos circuitos paralelos de evaluación en el sistema científico argentino constituidos por el CONICET y por las Universidades se corresponde con nuestras propias observaciones. Lo que aparece claro en este capítulo es que, en el caso de las ciencias sociales, se da en el seno mismo del CONICET una diferenciación entre *Arieles* y *Calibanes*, y que los estilos de publicación predominantes en las distintas disciplinas no son los mismos que en las ciencias exactas y naturales, presentando además importantes diferencias internas.

El estilo estándar, en su forma pura, no está muy desarrollado en el ámbito de las ciencias sociales y humanas. En su estado actual la bibliometría es difícilmente aplicable en este ámbito, y sus resultados son fuertemente cuestionables al no existir bases de datos con el suficiente detalle y completitud de la información sobre las publicaciones en formatos diferentes del artículo y en idiomas diferentes del inglés. Esto lleva a que se complique todavía más la posibilidad de determinar límites claros para los diferentes campos disciplinares como una condición para lograr su necesaria autonomía frente a los poderes temporales. No se trata ya solamente de diferencias teóricas que llevan a los conocidos problemas de inconmensurabilidad entre paradigmas enfrentados. La situación de pluralismo teórico se ve además potenciada por la variedad de estilos de publicación, los cuales, por cierto, distan de ser totalmente independientes de las orientaciones meta-empíricas más generales que guían la investigación.

En estos campos, el ideal de una comunidad de saber es aún más difícil de alcanzar que en las ciencias duras. En épocas como la presente, aquejada por la fiebre de la evaluación, las discusiones en los innumerables comités de pares son más difíciles de saldar en forma consensuada, ante la existencia de formas diversas, y con frecuencia enfrentadas, de practicar la disciplina.

Referencias bibliográficas

- Archambault, Éric y Vignola-Gagné, Étienne (2004). Science–Metrix Final Report. The Use of Bibliometrics in the Social Sciences and Humanities. Documento de trabajo preparado para el Social Sciences and Humanities Research Council de Canada (SSHRCC).
- Baranger, Denis (2014). ¿Primos paralelos o cruzados? Antropólogos y sociólogos en el sistema científico argentino. Documento de trabajo accesible en <https://unam-ar.academia.edu/DenisBaranger>
- Beigel, Fernanda (2017). Científicos periféricos: entre Próspero, Ariel y Calibán. Saberes institucionales, estilos de publicación y circuitos de consagración en Argentina. Un estudio de las «publicaciones más relevantes» de los investigadores del CONICET. *Dados*, vol. 59, n° 4.
- Benzécri, Jean–Paul (1979). Sur le calcul des taux d’inertie dans l’analyse d’un questionnaire, addendum et erratum à [BIN. MULT.]. *Les cahiers de l’analyse des données*, 4, n° 3, pp. 377–378.
- Bourdieu, Pierre (1984). *Homo academicus*. París, Minuit.
- Bourdieu, Pierre (2001). *Science de la science et réflexivité*. París, Raisons d’agir.
- Bourdieu, Pierre (2015). *Sociologie générale, volume 1 – Cours au collège de France 1982–1984*. París, Seuil.
- Gingras, Yves (2002). Les formes spécifiques de l’internationalité du champ scientifique. *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 141–142, pp. 31–45.
- Gingras, Yves (2010). *Propos sur les sciences. Entretiens avec Yanick Villedieu*. París, Raisons d’agir.
- Hicks, Diana et al. (2015). The Leiden Manifesto for research metrics. *Nature*, vol. 520, pp. 429–431.
- Le Roux, Brigitte (2014). *Analyse géométrique des données multidimensionnelles*. París, Dunod.
- Passeron, Jean–Claude (1991). *Le raisonnement sociologique. L’espace non–poppérien du raisonnement naturel*. París, Nathan.

Anexo de tablas y gráficos complementarios

a. El espacio de las Ciencias Sociales en el CONICET

Traza de la matriz: 5,13587

Factor	Valor propio modificado	% modif.	% modif. acum.	Histograma de valores propios modificados
1	0,0926	37,7%	37,7%	
2	0,0331	13,5%	51,1%	
3	0,0252	10,2%	61,4%	
4	0,0231	9,4%	70,7%	
5	0,0192	7,8%	78,6%	
6	0,0120	4,9%	83,5%	
7	0,0094	3,8%	87,3%	
8	0,0081	3,3%	90,6%	
9	0,0075	3,0%	93,6%	
10	0,0043	1,8%	95,4%	
11	0,0037	1,5%	96,9%	
12	0,0019	0,8%	97,7%	
13	0,0013	0,5%	98,2%	
14	0,0012	0,5%	98,7%	
15	0,0008	0,3%	99,0%	
16	0,0007	0,3%	99,3%	
17	0,0004	0,2%	99,5%	
18	0,0004	0,2%	99,6%	
19	0,0003	0,1%	99,8%	
20	0,0002	0,1%	99,8%	
21	0,0002	0,1%	99,9%	
22	0,0001	0,1%	100,0%	
23	0,0001	0,0%	100,0%	
24	0,0000	0,0%	100,0%	
25	0,0000	0,0%	100,0%	

Gráfico A1. ACM prosopográfico. Descomposición de la inercia e histograma de los valores propios modificados.

Tabla A1. Variables, modalidades y contribuciones para el ACM prosopográfico

Contribuciones de las modalidades activas

Variables y etiquetas	Eje 1	Eje 2	Eje 3	Eje 4	Eje 5
Año de Nacimiento					
N23-40	2,81	4,13	3,55	0,00	0,44
N41-45	3,26	2,26	0,48	0,00	0,08
N46-50	1,76	1,71	0,14	0,02	0,63
N51-55	1,51	0,79	0,25	0,02	0,82
N56-60	1,67	0,22	0,56	0,02	1,29
N61-65	1,30	4,08	0,99	0,05	0,00
N66-70	0,00	8,44	0,76	0,03	0,34
N71-75	5,30	0,04	0,16	0,00	0,37
N76 y +	5,83	2,64	0,34	0,13	0,00
Total variable	23,42	24,30	7,22	0,28	3,98
Lugar de Nacimiento (región)					
LN CABA	0,31	0,08	0,92	0,74	1,20
LN CUYO	0,06	4,80	19,35	0,62	0,75
LN GBA	0,03	0,03	0,00	0,12	0,31
LN LaPlata	0,01	0,00	0,07	0,48	20,74
LN NOA	0,05	0,16	0,92	22,46	0,11
Total variable	0,46	5,06	21,26	24,42	23,10
Lugar de trabajo (ciudad)					
LT CABA	0,09	0,00	2,32	1,86	2,56
LT Córdoba	0,05	0,12	0,01	0,07	0,00
LT La Plata	0,06	0,00	0,05	0,66	22,90
LT M.del Plata	0,37	0,38	0,04	0,18	0,03
LT Mendoza	0,03	6,14	23,90	0,76	1,29
LT Rosario	0,01	0,01	0,02	0,02	0,00
LT Tucumán	0,19	0,09	1,47	32,19	0,12
Total variable	0,80	6,73	27,81	35,74	26,90

País del Doctorado					
Argentina	0,77	0,05	0,03	0,00	0,70
Brasil	0,00	0,60	0,02	0,02	0,09
España	0,03	0,63	0,67	0,57	0,53
Francia	0,05	0,04	0,03	0,36	0,29
Inglaterra	0,00	0,30	0,11	0,07	0,24
USA/Canadá	0,65	0,09	0,02	0,01	0,70
Sin Doctorado	2,77	1,05	0,79	0,08	0,00
Total variable	4,27	2,76	1,66	1,11	2,56
Año de Ingreso a la CIC					
INGh.83	1,71	5,38	1,06	0,02	0,29
ING84-89	3,68	2,99	0,63	0,11	0,03
ING90-01	3,03	0,07	1,09	0,35	2,98
ING02-07	0,10	9,68	1,34	0,11	0,14
ING08 y +	7,34	0,31	0,38	0,24	0,59
Total variable	15,86	18,43	4,50	0,83	4,04
Edad de Ingreso a la CIC					
EI28-34	0,62	1,87	0,14	0,02	0,98
EI35-39	3,21	0,01	0,03	0,01	0,00
EI40-44	2,89	4,43	0,48	0,01	0,35
EI45-63	4,97	0,09	0,35	0,06	0,06
EISD	0,76	1,13	0,33	0,01	0,27
Total variable	12,45	7,53	1,33	0,11	1,66

Institución del grado					
IG UBA-FCE	0,46	0,01	0,44	0,18	0,78
IG UBA-FCS	1,40	0,16	0,41	0,83	1,84
IG UBA-FFYL	0,12	0,13	1,00	0,95	1,13
IG UNCórdoba	0,00	0,06	0,00	0,06	0,02
IG UNCuyo	0,07	6,53	22,84	0,70	1,40
IG UNLaPlata	0,01	0,00	0,07	0,74	27,51
IG UNM.delPlata	0,54	0,25	0,02	0,18	0,04
IG UNRosario	0,00	0,02	0,00	0,08	0,02
IG UNSur	0,08	0,03	0,00	0,00	0,01
IG UNTucumán	0,14	0,07	1,60	33,47	0,11
IG Católica	0,24	0,00	0,00	0,00	0,03
IG Salvador	0,55	0,07	0,05	0,01	0,00
Total variable	3,60	7,33	26,43	37,21	32,89
Beca Conicet					
Beca SI	1,66	0,21	0,09	0,01	0,59
Beca No	3,06	0,61	0,17	0,01	1,37
Total variable	4,72	0,83	0,26	0,02	1,96
Categoría ingreso CONICET					
CING 1	5,81	0,40	0,01	0,00	0,05
CING 2	2,96	6,64	0,67	0,01	0,05
CING 3	4,11	0,71	1,48	0,02	0,26
Total variable	12,88	7,75	2,16	0,03	0,37
Categoría CIC en 2013					
CIC 1	10,84	2,52	0,65	0,06	0,33
CIC 2	0,06	9,78	1,31	0,00	0,15
CIC 3	4,59	0,03	0,75	0,18	1,81
CIC 4	4,64	4,30	0,77	0,01	0,00
CIC 5	1,40	2,65	3,89	0,00	0,25
Total variable	21,53	19,28	7,37	0,25	2,55

Tabla A2. Porcentajes por categoría de investigador, según disciplinas

DISCIPLINA	Asistente	Adjunto	Independ.	Principal	Superior	n
Antro. Biológica	24 %	31 %	31 %	12 %	2 %	42
Antro. Social	44 %	33 %	15 %	7 %	1 %	150
Arqueología	39 %	30 %	22 %	5 %	2 %	165
Arquitectura	20 %	37 %	28 %	13 %	2 %	46
Artes	63 %	29 %	4 %	4 %	0 %	24
C. Política	46 %	28 %	11 %	12 %	2 %	106
Demografía	56 %	0 %	22 %	0 %	11 %	9
Derecho	30 %	36 %	23 %	5 %	7 %	44
Economía	29 %	41 %	15 %	11 %	5 %	103
Educación	28 %	41 %	24 %	7 %	0 %	58
Filosofía	27 %	29 %	27 %	13 %	5 %	166
Geografía	24 %	28 %	36 %	8 %	4 %	50
Historia	28 %	30 %	32 %	8 %	2 %	306
Letras	30 %	38 %	20 %	12 %	0 %	126
Lingüística	28 %	33 %	28 %	10 %	2 %	58
Planeamiento	32 %	37 %	16 %	16 %	0 %	19
Psicología	48 %	25 %	15 %	10 %	2 %	96
Sociología	47 %	28 %	16 %	9 %	1 %	303
Total	36 %	31 %	22 %	9 %	2 %	(1871)

b. El espacio de los estilos de publicación

Traza de la matriz: 4,25000









Factor	Valor propio modificado	% modif.	% modif. acum.	Histograma de valores propios modificados
1	0,0547	74,04%	74,0%	
2	0,0145	19,64%	93,7%	
3	0,0023	3,11%	96,8%	
4	0,0015	2,05%	98,8%	
5	0,0006	0,87%	99,7%	
6	0,0001	0,19%	99,9%	
7	0,0001	0,07%	100,0%	
8	0,0000	0,03%	100,0%	

Gráfico A2. ACM de estilos de publicación. Descomposición de la inercia e histograma de los valores propios

Tabla A3. Variables, modalidades y contribuciones para el ACM de estilos de publicación

Etiquetas	Eje 1	Eje 2	Eje 3	Eje 4	Eje 5
Inglés (% de publicaciones en este idioma)					
ING NO	0,61	16,27	4,92	0,05	0,92
ING<10 %	4,31	2,44	19,41	4,53	0,00
ING10<25 %	0,12	3,50	6,49	1,56	5,81
ING25<50 %	1,99	8,52	1,43	6,11	3,13
ING50a100 %	22,91	0,26	2,69	0,56	0,24
Total Variable	29,95	30,99	34,95	12,81	10,10
Productividad (Nº prom. anual de pub.)					
PRO<1	11,74	11,44	7,50	1,01	2,28
PRO1<2	0,05	1,32	11,64	0,85	0,17
PRO2<3	0,86	2,13	0,11	2,16	7,59
PRO3<4	0,15	0,79	5,41	0,70	0,07
PRO4y+	0,27	4,35	10,20	7,75	7,33
Total Variable	13,08	20,02	34,86	12,47	17,44
Autoría (% de pub. en colaboración)					
COL NO	3,25	18,34	0,02	0,97	0,42
COL<10 %	0,80	0,19	5,90	19,78	1,28
COL10<25 %	4,51	0,18	10,96	1,56	2,47
COL25<50 %	2,49	1,34	0,00	9,93	1,00
COL50<75 %	0,00	3,71	2,27	9,88	13,15
COL75<100 %	18,02	12,41	0,00	0,38	4,89
Total Variable	29,07	36,17	19,15	42,50	23,21
Formato revista (% de pub. en revistas)					
REVhasta20 %	1,65	11,46	7,13	6,79	0,94
REV>20a40 %	2,11	0,30	2,69	20,31	0,02
REV>40a60 %	4,26	0,34	0,43	1,02	19,14
REV>60a80 %	0,00	0,28	0,32	3,20	28,39
REV>80a100 %	19,88	0,43	0,46	0,90	0,75
Total Variable	27,90	12,83	11,04	32,21	49,24

Nota: solo los dos primeros ejes merecen ser analizados; en éstos, las celdas grisadas corresponden a las modalidades más fuertemente contributivas.

Tabla A4. Composición de las clases por indicadores de estilo de publicación (%)

Indicadores	Clase 1 / 5	Clase 2 / 5	Clase 3 / 5	Clase 4 / 5	Clase 5 / 5	Total
Idioma	% en Inglés					
ING NO	2,2	15,2	73,1	82,2	6,5	39,9
ING<10 %	0,0	24,8	9,1	13,7	59,3	30,0
ING10<25 %	6,7	27,0	10,3	4,1	29,4	17,4
ING25<50 %	14,4	27,6	2,3	0,0	4,7	7,4
ING50a100 %	76,7	5,4	5,1	0,0	0,0	5,3
Formato	% de pub. en revistas					
REVhasta20 %	1,1	0,0	21,1	0,0	0,0	2,1
REV>20a40 %	1,1	8,6	5,7	12,8	19,4	13,1
REV>40a60 %	5,6	23,5	16,6	36,5	56,9	37,7
REV>60a80 %	22,2	33,0	34,9	45,4	23,7	33,7
REV>80a100 %	70,0	34,9	21,7	5,3	0,0	13,5
Autoría	% de pub. en colaboración					
COL NO	5,6	0,3	60,0	4,8	0,0	7,8
COL<10 %	2,2	7,0	6,3	21,9	15,7	14,7
COL10<25 %	1,1	4,4	12,6	29,4	31,7	22,8
COL25<50 %	4,4	4,1	16,6	34,7	27,8	23,7
COL50<75 %	14,4	22,5	2,3	9,2	24,8	16,4
COL75<100 %	72,2	61,6	2,3	0,0	0,0	14,6
Productividad	% prom. anual de pub.					
PRO<1	41,1	2,5	44,0	2,1	0,0	7,5
PRO1<2	33,3	42,2	34,9	57,6	32,5	42,9
PRO2<3	11,1	33,3	13,1	28,6	38,2	30,3
PRO3<4	8,9	11,7	6,3	9,9	15,4	11,7
PRO4y+	5,6	10,2	1,7	1,8	13,9	7,6
Total (100 %)	(90)	(315)	(175)	(608)	(612)	(1800)

Nota: fueron excluidos 71 investigadores sin datos de publicaciones.

Tabla A5. Valores-test de las modalidades ilustrativas de Disciplina

Disciplina	n	Eje 1	Eje 2
Antro. Biológica	41	12,44	8,56
Antro. Social	145	-4,41	-2,09
Arqueología	158	3,30	9,76
Arquitectura	44	-0,58	-1,32
Artes	24	-0,37	-1,49
C.Política	98	-1,05	-3,45
Demografía	7	1,25	1,99
Derecho	41	-0,43	-1,44
Economía	94	10,26	4,69
Educación	57	3,60	1,83
Filosofía	161	-0,43	-5,55
Geografía	49	-0,60	1,41
Historia	292	-7,45	-6,67
Letras	127	-1,22	-4,52
Lingüística	57	-2,63	-0,30
Planeamiento	19	0,23	-0,70
Psicología	95	9,88	7,91
Sociología	291	-7,16	-0,70

Tabla A6. Investigadores con publicaciones en otros idiomas, por disciplinas (%)

Disciplinas	Inglés	Francés	Portugués	Italiano	Alemán	n (=100 %)
Antro. Biológica	100 %	5 %	10 %	0 %	2 %	41
Antro. Social	50 %	23 %	26 %	6 %	6 %	145
Arqueología	77 %	5 %	4 %	1 %	4 %	158
Arquitectura	50 %	11 %	25 %	32 %	2 %	44
Artes	71 %	8 %	25 %	8 %	0 %	24
C. Política	59 %	20 %	38 %	10 %	7 %	98
Demografía	86 %	14 %	14 %	0 %	0 %	7
Derecho	61 %	20 %	12 %	29 %	27 %	41
Economía	85 %	19 %	14 %	4 %	6 %	94
Educación	72 %	11 %	25 %	7 %	2 %	57
Filosofía	65 %	16 %	20 %	9 %	24 %	161
Geografía	63 %	4 %	22 %	0 %	0 %	49
Historia	40 %	22 %	13 %	6 %	4 %	292
Letras	65 %	15 %	13 %	8 %	4 %	127
Lingüística	67 %	19 %	12 %	4 %	9 %	57
Planeamiento	47 %	21 %	5 %	5 %	0 %	19
Psicología	78 %	7 %	12 %	4 %	2 %	95
Sociología	48 %	22 %	22 %	5 %	8 %	291
Total	60 %	17 %	18 %	7 %	7 %	1 800

Nota: un investigador pudiendo publicar en más de un idioma, los porcentajes suman más del 100 %.

6. Estilos de producción en las ciencias sociales argentinas

Juan Ignacio Piovani

Introducción

El objetivo de este capítulo es describir los estilos de producción de las ciencias sociales en Argentina.¹ Esto implica analizar tres dimensiones diferentes, aunque estrechamente relacionadas: los modelos y procesos de investigación (orientaciones teóricas, estrategias metodológicas, técnicas de investigación, etc.); los formatos de escritura (tipo, estructura y organización de los textos académicos) y las lógicas de publicación (tipos, formatos y perfiles de las publicaciones, etc.). La idea de considerar todas estas dimensiones, en lugar de concentrarse únicamente a los aspectos teóricos y metodológicos de la investigación, encuentra su fundamento en argumentos ya desarrollados en la literatura especializada. Bazerman (1988), por ejemplo, ha señalado la importancia de estudiar la escritura científica, mientras que Collyer (2018:59–60) ha argumentado que publicar es un proceso que «ayuda a estructurar la producción de conocimiento, habilitando y limitando prácticas específicas».

En un sentido amplio, la preocupación por los estilos de producción —tal como se los define en este capítulo— está relacionada con la creciente profesionalización de la sociología (y de las ciencias sociales en general) en todo el mundo. La sociología profesional «provee métodos válidos y probados, cuerpos de conocimientos acumulados, preguntas orientadoras, y marcos conceptuales», produce un tipo de conocimiento instrumental que se publica a través de *papers* académicos, y se legitima por medio de estándares científicos y mecanismos de control basados en la revisión por pares (Burawoy 2005:10).

En cuanto a su desarrollo histórico y su consolidación como modelo hegemónico del trabajo académico, la sociología profesional no puede dissociarse de lo que Beigel (2014; 2017a) ha denominado Sistema Académico Mundial, caracterizado por una estructural desigual de producción y circulación del conocimiento, con un circuito *mainstream* que constituye su centro dominante.

1 Este capítulo retoma el artículo «Styles of academic production in the Argentine social sciences: heterogeneity and heterodoxy». *Serendipities. Journal for the Sociology and History of the Social Sciences*, Vol 4, N. 1–2, 2019

En el marco de este sistema, el *paper* (o artículo de revista) comenzó a ser priorizado por sobre otras formas de producción y diseminación del conocimiento a partir de mediados del siglo xx (Beigel and Salatino, 2015). Si bien el impacto de este proceso fue más tardío en las ciencias sociales, la «cultura del *paper*» fue adquiriendo predominio gradualmente en estos campos durante la década de 1990. Por otra parte, uno de los principales pilares del Sistema Académico Mundial es un esquema de publicaciones de corriente principal compuesto por las principales revistas científicas indizadas en bases internacionales (Beigel, 2017a) y con un sesgo a favor de los artículos en inglés (Ortíz, 2009) producidos por investigadores del norte global.

En el caso específico de las ciencias sociales, Heilbron (2014) ha recurrido a la idea de un campo global emergente con una estructura centro–periferia, en el que las capacidades y productos de investigación se concentran en un núcleo euro–norteamericano. Mosbah–Natanson y Gringas (2014) han aportado evidencia empírica en favor de esta hipótesis sobre la estructura global del campo de las ciencias sociales, mostrando que durante el periodo 2000–2009 el núcleo euro–norteamericano concentraba el 89,1 % de las publicaciones, de acuerdo con el *Social Sciences Citation Index* (SSCI), y el 88 % de las revistas *mainstream* incluidas en *Web of Science* (WoS). En contraste, las periferias estaban escasamente representadas: toda América Latina, por ejemplo, solo contaba con el 2,2 % de las publicaciones y el 2,8 % de las revistas.

Las razones que explican esta representación marginal han sido objeto de investigación y debate. Vessuri (1995) y Guédon (2011) han señalado que dentro del circuito *mainstream* habitualmente se asume que la producción de las periferias carece de suficiente valor científico. Esta afirmación se relaciona de algún modo con la intraversión, un proceso que tiende a la autoreferencialidad y que lleva a los académicos a sospechar del conocimiento de fuentes externas a las de su propio país. Para los científicos del sur global esto se traduce en obstáculos para publicar en las revistas internacionales (Collyer, 2018:64). Además, se ha destacado la barrera idiomática: el inglés, desde hace décadas *lingua franca* de las ciencias naturales, también se ha establecido con fuerza en las ciencias sociales (Danell, 2013). No obstante, todos estos factores tienen que considerarse a la luz de un sistema de publicaciones que, más allá de la intraversión, ha estado sometido crecientemente a procesos de concentración de mercado, comodificación, monopolización y estandarización (Collyer, 2018).

La estandarización de la publicación académica se debe, al menos en parte, al surgimiento de un lenguaje y estilo universales de escritura (Beigel y Salatino, 2015), asociados a un género altamente codificado e institucionalizado que Bazerman (1988) denomina «reporte experimental» y que se materializa, en gran medida, en el modelo IMRAD: Introducción, Métodos, Resultados, Discusión. De acuerdo con Day (1989), este modelo fue consagrado como parámetro para la escritura científica en 1972, luego de la aprobación y publicación del Estándar Nacional Estadounidense para los artículos científicos. Se trata de un documento de 16 páginas preparado por el Comité para la Estandarización en el campo del trabajo bibliotecario, de documentación y de prácticas de publicación del Instituto Estadounidense de Estándares Nacionales (ANSI), que define lo que se espera de un *paper* científico para su presentación escrita u oral. Este estándar fue subsecuentemente adoptado por decenas de organizaciones científicas y revistas especializadas.

La afirmación de Day sobre la consagración del modelo IMRAD a partir de la década de 1970 es consistente con los resultados de una investigación empírica llevada a cabo por Sollaci y Pereira (2004). Luego de examinar los artículos publicados en cuatro revistas líderes del campo biomédico entre 1935 y 1985, constataron que dicho formato, en sentido amplio, comienza a utilizarse en la década de 1940, pero solo se difundió ampliamente en la de 1970, cuando ya se usaba en el 80 % de los artículos, y se erigió en modelo único en la década siguiente, cuando ya era empleado por la totalidad de los artículos publicados en las revistas analizadas por estos autores.

Aunque este formato tuvo mayor impacto en las ciencias naturales, también se ha difundido en las ciencias sociales y ha sido adoptado incluso por algunas revistas profesionalizadas de artes y humanidades (Day, 1989). Esta expansión puede explicarse por varios factores convergentes, tales como la tendencia a «imitar las formas de argumentación desarrolladas en las ciencias naturales» (Bazerman, 1988:257) y las recomendaciones de los editores de las revistas científicas (Sollaci y Pereira, 2004). Sin embargo, la influencia de este modelo en las distintas disciplinas sociales ha sido dispar. Su impacto ha sido particularmente significativo en la psicología, en gran medida debido a que la Asociación Estadounidense de Psicología (APA), en su célebre *Manual de Publicaciones*, propone la estructura IMRAD para los encabezados de las secciones de los artículos académicos. De acuerdo con Bazerman (1988:259), este manual «simboliza y materializa instrumentalmente la influencia y el poder del estilo oficial». De todos modos, cabe señalar que para la publicación de

los resultados de investigaciones empíricas en psicología y otras ciencias sociales se suele recurrir a una variante del formato IMRAD que también incluye secciones dedicadas a los marcos conceptuales de la investigación y a la revisión de la literatura o estado del arte.²

Como parte de estas dinámicas globales resulta pertinente analizar los estilos de producción de las ciencias sociales en los contextos periféricos. Esto podría contribuir a mejorar nuestro entendimiento de las relaciones centro-periferia, que algunos autores incluso han definido como «dependencia académica» (Alatas, 2003), mostrando la influencia del modelo dominante de ciencia social del núcleo euro-norteamericano, los grados de autonomía académica del sur global y las prácticas de resistencia contra el régimen internacional de publicaciones que, de acuerdo con Beigel (2014), han crecido significativamente en los últimos años.

En primer lugar, es importante considerar varios factores que afectan la interacción entre centro y periferia. Por un lado, las políticas científicas de los gobiernos de los países periféricos y de sus instituciones especializadas tienden a orientar las estrategias de publicación hacia el circuito *mainstream* — incluso a través de incentivos y programas de premios—, bajo el supuesto de su mayor prestigio e impacto. Por otro lado, y a pesar de que las universidades y las asociaciones científicas de estos países han sido las tradicionales editoras de las revistas académicas locales (Vessuri *et al.*, 2014), en años recientes se ha generado un proceso de transferencia hacia la propiedad comercial, especialmente en algunos países. Esta transferencia ha tenido notables consecuencias para la producción de conocimiento, en particular a través de la estandarización de las revistas y del afianzamiento de prácticas de publicación asociadas con la «imposición» del modelo estadounidense (Collyer, 2018). También vale la pena mencionar a las ya ubicuas prácticas de evaluación científica, que suelen tener un claro efecto performativo (Piovani, 2015b). Las evaluaciones influyen en las decisiones de los investigadores sobre estilos de escritura y, más fundamentalmente, sobre cómo y dónde publicar (y posiblemente también sobre los objetos de investigación, las teorías, los enfoques y los métodos).

Sin embargo, las implicancias de estos procesos tienden a ser multifacéticas y no lineales. Martín (2013), por ejemplo, ha argumentado que los académicos de las periferias adoptan dos estrategias diferentes en relación con

2 Antes de su estandarización de la década de 1970, la sección dedicada a la revisión de literatura también era práctica habitual en los papers de las ciencias naturales bajo el rótulo de «Trabajo previo» (Brain, 1965).

las dinámicas señaladas. La primera es la imitativa: se asume la necesidad de publicar internacionalmente y se lo establece como un objetivo privilegiado, para cuyo cumplimiento se apropian los problemas, teorías y metodologías de las académicas hegemónicas y se siguen sus estilos de escritura. La segunda podría calificarse como hiperlocalista e implica el rechazo del requisito de publicación internacional (y en inglés), ya sea sobre la base de una crítica profunda de los sistemas de indización y de medición de impacto, o como una mera reacción defensiva y culturalista. En una línea en algún sentido similar, Beigel (2017a) ha argumentado que la supuesta «dependencia académica» en realidad altera las culturas evaluativas nacionales y profundiza la heterogeneidad estructural de los sistemas científicos periféricos, dando lugar a circuitos segmentados de reconocimiento y consagración.³

Por otra parte, desde hace algunos años se están desarrollando varios circuitos académicos regionales en el sur global (Beigel, 2014) como parte de un nuevo y más amplio fenómeno de internacionalización. Heilbron (2014) define a este proceso como regionalización transnacional, y se caracteriza por el surgimiento de estructuras regionales, tales como consejos de investigación, revistas, asociaciones profesionales y bases de datos. En particular, han resultado muy significativos los circuitos alternativos de publicación que se establecieron como «respuesta a las desigualdades del sistema global de publicaciones» (Collyer, 2018:66). En el caso de América Latina, Vessuri *et al.* (2014:656) han destacado las más de 30 colecciones digitales que se han ido conformando desde fines de la década de 1990, y que reflejan «el deseo de dar mayor visibilidad a la producción científica regional», así como los sistemas de indización regionales y las plataformas digitales como Latindex, Scielo, Redalyc y, más recientemente, Amelica.

Por lo tanto, aunque las periferias están expuestas a la influencia de los estilos dominantes de producción científica desarrollados en el núcleo euro-norteamericano del Sistema Académico Mundial, nuevas evidencias muestran que también «se genera conocimiento autónomo fuera de los “centros de excelencia”», y que este conocimiento no es únicamente «resultado de la importación masiva de los modelos centrales» (Beigel, 2014:618).

El caso argentino es especialmente interesante porque luego de la crisis de 2001/2002, y hasta fines de 2015, el sistema científico tuvo una notable expan-

3 El análisis de Hanafi (2011) sobre la producción de las ciencias sociales del Este árabe muestra resultados en algún sentido similares, en la medida en que los académicos que publican globalmente «perecen» a nivel local, y los que trabajan sobre temas localmente relevantes no tienen acceso al circuito internacional mainstream.

sión. Inmediatamente después de la crisis, la entonces Secretaría de Ciencia y Tecnología comenzó a elaborar el Plan Nacional Estratégico para la Ciencia, la Tecnología y la Innovación. Entre sus principales objetivos se planteaba aumentar la inversión en I+D (hasta 1 % del PIB) y alcanzar un número de científicos y tecnólogos equivalente a 3 por mil de la fuerza laboral (Unzué, 2015). En 2007 se creó el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación (Mincyt) como estructura responsable de la planificación y ejecución de la política científica, lo que implicó un mayor reconocimiento de la agenda científica dentro de la estructura estatal y su institucionalización en el máximo nivel de la burocracia gubernamental.

En este contexto, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), principal institución científica del país, tuvo un incremento significativo en su planta de investigadores de ciencias sociales y humanas (de 705 a 2245) y de becarios doctorales (de 493 a 2896) entre 2003 y 2016. Igualmente relevantes fueron la consolidación de programas doctorales, especialmente en las universidades públicas, y el aumento del financiamiento para proyectos de investigación. En el caso de las ciencias sociales, también se verificó una revitalización del mercado editorial, así como la creación de nuevas revistas académicas, la mayoría de ellas editada por instituciones científicas o de educación superior.

Esta expansión fue a la par de un creciente proceso de profesionalización de las prácticas científicas y académicas que, aun con su propia dinámica, siguió en gran medida las tendencias internacionales. Entre otras cosas, la profesionalización en Argentina reforzó la institucionalización de la evaluación —cumpliendo, en general, con los criterios de la revisión por pares— y alentó las publicaciones en revistas prestigiosas del circuito *mainstream* (calificadas como Tipo I por el CONICET).⁴

Sin embargo, investigaciones recientes han puesto en evidencia que la difusión del modelo hegemónico de producción científica —centrado en los *papers* en inglés publicados en revistas *mainstream*— presenta algunas peculiaridades en Argentina. Por ejemplo, Gibert Galassi (2013), en un estudio bibliométrico comparativo de la producción de las ciencias sociales en varios países latinoamericanos, muestra que ha habido un incremento considerable en el número de artículos publicados en revistas de corriente principal. No obstante, señala que en Argentina esta tendencia ha sido más débil que en

4 En este sentido, cabe destacar el trabajo de una comisión del CONICET que elaboró las bases de la Resolución 2249/14 sobre la categorización de las publicaciones periódicas en ciencias sociales y humanas (Peirano, Freibrun y Sleiman, 2015:11).

otras naciones como Brasil y Chile, y concluye que la fortaleza y calidad de la tradición en ciencias sociales de Argentina no parecen reflejarse en los indicadores bibliométricos internacionales.

Beigel (2017a, 2017b) ha abordado esta cuestión y ha señalado la persistencia de dos modelos dentro de las ciencias sociales en Argentina. El primero está representado por una minoría de científicos, generalmente relacionados con el CONICET, familiarizados con los estilos de producción dominantes del Sistema Académico Mundial. El segundo se caracteriza por tener una agenda más endógena, con académicos que pertenecen mayoritariamente a universidades y que tienden a mantenerse vinculados a un circuito local conformado por revistas no indizadas (al menos en las bases de corriente principal) publicadas en castellano y a veces solo en formato impreso. De acuerdo con Beigel, el reciente crecimiento del sistema científico profundizó esta polarización entre el modelo CONICET y el universitario. En el capítulo de Baranger y Niño incluido en este volumen se complejiza el análisis de Beigel gracias a la consideración de otras variables. Estos autores proponen una tipología de cinco estilos de publicación: el estándar (que se ajusta al perfil tradicional de las ciencias naturales, con artículos en inglés y formato IMRAD), el proto-estándar, dos versiones de estilo localista, y el universalista (que implica una orientación internacional, pero no restringida únicamente a las publicaciones en inglés del circuito *mainstream*, sino que incluye también artículos en francés, portugués, alemán e italiano). Baranger y Niño muestran que el campo de las ciencias sociales en Argentina es heterogéneo, con una fuerte influencia del estilo estándar en economía y psicología (posiblemente en sus variante experimental y psicométrica), y una prevalencia de estilos localistas y/o universalistas en la sociología y otras disciplinas.

Gantman (2011) ha analizado los CV de 414 investigadores del CONICET de las áreas de economía, sociología, psicología y ciencia política con el fin de identificar sus patrones de publicación. Su punto de partida es la idea de que las ciencias sociales tienen un carácter idiosincrático de acuerdo con su origen nacional o regional. Su investigación muestra que, si bien hay una prevalencia de revistas locales en las publicaciones de estos investigadores, las diferentes trayectorias doctorales están relacionadas con diversos patrones de publicación. En este sentido, destaca que haber realizado el doctorado en Estados Unidos o el Reino Unido tiene un efecto positivo en el número de publicaciones en inglés y en el circuito *mainstream*, mientras que haber obtenido el doctorado en Argentina tiene un efecto negativo.

Más recientemente, Calvo *et al.* (2019) llevaron a cabo un análisis empírico de los estilos de investigación en la sociología y la ciencia política argentinas, focalizándose en las tres publicaciones más citadas de los investigadores del CONICET. Los resultados muestran que el campo de las ciencias sociales en Argentina es más heterogéneo de lo esperado, aunque con un claro predominio de los estudios cualitativos. La probabilidad de emplear métodos cuantitativos es más alta entre quienes estudiaron en Estados Unidos, y los artículos basados en estudios cuantitativos tienen mayor propensión a ser publicados en revistas internacionales *mainstream*, siendo también los que tienen más impacto en términos de citas. En resumen, estos autores muestran que el apego al modelo IMRAD no ha sido uniforme ni ha seguido una tendencia evolutiva, y que tampoco ha influenciado el número de publicaciones ni el reconocimiento por parte de los pares a nivel local. En este sentido, concluyen que el circuito argentino de las ciencias sociales difiere del de otros contextos académicos periféricos que parecen estar más polarizados, como por ejemplo el árabe (véase Hanafi, 2011).

Teniendo en cuenta este conjunto de problemas como marco de referencia, en este capítulo se describe un *corpus* de publicaciones recientes de las ciencias sociales de la Argentina y se abordan cuestiones como las siguientes: ¿cuáles son sus principales características en términos de estrategias metodológicas, formatos de escritura, citas, patrones de publicación e impacto? ¿Hasta qué punto se ajustan a los modelos hegemónicos internacionales para la escritura y la publicación? ¿Hay diferencias significativas según el tipo de publicación y entre aquellas que se basan en estudios cuantitativos y cualitativos? En otras palabras, se focalizan aspectos metodológicos y técnicos clave de las investigaciones en las que se basan las publicaciones, su estructura formal (organización interna y secciones del texto), las citas y referencias bibliográficas incluidas en ellas, los perfiles de las revistas en las que han sido publicados (en el caso de los artículos) y, aunque en un sentido bastante acotado, su impacto.

Métodos

La investigación que se reporta en este capítulo se basa en el análisis de un *corpus* de 493 publicaciones de ciencias sociales cuyo marco temporal de producción coincide con el de la expansión del sistema científico argentino luego de la crisis de 2001/2002. Se compone de todas las publicaciones seleccionadas por las y los investigadores que participaron en el proyecto «Estados de

la cuestión» del PISAC, que consistió en la revisión exhaustiva de la literatura reciente de las ciencias sociales argentinas, con el objetivo de sistematizar y presentar las contribuciones realizadas en seis grandes núcleos temáticos: a) estructura social; b) condiciones de vida; c) Estado, gobierno y administración pública; d) ciudadanía, movilización y conflicto social; e) diversidad sociocultural; f) consumos culturales.

Si bien no se trata de una muestra aleatoria, el *corpus* es relevante porque incluye las publicaciones que reconocidos pares de diversas instituciones y regiones del país, agrupados en 6 equipos de investigación —uno por cada núcleo temático—, consideraron pertinentes para dar cuenta, de manera integral, de la investigación social argentina reciente sobre los temas apenas señalados.

Para hacer operativa la búsqueda y posterior selección de publicaciones se recurrió a una serie de estrategias y fuentes complementarias:

- Búsqueda a través de bases de datos o repositorios, usando filtros, palabras clave y descriptores.
- Búsqueda e identificación a través de colegios invisibles y referencias de informantes clave (expertos en la materia).
- Búsqueda a través de listados de revistas → índices de artículos / índices de autores.
- Búsqueda a través de listados de editoriales → colecciones de libros → títulos de libros → índices de libros.
- Búsqueda a través de listados de congresos → listados de mesas temáticas → índices de ponencias / índices de autores.
- Búsqueda basada en la exploración de los listados de centros e institutos de investigación → equipos → líneas → proyectos → producciones enmarcadas en los proyectos.
- Búsqueda a partir de una estrategia «bola de nieve» tomando las referencias bibliográficas de otros trabajos que ya habían sido identificados y seleccionados.

Dada la escasa representación de la producción local en las bases e índices internacionales, en primera instancia los investigadores tuvieron que construir bases de: a) revistas de ciencias sociales locales; b) editoriales argentinas o extranjeras con presencia en Argentina que publican libros de ciencias sociales; y c) congresos realizados en el país durante el período analizado. En total, se identificaron más de 400 revistas, 129 editoriales con 497 series o colecciones de ciencia sociales, y 382 congresos o jornadas académicas.

Inicialmente, cada equipo identificó cerca de 1000 publicaciones relevantes dentro de su respectivo núcleo temático, que fueron clasificadas utilizando

una *grilla de relevamiento resumida* que incluía variables tales como título, autoría, palabra clave, núcleo temático principal, tipo de publicación,⁵ tipo de trabajo,⁶ etc. En una segunda fase, se seleccionó cerca del 10 % de estas publicaciones con el fin de conformar el *corpus* sobre el cual se haría el análisis exhaustivo para la elaboración de los estados de la cuestión. Esta selección se basó en un criterio de muestro intencional, previa organización del total de textos preseleccionados en cuatro matrices:

1. Matriz de TEMAS / DIMENSIONES / PERSPECTIVAS (teóricas y metodológicas) / PROBLEMAS / HIPÓTESIS (en relación con cada uno de los núcleos temáticos)
2. Matriz de REGIONES / INSTITUCIONES / PERFILES DE AUTORES (en cuanto a las regiones se tuvo en cuenta un doble aspecto: a) producida en x región y b) acerca de x región.
3. Matriz de TIPO DE PUBLICACIÓN (libro / capítulo / artículo / ponencia) / TIPO DE TRABAJO (ensayo / investigación teórica / investigación empírica, etc.).
4. Matriz de DIMENSIÓN TEMPORAL (delimitación temporal como OBJETO DE ANÁLISIS y como FECHA DE PUBLICACIÓN).

Cada matriz quedó definida por una cantidad variable de celdas. La posterior yuxtaposición de las matrices multiplicó la cantidad de celdas, con una complejidad creciente que permitió reconstruir la heterogeneidad del campo de producción académica sobre la base de las dimensiones consideradas en el conjunto de las matrices. Obviamente, no se pretendía cubrir hasta el más mínimo detalle resultante de las matrices combinadas, sino contar con un marco de referencia que permitiera cumplir los objetivos de exhaustividad

5 Libro, capítulo de libro, artículo de revista científica, ponencia presentada en congreso.

6 Ensayo (trabajo de argumentación / reflexión / opinión personal sobre un tema / problema, más allá de que contenga referencias teóricas y/o empíricas); Estudio propositivo–normativo (trabajo cuyo objetivo es proponer una intervención social determinada, una política social específica o una guía de acción o práctica, más allá de que contenga referencias teóricas y/o empíricas); Investigación teórica (trabajo que se centra en la discusión sistemática de una perspectiva o concepto, o en la construcción conceptual sobre un tema / problema, aun conteniendo referencias a casos empíricos); Estado de la cuestión–revisión de literatura (trabajo que da cuenta, sistemáticamente, del conjunto de publicaciones sobre un tema / problema); Investigación empírica (trabajo que se basa en la producción y análisis de datos primarios producidos a través de cualquier tipo de metodología científica, o en el análisis sistemático de datos secundarios, más allá de que contenga referencias teóricas).

(temática, regional, etc.) en la cobertura de la producción académica. En definitiva, se buscaba evitar deliberadamente que el análisis se concentrara en un único tipo de producción, en pocos autores de una misma región o institución, acerca de un mismo tema (o dimensión) o sobre perspectivas muy afines entre sí (Piovani, 2015a).

Como ya se ha señalado, las publicaciones incluidas en el *corpus* fueron seleccionadas con la finalidad principal de elaborar estados de la cuestión. Pero también se las relevó a los efectos de producir insumos —datos primarios— para esta investigación sobre estilos de producción. En este sentido, se aplicó de manera transversal un instrumento diseñado como marco de codificación, que incluyó 28 ítems generales y otros específicos para cada tipo de publicación y de trabajo.

El marco de codificación abarcó un amplio abanico de cuestiones relacionadas con los textos (estructura, bibliografía, impacto, etc.), las investigaciones en las que se basan (financiamiento, colaboración nacional o internacional, fundamentos teóricos, decisiones metodológicas, etc.), los autores (cantidad, afiliación institucional, perfil, etc.) y los soportes de publicación (así como sobre las características de las revistas, en el caso de los artículos). La aplicación de dicho marco a los textos del *corpus* dio lugar a la elaboración de una base de datos con 97 variables, a las que se agregaron otras 15 construidas a partir del procesamiento inicial. La base se analizó estadísticamente utilizando el paquete SPSS y recurriendo principalmente a distribuciones de frecuencias (absolutas y relativas), medidas de tendencias central y de dispersión, y tablas de contingencia.

Resultados

A continuación, se presenta un panorama general del *corpus* analizado sin ningún tipo de diferenciación. Esto resulta relevante porque, como se verá inmediatamente, incluye una diversidad de tipos de trabajos y de publicaciones. Tal como se observa en el gráfico 1, el 10,7 % de ellas son libros; el 19,4 % capítulos de libros; el 51,2 % artículos de revistas científicas y el 18,4 % ponencias presentadas en congresos.⁷ En relación con los tipos de trabajo, y teniendo en cuenta las definiciones utilizadas en esta investigación (véase nota 6), el 17,5 % son ensayos, el 4,8 % son estudios propositivos–normativos, el 11 %

7 El 0,3 % restante corresponde a informes técnicos u otros tipos de publicaciones.

son investigaciones teóricas, el 5 % son revisiones de literatura y el 61,7 % son resultados de estudios empíricos. Si bien no hay una relación muy estrecha entre el tipo de publicación y el tipo de trabajo, cabe destacar que, en comparación con su participación global en el *corpus*, los ensayos tienen un peso relativo mayor en el conjunto de artículos de revista (19,8 %) y menor entre los libros (15,1 %), mientras que los reportes de investigaciones empíricas son particularmente importantes en el caso de los libros (73,6 %) y de las ponencias (68,1 %). Por su parte, las publicaciones de carácter teórico están por encima de su media general entre los capítulos de libro (15,6 %) y por debajo entre las ponencias (7,7 %), y los estudios propositivo–normativos y los estados de la cuestión se destacan por su mayor proporción entre los capítulos de libro (6,2 % y 10,4 % del total de capítulos, respectivamente)

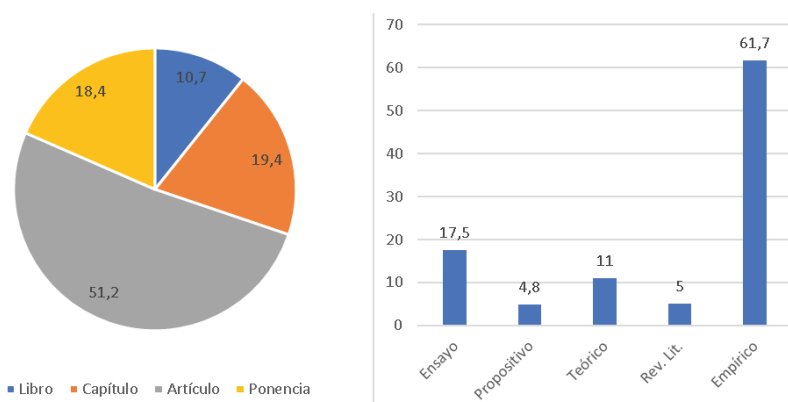


Gráfico 1. Tipos de publicaciones y de trabajos

Fuente: Base de datos PISAC de publicaciones argentinas de ciencias sociales, 2002–2014

La distribución regional de la producción incluida en el *corpus* fue la siguiente: Capital Federal: 36,4 %; Región Metropolitana (Gran Buenos Aires, excluida la Capital Federal): 12,6 %; Región Pampeana (resto de la prov. de Buenos Aires y La Pampa): 8,3 %, Región Centro (Córdoba y Santa Fe): 12,1 %; Cuyo (Mendoza, San Juan y San Luis): 6,7 %; Noreste–Litoral (Entre Ríos, Corrientes, Chaco, Misiones y Formosa): 8,9 %; Noroeste (Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, La Rioja y Catamarca): 7,3 %; Patagonia (Rio Negro, Chubut, Neuquén, Santa Cruz y Tierra del Fuego): 5,9 %; Otra (publicaciones de argentinos en el exterior): 1,6 %. En relación con los núcleos temáticos, el 18,6 % de

las publicaciones corresponde al de estructura social; el 15,4 % al de condiciones de vida; el 16,4 % al de Estado, gobierno y administración pública; el 16,8 % al de ciudadanía, movilización y conflicto social; el 11,5 % al de diversidad socio-cultural; y el 21,3 % restante al de consumos culturales.

Habiendo hecho esta aclaración inicial sobre la amplia variedad de tipos de trabajo y de publicaciones que conforman el *corpus*, nos concentraremos de aquí en más en aquellas que se basan en investigaciones empíricas, dado que la definición de estilos de producción que hemos propuesto en este capítulo incluye a las estrategias de investigación y a los componentes metodológicos como elementos centrales para su caracterización. Y nos limitaremos a los *papers* (especialmente en su variante tradicional de artículo de revista, pero también en los de capítulo de libro y ponencia de congreso) por ser el tipo de producción que se encuadra más cabalmente dentro de las lógicas de publicación académica internacionales, y al que se aplican más específicamente los modelos estandarizados de formato y escritura.

Los resultados muestran que el 41,8 % de ellos se produjo en el marco de un proyecto de investigación —generalmente grupal— y el 29,3 % recibió financiamiento. Las principales fuentes de financiamiento fueron las universidades nacionales, especialmente en los casos de los capítulos de libro y de las ponencias, así como de los estudios cualitativos. Aunque en menor medida, también fueron significativos los subsidios de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, a través del FONCYT, y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. El financiamiento de esta última institución tuvo mayor impacto en la publicación de artículos de revista.

De acuerdo con la información obtenida, el 16 % de las publicaciones analizadas son el fruto del trabajo colaborativo (entre grupos, instituciones, países), con un porcentaje algo mayor de colaboración intranacional que internacional. El trabajo colaborativo aparece con menor frecuencia en los artículos de revista (14,4 % del total) y en la investigación cualitativa (10 %); la cooperación internacional tiene mucho mayor incidencia en las investigaciones cuantitativas, en las que alcanza al 9,5 % frente a tan solo el 2,3 % entre las de tipo cualitativo.

Al analizar la estructura formal de las publicaciones se encuentra que el 76 % cuenta con un marco teórico–conceptual, mientras que el 56,7 % incluye un estado de la cuestión / revisión de literatura y el 38 % contiene una sección dedicada a los métodos. Además, el 39,5 % presenta al menos una hipótesis de forma explícita. No obstante, estos porcentajes varían significativamente según el tipo de publicación y la estrategia metodológica (cuantitativa

o cualitativa). Como puede observarse en la Tabla 1, entre los artículos de revista —en comparación con los capítulos de libros y las ponencias— se registra un mayor porcentaje de textos en los que se incluye un marco teórico, una revisión de la literatura y un apartado dedicado a los métodos, y en los que se formulan hipótesis explícitas. Por su parte, las diferencias entre las publicaciones que se basan en métodos cuantitativos y cualitativos, aún más pronunciadas, se consignan en las dos columnas de la derecha de la misma tabla. En efecto, la proporción de trabajos de carácter cuantitativo en los que se incluyen los cuatro ítems señalados es mucho mayor, y la brecha es especialmente considerable en el caso de los apartados metodológicos. Teniendo en cuenta simultáneamente el tipo de publicación y la estrategia metodológica, se puede afirmar que los artículos de revista basados en estudios cuantitativos son los que más habitualmente presentan los cuatro ítems: 81,3 % cuenta con un marco teórico–conceptual, 64 % incluye una revisión de la literatura, 66,7 % tiene una sección sobre los métodos y 52,5 % presenta hipótesis explícitas.

Tabla 1. Porcentaje de publicaciones que incluyen los cuatro ítems seleccionados, según tipo de publicación y estrategia metodológica

	ARTÍCULOS	CAPÍTULOS PONENCIAS	CUANTITATIVA	CUALITATIVA
Marco teórico	79.7	70.9	78.4 %	75.4 %
Revisión de literatura	58.2	54.5	60.8 %	48.5 %
Métodos	40.5	34.5	60.8 %	26.9 %
Hipótesis	43.1	34.5	45.9 %	31.5 %

Fuente: Base de datos PISAC de publicaciones argentinas de ciencias sociales, 2002–2014

Además de determinar el porcentaje de publicaciones que incluyen una sección metodológica, también se analizó el reporte específico de las decisiones de muestreo, recolección y análisis de datos. Los resultados, que se presentan en las Tablas 2, 3 y 4, muestran que las técnicas de recolección de datos, que son las que más habitualmente se detallan, se encuentran consignadas en el 78,6 % de las publicaciones analizadas. En contraste, en el 66 % de ellas no hay ninguna referencia concreta a los procedimientos de muestreo. Las decisiones metodológicas sobre estos tres aspectos de la investigación se reportan con menor frecuencia en los capítulos de libro y en las ponencias que en los artículos de revista. Y al comparar entre estudios cuantitativos y cualitativos

se evidencia que las estrategias de muestreo y de análisis de datos se consignan mucho más habitualmente en los primeros, mientras que las de recolección de información se reseñan algo más entre los segundos. Como era de esperar, el muestreo probabilístico, los cuestionarios estandarizados y el análisis estadístico son abrumadoramente prevalentes en la investigación cuantitativa, al menos en aquellas en las que se especifican las decisiones metodológicas. En cambio, en los estudios cualitativos sobresalen el muestreo intencional, las entrevistas en profundidad, y el análisis de contenido y del discurso.

Tabla 2. Muestreo

No consignado	66.6 %
Probabilístico	8 %
Intencional	13.6 %
Otro	11.8 %

Fuente: Base de datos PISAC de publicaciones argentinas de ciencias sociales, 2002–2014

Tabla 3. Técnicas de recolección de datos

No consignadas	21.4 %
Cuestionario estandarizado	18.9 %
Entrevista en profundidad	35.5 %
Other	24.2 %

Fuente: Base de datos PISAC de publicaciones argentinas de ciencias sociales, 2002–2014

Tabla 4. Técnicas de análisis de datos

No consignadas	36.1 %
Análisis estadístico	28.2 %
Análisis de contenido	18.5 %
Otras	17.2 %

Fuente: Base de datos PISAC de publicaciones argentinas de ciencias sociales, 2002–2014

Por otra parte, se examinó la bibliografía de las publicaciones. La primera observación relevante es que un 1,5 % de ellas no cuenta con ninguna referencia bibliográfica, y 3,8 % incluyen entre 1 y 5. El número de referencias de cada publicación, agrupadas en intervalos, puede observarse en el Gráfico 2. Los artículos de revista tienen una media aritmética de referencias más alta (26,1) y un desvío estándar menor (15,1) que los capítulos de libro y las ponencias de congreso, cuya media de referencias es de 24,7 y su desvío estándar de 28,1. La diferencias en las medias entre los estudios cuantitativos y cualitativos es insignificante, pero los primeros tienen un desvío estándar mucho menor (15,7 vs. 25,8)

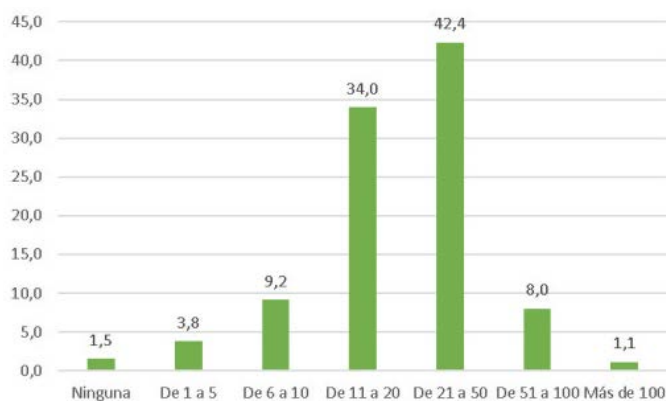


Gráfico 2. Porcentaje de publicaciones según la cantidad de referencias bibliográficas

Fuente: Base de datos PISAC de publicaciones argentinas de ciencias sociales, 2002–2014

En las bibliografías se observa que en el 0,4 % de las publicaciones la referencia más reciente es anterior a la década de 1990, mientras que 5,4 % de ellas tienen como referencia más cercana temporalmente un texto de esa década, 69,8 % uno de la década de 2000 y 24,4 % uno de la 2010. También se consideró el número de referencias recientes —aquellas publicadas hasta 10 años antes de cada trabajo analizado— y se pudo determinar que 3,8 % no cuenta con referencias que cumplieran este criterio, 16,5 % tiene entre 1 y 5; 22,3 % entre 6 y 10; 27,7 % entre 11 y 20; 19,6 % entre 21 y 50; 9,6 % entre 51 y 100; y 0,4 % más de 100. En cuanto a su peso relativo, estas publicaciones recientes suman entre el 50 y el 75 % del total de la bibliografía en 36,2 % de las publicaciones, y más del 75 % en 35,8 % de ellas.

En la Tabla 5 se muestra la cantidad de artículos de revista incluidos en las bibliografías. Más del 10 % de las publicaciones no contienen artículos entre sus referencias, mientras que 42,1 % tienen hasta 5. En términos relativos, los artículos de revista constituyen hasta el 10 % del total de la bibliografía en 8,9 % de los textos analizados; entre 10 y 25 % en 30,2 % de ellos; entre 25 y 50 % en 35,7 %, y más de 50 % en 15,5 %. Tanto el número total como la proporción de artículos citados son mayores en los artículos de revista y en las investigaciones cuantitativas. Cuando se combinan estas dos características —artículos de corte cuantitativo— las referencias a otros artículos son especialmente significativas y alcanzan, en promedio, al 99,2 % de la bibliografía.

Tabla 5. Número de artículos de revista incluidos en la bibliografía

Ninguno	10.7 %
De 1 a 5	42.1 %
De 6 a 10	21.8 %
De 11 a 20	10.3 %
De 21 a 50	11.5 %
De 51 a 100	3.4 %

Fuente: Base de datos PISAC de publicaciones argentinas de ciencias sociales, 2002–2014

Dado que el inglés es ampliamente reconocido como *lingua franca* de la ciencia, se consideró relevante examinar la inclusión de textos publicados en esta lengua en las listas de referencias. Al respecto, cabe señalar que más del 46 % de las publicaciones consideradas no incluyen este tipo de referencias, mientras que 24,9 % de ellas listan hasta 5 textos en inglés y 10,3 % entre 6 y 10. Entre las publicaciones que incluyen en sus referencias textos en inglés, su peso relativo es de hasta 10 % en el 16,7 % de los casos; de 10 al 25 % en el 10,9 % de ellos; de 25 a 50 % en otro 10,9 % y más de 50 % en 15,9 %. La literatura en inglés es más frecuente en los artículos de revista y en los estudios cuantitativos, en los que se observan tanto medias aritméticas más altas (de textos en este idioma), como una mayor proporción de ellos dentro del conjunto de referencias.

El Gráfico 3 ilustra la distribución del origen geográfico de las referencias. El 4,8 % de las publicaciones no incluye otros textos argentinos en su bibliografía, un porcentaje bajo comparado con la ausencia de referencias estadounidenses / europeas (10,3 %) y latinoamericanas (28,7 %). En los casos de la literatura estadounidense / europea y latinoamericana, el modo de la distribución es el intervalo que incluye de 1 a 5 referencias, siendo ésta la situación del 36 % y cerca del 45 % de las publicaciones, respectivamente. La literatura argentina es la más referenciada: más del 25 % de las publicaciones incluyen entre 11 y 20 textos de este origen.

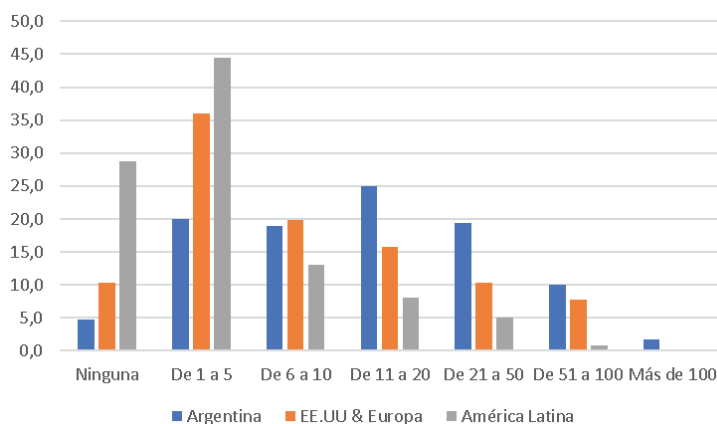


Gráfico 3. Porcentaje de publicaciones según la cantidad de referencias bibliográficas de orígenes geográficos seleccionados.

Fuente: Base de datos PISAC de publicaciones argentinas de ciencias sociales, 2002–2014

El Gráfico 4 muestra el peso relativo de las referencias de cada región en el total de la bibliografía de cada publicación. En más del 30 % de ellas, la literatura argentina cuenta por más del 75 % del total de las referencias. En cuanto a los textos de origen latinoamericano, ellos representan hasta el 25 % de la bibliografía en 44,5 % de las publicaciones, y más del 75 % solo en el 6,6 % de ellas. Por su parte, la literatura estadounidense o europea alcanza entre el 25 y el 50 % del total de las referencias en 22,9 % de los casos, y más del 75 % en 17,4 % de ellos.

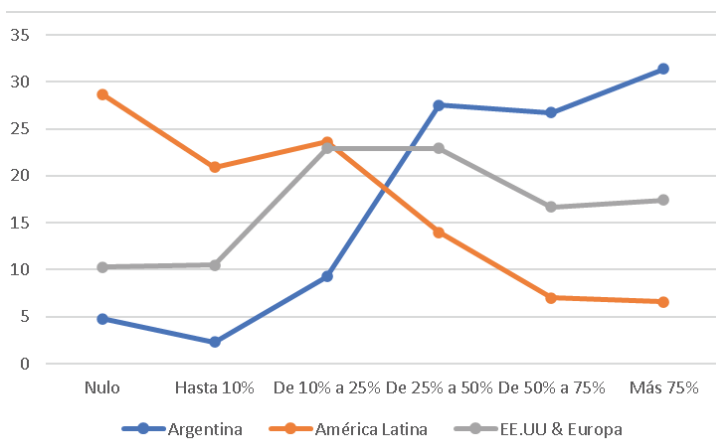


Gráfico 4. Porcentaje de referencias bibliográficas según su origen geográfico
Fuente: Base de datos PISAC de publicaciones argentinas de ciencias sociales, 2002–2014

El número total y el peso relativo de la bibliografía de diferentes orígenes geográficos varían de acuerdo con el tipo de publicación y la estrategia metodológica en la que se basa. Las medias aritméticas de las referencias de textos argentinos, latinoamericanos o estadounidenses / europeos son más altas en los casos de los artículos de revista y de los estudios cuantitativos, y particularmente más bajas en el caso de los capítulos de libro y las ponencias, tal como se puede observar en la Tabla 6. Los artículos que reportan estudios cuantitativos son los que tienen las medias más altas, especialmente en lo que concierne a la bibliografía estadounidense y europea. Pero estas medias tienen que analizarse en conjunto con desvíos estándar también altos, lo que implica que algunas publicaciones incluyen muchas referencias bibliográficas, mientras otros tienen muy pocas. En cuanto a las referencias a textos de origen latinoamericano, si bien la media aritmética es más baja en los estudios cualitativos, su proporción dentro del total de la bibliografía tiende a ser mayor que en el caso de los estudios cuantitativos. Además, mientras que solo el 25 % de los estudios cualitativos no cuenta con ninguna referencia latinoamericana en su bibliografía, esta cifra asciende al 34,7 % en el caso de los estudios cuantitativos.

Tabla 6. Media de referencias por publicación, según el origen de las referencias

	Todas las Publicaciones	Artículos	Capítulos, Ponencias	Estudios Cuantitativos	Estudios Cualitativos	Artículos Cuantitativos
Literatura argentina	16.4	18.2	13.9	18.4	14.4	20.4
Literatura latinoamericana	5.2	6.4	3.5	6.3	4.5	7.6
Literatura estadounidense y europea	13.2	17.0	7.8	16.8	12.1	20.2

Fuente: Base de datos PISAC de publicaciones argentinas de ciencias sociales, 2002–2014

Para los artículos de revista, que representan casi el 60 % del *corpus* analizado, también fue posible examinar algunos patrones de publicación. Estos artículos fueron incluidos en 101 revistas diferentes, la mayoría de ellas editadas en Argentina por universidades nacionales. En la conformación del *corpus*, ninguna revista aporta más de seis artículos, y el promedio por revista no llega a dos. Algunas de las revistas locales más reconocidas, como *Cuadernos de Antropología Social*, *Trabajo y Sociedad* y *Desarrollo Económico* están entre aquellas con mayor frecuencia de artículos. El 77,8 % tuvo revisión por pares y el 81,7 % están publicados en revistas indizadas, con un abrumador predominio de Latindex. En efecto, más del 85 % de los artículos corresponden a revistas registradas en esta base, aunque en muchos casos se trata de publicaciones que solo aparecen en el Directorio, que no implica evaluación o indización. Los porcentajes de inclusión en las bases regionales Scielo y Redalyc (aproximadamente 25 %) y en DOAJ: Directory of Open Access Journals (20,8 %), también son significativos. En cambio, la participación en las bases internacionales del circuito *mainstream* es bastante excepcional: 4 % está registrado en SCOPUS y cerca de 2,4 % en WoS. Además, 9,8 % de los artículos están publicados en formato papel, mientras que 30,6 % solo cuentan con versión digital y 58,8 % forman parte de revistas que tienen versión digital e impresa. En el caso de los artículos basados en estudios cuantitativos, la proporción de aquellos con revisión por pares es algo mayor, al igual que el grado de inclusión en revistas indizadas (87,5 %) y del circuito *mainstream*.

Finalmente, en relación con el impacto de las publicaciones se observa que el 68,4 % de ellas figura en Google Académico (GA). Sin embargo, el nivel de citas es en general bajo: 1,4 % de las registradas en GA no están citadas o referenciadas en otros textos; 62,7 % están citadas entre 1 y 5 veces; 8,1 % entre 6 y 10 veces; 8,6 % entre 11 y 20 veces; 5,4 % entre 21 y 50 veces y 3,8 % más de 50 veces. La proporción de artículos de revista incluidos en GA (78,4 %) es mayor que la de capítulos de libro y ponencias presentadas en congresos (54,5 %). Por otra parte, entre los primeros solo el 10 % no está citado en otras publicaciones (comparado con el 13,8 % entre los segundos), y 4,2 % están citados más de 50 veces (frente al 3,1 % de los capítulos y ponencias). El porcentaje de estudios cuantitativos registrados en GA, y su volumen de citas en otros textos, es mayor al de los estudios cualitativos: entre los primeros solo en 5,8 % no figura en GA (frente al 13,3 % de los segundos), y 30,8 % están citados más de 5 veces, comparado con el 22,2 % en el caso de los estudios cualitativos.

Discusión y conclusiones

Considerado en su totalidad, el *corpus* analizado en este capítulo incluye una amplia variedad de tipos de publicaciones y de tipos de trabajos. Esto permite afirmar que los científicos sociales de Argentina —en este caso los pares de diferentes disciplinas sociales e instituciones, que seleccionaron las publicaciones— no reconocen un solo formato de producción académica y, en cambio, a la hora de caracterizar las contribuciones recientes de las ciencias sociales, consideran diversos tipos de investigación, de productos y de formatos. A pesar de que los trabajos empíricos (más del 60 % del *corpus*) y los artículos de revista (más del 50 %) son mayoritarios, parece razonable concluir que el estatus de estos últimos como «único» formato válido del trabajo científico está, al menos en parte, en disputa. Y este resultado es consistente con las muchas formas de resistencia y acción colectiva que diferentes actores del sistema científico y universitario local de ciencias sociales han llevado adelante en los últimos años, en especial en contra de aquellas políticas científicas que apuntan a consagrar al *paper* (en inglés) como el único producto científico legítimo, en detrimento de otro tipo de publicaciones, especialmente los libros y, en un sentido más amplio, los textos en castellano.⁸ Estas acciones, que

⁸ Desde 2012, por ejemplo, la Comisión Interinstitucional de Elaboración de Criterios de Evaluación para las Humanidades y las Ciencias Sociales (CIECEHCS) ha formulado criterios específicos para la evaluación de la producción en estos campos. Esta Comisión fue establecida de manera

bien pueden enmarcarse en las prácticas de resistencia que se generan en el sur global frente al régimen internacional de publicaciones (Beigel, 2014), se basan tanto en críticas sólidas de dicho régimen, como en las reacciones defensivas o culturalistas descritas por Martín (2013).

Centrando ahora la atención en las publicaciones derivadas de investigaciones empíricas, se pudo constatar que la mayoría de ellas corresponde a estudios de carácter cualitativo. El predominio de esta orientación metodológica en la investigación social argentina reciente, ya reseñada con anterioridad por Piovani (2015a) y por Calvo *et al.* (2019), no puede ser pasado por alto al momento de analizar el bajo porcentaje de publicaciones que se ajustan al formato IMRAD, dado que este no se usa de manera tan consistente en los textos que reportan resultados de estudios de caso o de campo, tal como ha documentado el *Writing Center* de la Universidad de Wisconsin–Madison.⁹ Esta afirmación sobre la menor difusión del formato IMRAD en los textos basados en investigaciones cualitativas está en línea con uno de los hallazgos de este estudio: los componentes centrales de dicho formato —especialmente la sección dedicada a los métodos— aparece con mucho mayor frecuencia en los textos de base cuantitativa, especialmente en los artículos de revista.

De todos modos, los resultados revelan la heterogeneidad del campo académico de las ciencias sociales argentinas en términos de producción científica mucho más allá de la clásica distinción entre métodos cuantitativos y cualitativos. A diferencia de lo que señala Beigel (2017b) en relación con las culturas evaluativas, que se estructuran en torno de un esquema binario (Conicet vs. Universidad), el panorama de los estilos de producción parecería tener más matices y mayor complejidad. En efecto, en lo que concierne a la investigación, la escritura y la publicación, el clivaje CONICET / Universidad, aunque significativo, no logra explicar totalmente las diferencias. A pesar de que la evidencia empírica confirma que las publicaciones que más se ajustan a los estándares internacionales derivan, en mayor proporción, de estudios financiados por CONICET, los investigadores de ciencias sociales y humanas de esta institución trabajan con diversas orientaciones metodológicas y despliegan diferentes estrategias de publicación (Gatman, 2011; Baranger y Niño, en este volumen).

autónoma por un grupo de instituciones e investigadoras/es y, entre otras cosas, ha defendido la importancia del libro y de las publicaciones en castellano. El Consejo de Decanos y Decanas de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas (CODESOC) también ha propuesto una revisión integral de los criterios para la evaluación académica utilizados en las universidades y las instituciones científicas, y varios grupos de investigadoras/es suelen defender públicamente una mayor autonomía local para la definición de tales criterios.

9 <https://writing.wisc.edu/>

Por lo tanto, en relación con los estilos de producción también están en juego otras variables significativas. En este capítulo, al igual que en Calvo *et al.* (2019), se muestra que las estrategias metodológicas seguidas en una investigación guardan relación con la propensión a publicar textos que se ajustan al modelo estándar: independientemente de la afiliación institucional de los autores (CONICET o universidad), los *papers* cuantitativos tienden a adecuarse en mayor medida al modelo IMRAD o, al menos, a incluir algunas de sus secciones principales. Además, estos *papers* cuantitativos también se publican con mayor frecuencia en revistas del circuito *mainstream*. Y a su vez, en tanto componentes clave de lo que Danell (2013:179) define como «regímenes de comunicación», estas revistas son clave «para reforzar estándares uniformadores de la producción de conocimiento».

Tanto Calvo *et al.* (2019) como Gantman (2011) concluyen que el lugar de realización del doctorado también es una variable relevante. En este sentido, señalan que los académicos argentinos con formación doctoral en países anglófonos, y especialmente en universidades de Estados Unidos y del Reino Unido, tienden a publicar más en inglés y en revistas internacionales de corriente principal, en las que los formatos de escritura habitualmente están estandarizados. Existen varios factores que pueden contribuir a explicar esta tendencia, todos ellos relacionados con las propias características de la estructura centro–periferia del campo internacional de las ciencias sociales, tal como la describe Heilbron (2014). Los investigadores entrenados en Estados Unidos y el Reino Unido cuentan con algunas ventajas dentro de esta estructura: a) mayor familiaridad con los criterios y las lógicas de producción de conocimiento y de publicación del circuito *mainstream*; b) menos problemas con la barrera idiomática (ligada al predominio del inglés) que, tal como señala Danell (2013), resulta muchas veces difícil de sortear; c) mayores oportunidades para el desarrollo de redes con colegas de los países centrales, que a su vez pueden resultar en trabajos colaborativos. Un estudio recientemente publicado (Almeida *et al.*, 2022) sobre las competencias lingüísticas y el uso de idiomas extranjeros en la producción científica permite poner estos hallazgos en perspectiva, en particular para el caso argentino. Este estudio, sobre la base de una amplia muestra de investigadores de Argentina, Brasil y Chile,¹⁰ muestra que solo el 5,3 % de los argentinos hizo su doctorado en una universidad de un país anglófono, frente al 17,4 % de los brasileños y 31,2 % de los chilenos. Dada la relación estadística entre el hecho de haber tenido entrena-

10 Proyecto NEIES Mercosur # 3/2015: Internacionalización académica en el Cono Sur. Estudio comparativo de capacidades lingüísticas de académicos de universidades seleccionadas de Chile, Brasil y Argentina.

miento doctoral en un país anglófono y la propensión a publicar en inglés en el circuito *mainstream*, estos datos aportan una posible explicación para los hallazgos de Gibert Galassi (2013) sobre la menor proporción de *papers* argentinos en los índices internacionales, en comparación con los brasileños y los chilenos.

Baranger y Niño (en este volumen) y Calvo *et al.* (2019) también muestran la importancia de la adscripción disciplinaria. Los primeros señalan que los estilos de publicación denominados estándar y proto estándar, que implican mayor adhesión a los modelos canónicos de las ciencias naturales, son prevalentes en la antropología biológica, la economía y la psicología. En otras disciplinas como la antropología social y la sociología predominan los estilos localista y universalista. El caso de la ciencia política es bastante peculiar debido a la influencia de la academia estadounidense, de lo que resulta una mayor difusión del modelo estándar de *paper* en este campo, como ilustran Calvo *et al.* (2019).¹¹

Finalmente, la edad de los investigadores también parece tener un impacto significativo. En este sentido, Beigel (2017b) ha analizado lo que los propios investigadores de CONICET consideran sus publicaciones más importantes,¹² y ha observado que las generaciones más jóvenes tienden a seleccionar más artículos publicados en revistas *mainstream*. En efecto, dentro de sus cinco principales publicaciones, los científicos sociales de menos de 45 años eligieron, en promedio, 4,4 artículos de revistas. Para Beigel, esto es una evidencia de que el *paper* científico se está volviendo cada vez más hegemónico en todos los campos de conocimiento.

Tanto en los reportes escritos de investigaciones cuantitativas como cualitativas, y más allá de las críticas que puedan formularse al formato IMRAD, o a su impacto dispar en las diferentes ciencias sociales, la alta proporción de publicaciones que carecen de una descripción detallada de las decisiones metodológicas resulta bastante llamativa. Tal como se señaló en la sección anterior, las referencias a las decisiones de muestro son prácticamente nulas en el caso de los estudios cualitativos, a pesar de que en la actualidad prácticamente todos los textos especializados en métodos cualitativos incluyen un capítulo —o al menos una sección— sobre muestro. Estos resultados adquieren relevancia, entre otras cosas, para reflexionar acerca de los procesos de formación

11 La base de datos utilizada para esta investigación no incluye información detallada sobre la adscripción disciplinaria de los autores. No obstante, la mayoría de las publicaciones pueden vincularse a las cuatro disciplinas del CODESOC: sociología, ciencia política, comunicación social y trabajo social.

12 Esta información se incluye en los CV de los investigadores, elaborados con la plataforma SIGEVA.

de investigadores y, más específicamente, sobre la enseñanza de los métodos y las técnicas de investigación. Independientemente de posibles déficits puntuales en el tratamiento de temas técnicos específicos, tales como el muestreo cualitativo, investigaciones previas han puesto en evidencia que, en general, la enseñanza de la metodología en Argentina tiende a ignorar la cuestión de la escritura científica. En cambio, se focaliza casi exclusivamente en los debates epistemológicos y metodológicos generales, en el diseño de la investigación y en las técnicas de producción y análisis de datos (Piovani, 2014).

Los hallazgos referidos a la bibliografía también permiten realizar algunas consideraciones relevantes. En primer lugar, podría argumentarse que la baja presencia relativa de artículos de revista y textos en inglés en las listas de referencias de las publicaciones analizadas es consistente con la escasa inclusión de secciones dedicadas a la revisión de literatura, bajo el supuesto de que esta habitualmente se construye a partir de antecedentes de investigación recientes generalmente publicados en la forma de artículos de revistas en inglés. Esta hipótesis encuentra un anclaje adicional en las estadísticas de uso de la biblioteca electrónica del MINCYT, que provee acceso a bases internacionales a todas las instituciones públicas de ciencia y técnica y de educación superior del país. Entre enero de 2008 y diciembre de 2017, los investigadores sociales descargaron 2 263 192 artículos, comparados con los más de 30 millones descargados por sus colegas de ciencias naturales. Además, el promedio de descargas anuales por investigador de estas últimas disciplinas fue de 141 ítems, frente a solo 12 en el caso de las ciencias sociales.¹³ Cabe aclarar, sin embargo, que estas consideraciones sobre la bibliografía no se aplican de manera completa a los artículos de revista basados en investigaciones cuantitativas, en cuyas listas de referencias se encuentra un significativo número de artículos, de publicaciones en inglés y de literatura internacional reciente en general.

En cuanto al origen de la bibliografía, los resultados muestran un alto peso de la producción local y una presencia relativamente escasa de la literatura latinoamericana, a pesar de las similitudes de muchos procesos sociohistóricos en los diferentes países de la región. En el caso de las ciencias sociales de la Argentina, la intraversión (Collyer, 2018) no pareciera ser la mejor explicación para este fenómeno, aunque obviamente se requieren estudios más focalizados y en profundidad sobre el tema. Si bien podría plantearse cierta tendencia a la autorreferencia, especialmente en el caso obvio del estudio social de fenómenos con fuerte anclaje local, también se puede destacar que las ciencias sociales latinoamericanas —especialmente las mexicanas, brasileñas y

13 <http://www.biblioteca.mincyt.gob.ar/estadisticas/disciplinas>

chilenas— han gozado de alta valoración en Argentina, y las principales universidades de los dos primeros países han sido destinos tradicionales para la formación de posgrado de científicos sociales argentinos. En todo caso, los hallazgos relativos a los patrones bibliográficos sugieren que el impacto de la regionalización transnacional emergente (Heilbron, 2014) es todavía incipiente, no obstante la existencia de sistemas de indización y bases de datos regionales consolidados. Por otra parte, la colaboración internacional pareciera ser bastante marginal, y su peso relativo en el *corpus* es algo menor al que determinaron Mosbah–Natanson y Gingras (2014) para la producción de las ciencias sociales de regiones periféricas durante 2008–2009.¹⁴

El mayor impacto de la literatura estadounidense y europea —aun siendo menor que el de la literatura local— es un claro indicador de que los principales centros de producción de conocimiento en el plano internacional todavía ejercen mucha influencia en las periferias, especialmente en lo que concierne a las cuestiones teóricas y metodológicas. Esto bien podría considerarse un típico ejemplo de extraversión, término que designa «el proceso por el cual los investigadores del Sur tienden a orientarse hacia la academia del Norte en busca de marcos teóricos y metodológicos para sus estudios locales» (Collyer, 2018:64). Sin embargo, la limitada proporción de artículos de revistas y de textos en inglés (así como también en francés, alemán o italiano) en las bibliografías implica que las referencias a publicaciones estadounidenses y europeas consiste fundamentalmente en libros ya traducidos. La preeminencia de la literatura euro–norteamericana en las ciencias sociales argentinas ha sido considerada por Baranger (2011) en su análisis de 3.618 ponencias presentadas en 4 congresos nacionales y regionales llevados a cabo en Argentina entre 2008 y 2009. En los textos examinados por Baranger los autores más citados son, en este orden, Bourdieu, Foucault, Marx y Weber. Otros referentes muy citados son Wacquant, Gramsci, Durkheim, Giddens y Goffman. En el plano teórico, el predominio de autores europeos (especialmente clásicos) resulta abrumador, mientras que el caso de la literatura metodológica las referencias a autores estadounidenses y argentinos también son cuantitativamente relevantes.

Si se considera únicamente a los artículos de revista incluidos en el *corpus*, se podrá concluir que la mayoría fue publicada en el circuito local descrito por Beigel (2017b). Este circuito está conformado por revistas no indizadas —o, en todo caso, no indizadas en las bases internacionales de carácter comercial—, generalmente publicadas por universidades y solo parcialmen-

14 Sin embargo, debe recordarse que este estudio y el de Mosbah–Natanson y Gingras se basan en muestras no comparables debido a sus características y a las fuentes utilizadas para su construcción.

te —y en grado variable— apegadas a los criterios y estándares del Sistema Académico Mundial.¹⁵ Los muy bajos porcentajes de artículos incluidos en el circuito *mainstream* —4 % en SCOPUS y aproximadamente 2,4 % en WoS— son consistentes con los hallazgos presentados por Mosbah–Natanson y Gin-gras (2014). En cambio, las mucho mayores proporciones de artículos publicados en revistas incluidas en Latindex, Scielo y Redalyc aportan evidencia empírica a los argumentos acerca del desarrollo y fortalecimiento reciente de alternativas regionales para los sistemas de indexación y las plataformas digitales (Beigel, 2014; Heilbron, 2014; Vessuri *et al.*, 2014; Collyer, 2018). También cabe destacar la proporción de artículos publicados en acceso abierto, una tendencia que ha adquirido mayor apoyo institucional y legal en Argentina en tiempos recientes.

A pesar del alto porcentaje de artículos publicados en acceso abierto y/o en revistas indizadas en el circuito regional, su impacto, definido en términos de citas, es en general bajo. Esto podría deberse a varios factores. En primer lugar, en relación con el impacto internacional, la intraversión podría tener un efecto considerable, dado que las publicaciones del sur rara vez son citadas por académicos del norte y de otros países del sur. En segundo lugar, las bases internacionales —en las que estos artículos no están incluidos— son la fuente principal y más legitimada por parte de los investigadores de todo el mundo para identificar referencias bibliográficas (Collyer, 2018). En tercer lugar, y como hemos visto a lo largo de este capítulo, muchos científicos sociales de Argentina suelen no incluir revisiones de la literatura en sus artículos. Finalmente, hay una relativamente baja participación de los artículos de revista en las listas de referencias bibliográficas de las publicaciones examinadas.

Analizando los resultados de manera integral, y a la luz de la literatura especializada, puede proponerse la hipótesis de que los estilos de producción de las ciencias sociales en Argentina presentan patrones heterogéneos y heterodoxos. Una minoría de los textos considerados se ajusta a los modelos estandarizados del Sistema Académico Mundial en términos de métodos, tipo de escritura y lógicas de publicación. También hay algunas publicaciones —aunque pocas— de los circuitos local y regional que presentan formatos estandarizados y «profesionalizados». Otro bloque de publicaciones —proporcionalmente más significativo— no solo está restringido al circuito local, sino que también

15 En efecto, un relevamiento iniciado en el marco del PISAC, y luego completado por Beigel y Salatino (2015), muestra la existencia de más de 450 revistas argentinas de ciencias sociales y humanas, la mayoría de ellas con escasa circulación y visibilidad, y sin equipos editoriales profesionales y rentados (Piovani, 2015).

muestra menos apego a los criterios de la ciencia social profesional (en el sentido de Burawoy, 2005), tal como lo evidencia —entre otras cosas— la alta proporción de ensayos entre los artículos de revista. Además, hay estilos de producción híbridos, con grados variables de ajuste a dichos criterios y estándares en conjunto, o a alguno/s de ellos en particular. En síntesis, los hallazgos sugieren que más allá de los recientes procesos de profesionalización académica, lo que podríamos definir como modelos «heterodoxos» de producción todavía cuentan con fuerte arraigo en las ciencias sociales de Argentina.

Referencias bibliográficas

- Alatas, Syed Farid (2003). Academic Dependency and the Global Division of Labour in the Social Sciences. *Current Sociology*, 51(6), 599–613.
- Almeida, Ana Maria, Denis Baranger y Juan Ignacio Piovani (2022). Origen social, competencias lingüísticas y patrones de publicación científica en Argentina, Brasil y Chile. *Tempo Social*, 34(3), 49-99.
- Baranger, Denis (2011). Antropología social y sociología argentinas: identidades disciplinares en cuatro congresos. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 1(2), 23–59.
- Bazerman, Charles (1988). *Shaping Written Knowledge: The Genre and Activity of the Experimental Article in Science*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Beigel, Fernanda (2014). Introduction: Current tensions and trends in the World Scientific System. *Current Sociology*, 62(5), 617–625.
- Beigel, Fernanda (2017a). Científicos Periféricos, entre Ariel y Calibán. Saberes Institucionales y Circuitos de Consagración en Argentina: Las Publicaciones de los Investigadores del CONICET. *Dados. Revista de Ciências Sociais*, 60(3), 825–65.
- Beigel, Fernanda (2017b). Un mapeo de las ciencias sociales argentinas. *Diálogo Global*, 7(4), 31–33–36.
- Beigel, Fernanda, y Maximiliano Salatino (2015). Circuitos segmentados de consagración académica: las revistas de Ciencias Sociales y Humanas en la Argentina. *Información, cultura y sociedad*, 32, 11–35.
- Brain, Lord (1965). Structure of the Scientific Paper. *British Medical Journal* 2: 868–869.
- Burawoy, Michael (2005). For Public Sociology. *American Sociological Review*, 70, 4–28.
- Calvo, Ernesto, Sofía Elverdín, Gabriel Kessler, y María Victoria Murillo (2019). Investigando las influencias internacionales en las ciencias sociales argentinas. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 9(2).
- Collyer, Fran (2018). Global patterns in the publishing of academic knowledge: Global North, global South. *Current Sociology*, 66(1), 56–73.
- Danell, Rickard (2013). Geographical diversity and changing communication regimes. A study of publication activity and international citation patterns. En Danell, Rickard, Anna Larsson

- y Per Wisselgren (Eds.), *Social Science in Context: Historical, Sociological, and Global Perspectives*. Lund: Nordic Academic Press.
- Day, Robert A. (1989). The Origins of the Scientific Paper: The IMRAD Format. *American Medical Writers Association Journal*, 4(2), 16–25.
- Gantman, Ernesto R. (2011). La productividad científica argentina en ciencias sociales: economía, psicología, sociología y ciencia política en el CONICET (2004–2008). *Revista Española de Documentación Científica*, 34(3), 408–425.
- Gibert Galassi, Jorge (2013). *Autonomía y dependencia en las ciencias sociales latinoamericanas: un estudio de bibliometría, epistemología y política*. Buenos Aires: CLACSO.
- Guédon, Jean-Claude (2011). El acceso abierto y la división entre ciencia «principal» y «periférica». *Crítica y emancipación*, 6, 135–180.
- Hanafi, Sari (2011). University systems in the Arab East: Publish globally and perish locally vs. publish locally and perish globally. *Current Sociology*, 59(3), 291–309.
- Heilbron, Johan (2014). The social sciences as an emerging global field. *Current Sociology*, 62(5), 685–703.
- Martín, Eloísa (2013). (Re)producción de desigualdades y (re)producción de conocimiento: La presencia latinoamericana en la publicación académica internacional en Ciencias Sociales. *desiguALdades.net. Working Papers Series*, 59.
- Mosbah–Natanson, Sébastien e Yves Gingras (2014). The globalization of social sciences? Evidence from a quantitative analysis of 30 years of production, collaboration and citations in the social sciences (1980–2009). *Current Sociology*, 62(5): 626–646.
- Ortiz, Renato (2009). *La supremacía del inglés en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Peirano, Fernando, Nicolás Freiburun, y Cecilia Sleiman (2015). «Las nuevas políticas públicas y el cambio en la representación social de los doctores». *Sociedad*, 34, 5–11.
- Piovani, Juan Ignacio (2014). La formación metodológica dei ricercatori sociali in America Latina. *Sociología e ricerca sociale*, 104, 147–156.
- Piovani, Juan Ignacio (2015a). El Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea. *Sociedad*, 34, 85–105.
- Piovani, Juan Ignacio (2015b). Algunos desafíos para la evaluación académica en Ciencias Sociales. *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, 7(12), 25–40.
- Piovani, Juan Ignacio (2017). Argentina under scrutiny. *Global Dialogue*, 7(4), 30–31.
- Piovani, Juan Ignacio (2018). Estilos de producción en el campo de las ciencias sociales en Argentina. *CIC. Cuad. inf. com*, 23, 125–141.
- Sollaci, Luciana B., y Mauricio G. Pereira (2004). The introduction, methods, results, and discussion (IMRAD) structure: a fifty-year survey. *Journal of the Medical Library Association*, 92(3), 364–371.
- Unzué, Martín (2015). Nuevas políticas públicas de formación de doctores en Argentina. *Sociedad*, 34, 12–34.
- Vessuri, Hebe (1995). Recent strategies for adding value to scientific journals in Latin America. *Scientometrics*, 34(1), 139–161.
- Vessuri, Hebe, Jean-Claude Guédon y Ana María Cetto (2014). Excellence or quality? Impact of the current competition regime on science and scientific publishing in Latin America and its implications for development. *Current Sociology*, 62(5), 647–665.

7. La publicación en el circuito iberoamericano como modo de internacionalización de los científicos sociales argentinos¹

Denis Baranger y Fernanda Beigel

Introducción

La internacionalización de la ciencia y de los científicos ha sido un asunto de interés sostenido en las últimas dos décadas, en especial para las comunidades de «países no hegemónicos»² preocupadas por la escasa incidencia de sus publicaciones en la agenda mundial y por lo magros resultados alcanzados por sus instituciones en los rankings universitarios. Sin embargo, cada vez hay mayor consenso sobre las limitaciones y distorsiones generadas por la llamada «globalización académica» así como acerca de las tensiones y asimetrías generadas por los indicadores tradicionales de internacionalización.

El propósito de este capítulo es avanzar en el análisis de las trayectorias de investigadores que se desarrollan en el vector más internacionalizado del campo científico argentino, el CONICET, focalizando especialmente en las ciencias sociales y humanas, para comprender de qué modo internacionalizan su producción, en qué lenguas, circuitos y países y cuál es el peso de la publicación fuera de Argentina.

En la primera parte se reseña cómo el proceso de globalización académica ha tenido como correlato el desarrollo de una cultura evaluativa caracterizada por la preponderancia del *paper* en lengua inglesa, que se ha extendido en la dirección norte-sur. Esto ha encumbrado un sistema mundial de publicaciones que funciona en general con poca participación del conocimiento desarrollado en países de la periferia y muy especialmente del producido desde las Ciencias Sociales y Humanas (CSH) en esos países. Es que, en efecto, la conformación epistemológica de estas disciplinas demanda un mayor dominio de la lengua natural (Passeron, 2006) y, en consecuencia, coloca en situación de desventaja a los investigadores de países cuya lengua no es el inglés.

1 Este capítulo fue publicado originalmente en francés en la *Revue d'Anthropologie des Connaissances*, 2021, vol. 21, n° 3.

2 Los países «no hegemónicos» son los que aún conservan márgenes de maniobra para accionar a la escala nacional y en la elección de los temas y de las contrapartes con las cuales cooperan, según la definición de Losego y Arvanitis (2008, 351).

Dentro de este contexto se pasa a analizar el caso argentino, el cual en su especificidad se presenta como particularmente rico. Para ello, se parte de una síntesis de los resultados alcanzados en trabajos empíricos anteriores de los dos autores, que han mostrado que ese proceso de globalización ha logrado una sólida implantación en el CONICET, aunque no logró extenderse de igual manera en el ámbito de las CSH. Por una parte, porque estas aceptaron el mandato de la internacionalización pero escogieron las revistas del ámbito iberoamericano indexadas en los repositorios latinoamericanos. Por la otra, porque estas disciplinas siguen nutriéndose de una cultura evaluativa preexistente, firmemente anclada en un sistema universitario con una cultura evaluativa autónoma.

En la prolongación de esta línea de investigación, se explora aquí la población de investigadores de CSH del CONICET a través de un relevamiento completo del país de edición de todas las publicaciones declaradas en los currículums vitae. Esta mirada sobre las trayectorias completas de publicación nos permite destacar la importancia creciente del circuito iberoamericano de revistas, el cual ha dado lugar a una forma alternativa de internacionalización basada en publicaciones en lengua española.

Finalmente, se discute la orientación de las prácticas de publicación de estos investigadores hacia el circuito iberoamericano en relación con dos factores que dan lugar a hipótesis que *a priori* no aparecen como necesariamente contradictorias: por un lado, de trata de la reafirmación ideológica de una vocación latinoamericanista y, por el otro, es el resultado de una suerte de transacción pragmática con la nueva cultura evaluativa dominante (aceptando el formato del artículo, pero no la imposición de la lengua inglesa).

Globalización académica y culturas evaluativas diversas

Robinson–García *et al.* (2019) y Ràfols (2019) argumentan que existe una tendencia a reforzar la internacionalización de los institutos de investigación y las universidades en general sin considerar el contexto local, bajo la suposición de que la promoción de la escritura en inglés o el aumento de la colaboración internacional en las publicaciones beneficiará al sistema científico nacional y redundará en un mayor impacto de la producción científica. Asimismo, hay estudios empíricos que han observado la existencia de diversas formas de circulación que quedan invisibilizadas por el uso exclusivo de bases de datos como WoS (ahora Clarivate) y Scopus, como los circuitos regionales y locales, poniendo en discu-

sión la direccionalidad norte–sur de la noción misma de internacionalización (Vélez–Cuartas, Lucio–Arias y Leydesdorff, 2016; Beigel, 2014).

Varios estudios ya clásicos analizaron cómo se construyó históricamente un sistema académico mundial que modificó las prácticas académicas a través de un sistema de publicaciones y de colaboraciones que fue «universalizando» una lengua y un estilo de escritura (Schott 1988, Gareau, 1985, Vessuri, 1989). Existe ya, a estas alturas, un consenso bastante extendido entre los especialistas acerca de que gracias al monopolio que el *Institute for Scientific Information* (ISI, hoy Clarivate) tuvo de los sistemas de indexación e indicadores bibliométricos durante más de 40 años, ciertas instituciones, disciplinas y lenguas acumularon capital científico medible en citas, mientras despojaban a otras áreas, disciplinas y lenguas del prestigio científico que confería participar en las revistas de corriente principal. Este sistema de publicación se convirtió en un circuito de reconocimiento por excelencia, que por la vía de la «globalización académica» devino en la principal fuente de «prestigio internacional» para un grupo selecto de universidades que pronto entrarían en el *top ten* de los rankings mundiales.

Paradeise y Thoenig (2015) observan que los estándares globales y los rankings universitarios incidieron para que se instalara una creencia acerca de que el modo de producir con calidad académica al nivel local consistía en alinear esa producción local a esos estándares. La observación que hacen de un conjunto de departamentos universitarios muestra, sin embargo, que hay una gran diversidad cuando se observa cómo cada institución se posiciona a sí misma en términos de estándares de calidad y cómo combina recursos tanto como las alternativas a las que tienen acceso dados sus itinerarios organizativos y de gobierno.

El concepto de ciencia de corriente principal (*mainstream*) se consolidó en parte también porque las publicaciones pasaron a ser el eje principal de la evaluación institucional e individual, no solo en los centros sino también en la periferia. El uso de la bibliometría contribuyó a reforzar la convicción de que el inglés funciona como *lingua franca* a nivel mundial y acerca de la neutralidad de un estilo progresivamente homogéneo de escritura y publicación académica (Heilbron, 2002). La «universalización» de estas tendencias fue impulsada además por el creciente interés de académicos de todo el mundo por ingresar al complejo ISI, lo que llevó a muchas revistas de comunidades centrales y periféricas deseosas de «pertenecer» a cambiar al idioma inglés. Los estudios disponibles sobre el papel de la lengua (Chardenet, 2012; De Swaan, 2001; Lilly & Curris, 2011; Gerhards, 2014) demuestran que los intercambios lingüísticos en el mundo académico son crecientemente asimétricos

porque existe una diversa valorización social de los idiomas y un acceso desigual a la capacitación que la escritura en inglés científico supone, una escritura que, especialmente en las disciplinas sociales, es mucho más compleja que un conocimiento meramente coloquial de esa lengua.

Ahora bien, comprender la internacionalización de la producción y los modos de circulación en unas disciplinas específicas como son las ciencias sociales y humanas (CSH) conlleva superar la dificultad de que los estudios de la ciencia tienden a concentrarse en las ciencias exactas o naturales. Por ciertas de sus particularidades que han sido relativamente poco observadas, aunque generalmente están reunidas en un mismo conjunto, las ciencias sociales y las humanidades tienen prácticas de citación específicas, debido a tradiciones distintas. Se observa, por ejemplo, que en general casi tres cuartos de las referencias contenidas en artículos relacionados a disciplinas de las humanidades remiten a libros y no a revistas. Esa proporción es relativamente estable desde hace 30 años. Este no es un fenómeno que atravesase por igual a estas disciplinas ya que, por ejemplo, en el dominio de la economía, la proporción de referencias a libros disminuyó regularmente durante ese periodo, pasando del 55 al 30 %. En química y física, en cambio, más del 80 % de las referencias mencionan artículos. Además, en el interior de las mismas ciencias sociales, la elección en producir libros o artículos es igualmente influenciada por variables sociológicas, como los sitios de formación y contratación. En EE. UU., por ejemplo, los sociólogos de las universidades privadas dan preferencia a la publicación de libros, mientras que los de universidades públicas publican preferentemente artículos (Gingras, 2016).

En la misma línea, Sivertsen (2019) argumenta que en las ciencias sociales el estilo monográfico, el libro editado o el artículo representan distintos formatos pero que pueden ser por igual necesitados en distintos momentos de una investigación. Además del idioma de la publicación, concurren otros fenómenos que

dependen de la relevancia académica internacional de la investigación versus la relevancia social para la cultura y la sociedad que están siendo estudiadas. Un mismo proyecto bien puede contribuir con partes distintas a ambas dimensiones. Las CS perderían probablemente su *raison d'être* y el apoyo de su sociedad si se desconectaran de su contexto cultural y social para comunicar principalmente en revistas internacionales leídas únicamente por pares extranjeros. (...) [Pero] los investigadores individuales en las CSH en la práctica hacen las dos cosas: publican en libros y en revistas y en más de un idioma. (2019:66)³

³ Como parte de estas preocupaciones surgió la Iniciativa Helsinki <https://www.helsinki-initiative.org/>. La traducción es nuestra.

Para Aguado *et al.* (2017) las bases de datos comerciales *mainstream* no solo adolecen de una subrepresentación de la producción de Latinoamérica —y especialmente de las revistas de ciencias sociales—, sino que tienden a descalificarla, algo que impacta en las políticas científicas de los países y las instituciones. En el *Journal Citation Reports* de 2015, las revistas latinoamericanas se distribuyeron de la siguiente forma según su impacto: el 18.8 % se ubicó en el cuartil 1, el 4.7 % en el cuartil 2, el 14.1 % en el cuartil 3, y el grupo más numeroso, el 62.3 %, se ubicó en el cuartil 4 (Aguado *et al.*, 2017:22). Pero, aunque este problema pudiera superarse o surgieran plataformas interoperables para medir la circulación regional,⁴ seguirían quedando por fuera las publicaciones de libros y de revistas de calidad que no están indexadas en las bases de datos principales.

Por su parte, Mugnaini *et al.* (2019) hicieron un análisis completo de las publicaciones incluidas en los currículums de 260 663 investigadores registrados en la plataforma brasileña Lattes y constataron que las revistas brasileñas ocupan una importante porción de los artículos de estos individuos en todas las áreas científicas, revelando la utilidad de los periódicos domésticos como vehículos de publicación de los autores brasileños. Por otra parte, del total de las revistas detectadas (23 000), el 60 % no está indexada ni en Scielo, ni en Scopus o WoS. Para las ciencias sociales y humanas se verifica que son las que más publican en revistas no indexadas y que la internacionalización fuera de la región latinoamericana y caribeña existe pero con menor frecuencia que el vector local. Como se verá en este trabajo, una de las singularidades de las ciencias sociales y humanas en el CONICET de Argentina es que su internacionalización se desarrolló hacia el ámbito regional (latinoamericano o iberoamericano) desplazando relativamente la publicación nacional que tradicionalmente ocupaba el centro de la escena. Pero la nacional continúa siendo el 69 %.

Ahora bien, la invisibilización de estas formas locales de circulación, así como la subvaloración de los sistemas regionales de indexación que afectan particularmente a las ciencias sociales y humanas, dependen de la relación estrecha que existe entre las prácticas de publicación de los investigadores, los sistemas de recompensas, la construcción del prestigio, las políticas científicas de los países y las culturas institucionales (Beigel, 2014). Las prácticas de circulación y estilos de publicación son diversos sin embargo, y se desarrollan

4 Actualmente Beigel está coordinando el proyecto OLIVA que se encuentra en fase exploratoria y pretende generar una base interoperable a nivel de artículo con las publicaciones de las revistas evaluadas e indexadas en Scielo, Redalyc, Latindex y DOAJ.

en un «espacio de los posibles» (Bourdieu, 2016:1115) delimitado por un conjunto de factores, entre ellos, la historia del campo, las culturas evaluativas, y los principios de legitimación vigentes. Un espacio de los posibles que habilita asimismo las resistencias, que también juegan un papel en los procesos de evaluación, cuya incidencia depende en buena medida del margen de manobra que ofrezca la política institucional (Beigel y Bekerman, 2019).

La peculiaridad del caso argentino: culturas evaluativas en pugna

El caso argentino muestra una relación causal bastante clara entre los estilos de publicación académica y los rasgos histórico-estructurales de su sistema científico y universitario, caracterizado este último por una histórica tradición de autonomía universitaria. Un conjunto de asimetrías y una pronunciada diversidad institucional permiten caracterizar el campo científico-universitario argentino por su heterogeneidad estructural (Beigel, Gallardo y Bekerman, 2018). Uno de esos determinantes estructurales se aloja en la convivencia conflictiva de dos sistemas de evaluación de investigadores en Argentina. En uno se estimulan las trayectorias internacionalizadas y en otro se recompensa investigadores con un *habitus* local. Se trata de dos culturas evaluativas de nivel nacional: una anclada en el CONICET, donde se recompensa la publicación indexada por sobre todas las cosas y se «categoriza» según estándares pretendidamente globales; y otra actuante en las universidades nacionales (públicas) donde se recompensa el prestigio docente y tienen mayor incidencia las prácticas tradicionales de las ciencias sociales y humanas. Estos principios de legitimación disputan entre sí en un mismo campo, atravesando las disciplinas y anclando en trincheras locales que se convierten en arena de batalla: los concursos docentes, las comisiones asesoras para ingreso a carrera de CONICET, la evaluación de revistas nacionales, el financiamiento de proyectos, etc. (Beigel, 2019).

Las ciencias sociales lograron una presencia importante en el CONICET desde 1983 cuando comenzó a crecer la cantidad de investigadores de estas disciplinas hasta alcanzar en 2018 el 22 % del total. También se observa una incidencia decidida del área en los criterios de evaluación para las revistas y las publicaciones de los candidatos a ingreso o promoción en el organismo — algo que quedó plasmado en una resolución específica emitida por el directorio (Res. 2249/14)—. Sin embargo, también tienen sus propias asimetrías y tensiones, especialmente dadas por una fuerte concentración de investigado-

res del CONICET formados (y con lugar de trabajo) en la Universidad de Buenos Aires. Los institutos más grandes también están en dicha universidad,⁵ así como buena parte de las revistas editadas en el área. Esto, en parte, también explica el peso de estas disciplinas en el CONICET, sus orientaciones y estilos de publicación. Esta enorme universidad es un espacio multi-escalar, que aloja tendencias globalizantes, regionalizantes y localistas (Beigel, 2017).

Para abordar las formas de circulación de las CSH ponemos en diálogo dos trabajos anteriores que ambos autores realizamos por separado, y explicamos de qué manera surgió esta investigación conjunta en el marco del PISAC apuntando a completar los resultados obtenidos en esos avances previos. En uno de ellos (Beigel, 2017) se analizó un corpus de 23 852 publicaciones que los investigadores del CONICET de todas las áreas científicas eligen como sus «5 publicaciones más relevantes de la carrera» cuando piden promoción. En el otro (Baranger y Niño, en este volumen), se focalizó en las CSH para producir, mediante una Clasificación Ascendente Jerárquica realizada sobre los factores arrojados por un Análisis de Correspondencias Múltiples, una tipología de cinco clases/estilos de publicación que manifiestan diferentes combinaciones de formato, lengua y productividad. Los dos trabajos se basaron en información secundaria extraída en forma directa de los currículums vitae y de la plataforma SIGEVA.

Dada la relevancia de la publicación en la construcción de carreras académicas y en la definición misma del prestigio científico —una construcción que se basa en «lo internacional», pero que se legitima en instancias nacionales y locales—, nos propusimos observar cómo publican los investigadores del CONICET, en qué formato, en qué idioma y en qué circuitos de publicación. Con ese propósito, realizamos relevamientos de los currículums vitae de dos universos distintos: Baranger y Niño sobre los investigadores de las ciencias sociales y humanidades, Beigel sobre el universo de todas las áreas científicas. Construimos una base de datos común con información sobre la trayectoria de los/as investigadores munidos de dos insumos básicos: la autorización oficial solicitada al CONICET por PIDAAL para recibir datos volcados por los individuos en SIGEVA y el relevamiento artesanal de los *currículums* para completar otras informaciones y construir indicadores.

El camino analítico primeramente escogido por Beigel se basó en las cin-

5 A pesar de que los institutos de la UBA, y especialmente el Instituto Gino Germani (II.GG.), siguen concentrando una muy alta proporción de los investigadores y becarios de ciencias sociales de CONICET, en los últimos años se ha notado un fuerte crecimiento de otras unidades, como el IDAES (UNSAM) y el IDIHCS (UNLP), que de todos modos también están emplazadas en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA).

co producciones más relevantes de la carrera, una selección que los propios investigadores hacen dentro del total de su producción cuando solicitan ser promocionados en la CIC. La hipótesis era que esta selección resultaba indicativa de las representaciones que los individuos tienen respecto de las recompensas que ofrece la cultura evaluativa dominante en el organismo. Se obtuvo así la información para un total de 4841 solicitudes de individuos que se presentaron a promoción entre 2009 y 2013.

De cada una de esas cinco producciones se relevaron indicadores de formato (libro, capítulo de libro, artículo, presentación a congreso, informe, patente) e idioma (inglés, español, francés, alemán, italiano) completando el relevamiento con un total de 23 852 producciones. Del total de producciones un 83 % era en inglés y la gran mayoría eran artículos. El estilo *paper* apareció como dominante en las ciencias «duras», pero también en las ciencias sociales pudo observarse un tránsito generacional cada vez más marcado hacia el *paper*, a la vez que un promedio de publicaciones en inglés ($1,83/5 = 37\%$) relativamente alto para lo esperable en estas disciplinas.

Ahora bien, para avanzar desde los formatos de publicación a los estilos de circulación, el idioma ya no es un indicador suficiente, sino que es necesario conocer el país de publicación y el circuito (la indexación para las revistas, o el tipo de editorial en el caso de los libros). En efecto, la publicación en el extranjero no implica que esta no se realice en español, por lo cual es crucial conocer la diversidad de países en los que publican los investigadores.⁶ Así, Beigel extrajo una muestra no probabilística de 7071 publicaciones del conjunto de las cinco producciones más relevantes de todas las áreas científicas. Del análisis de este corpus surgió que el 80 % de estas producciones circula en revistas o editoriales que se pueden inscribir en el circuito *mainstream* (ISI-SCOPUS), y que solo el 7 % del total fue publicado en Argentina. Tal como se preveía, los investigadores decodificaron la consigna implícita en la cultura evaluativa del CONICET privilegiando sus publicaciones internacionales en desmedro de las nacionales. Efectivamente, la comparación entre las «publicaciones más relevantes de la carrera» y la producción global de cada investigador permitió comprobar que en la selección de aquellas los investigadores tendieron a identificar «relevancia» con «circuito *mainstream*», lo que condujo a la sobrerrepresentación de las publicaciones internacionales en aquel corpus.

Ahora bien, mientras las observaciones que venimos relatando surgieron de

6 Tanto en Brasil como en los países centrales, son numerosas las revistas que aceptan publicar artículos en castellano.

distintas fuentes (encuestas a coordinadores de comisión, análisis del corpus de «publicaciones más relevantes» y observación participante en procesos de evaluación), a la hora de analizar los currículums completos de los investigadores de CONICET no solo se confirmaba el perfil iberoamericano arriba descrito, sino que aparecieron muchos perfiles intermedios inclusive en otras áreas científicas, resultando evidente que la cultura evaluativa dominante del organismo no había «colonizado» a la totalidad de las trayectorias académicas.

En diálogo con aquel trabajo de Beigel (2017) que clasificaba «calibanes», «ariele» y «latinoamericanistas», Baranger y Niño (en este volumen) llegaron a distinguir cinco clases de estilos de publicación: las clases «estándar» (1/5) y «proto-estándar» (2/5) de estilos de publicación tendientes ambas a asemejarse a un perfil del tipo «ariel» predominante en las ciencias exactas y naturales; las clases identificables como «caliban-localistas» (3/5 y 4/5) más proclives a la publicación en español; y la clase 5/5, que se presenta como más «universalista», al caracterizarse por investigadores que en su mayoría tienen alguna publicación en inglés, son altamente productivos y también han publicado en otros idiomas (el francés, el portugués o el alemán).

A partir de estos resultados quedó claro el predominio del español en las clases de estilo más «localista», pero sin considerar si la circulación de sus publicaciones se reducía al ámbito nacional o si podía tratarse de publicaciones en el ámbito latinoamericano e ibérico, un fenómeno que Beigel venía detectando en otros estudios (2014, 2016). De modo que indagar en el lugar de la publicación apareció como indispensable para completar la descripción de las clases de publicación construidas.

Nuestra colaboración en proyectos colectivos durante muchos años nos condujo a trabajar al unísono este conjunto de datos capaz de canalizar información completa sobre las trayectorias de los científicos sociales del CONICET que fuimos relevando por separado, para luego construir una serie de indicadores de estilos de circulación que informan sobre el país de edición de cada publicación, y que permiten comprender más cabalmente la relevancia del circuito iberoamericano en el contexto de su producción.

Finalmente, mientras estamos publicando este trabajo recibimos el estudio de Calvo, Elverdín, Kessler y Murillo (2019) que dialoga con los «Arieles» de Beigel (2017), las clases de publicación de Baranger y Niño (en este volumen) y el estudio de estilos de producción de Piovani (2018). Se consolida así una especie de *invisible college* (Wagner, 2008), en este caso formado por colegas connacionales pertenecientes a instituciones muy diversas del país y del

extranjero que dialogamos sobre la base de estudios empíricos básicamente cuantitativos.⁷

La importancia del ámbito iberoamericano

Para superar las limitaciones de nuestros trabajos anteriores, surgió la idea de indagar más específicamente acerca de la importancia de las publicaciones en el ámbito iberoamericano dentro de la base de datos relevada de 1800 casos que conforman el universo de los investigadores de ciencias sociales y humanas en el CONICET. Empero, se planteó el problema de que en el relevamiento realizado en conjunto de los 1800 investigadores del área de ciencias sociales y humanas del CONICET, solo se tuvieron en cuenta los idiomas de publicación, con lo cual quedaron totalmente confundidas las publicaciones en Argentina con aquellas realizadas en países de Iberoamérica de lengua española. Siendo impracticable, por razones de tiempo y de recursos, relevar los indicadores pertinentes para la totalidad del universo, optamos por diseñar una muestra con propósitos exploratorios, considerando razonable seleccionar una muestra de las clases 4 y 5 (localista y universalista, respectivamente), las que en total componen dos tercios del universo. La muestra de un 20 % se construyó pragmáticamente, excluyendo de manera razonada a las disciplinas que no contaban con un número de casos lo suficientemente grande en estas clases. De este modo llegamos a una muestra reducida a once disciplinas con la siguiente composición:

7 Aunque estudiando también a investigadores de CONICET, el trabajo de Calvo *et al.* (2019) y el de Piovani (2018) analizan estilos de investigación e improntas metodológicas, mientras que nuestro trabajo hace foco en estilos de publicación. Sería un posible objeto de colaboraciones futuras indagar si existen relaciones entre esas dos dimensiones, pero por el momento la masa de información que manejamos no provee evidencias de correlación entre estilos de investigación y circuitos de publicación.

Tabla 1. Composición de la muestra por disciplinas

Disciplinas	20 % C4	20 % C5	Total
Antropología Social	14	11	25
Arqueología	6	10	16
Ciencia Política	7	8	15
Derecho	2	3	5
Economía	2	5	7
Filosofía	8	12	20
Geografía	2	5	7
Historia	30	20	50
Letras	10	9	19
Lingüística	4	6	10
Sociología	28	22	50
TOTAL	113	111	224

Para asegurar una selección adecuada del 20 % de las unidades, que garantizara una heterogeneidad semejante a la del universo en cuanto a los estilos de publicación, adoptamos un diseño de muestreo sistemático al azar. Para ello, dentro de cada disciplina y cada clase, la totalidad de sus integrantes fue ordenada de acuerdo con su grado de centralidad, de mayor o menor, dentro de la clase. Luego se fijó 5 como fracción de muestreo, extrayendo uno de cada cinco casos a partir de un número inicial seleccionado al azar. De este modo la muestra obtenida es representativa de cada una de las dos clases al menos en el sentido de resultar neutra respecto a los diferentes grados de centralidad de sus integrantes. La muestra permite inferir sobre el conjunto de las once disciplinas en ella representadas y a la vez habilita para intentar algunas comparaciones entre ellas (o cuanto menos entre las más numerosas).

Tabla 2. Composición por año de nacimiento del universo (N) de 11 disciplinas y de la muestra (n) resultante

	23–55	56–65	66–70	71–75	76 y +	Total
N Clase 4	16 %	17 %	16 %	29 %	21 %	567
N Clase 5	23 %	28 %	19 %	18 %	13 %	547
N C 4 y 5	19 %	22 %	17 %	24 %	17 %	1114
n Clase 4	12 %	19 %	18 %	26 %	25 %	113
n Clase 5	23 %	27 %	19 %	23 %	8 %	111
n C 4 y 5	17 %	23 %	18 %	25 %	17 %	224

Fuente: elaboración propia sobre datos del SIGEVA.

En primer lugar, la similitud de la composición por edades del universo (tercer renglón) y de la muestra (último renglón) sugiere que se la puede considerar como representativa por edades (además de por disciplinas y clases). Pero más sugerente aún es notar que, en el universo como en la muestra, hay una diferencia notable entre las clases: la 4 es más joven que la 5 (los nacidos a partir de 1971 son un 50 % de la 4, poco más del 30 % en la 5).

Para una mejor caracterización de la circulación internacional de las publicaciones de los investigadores pertenecientes a las clases 4 y 5 se presenta la Tabla 3 que permite destacar la importancia de las publicaciones en Iberoamérica y comparar la incidencia en investigadores pertenecientes a las dos clases de distintas modalidades de circulación internacional. Por una parte, se consideran los porcentajes de investigadores que publicaron en lenguas diferentes del castellano. Al igual que en el universo, en la muestra se observa que en la clase 5 los porcentajes son siempre mayores que en la 4. Esto es especialmente notable para la publicación en lengua inglesa: 95 % en la clase 5 frente a solo un 20 % en la 4. Dado que en Iberoamérica es prácticamente inexistente la publicación de textos de ciencias sociales en otros idiomas, podemos asumir que estos están publicados —y potencialmente destinados a circular— en países externos a la región.⁸

⁸ Hay una excepción importante en lo que hace a los investigadores que publicaron en idioma portugués, que obviamente integran también el lote de quienes publicaron en Iberoamérica (mayoritariamente en Brasil).

Pero lo más notable son los porcentajes de investigadores que han publicado en Iberoamérica (con exclusión de Argentina), los cuales en ambas clases orillan el 100 %.

Tabla 3. Porcentajes de investigadores que publicaron en Iberoamérica y en otras lenguas

Ámbitos de publicación	Localista ⁴	Universalista ⁵
Lengua Inglesa	20 %	95 %
Lengua Francesa	14 %	25 %
Lengua Portuguesa	14 %	26 %
Lengua Italiana	6 %	8 %
Lengua Alemana	4 %	11 %
Iberoamérica	97 %	98 %
n (=100 %)	113	111

Nota: existiendo la posibilidad de publicar en varios ámbitos, la suma de los porcentajes supera el 100 %. Fuente: elaboración propia sobre datos del SIGEVA.

El gráfico siguiente permite visualizar la importancia relativa de los principales países iberoamericanos como destino de la producción de los investigadores argentinos.

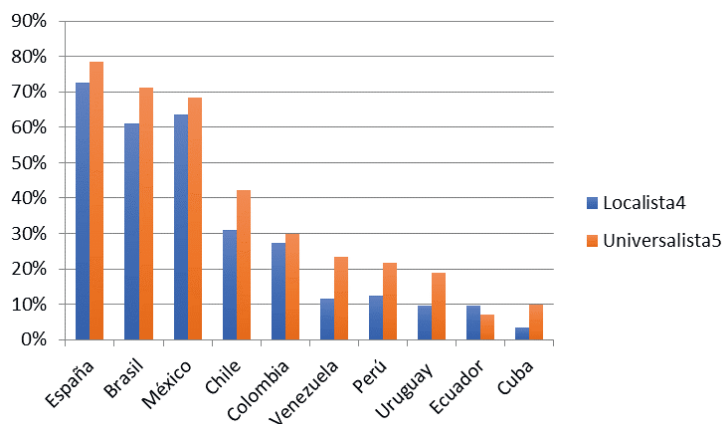


Gráfico 1. Porcentajes de investigadores de las clases 4 y 5 que publicaron en diversos países de Iberoamérica. Fuente: elaboración propia sobre datos del SIGEVA.

En general, los porcentajes de investigadores que han publicado en cada país resultan ser ligeramente mayores en la clase 5 (universalista) que en la 4 (localista).⁹ En cuanto a los países que concentran mayores porcentajes de investigadores argentinos, el gráfico no arroja mayores sorpresas, con España, Brasil y México (en este orden) exhibiendo valores cercanos al 70 %, seguidos a considerable distancia por Chile y por Colombia (47 y 33 %, respectivamente, en la clase 5).

La Tabla 4 permite comparar las proporciones de investigadores de distintos subgrupos dentro de ambas clases que han seguido diferentes vías de internacionalización de su producción: considerando las publicaciones en lengua inglesa, francesa, y en otros países de Iberoamérica.¹⁰

⁹ También el número de países de Iberoamérica en que han publicado los investigadores es mayor en la clase 5 (3,94 en promedio) que en la 4 (3,14).

¹⁰ Se excluyen el alemán y el italiano en razón de sus bajas frecuencias, y el portugués por coincidir con la publicación en Brasil (que integra Iberoamérica).

Tabla 4. Porcentajes de investigadores de las clases 4 y 5 que publicaron en inglés, en francés y en Iberoamérica para diversos subgrupos

SUB-GRUPOS	CLASE 4				CLASE 5			
	ING	FRA	IBE	n	ING	FRA	IBE	n
AntroSocial	14 %	29 %	86 %	14	100 %	45 %	100 %	11
Filosofía	38 %	25 %	100 %	8	100 %	17 %	100 %	12
Historia	13 %	10 %	97 %	30	95 %	25 %	95 %	20
Letras	40 %	10 %	100 %	10	100 %	0 %	100 %	9
Sociología	18 %	7 %	100 %	28	86 %	36 %	100 %	22
Varón	21 %	13 %	92 %	53	94 %	26 %	98 %	53
Mujer	18 %	15 %	100 %	60	95 %	24 %	98 %	58
Edad hasta 37	7 %	11 %	96 %	28	78 %	0 %	89 %	9
Edad de 38 a 42	14 %	17 %	93 %	29	96 %	19 %	100 %	26
Edad de 43 a 52	18 %	9 %	97 %	33	95 %	30 %	97 %	37
Edad 53 y más	43 %	22 %	100 %	23	97 %	31 %	100 %	39
Trabaja en CABA	23 %	16 %	95 %	62	97 %	33 %	100 %	66
Trabaja en Otra	16 %	12 %	98 %	51	91 %	13 %	96 %	45
Doct. Argentina	14 %	10 %	96 %	80	95 %	20 %	97 %	64
Doct. Francia	33 %	78 %	100 %	9	88 %	75 %	100 %	8
Doct. País anglófono	100 %	0 %	67 %	3	100 %	19 %	100 %	16

Fuente: elaboración propia sobre datos del SIGEVA.

Como es evidente, en todos los casos son mayores los porcentajes para los investigadores de la clase 5 (mitad derecha de la tabla) que para la clase 4. Asimismo, como ya se ha visto, los porcentajes de quienes han publicado en el circuito iberoamericano son altísimos en todos los subgrupos de ambas clases.

En cuanto a la publicación en inglés y en francés, el reducido tamaño de las muestras restringe severamente las comparaciones posibles. No obstante, parece haber algunas diferencias entre disciplinas observándose mayores porcentajes del francés en Antropología y en Sociología (datos congruentes con las diferencias de acuerdo con el país de realización del doctorado). En cuanto a la edad, en general crecen los porcentajes de investigadores que publicaron en las tres modalidades a medida que aumenta su edad. En particular se observan porcentajes más bajos en inglés entre los investigadores más jóvenes, sin que se pueda inferir de ello necesariamente un rechazo a hacerlo, ni una menor competencia en lengua inglesa. Es posible que se trate simplemente de que los Investigadores Asistentes, debido a la etapa inicial de su carrera que transitan, todavía no hayan logrado publicar en inglés.¹¹

Distinta es la cuestión del peso que tiene la publicación en estos países en la producción total de los investigadores de ciencias sociales del CONICET. Para ello, hay que acudir a otros indicadores, disponibles solo para la publicación en lengua inglesa y en países de Iberoamérica.

Tabla 5. Porcentajes–promedio de publicaciones en Iberoamérica y en lengua inglesa sobre el total de publicaciones

Ámbitos de publicación	Clase 4	Clase 5
En Iberoamérica	29 %	24 %
En lengua inglesa	2 %	9 %
En ambos ámbitos	31 %	32 %

Fuente: elaboración propia sobre datos del SIGEVA.

¹¹ O, visto de otro modo, que los investigadores de mayor edad han dispuesto de mayor tiempo para concretar esa posibilidad.

Para los investigadores de la clase 5 el porcentaje—promedio de publicaciones en lengua inglesa sobre el total de sus publicaciones alcanza al 9 % frente a un 2 % en la clase 4. En cambio, el promedio de publicaciones en Iberoamérica se reduce de un 29 a un 24 % al pasar de la clase 4 a la 5. En ambos casos tiene más peso la publicación en países de Iberoamérica, pero en la clase universalista se combina con un porcentaje significativo en inglés.

Si combinamos estos porcentajes —en el último renglón— llegaremos en ambas clases a promedios muy similares: 31 y 32 %. En suma, el grado de internacionalización es el mismo, alcanzando a un tercio de la producción de los investigadores, y variando solo las *modalidades* en cuanto a su composición.¹²

Esto no quiere decir que los otros dos tercios carezcan totalmente de visibilidad al nivel internacional; ello podrá depender de la calidad de las revistas y de las editoriales, de las redes internacionales en que estén insertos los investigadores, etc. Y recíprocamente, la publicación en una revista editada en un pequeño país de Iberoamérica, o por el departamento de lenguas de alguna universidad en los países centrales, tampoco es garantía de consecución de un grado de circulación significativo.

Finalmente, cabe también considerar como juega la publicación en el exterior con relación al formato de la publicación.

Tabla 6. Publicaciones según formato en el universo y en la muestra (%)

Poblaciones	Artículos	Capítulos	Libros	Compil.	n (100 %)
Universo CIC	59 %	30 %	8 %	4 %	74.031
Muestra C4	58 %	30 %	9 %	3 %	3.636
Iberoamérica C4	73 %	22 %	3 %	1 %	947
Muestra C5	52 %	34 %	9 %	5 %	5.774
IberoaméricaC5	61 %	30 %	6 %	2 %	1.340

Fuente: elaboración propia sobre datos del SIGEVA.

12 Aunque ha sido posible calcular las cifras para las publicaciones en otros idiomas (Francés, Alemán e Italiano, puesto que el Portugués está incluido dentro de Iberoamérica), siendo que el porcentaje de publicaciones en estas lenguas es ínfimo podemos estimar, sin demasiado riesgo de equivocarnos, que, en promedio, aproximadamente dos tercios del total de las publicaciones de cada investigador han tenido lugar en Argentina.

En el primer renglón se presenta la distribución por formato de las 74 031 publicaciones relevadas para el universo de 1800 investigadores en ciencias sociales del CONICET, que muestra que los artículos constituyen el 59 % de su producción.¹³ Los renglones correspondientes a la muestra seleccionada a partir de la clase 4 evidencian una distribución similar, pero que experimenta variaciones al considerar solo las publicaciones realizadas en el ámbito iberoamericano, en el cual el porcentaje de artículos se eleva hasta un 73 %. La clase 5 exhibe porcentajes de artículos más bajos que la 4, junto a la misma tendencia de aumento en lo que hace a las publicaciones en Iberoamérica, llegando a 61 % el porcentaje de artículos en estas.

Parece lógico, por una parte, que en las publicaciones en el exterior los otros tres formatos, todos ellos ligados al libro, disminuyen en peso, ya que, salvo casos excepcionales, el mercado es más dependiente del arraigo local del autor. Y, por otra parte, muestra que además de significar el logro de una deseable internacionalización la producción iberoamericana también contribuye a realizar otra de las metas congruentes con la cultura evaluativa del CONICET.

Análisis de parangones en las clases 4 y 5

En el contexto de los métodos multivariados de análisis y de la clasificación automática de individuos en clases, los parangones son aquellos individuos que se localizan más próximos al centro de la clase en el espacio factorial. En este sentido, se los puede considerar como los mejores representantes de una clase cuya definición resulta de la estadística y no de la lógica.

Para realizar este análisis, atendiendo a los cortes en la distribución de los 224 investigadores según su grado de centralidad en cada clase, resolvimos seleccionar 14 individuos en la clase 4 y 13 en la 5, para analizar más en detalle su trayectoria y características en base a la información existente en sus cvs.

¹³ Un porcentaje que es de por sí inferior al registrado en los investigadores de otras ciencias, pero más alto que el esperable en estas disciplinas que por lo general publican más asiduamente en libros.

Tabla 7. Indicadores de internacionalización en el conjunto de parangones

Indicadores	Clase 4 (n=14)	Clase 5 (n=13)
Promedio de publicaciones en Iberoamérica	9	13
Promedio de publicaciones en inglés	0	7
Porcentaje de publicaciones en Iberoamérica	30 %	26 %
Porcentaje de publicaciones en inglés	nc	14 %
Años hasta su primera publicación en Iberoamérica	5	5
Años hasta su primera publicación en inglés	nc	7

Fuente: elaboración propia sobre datos del SIGEVA.

La Tabla 7 permite comparar los modos de internacionalización de los integrantes con mayor centralidad en ambas clases. Mientras que los parangones de la clase 4 carecen de publicaciones en inglés, los de la clase 5 han publicado en promedio siete veces en ese idioma, el cual concentra el 14 % de su producción total.

En lo que hace al ámbito iberoamericano, resulta ser relevante para ambas clases, y en este caso también es mayor su importancia en clase 5, cuyos parangones publicaron allí en promedio en trece oportunidades frente a solo nueve en la clase 4. En la clase 4 es algo mayor el porcentaje de publicaciones en Iberoamérica sobre el total que en la 5: 30 y 26 %, respectivamente.¹⁴ Ello es esperable siendo esta la principal vía de internacionalización para los investigadores de la clase 4.¹⁵

Por último, si se considera el promedio de años transcurridos entre el inicio de la carrera (tomando como tal el año de la primera publicación, que en general fue en español y en Argentina), se puede observar que en ambas clases los investigadores han tardado en promedio cinco años en llegar a publicar en Iberoamérica. El lapso mayor para publicar en inglés (siete años en la clase 5) muestra una mayor dificultad de acceso a este mercado que probablemente obedezca a un cúmulo de factores: dificultades lingüísticas, falta de conocimiento del campo y de contactos, etc.

¹⁴ Téngase en cuenta que la Clase 5 agrupa investigadores con mayor edad, con un total de publicaciones más elevado.

¹⁵ Solo un 15 % en la clase 4 han publicado alguna vez en Francés, frente al 46 % en la 5.

Pasando a cotejar la información disponible acerca de los parangones se puede obtener una imagen más matizada sobre la composición de cada clase. De los 14 individuos centrales analizados en la clase 4, ocho son varones y seis son mujeres; 3 pertenecen a Historia, 4 a Sociología, 2 a Antropología Social, y los otros 5 (1 respectivamente) a Ciencia Política, Letras, Lingüística Geografía y Filosofía. La mayoría nació entre 1961 y 1975 y más de la mitad tienen su lugar de trabajo en CABA, otros 3 en La Plata o Gran Buenos Aires. Ninguna de las dos investigadoras que ocupan la posición más central de la clase 4 realizó estudios en el extranjero y ninguna publicó en inglés ni en francés. Una de ellas, nacida en los años 40 y dedicada a la Filosofía, se ha graduado y doctorado en una universidad privada de la Argentina; obtuvo todas las becas del CONICET e ingresó años después ya como Investigadora Adjunta con Director; sus primeros artículos y capítulos datan de 1979, y recién en 1986 tuvo su primera publicación en México, que sería seguida por otras (serán 10 en total para toda Iberoamérica) en ese país y en Chile; también publicó en español en el Vaticano y en Holanda, así como un texto en italiano en Roma.

La otra es una historiadora nacida en los años 70 con lugar de trabajo en una universidad del interior, la misma institución en la cual se graduó y doctoró. Ella también se benefició para su formación con las becas del CONICET; comenzó a publicar en Argentina en 2004 y en 2008 ya publicó un capítulo de libro en Brasil, seguido por un artículo en una revista colombiana en 2009.

Los temas de trabajo parecen ser los que en general guían el proceso de publicación internacional caracterizándose por participar de la discusión sobre estudios nacionales para luego, en una etapa de mayor madurez, acceder a un diálogo más regional en torno de estudios comparativos y a la inserción en redes colaborativas latinoamericanas. Así, un sociólogo nacido en 1966 publica predominantemente en Buenos Aires hasta 2011 cuando obtiene una beca para un proyecto comparativo con Brasil. Y es allí cuando comienza a publicar en portugués y en revistas de Sao Paulo junto a sus colaboradores de ese país.

En la clase 5 son tres los individuos que se ubican en el centro de la misma, pertenecientes a las disciplinas Economía, Ciencia Política y Sociología. Aunque todos se doctoraron en Argentina, dos realizaron estudios de maestría en Holanda y en el Reino Unido, respectivamente. Los tres se caracterizan por tener publicaciones en inglés y en Iberoamérica. El economista, nacido a fines de los 60, aparece como el más internacionalizado, con cinco publicaciones (13 %) en inglés y once (39 %) en Iberoamérica; sin embargo, tardó once años en realizar su primera publicación en Iberoamérica y doce en hacerlo en inglés. Los otros dos son un poco más jóvenes, y algo más precoces, ya que el cientista político, con estudios en Inglaterra, no demoró más de tres años en

publicar en inglés y siete en hacerlo en español fuera de la Argentina, mientras que sociólogo tardó respectivamente siete y tres años. En tanto, el politólogo suma un 46 % entre ambas modalidades y el sociólogo alcanza a un 33 %.

Conclusión

Al comienzo de este trabajo analizamos las dificultades para conocer y medir la circulación del conocimiento producido en las ciencias sociales y humanas: el bajo nivel de registro que existe en las bases de datos *mainstream* de las revistas nacionales de los países que no pertenecen a los centros tradicionales (algo que afecta tanto a WoS como a Scopus), la escasa inclusión de la producción en libros, junto a la escasa participación de revistas o libros en lenguas no-inglesa.

En América Latina, existe una particularidad que suma una dificultad, por una parte, pero agrega una ventaja: lo característico de la producción en ciencias sociales y humanas en esta región es que a esa doble faceta (local/internacional) se le suma una extendida práctica de publicación en el circuito Iberoamericano que tiene un gran desarrollo editorial, una lengua común (el español) y otra (el portugués) con gran facilidad de inter-traducción que se basa en una plataforma cultural de antigua data y promueve una forma alternativa ya consolidada de internacionalización. La dificultad se asienta en que no existen bases de datos completas disponibles que permitan observar universos de investigadores más allá de lo que puede extraerse de Scopus, WoS, o de las bases regionales como SCIELO o REDALYC por separado, dado que entre estas no hay interoperabilidad (Beigel, 2010; 2019).

Nuestro trabajo ha apuntado a producir conocimiento sobre un universo completo de trayectorias de publicación que permite visibilizar la diversidad de estilos de circulación de los científicos sociales argentinos. Asumiendo como punto de partida la tipología de cinco clases de Baranger y Niño, se optó por avanzar en el análisis indagando en sus dos clases más numerosas.¹⁶ El análisis de las muestras extraídas de las clases 4 y 5 —la primera más «nacionalista», la segunda más «cosmopolita»— nos ha permitido establecer la importancia de la publicación en el ámbito de Iberoamérica.

16 Esta estrategia se ha revelado como exitosa, y sus resultados sugieren que sería deseable —de contar con los recursos necesarios— revisar aquel análisis en su totalidad, incorporando desde el inicio el ámbito iberoamericano de publicación.

El análisis de los resultados ha permitido comprobar que el perfil latinoamericano ya detectado por Beigel (2017) no es meramente el resultado circunstancial de una selección de sus publicaciones más relevantes realizada por los propios investigadores para favorecer sus chances de promoción. Ha quedado claro que este tipo de publicación en revistas iberoamericanas es un modo de internacionalización al que han recurrido prácticamente todos los investigadores de esas dos clases y que no solo se concentra en América Latina, sino que se extiende al ámbito Ibérico por la presencia fuerte de España (como pudo verse en el Gráfico 1).

Con todo, existen diferencias en cuanto al peso relativo de estas publicaciones en el contexto de la producción de cada individuo, siendo algo más bajos los porcentajes para los pertenecientes a la clase 5.¹⁷ Considerando el porcentaje de internacionalización global en ambas clases, este es prácticamente idéntico en ambas: 31 y 32 % de su producción ha sido publicada fuera de la Argentina. Si además recordamos que las clases 1 y 2 (*estándar y proto-estándar*) tenían altos niveles de publicación en inglés, y que la mitad de la clase 3 tenía publicaciones en otros idiomas, podremos decir que, globalmente, las cinco clases de investigadores de ciencias sociales y humanas en el CONICET exhiben un importante grado de internacionalización con orientaciones que incluyen: a) perfiles estándar que emulan la trayectoria de las ciencias exactas y naturales, b) cosmopolitas que dialogan más con circuitos europeos y c) iberoamericanistas que publican principalmente en español pero circulan en revistas indexadas en los repositorios regionales como SCIELO, Latindex o Redalyc, que incluyen también importantes colecciones en España y Portugal.

En cuanto al formato de la publicación, en Iberoamérica cobran mayor importancia los artículos por sobre los libros y capítulos. Es posible que, desde el punto de vista de la demanda, esté operando un menor interés comercial que pueden tener las editoriales iberoamericanas en publicar libros, compilaciones y capítulos referidos a una sociedad extranjera. Pero también se puede pensar que el predominio del artículo está ligado a la oferta, y que se explica primeramente como un efecto que depende del contexto de una cultura evaluativa que, como es sabido, impulsa la publicación de artículos en revistas indexadas antes que en libros.

Para una comunidad de investigadores en fuerte expansión, como ha sido el caso de la Argentina en el período previo al relevamiento de nuestros datos (2014), es posible sostener la hipótesis de que, no siendo suficientes las revis-

17 En términos de Sokolov (2019) los 5 serían más «globalistas» que los 4.

tas indexadas nacionales para satisfacer sus requerimientos de publicación de artículos, esta falencia vendría a ser cubierta por revistas publicadas en Iberoamérica, con la ventaja de ser estas de más fácil acceso, aunque más no sea por su proximidad lingüística. En este sentido, sería de gran interés realizar un análisis comparativo que mostrara a lo largo de un período la direccionalidad e intensidad relativa de los flujos de publicaciones entre los países iberoamericanos, lo que llevaría a identificar países «exportadores» e «importadores» de artículos, sin perjuicio de atender al mismo tiempo a las diferencias entre las disciplinas.

Sin embargo, tampoco hay que dejar de considerar el papel jugado por la apelación a una cierta identidad latinoamericana que históricamente ha sido puesta en juego en una variedad de terrenos en las relaciones con los países hegemónicos. Esta es parte de la base para la existencia de una plataforma intelectual regional de larga duración como es la existente en América Latina, la cual es probable que también resulte estimulada por las redes y convenios existentes a nivel de las universidades, equipos de investigación e individuos.

Referencias bibliográficas

- Aguado-López, Eduardo, Becerril-García Arianna y Godínez-Larios, Sheila (2017). Colaboración internacional en las ciencias sociales y humanidades: inclusión, participación e integración. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales* (75), 13–44.
- Beigel, Fernanda y Bekerman, Fabiana (2019). *Culturas evaluativas: Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a Docentes-Investigadores en Argentina (1993–2018)*. CLACSO-CONADU. <https://www.clacso.org/culturas-evaluativas/>
- Beigel, Fernanda (2018). Las relaciones de poder en la ciencia mundial. Un anti-ranking para conocer la ciencia producida en la periferia, *Nueva Sociedad*, (274), 13–28.
- Beigel, Fernanda (2014). Publishing from the periphery: Structural heterogeneity and segmented circuits. The evaluation of scientific publications for tenure in Argentina's CONICET. *Current Sociology*, 62(5), 743–765.
<https://doi.org/10.1177/0011392114533977>
- Beigel, Fernanda (2017). Científicos Periféricos, entre Ariel y Calibán. Saberes Institucionales y Circuitos de Consagración en Argentina: Las Publicaciones de los Investigadores del CONICET, *DADOS – Revista de Ciências Sociais*, 60(3), 825–865.
- Beigel, Fernanda, Gallardo, Osvaldo y Bekerman, Fabiana (2018). Institutional expansion and scientific development in the periphery. The structural heterogeneity of Argentina's academic field (1983–2015). *Minerva. A Review of Science, Learning and Policy*, 56(3), 305–331. <https://doi.org/10.1007/s11024-017-9340-2>
- Beigel, Fernanda (ed.) (2013). *The politics of academic autonomy in Latin America*. Ashgate.
- Bourdieu, Pierre (2016). *Sociologie générale volume 2, Cours du Collège de France 1983–1986*. Seuil.

- Calvo, Ernesto, Elverdín, A. Sofía, Kessler, Gabriel y Murillo, M. Victoria (2019). Investigando las influencias internacionales en las ciencias sociales argentinas. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 9(2), e055.
<https://doi.org/10.24215/18537863e055>
- De Swaan, Abram (2001). *Words of the World: The Global Language System*. Polity Press & Blackwell.
- Gerhards, Jürgen (2014). Transnational linguistic capital: Explaining English proficiency in 27 European countries. *International Sociology* 29(1), 56–74.
- Guédon, Jean-Claude (2011). El acceso abierto y la división entre ciencia principal y periférica. *Crítica y Emancipación* 3(6), 135–180.
- Heilbron, Johan, (2002). *La bibliométrie, genèse et usages*. <https://doi.org/10.3917/arss.141.0078>
- Hicks, Diana, Wouters, Paul, Waltman, Ludo, de Rijcke, Sarah, y Rafols, Ismael (2015). The Leiden Manifesto for research metrics. *Nature*, 520 (7548), 429–431.
- Lillis, Theresa M. y Curry, M.J. (2010). *Academic Writing in a Global Context: The Politics and Practices of Publishing in English*. Routledge.
- Lozego, Philippe y Arvanitis, Rigas (2008). La science dans les pays non hégémoniques. *Revue d'anthropologie des connaissances*, 2(3), 334–342. Doi:10.3917/rac.005.0334.
- Mugnaini, Rogério et al. (2019). Panorama da produção científica do Brasil além da indexação: uma análise exploratória da comunicação em periódicos. *Transinformação*, (31) 1–15, e190033, 2019. <http://dx.doi.org/10.1590/2318-0889201931e190033>.
- Paradeise, Catherine y Thoenig Jean-Claude (2015). *In search of academic quality*. Palgrave Mac Millian.
- Passeron, Jean-Claude (1991). *Le raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel*. Nathan.
- Piovani, Juan Ignacio (2018). Estilos de producción en el campo de las ciencias sociales en Argentina. *CIC. Cuad. inf. com*, 23, 125–141.
- Ráfols, Ismael (2019). S&T Indicators «In the Wild»: Contextualisation and Participation for Responsible Metrics. *Research Evaluation* 28(1), 7–22.
<https://doi.org/10.1093/reseval/rvy030>.
- Robinson-García, Nicolas, Costas, Rodrigo, van Leeuwen, Thed N. y Nane, Tina (2019). Towards a multidimensional valuation model of scientists. ISSI Conference. September 2–5.
- Schott, Thomas (1988). International influence in science: Beyond center and periphery, *Social Science Research*, 17(3), 219–238.
- Sivertsen, Gunnar (2019). Understanding and Evaluating Research and Scholarly Publishing in the Social Sciences and Humanities (SSH), *Data and Information Management*, 3(2), 61–71.
- Sokolov, Mikhail (2019). The sources of academic localism and globalism in Russian sociology: The choice of professional ideologies and occupational niches among social scientists. *Current Sociology Review*, vol. 67 (6), 818–837.
- Vélez-Cuartas, Gabriel, Lucio-Arias, Diana y Leydesdorff, Loet (2016). Regional and global science: Publications from Latin America and the Caribbean in the SciELO Citation Index and the Web of Science, *El profesional de la información*, v. 25, n. 1, 35–46.
- Vessuri, Hebe (1995). Recent strategies for adding value to scientific journals in Latin America, *Scientometrics*, Vol. 34, N°1, 139–16.
- Wagner, Caroline (2008). *The new invisible college*. Brookings Institution Press.
- Williams, Kate (2020). Playing the fields: Theorizing research impact and its assessment, *Research Evaluation*, 1–12, doi: 10.1093/reseval/rvaa001.

Anexo

El valor de las publicaciones en Iberoamérica para el CONICET

Al considerar la totalidad de las publicaciones, al igual que en hallazgos aislados de investigaciones anteriores, apareció la importancia de una tendencia «regionalizante» de la circulación de la producción en las CSH. Interesa señalar cómo esta característica tuvo un efecto directo en la cultura evaluativa del CONICET, la cual terminó aviniéndose a aceptar los indexadores latinoamericanos para determinar las revistas mejor clasificadas para la evaluación de ingreso o de promoción. En 2014 se aprobó una resolución del directorio del CONICET específica para las ciencias sociales y humanas que distingue tres grupos de revistas con referato. El Grupo 1 incluye las publicaciones en ISI-WoS, Scopus, ERIH plus y Scielo. En el grupo 2 REDALYC y el índice nacional –el Núcleo Básico de Revistas Argentinas. En tanto que Latindex Catálogo, inicialmente fue incluido en el tercer grupo en esta resolución.

En el área de ciencias sociales y humanidades, los trabajos en inglés constituyen la excepción porque pocos investigadores publican en WoS o en SCOPUS, pero muchos lo hacen en revistas latinoamericanas. De hecho, el *Social Science Citation Index* no se encuentra disponible en los centros de investigación; las universidades públicas ni el CONICET (ni siquiera para las comisiones asesoras) y las comisiones evaluadoras de estas disciplinas rara vez usan el sistema Scopus o el Índice H. Se llegó así a aceptar que, en el campo de las ciencias sociales y humanidades, los índices centrales y los regionales podían considerarse como equivalentes.

Después de años de debate entre los representantes de las ciencias «duras» y «blandas» en la Junta Calificadora de Méritos (la instancia superior en la que se dirimen las diferencias de las comisiones evaluadoras) se ha logrado cierto consenso en torno a la existencia de tres grupos de publicaciones, de acuerdo con su «reconocimiento internacional o nacional».

En el caso de las ciencias naturales y aplicadas, muchas veces se recurre directamente los cuartiles de Scopus con sus 4 grupos de indexación y, en otras comisiones de las ingenierías o ciencias agrarias, el primer grupo corresponde a las publicaciones de SCI de alto impacto, el segundo grupo abarca revistas de bajo impacto, y el tercero incluye las publicaciones nacionales. Para estas disciplinas, lo internacional se identifica con la escritura en inglés y, por lo general, las publicaciones nacionales son subvaloradas respecto a las internacionales.

Por lo contrario, en el campo de las ciencias sociales y humanidades, se consideran tres grupos de publicaciones en base a la Res. 2249/14 y los/as

coordinadores de las comisiones evaluadoras de ciencias sociales y humanidades suelen defender sus clasificaciones dentro de la Junta Calificadora, algo que en general se acepta siempre que se justifiquen y se apliquen por igual a todas las candidaturas. En el contexto de aplicación de esta resolución durante los últimos cinco años se fue plasmando un acuerdo que parece atravesar a todas las disciplinas de ciencias sociales y humanas y se refiere a Latindex–Catálogo, el repositorio más antiguo de la región y el que, por otra parte, evalúa a la mayor parte de las revistas latinoamericanas. El consenso alcanzado en la práctica consistió en considerar a las revistas incluidas en Latindex–Catálogo como pertenecientes al Grupo 1, siempre que cumplieran con los requisitos de mínimo de originalidad y evaluación de pares externa de cada artículo (antiguos criterios 20 y 21).

8. La edición de ciencias sociales en Argentina en el siglo XXI

Alejandro Dujovne

Introducción

Este capítulo se propone abordar la edición de Ciencias Sociales y Humanas (CSH) en Argentina desde el cambio de siglo en adelante. Un período marcado por cambios veloces y profundos en el mercado editorial y por fuertes transformaciones en las dimensiones y configuración del campo académico. Preguntarnos por estos cambios, y por los modos en que impactaron sobre las formas de publicar y poner en circulación libros de CSH, es una manera de acercarnos a una parte sustantiva de las formas de construir y acumular conocimiento sobre la realidad social, y también un camino para explorar las modalidades de vinculación entre el mundo académico y el espacio público.

Las páginas que siguen no pretenden reponer de manera exhaustiva el universo de editoriales y colecciones existentes a lo largo de este período, ni hacer una enumeración de autores y títulos. Aunque esos datos informan al conjunto del trabajo, hacer foco allí puede llevarnos a obturar más que a iluminar la comprensión de conjunto. Este capítulo busca, en cambio, identificar el sistema de condiciones materiales y sociales y las lógicas que subyacen a la producción y circulación de libros de CSH en Argentina. Asimismo, y a partir de esta información, apunta a ofrecer algunas pistas para explorar los modos en que esos libros fueron leídos.

Si bien en consonancia con el proyecto PISAC nuestro interés original reside en el análisis de la edición de ciencias sociales, la configuración del espacio editorial argentino impide realizar un recorte en función de un criterio disciplinar estricto. A diferencia de lo que sucede con parte de las revistas académicas especializadas en las que se busca trazar límites disciplinares claros, los sellos que publican obras de ciencias sociales también editan libros de humanidades. La distinción por colecciones tampoco constituye un criterio útil. Mientras que en algunos sellos es posible distinguir colecciones diferenciadas por área de conocimiento, tales como historia o sociología, en otros el principio organizador responde a un criterio temático, geográfico, de género, como el ensayo, de divulgación, etc., que puede agrupar a varias perspectivas de conocimiento.

El primer apartado del capítulo presenta un conjunto de aspectos que ayudan a comprender la especificidad del libro respecto de otros soportes de comunicación académica, así como una serie de claves para aproximarnos a los fundamentos sociales y materiales que organizan la producción, circulación y acceso al libro de CSH. A continuación, el texto ofrece una visión panorámica de la edición de CSH a partir de una perspectiva de campo. Esta aproximación nos permitirá distinguir las distintas clases de editoriales y formas de publicar que conforman este segmento del mercado de libro. Finalmente, reservamos la última sección para recorrer las transformaciones y estado actual de la edición universitaria pública.

La edición de ciencias sociales y humanas en perspectiva

La inclinación a la publicación de libros o capítulos de libros en las CSH es, como sabemos, más pronunciada que en otras áreas científicas. En su reciente estudio Beigel y Gallardo (2021) lo demuestran con cifras. Para febrero de 2020 la producción científica total de los investigadores activos de CONICET se distribuía del siguiente modo:

Indicador	Ciencias Sociales y Humanas	Ciencias Agrarias, de la Ingeniería y de Materiales	Ciencias Biológicas y de la Salud	Ciencias Exactas y Naturales
Promedio de artículos por persona	29	28	34	37
Promedio de capítulos por persona	16	4	2,8	2,5
Promedio de libros por persona	4,9	0,8	0,5	0,5
Personas con al menos un capítulo	99 %	73 %	70 %	60 %
Personas con al menos un libro	88 %	30 %	21 %	25 %

Fuente: Beigel y Gallardo (2021:55)

La elocuencia de los datos nos lleva a otra pregunta que, por sí mismos, no pueden resolver: ¿por qué, pese a la clara orientación de CONICET en favor del artículo académico en revistas especializadas, el libro preserva tal centralidad en las CSH? Sin ánimo de ser conclusivos, es posible esbozar cuatro razones que permiten comprender la permanencia del libro en estas disciplinas. En primer lugar, y siguiendo en este punto a Renato Ortiz (2009), el libro guarda un lugar de relieve debido a la naturaleza de la teoría en las distintas clases de ciencias. Por oposición a lo que acontece en las CSH, los mayores niveles de consensos teóricos y de unidad de método en las ciencias físicas, exactas y naturales, eximen de la necesidad de extensas discusiones y argumentaciones teóricas, facilitando la producción de textos mucho más breves. En las CSH, solo el libro estaría en condiciones de permitir desplegar una posición teórica y discutir las perspectivas alternativas. En segundo lugar, y también gracias a su extensión, el libro resulta el formato más adecuado para la exposición de una investigación de largo aliento o para el despliegue de argumentos que conforman un ensayo general. En tercer lugar, en la tradición intelectual y editorial argentina el libro académico está implícitamente asociado a un circuito de difusión más amplio que excede al de los pares. Aunque en la práctica eso no siempre ocurra y el trabajo sea leído exclusivamente por especialistas, la publicación de un libro comporta la ilusión de que el trabajo llegará eventualmente a un público más extenso, y que, incluso, contribuirá a alimentar la discusión pública. Finalmente, y en parte relacionado con el punto anterior, el libro guarda un prestigio que no posee la revista. De hecho, cabría preguntarse en qué medida la «existencia» académica y pública, en el sentido de conocimiento y reconocimiento, de los investigadores de CSH no está sino asociada a la publicación de al menos un libro. En este plano, se podría conjeturar que las CSH en Argentina se mueven entre la literatura de ficción, donde la existencia y reconocimiento como autor de los escritores dependen de la publicación de un libro, y las ciencias exactas, físicas y naturales donde lo decisivo son los artículos en revistas especializadas.

Volviendo a las lógicas de producción de los investigadores de CONICET, la inclinación por el libro de los investigadores de CSH no es uniforme entre disciplinas. En su estudio sobre la producción científica de ciencias sociales de los investigadores de CONICET entre 2004 y 2008, Gantman (2011) distingue entre disciplinas más proclives al artículo académico, como economía, y otras más inclinadas al libro, como sociología. Disposición que, sin dudas, sería aún mayor si consideráramos también disciplinas humanísticas como filosofía o letras.

En un ejercicio exploratorio que llevamos adelante en 2018 estudiamos los programas de 23 seminarios ofrecidos entre 2016 y 2017 por tres programas doctorales, uno en ciencia política de una universidad privada y dos de ciencias sociales de dos universidades públicas (Dujovne, 2018). De un total de 936 entradas bibliográficas relevadas, el 79 % correspondió a libros (obras enteras, partes o capítulos), el 19 % a artículos publicados en revistas académicas y el 2 % restante a otros formatos tales como tesis y trabajos no publicados. Si bien partíamos de la hipótesis de que el libro era, en efecto, el formato más utilizado, la preeminencia de este sobre el artículo resultó mayor a la esperada. Sin embargo, hasta tanto no avancemos con nuestro plan de relevamiento y sistematización de la información no podemos saber en qué medida predominan los sesgos que pueden portar las universidades, las disciplinas y los programas doctorales estudiados. Es probable que al ampliar nuestra base emerjan distinciones claras o incluso oposiciones en el uso de materiales entre disciplinas, tal como muestra Gantman.

Estas distinciones ganarían aún más complejidad si, además de la tendencia hacia uno u otro soporte, incluyéramos los géneros más publicados. Esto es, manuales introductorios, obras de divulgación, trabajos monográficos, volúmenes colectivos, desarrollos teóricos o ensayos orientados a la intervención pública. Pero, más allá de los matices y la complejidad que puedan emerger al incorporar esta u otra información, la diferencia que observamos es tan amplia que nos permite sostener que tanto en el ámbito de la formación académica como, siguiendo a Beigel, Gallardo y Gantman, en el de la producción científica, el libro guarda un lugar central en la práctica de docentes e investigadores de CSH. Lugar que no se condice con el valor que nuestro sistema científico le otorga en el proceso de evaluación de la producción científica.

Ahora bien, si por un lado esta constatación pone de relieve la importancia de los libros en el estudio de las ciencias sociales, por el otro, comporta un desafío analítico: ¿cómo estudiar los libros de CSH?, ¿cómo una extensión material de la producción intelectual?, ¿o bien como un soporte cuya elaboración, circulación y acceso guardan una especificidad que no es del todo reducible a la práctica académica? Si aceptáramos la primera proposición, y limitáramos nuestra concepción de los libros como un mero vehículo de conocimientos sociales, correríamos el riesgo de perder de vista buena parte de las lógicas que definen las posibilidades de publicación y visibilidad de un libro, y, peor aún, obturaríamos la capacidad de ver cómo esos criterios y prácticas externas operan sobre las propias orientaciones, intereses y decisiones teóricas, metodológicas y temáticas del campo académico. En este sen-

tido, aproximarnos al estudio de la producción editorial de CSH desde una perspectiva sociológica atenta a las condiciones y tramas sociales detrás de la producción y circulación de libros nos permite tanto trascender una aproximación intelectualista, ya sea centrada en el poder intrínseco de las ideas o en el papel excluyente de los productores intelectuales, como reducir los libros a su dimensión puramente material como vehículos de información.

La edición de CSH se mueve entre el mercado editorial y la producción académica. Y, en el caso de los sellos universitarios, se suma la lógica institucional de las universidades. El campo editorial académico está «ligado a otros campos sociales de los cuales depende y los cuales dependen de este en alguna medida» señala John Thompson (2005:7). Las decisiones de publicación de las editoriales comerciales, sean especializadas o generalistas con colecciones específicas de CSH, están condicionadas por la agenda intelectual del campo académico, pero también por la demanda del público más amplio al que también apuntan, por las lógicas de distinción respecto de otros sellos, por los subsidios de publicación provenientes de fuentes universitarias u organismos científicos, por la estructura de costos y funcionamiento del sello, por las preferencias y competencias de su editor y directores de colección, por los vaivenes económicos del país, etc. Estos condicionantes y, en términos de Thompson, múltiples interdependencias explican por qué no es posible ensayar una comparación lineal entre la edición de libros de CSH y la de revistas académicas. Pero también por qué no es posible reducir la lógica que organiza la publicación de libros a principios exclusivamente intelectuales.

La estructura y funcionamiento académico y editorial del espacio hispanoamericano presentan otros problemas no menos importantes. Estudiar la edición de CSH en Argentina supone preguntarse tanto por las formas de publicar de los investigadores argentinos como por las lógicas de producción que definen el repertorio disponible de obras de CSH en el país en un momento dado. Si bien cuando los investigadores argentinos publican un libro en castellano en calidad de autores, coautores o compiladores lo hacen mayoritariamente en Argentina (Beigel y Gallardo, 2021:55–56), la producción intelectual que circula y está disponible excede a lo editado por los sellos nacionales. Parte de lo que se lee en Argentina, o en cualquier otro país de la región, es publicado en otros mercados editoriales. Este punto de fuga en el análisis nos obliga a no perder de vista el funcionamiento y consecuencias de la geografía editorial de lengua castellana.

Si, por un lado, la lengua común y la cercanía geográfica nos invitan a imaginar un espacio de intercambios intelectuales transparente, carente de tra-

bas, por el otro, la realidad no solo expone las enormes dificultades históricas que han tenido los países de la región para dar a conocer su producción fuera de sus fronteras y acceder a los países vecinos, sino también los marcados desequilibrios que organizan los flujos de circulación entre países. Por los datos de producción y de exportación, sabemos que España, México y Argentina conforman los principales polos editoriales de la geografía de lengua castellana, y que, de los tres países, España es desde hace muchas décadas, y cada vez con mayor fuerza, el actor dominante. En 2018 se publicaron en España 62 180 títulos, 28 176 en México y 27 428 en Argentina. De acuerdo con el estudio *El espacio iberoamericano del libro 2018* publicado por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), del conjunto de las exportaciones iberoamericanas de libros impresos en 2017, España representó el 65 %, México 19 %, Colombia 4 %, y Argentina y Portugal 3 % cada uno. América Latina en su conjunto —incluyendo a Brasil con el 2 %— reunió el 32 % (CERLALC, 2019:96–97). El mismo informe señala que mientras las exportaciones españolas se mantuvieron en general estables desde 2010, las de América Latina sufrieron un descenso sostenido desde 2011. Teniendo en cuenta que el grueso de las exportaciones de libros en castellano tiene como destino estos mismos países, estos datos son un buen reflejo de las fuerzas editoriales y comerciales diferenciales que configuran esta geografía cultural. La desigualdad entre España y Latinoamérica se hace más evidente aún al incluir en el cuadro la fuerte presencia de filiales de empresas editoriales españolas en la región.¹

Lo que no sabemos es si el dominio español se refleja en igual medida en todos los géneros y en todos los países. De nuestro breve relevamiento de los programas doctorales se desprende que 48 % de los libros en castellano referidos en las bibliografías estudiadas fueron publicados en Argentina, 32 % en España, 12 % en México, 2 % en Colombia, y 6 % en otros países. A su vez, no todas las editoriales o los títulos publicados en España y México llegan del mismo modo a Argentina. El estudio muestra que los sellos con más recorrido académico y comercial, como los españoles Taurus, Crítica o Akal, o el

1 De las 201 filiales españolas que se contabilizaban en 2016, 164 estaban radicadas en América Latina: 34 en México, 27 en Argentina, 15 en Chile, 14 en Colombia, 12 en Brasil, 10 en Perú y en Venezuela, y un número menor en el resto de los países (Observatorio del Libro y la Lectura 2018: 91). Si bien estas filiales pertenecen a empresas de distinta clase y magnitud, y representan proporciones distintas de cada mercado nacional, en todos los casos encontramos un grupo de empresas, encabezado por Planeta, que reúne una cuota muy significativa de la producción y facturación de ese país.

catálogo mexicano Fondo de Cultura Económica, tienen más presencia que muchas otras editoriales especializadas en CSH de estos países que encuentran serias dificultades para ir más allá de sus propias fronteras. Lo mismo cabría decir acerca de los autores, títulos o temas. Los autores consagrados, las traducciones, y los temas teóricos o aproximaciones regionales generales, circulan más que los libros de autores y obras que abordan y problematizan solo su país. Conocemos las áreas en que la producción editorial argentina es fuerte, innovadora, o tiene mayor tradición, pero solo un estudio sistemático, que por el momento no ha sido realizado, nos va a permitir distinguir con precisión qué segmentos de la discusión y la formación intelectual están siendo menos cubiertos por ella y sí por la producción editorial extranjera. De igual modo, resta analizar en qué medida la creciente digitalización de los catálogos y la puesta a disposición a través de plataformas de comercialización o a través de sistemas de acceso abierto, están logrando morigerar estos desequilibrios y posibilitando una circulación más libre, o si bien los desequilibrios continúan o emergen otros.²

En el plano nacional también encontramos una serie de asimetrías que tienen efectos directos sobre las lógicas de producción y circulación de libros de CSH: la mayor parte de las editoriales académicas está situada en la Ciudad de Buenos Aires. Concentración que se vuelve aún más fuerte si incluimos en la ecuación variables como distribución, visibilidad y, por lo tanto, posibilidades de reconocimiento. En virtud de los modos concretos de selección de títulos, a mayor distancia de la capital argentina y de los principales centros urbanos, menores posibilidades tienen los autores de acceder a una editorial que garantice un mínimo de circulación nacional y otorgue visibilidad a su producción. Esto es correlativo con la distribución. Las principales distribuidoras están emplazadas en Buenos Aires y tienden a priorizar los sellos cercanos, con los que tienen un trato directo. Nuevamente, a mayor distancia respecto de la Ciudad de Buenos Aires, mayores dificultades encuentran las editoriales para distribuir sus catálogos a nivel nacional. Una editorial pampeana o riojana, por ejemplo, encontrará serias dificultades para comercializar su libro fuera de su provincia. La presencia casi excluyente de distribuidoras en Buenos Aires responde tanto a la concentración de editoriales en esta ciudad como al déficit de librerías en gran parte del territorio nacional. Resulta difícil en términos logísticos y costoso en términos económicos cubrir

2 Acerca de los formatos y grados de adopción de las distintas modalidades de acceso abierto en América Latina, ver Giménez y Córdoba Restrepo (2018).

un territorio tan extenso y con tan bajo número de librerías, a excepción de los principales centros urbanos donde el número de librerías es comparativamente mayor.

La asimetría en el plano del libro tiende a reforzar las asimetrías del sistema científico argentino. De acuerdo con Beigel y Gallardo (2021), el 78 % de los investigadores de CONICET (a inicios de 2020) se concentraba en cuatro distritos: Provincia de Buenos Aires (29 %), Ciudad de Buenos Aires (28,4 %; 19 % en la UBA), Córdoba (11,7 %) y Santa Fe (8,8 %). El porcentaje restante se distribuía de manera desigual en el resto de las provincias. La distancia respecto de la región Centro, y especialmente de la Ciudad de Buenos Aires, no solo supone una mayor desventaja en términos de población de investigadores, sino también respecto de las posibilidades reales de publicación, tanto en el sentido de la edición de libros en sí, como de hacer pública, difundir, hacer visible, la producción intelectual. Aunque, como veremos más adelante, el déficit estructural en la edición, distribución y comercialización es parcialmente atenuado por la edición universitaria pública.

La traducción constituye un capítulo en sí mismo dentro de la edición de CSH.³ Si, por una parte, en espacios intelectuales periféricos se les asigna un elevado valor a las tradiciones teóricas, nombres propios y obras provenientes de los centros y, por esa razón, poseen la capacidad para orientar buena parte del itinerario y debates de estos espacios, por la otra, la operación editorial de traducción de estos autores y libros no se reduce a la mera función de incorporación de nuevos materiales al repertorio bibliográfico a una lengua. Los criterios más o menos explícitos que guían la elección de las lenguas de origen, los temas y autores a traducir, el sello que los publica y el modo que se los presenta, lo que Bourdieu denomina operaciones de selección y marcación (2009b), constituyen aspectos analíticos clave para comprender las formas de circulación de esos saberes y sus efectos en el campo académico.

Por supuesto, no todas las obras extranjeras que arriban y circulan en un campo intelectual periférico, en este caso el argentino, lo hacen a través de traducciones. En algunos casos la lectura de los textos en sus lenguas originales es un paso previo a la traducción, mientras que en otros continuarán circulando en sus idiomas de origen sin una traducción posterior. Sin embargo, la traducción es lo que permite que un libro, autor o constelación intelectual alcance a un mayor número de lectores, se incorpore a planes de estudio, organice una conversación más o menos amplia, y, eventualmente, se vuelva

³ Al respecto ver, entre otros, Sapiro (2012) y Heilbron, Sora y Boncourt (2018)

parte del canon. Desde este punto de vista, las editoriales y los procesos de traducción y publicación que estas llevan adelante se convierten en objetos de análisis en sí que demandan una mirada atenta, y sobre el cual volveremos al caracterizar al campo editorial de CSH.

Transformaciones en el espacio editorial de CSH

El período analizado estuvo marcado por intensas transformaciones que modificaron por completo el universo de editores de CSH. En este apartado vamos a detenernos en una serie de factores económicos, técnicos, sociales y académicos que contribuyeron a reconfigurar las dimensiones, diversidad, y lógicas de producción editorial de CSH en Argentina.

El cambio de siglo se inauguró con la crisis de 2001. Con fuertes caídas en el número de novedades, volúmenes de producción y ventas, esta crisis marcó una de las coyunturas más difíciles del sector editorial a lo largo de su historia. La edición de CSH no fue ajena. La producción en este segmento acompañó la caída general en 2001 y 2002. Así, a través del mercado editorial, la crisis se hizo sentir de forma directa en las posibilidades materiales de difusión y circulación de la producción intelectual tanto local como de traducciones. A las múltiples consecuencias de esta crisis sobre la vida universitaria y científica, se debe añadir esta dimensión que, pese a su importancia, suele pasar desapercibida.

Este declive se dio en el marco de un proceso estructural no menos grave. Entre fines de la década de 1990 y primeros años de la siguiente tiene lugar una serie de adquisiciones de tradicionales sellos argentinos por parte de empresas editoriales extranjeras. Si bien este proceso ya se había insinuado a comienzos de la década de 1990, es durante esta etapa que se vuelve más ostensible y conduce a un fuerte proceso de concentración del mercado en manos de empresas multinacionales: Javier Vergara es comprada por el Grupo Zeta, Sudamericana por Random House (luego llamada Penguin Random House), y Minotauro y Emecé por Planeta. A las que se sumaron las adquisiciones de otros nombres representativos de distintos segmentos del negocio por parte de los Grupos Norma, Anaya, Zeta, Reed–Elsevier, MacMillan y Thompson. Si a eso le agregamos la llegada y fuerte presencia de otros sellos españoles como Seix Barral, Tusquets (Planeta) o Alfaguara (PRH), por mencionar solo los más conocidos, resulta aún más evidente la magnitud del proceso de concentración editorial que siguió a la extranjerización.

En el plano de las CSH este proceso se materializó con la adquisición de la emblemática editorial Paidós por parte del Grupo Planeta en 2003. La gravedad de este fenómeno reside tanto en las ventas en sí, en tanto que contribuyeron a la mencionada concentración, como en cuanto a los criterios de funcionamiento que las empresas compradoras impusieron en mayor o menor medida a todos los sellos adquiridos.⁴ Como sucedió en otros lugares del mundo en procesos de concentración semejantes, los objetivos de rentabilidad anual esperados por parte de los nuevos dueños resultaron muy superiores a los márgenes de ganancia previos de estas editoriales y del sector en general. Esta presión para incrementar la rentabilidad llevó a un cambio en los procesos de selección y edición que tendió a minimizar los riesgos económicos a través de la preferencia por la publicación de títulos de venta rápida y amplia, que, en muchos casos, poco tenían que ver con el perfil histórico de ese catálogo (Dujovne y Ostroviesky, 2016).

En 2004 el sector editorial, al igual que el resto de la producción nacional, inicia un proceso de recuperación y estabilidad producto de la mejora general de la economía y de políticas de apoyo a la industria del libro que el nuevo gobierno nacional fue desplegando en los años sucesivos. Con oscilaciones, esta expansión se mantiene hasta 2016, año en que, producto de la caída del consumo medio de la sociedad, el incremento de las importaciones y la interrupción de las políticas públicas orientadas al fortalecimiento del sector decidida por el nuevo gobierno, el mercado entra, nuevamente, en una etapa crítica.

La expansión editorial que tuvo lugar entre 2004 y 2015 se caracterizó por dos fenómenos paralelos. Por un lado, el incremento en las cifras de producción y facturación por parte de los grupos concentrados, y, por el otro, la irrupción y creciente participación de un número de pequeños editores que sumaron volumen y diversidad al mercado del libro. Frente al fenómeno de la concentración editorial, hacia 2002 y 2003 comienzan a aparecer, primero tímidamente y luego a multiplicarse, pequeñas iniciativas editoriales que apuntaban a publicar aquello que no encontraba su lugar en el mercado. Esto comprende también, y es la razón por la que hacemos hincapié en este fenómeno, autores y obras de CSH. Impulsadas por una serie de innovaciones tecnológicas que simplificaron y abarataron significativamente los procesos de

4 Previo a ese proceso, en la década de 1990, se produce el cierre de un grupo de proyectos editoriales pequeños y medianos que habían desplegado un papel importante en la renovación de las CSH tras la vuelta de la democracia en 1983 (y no solo de las CSH). Dos de los más conocidos son Legasa y Centro Editor de América Latina (CEAL). Para más información, ver Bonacci (2020).

producción editorial, estas experiencias fueron de menor a mayor, ganando solidez y presencia en las librerías y ferias. Al frente de estos experimentos se encontraban escritores, traductores, egresados de carreras de ciencias sociales y humanas, en su mayoría jóvenes, que sin demasiado conocimiento de las múltiples aristas que conlleva la tarea editorial, comenzaron a redefinir el repertorio editorial argentino. Con este despliegue tomó forma una nueva, extensa y muy diversificada zona, en la que la idea de «editorial independiente» fue convirtiéndose en la carta de ciudadanía que muchos editores elegían para presentarse y participar del mercado editorial argentino. Quienes lograron atravesar el umbral inicial de desarrollo, avanzaron hacia una fase de consolidación y luego de profesionalización. Acumularon un pequeño fondo editorial con un perfil más definido y coherente que fue encontrando un público. Y, a la vez, como también se trató de un proceso de acumulación colectivo, de circulación de saberes y experiencias, los nuevos sellos que se crearon con el correr de los años partieron, cada vez más, con la ventaja de información y de prácticas de las que carecían quienes se lanzaban a publicar libros a inicios de los 2000.

A diferencia de la crisis de 2001, la caída que se inicia en 2016 no se verifica en el volumen de títulos editados sino en el de ejemplares impresos. Si tomamos el segmento que la Cámara Argentina del Libro (CAL) define en sus informes como «sector editorial comercial» (SEC), esto es, el segmento de editoriales que vehiculiza su producción a través de canales comerciales, lo cual excluye las ediciones institucionales, los proyectos artesanales, las empresas que distribuyen exclusivamente en kioscos y buena parte de la autoedición, observamos que el número de novedades anuales se mantuvo en un nivel cercano al de años previos. Entre 2016 y 2019 el número de novedades del SEC, comprendiendo todo el abanico de géneros, osciló entre 8500 y 9800. En cambio, si consideramos la producción de ejemplares de este segmento, vemos que se redujo de 27 millones en 2015 a 12,4 millones en 2019. El descalce entre ambas variables se explica, en primer lugar, por las innovaciones de impresión digital que, al reducir sensiblemente los costos unitarios de impresión, posibilitaron lanzar novedades con tiradas más reducidas, y, en menor medida, por la publicación de títulos en soporte digital que no contaron con una versión en papel. Estas razones explican por qué resulta técnica y económicamente posible sostener un ritmo de edición de novedades y, al mismo tiempo, reducir drásticamente la impresión de ejemplares físicos. Pero la decisión editorial de por qué hacerlo, por qué publicar una obra sin garantizar un piso mínimo de ejemplares físicos que permita una circulación nacional

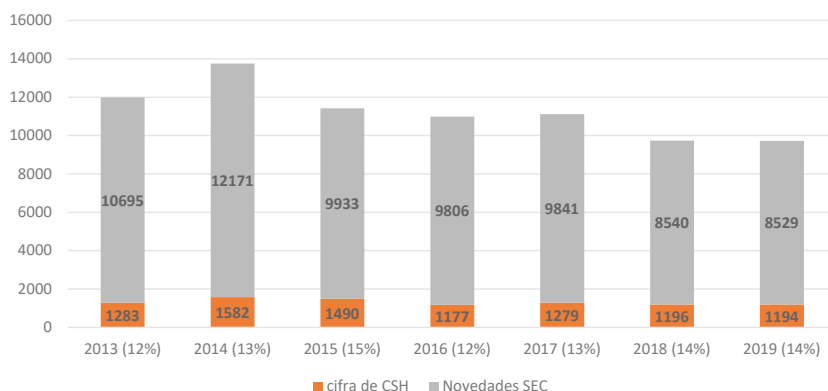
amplia, es de índole económica. En sentido, la sensible reducción general de las tiradas debe leerse en el marco de la crisis de ventas de libros.

La edición de CSH conforma un capítulo específico dentro de este marco general. Su evolución está condicionada por los mismos procesos económicos y tecnológicos que el conjunto del sector, pero no se reduce a estos. Es necesario incluir en el análisis los efectos directos e indirectos del aumento de los recursos y de nuevas políticas universitarias y científicas que se desplegaron entre 2004 y 2015, así como la implementación de una política específica para el fortalecimiento de las editoriales universitarias en 2014, a la que nos referiremos en particular en el apartado correspondiente. Pero primero observemos algunos datos que nos permitirán objetivar esta producción.

No contamos con información precisa y fiable acerca del número agregado de títulos de CSH publicados durante la primera década del siglo. Los criterios de clasificación temática que organizan los informes anuales de la CAL, institución que gestiona los registros de ISBN, y los informes mismos fueron cambiando a lo largo del tiempo. A partir de 2009 la información comienza a ser más detallada, pero aun así los criterios de clasificación mencionados presentan algunas variaciones, lo cual impide trazar series consistentes. Por otra parte, las editoriales no siempre son muy rigurosas en el momento de ingresar los descriptores de sus libros. A partir de la proyección de las cifras anuales de la publicación de traducciones de CSH, sabemos que entre 2000 y 2011 las CSH acompañaron, con oscilaciones, los movimientos generales de la producción editorial argentina. A partir de 2012 los informes de la CAL estabilizan los criterios de clasificación, y desde 2013 consignan qué porcentaje representan las CSH de la producción del SEC. Si bien, nuevamente, los criterios de clasificación cambian, entre 2013 y 2019 el porcentaje de novedades de ciencias sociales y humanas del SEC osciló entre 12 % y 15 %.⁵ Sobre la base de estos porcentajes podemos calcular de forma aproximada los siguientes datos:

⁵ No incluimos aquí las cifras de 2020 puesto que el contexto de pandemia generó una marcada distorsión al incrementar como novedades los registros de publicaciones digitales que corresponden a obras impresas en papel en años previos.

Novedades anuales del sector editorial comercial general y de CSH
(porcentaje anual que representan las ciencias social)



Estas cifras ponen en evidencia dos cuestiones. En primer lugar, la estabilidad en términos porcentuales de este segmento dentro de la producción de las empresas editoriales. Y, por el otro, que en términos reales las ciencias sociales y humanas representan una cifra nada desdeñable dentro de la oferta bibliográfica que se comercializa en el país. Todo lo cual nos lleva a formular una serie de preguntas cruciales que no son ajenas a la preocupación de gran parte de los editores especializados: ¿cuántos de estos libros llegan en efecto a distribuirse y visibilizarse frente a su «público natural», y cuántos, por no estar bien distribuidos, se pierden en depósitos o, por su baja tirada, no llegan más que a un mínimo de librerías?, ¿el libro digital y las plataformas de comercio en línea garantizan una mayor difusión?, ¿la modalidad de acceso abierto, cuando es económicamente viable, resulta una solución a estos problemas?

Decíamos que era necesario introducir en el análisis los efectos del aumento de los recursos y de nuevas políticas universitarias y científicas que se desplegaron entre 2004 y 2015. La creación de universidades públicas, el desarrollo de nuevas licenciaturas, la multiplicación de carreras de posgrado de CSH, y el incremento de los recursos y las medidas para la promoción de la investigación en el marco de las universidades, por un lado, y la jerarquización y ampliación del sistema científico nacional, que incluyó como aspectos destacados la política de formación de doctores a través de becas y el aumento sostenido de incorporaciones a la carrera de investigador de CONICET, por el otro, transformaron sensiblemente las dimensiones y morfología del mercado de editorial de CSH. En pocos años se incorporaron a los sistemas universitario y científico nuevos investigadores. En CONICET, por ejemplo, el número

de investigadores del área de CSH se incrementó 146 % entre 2007 y 2020, pasando de 1008 a 2484.⁶ Todo esto significó un salto cuantitativo en el número de investigadores que requerían de editoriales para publicar sus tesis doctorales, sus investigaciones individuales o colectivas, sus trabajos de divulgación, etc. De igual modo, el incremento en el número de estudiantes de grado y de posgrado, de docentes y de investigadores, amplió las bases de lectores especializados que demandan de manera regular esta literatura.

Ahora, si bien la ampliación del número y diversidad de «productores» y «consumidores» de libros redefinió las dimensiones y morfología del mercado editorial de CSH, este proceso no fue lineal ni uniforme. Esto se debe a, al menos, cuatro razones de distinta índole que es preciso tener en cuenta antes de adentrarnos en el análisis de este espacio editorial. En primer lugar, tal como ha funcionado hasta aquí, el sistema de evaluación científico de CONICET orienta la producción a la publicación de artículos académicos en revistas especializadas y, al no otorgarle una valoración clara ni elevada al libro, desincentiva su publicación. Esto comprende tanto a los investigadores que ya se encuentran en la carrera, como a los becarios, y a los aspirantes a becarios y a investigadores de carrera. Incluso, se podría decir que el peso de estos criterios es aún mayor en los aspirantes a becarios e investigadores ya que la creciente competencia por el acceso al sistema científico nacional, que comenzó a ser más fuerte a partir de 2011 y 2012, los empuja a elecciones estratégicas de publicación que satisfagan los máximos criterios de valoración de CONICET.

En segundo lugar, la ampliación del universo de investigadores trajo consigo una creciente diferenciación interna de las distintas disciplinas, creando áreas de hiperespecialización cuya producción está cada vez más orientada a un público acotado formado por los pares más inmediatos. Esta clase de fragmentación se corresponde con la lógica de funcionamiento de las revistas académicas, pero no con la de edición de libros. O al menos no en su forma clásica. El modelo tradicional de publicación supone que para cubrir los costos de publicación y sostener proyectos editoriales viables, se necesita cierta escala de ventas de cada título. Como eso no sucede con todos los libros, o no se puede garantizar que suceda, los editores buscan equilibrar los catálogos con libros de mayor atractivo comercial capaces de compensar las obras de menores ventas o de ventas de largo plazo. El problema emerge cuando gran parte de las propuestas, como ocurre especialmente con las de

⁶ Al respecto ver Bekerman (2016) y el Informe de CONICET (2014) «Eficacia del Programa de Becas de Postgrado del CONICET en la obtención de Títulos de Doctorado»

carácter monográfico, se orientan a públicos acotados.⁷ Esa situación se resuelve de distintas maneras: los textos no se publican, se publican, pero con tiradas acotadas, o, directamente, se recurre a la edición digital sin, al menos en un primer momento, una versión en papel. Una de las consecuencias de las tiradas limitadas y, más aún, de las ediciones digitales es que estos libros acaban al margen de la mayor parte de las librerías del país, lo cual refuerza su carácter de nicho, ya que las librerías continúan siendo un canal clave de comercialización, sobre todo si se quiere trascender el círculo de los lectores especializados. Lo mismo sucede respecto de otras instancias y circuitos de reconocimiento, como presentaciones de libros y comentarios y reseñas en periódicos y revistas culturales.

En tercer lugar, y en directo vínculo con el punto anterior, la publicación de títulos orientados a públicos relativamente acotados a través de tiradas limitadas ha sido posible a través de editoriales universitarias cuyos gastos de funcionamiento están total o parcialmente cubiertos por las propias universidades, o mediante subsidios a la publicación otorgados por las universidades o por los organismos científicos que solventan todo o parte del costo de edición de los sellos comerciales. Para una editorial comercial imprimir 200 o 300 ejemplares de un título, sobre todo si se ha invertido en el trabajo de edición y diseño, no es económicamente viable, a menos que los autores cubran buena parte de su producción. En este sentido, los recursos destinados a la publicación que suelen incluir los subsidios de investigación no solo hicieron posible una porción de la producción intelectual con baja o muy baja demanda comercial, sino que, además, garantizaron las condiciones para la existencia y desarrollo de una serie de editoriales cuyos catálogos están fundamentalmente compuestos por esta clase de títulos.

Finalmente, en cuarto lugar, entre los problemas estructurales que tiene el mercado editorial académico, uno de los más importantes por el modo en que condiciona su desarrollo es la extensión de la circulación dentro de los ámbitos académicos de fotocopias y, desde hace más de una década, de digitalizaciones no autorizadas. No estamos hablando aquí de libros digitales de acceso abierto, donde el problema de la circulación libre estaría resuelto, sino de la digitalización y puesta a disposición de libros, electrónicos o físicos, que las editoriales venden a través de los distintos canales comerciales y que no han puesto a disposición de forma gratuita. Entre los criterios que toman en

7 Acerca de la «crisis de la monografía» ver Thompson (2005:81–110), y respecto de la irrupción de un nuevo modo de ensayismo ver Vigne (2017: 122–125).

cuenta los sellos comerciales al orientar sus catálogos, seleccionar autores y títulos, y decidir tiradas, se encuentra la viabilidad económica de un título. Un autor o título puede despertar mucho interés y, eventualmente, ser incluido en programas académicos, sin embargo, ni una cosa ni la otra redundan, necesariamente, en un incremento perceptible de ventas. Desde este punto de vista, si por un lado la fotocopia y la copia digital permiten un acceso amplio y a bajo costo a los textos, por el otro, afectan directamente el desarrollo de las editoriales, el tipo de libros a publicar y el volumen de las tiradas.⁸ Estas prácticas, muy extendidas e institucionalizadas en el mundo académico, introducen un matiz que altera la linealidad de la relación entre crecimiento del público especializado, tal como lo afirmamos previamente, y desarrollo del mercado del libro.

En los últimos años del período analizado comenzó a hablarse entre editores, fundamentalmente universitarios, acerca del acceso abierto. Se trata, sin embargo, de conversaciones aisladas que no han logrado traducirse aún en políticas generales del sector ni, salvo contadas excepciones, en estrategias editoriales particulares. No obstante, teniendo en cuenta la importancia otorgada a este mecanismo de circulación de libros en la agenda científica internacional, y los resultados de algunas experiencias concretas en la región y el país, podemos asumir que este será uno de los temas prioritarios de los próximos años. En particular para la edición universitaria. El hecho de que la edición universitaria tenga como objetivo esencial la promoción y difusión de los saberes científicos y no el fin de lucro, hace que el acceso abierto resulte una opción adecuada para lograr el cumplimiento de ese propósito. Sobre todo, si, como veremos con mayor detalle en el último apartado, tenemos presente que la distribución y comercialización de libros físicos tanto dentro como fuera del país constituye uno de los problemas estructurales más ostensibles que enfrenta este segmento de la edición académica. La adopción de una o más modalidades de acceso abierto resolvería en gran medida el problema del acceso a sus obras y potenciaría la visibilidad de la producción de CSH más allá de las fronteras nacionales. De todos modos, entendemos que la decisión de plegarse a un formato de acceso abierto y, luego, de implementar una estrategia acorde, no se realizarán de manera inmediata. No solo porque la modalidad adoptada deberá ajustarse al modelo de negocio de las editoriales universitarias —el grado de financiamiento de las editoriales por parte de

⁸ La recaudación que lleva adelante el Centro de Administración de Derechos Reprográficos de Argentina (CADRA) en las universidades está lejos de cubrir los usos efectivos de los libros o de parte de ellos en estos marcos.

sus universidades, ya sean públicas o privadas, es muy variable—, sino también porque la correcta adopción de un esquema de acceso abierto exige una inversión económica y humana inicial que las universidades o el Ministerio de Educación de la Nación deberían estar dispuestos a hacer.

La experiencia de la biblioteca digital del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) es un ejemplo auspicioso del alcance y ventajas del acceso abierto. La plataforma académica virtual de CLACSO reúne las publicaciones de la propia institución (1559 títulos desde 1967 a septiembre de 2021) y de sus aproximadamente 800 centros de investigación y de posgrado asociados en 55 países, sobre todo de América Latina, y los pone a disposición de forma abierta y libre. De acuerdo con María Fernanda Pampín, actual directora editorial de CLACSO, su plataforma registra más de 23 millones de descargas únicas y genuinas. Esto no obsta para que una porción de los títulos editados por CLACSO también se impriman e ingresen al circuito librero de Argentina, así como de otros países de la región y España.⁹ Una experiencia más reciente, que también revela el potencial de avanzar con un modelo de acceso abierto sin por ello negar el canal librero, es el del sello editorial de la Universidad Nacional de Villa María, EDUVIM. Los primeros meses de funcionamiento (junio–octubre 2021) muestran un crecimiento sostenido de las descargas, así como la importancia de hacer un trabajo sistemático de difusión de su sistema de acceso abierto.¹⁰

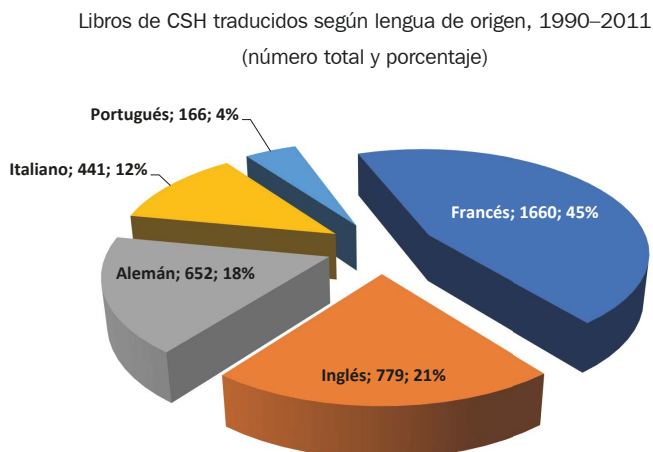
Dinámica y valor de la traducción de CSH

Como señalamos previamente, en campos intelectuales y académicos dependientes de la producción teórica externa, como lo es el argentino, la traducción es altamente valorada y económicamente redituable. En un reciente trabajo (Sorá y Dujovne, 2019), en el que relevamos y analizamos 3698 traducciones de libros de CSH entre 1990 y 2011, sin contar reediciones y reimpressiones, observamos el claro predominio del francés por sobre otras lenguas. Durante el período analizado, el volumen de traducciones del francés superaba al inglés todos los años considerados y en total sumaba poco más

9 Agradezco la información acerca de la plataforma de CLACSO a María Fernanda Pampín, directora editorial de CLACSO, y Lucas Sablich, coordinador editorial.

10 El reporte de EDUVIM puede leerse en el siguiente enlace: <https://www.eduvim.com.ar/gestion-abierta/el-acceso-abierto-importancia-para-una-editorial-como-eduvim>

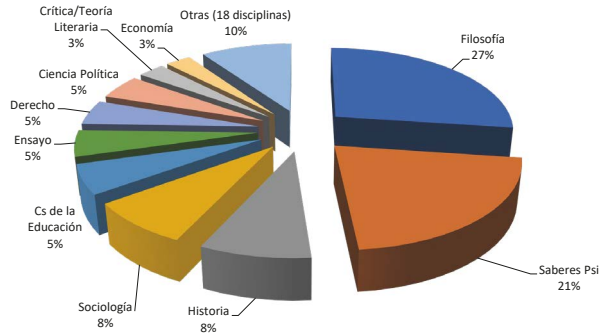
del doble (ver gráfico Nro. x).¹¹ Los títulos relevados fueron publicados por 519 sellos. De estos, 25 reunieron la mitad de lo publicado, y 9 concentraron un tercio del total:



La mitad de las traducciones publicadas en Argentina en esta etapa corresponden a solo dos áreas de conocimiento: filosofía y saberes psi (psiquiatría, psicología y, sobre todo, psicoanálisis). Desde el punto de vista del sistema de complementariedad y competencia de la geografía editorial de lengua castellana, esta especialización significa, por un lado, que la edición argentina ha funcionado como una de las puertas de entrada privilegiadas de estos saberes dentro de la lengua castellana. Y, por el otro, que parte importante de los libros traducidos de otras disciplinas que se leen en el campo intelectual argentino provienen de polos editoriales como España y México. Ese sería el caso de, por ejemplo, la sociología, la primera ciencia social que aparece en el gráfico con tan solo el 8 % del total de lo traducido. Pero estas cifras también nos hablan, al menos como conjetura, de la dificultad histórica de la producción editorial argentina de desarrollar mercados externos. La pérdida sostenida de la presencia editorial argentina en otros mercados de lengua castellana de las últimas décadas implica que el grueso de los catálogos se conforma, primero, en función de la demanda local, y luego, de forma secundaria, y solo en algunas editoriales, a partir de la demanda de mercados extranjeros. La filosofía y los saberes psi son, en este sentido, áreas de conocimiento que tienen un público lector relativamente amplio en Argentina, que excede al académico.

11 Para un análisis detenido de la inclinación editorial argentina por el francés, ver Dujovne, 2017.

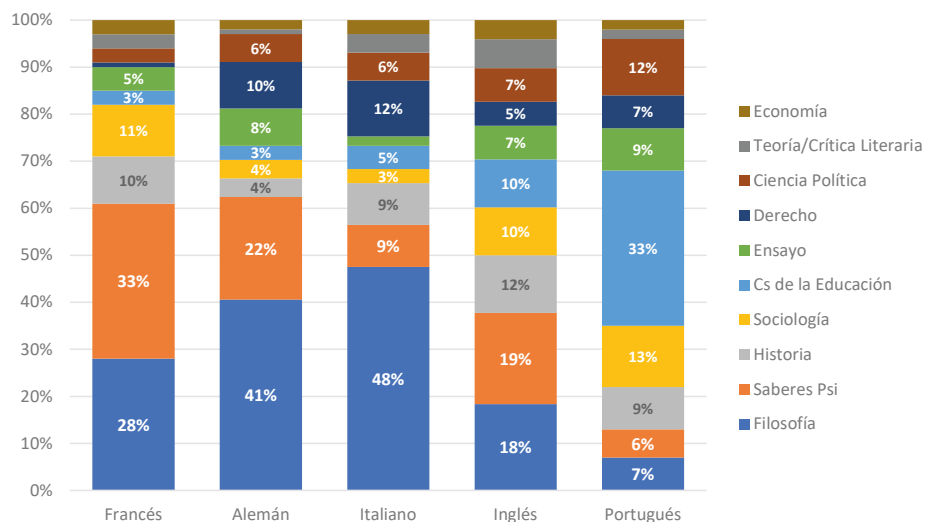
Distribución porcentual de traducción por disciplinas



Al analizar conjuntamente las variables lengua y disciplina (gráfico Nro. x), observamos que poco más del 60 % de los libros que se traducen del francés corresponden a filosofía y saberes psi, en particular psicoanálisis. Algo similar ocurre con el alemán y, en menor medida, con el italiano. En el caso del inglés, la segunda lengua con mayor volumen de traducciones, este porcentaje disminuye al 37 %. Así, al menos hasta 2011, la preferencia por el francés se explica, en un porcentaje muy elevado, por el psicoanálisis y, en segundo lugar, por la filosofía.¹²

12 No se puede obviar aquí la importancia del programa de traducción francés en Argentina. Desde mediados de la década de 1980 Francia cuenta con un programa específico en Argentina para apoyar económicamente la traducción de autores franceses. Su existencia y permanencia en el tiempo contribuye a mantener el interés por la producción editorial del país galo. Italia, Alemania y Brasil también disponen de programas similares, pero su incidencia es más acotada.

Distribución porcentual de disciplinas por lengua



A modo de ejemplo, la siguiente tabla presenta los sociólogos con mayor número de títulos traducidos entre 1990 y 2011.

Autores de sociología	Títulos traducidos (1990–2011)
Bauman, Zygmunt (inglés)	24
Bourdieu, Pierre (francés)	21
Castel, Robert (francés)	10
Morin, Edgar (francés)	8
Weber, Max (alemán)	8
Touraine, Alain (francés)	7
Durkheim, Emile (francés)	6
Wacquant, Loïc (francés)	5
Giddens, Anthony (inglés)	5
Rosanvallon, Pierre (francés)	5
Ortiz, Renato (brasileño)	4
Beck, Ulrich (alemán)	4

Caracterización del campo editorial de ciencias sociales

Con el propósito de ofrecer una aproximación comprensiva del universo editorial de CSH en Argentina, en este apartado vamos a adoptar una perspectiva de campo. No obstante, en virtud de la extensión de este capítulo, nos limitaremos a una presentación esquemática de los principios que estructuran este espacio y al análisis de un conjunto acotado de editoriales que sintetizan las posiciones y formas de funcionamiento más representativas. Del mismo modo, y aunque necesariamente hagamos referencia a información histórica para alimentar nuestra comprensión, el análisis se circunscribirá al estado actual del campo.¹³

Si bien las editoriales universitarias integran el campo editorial de CSH, y por ende deben ser analizadas en conjunto con las comerciales, optamos por abordar los sellos de universidades públicas en un apartado nuevo (el número de sellos de universidades privadas es menor y tiene un volumen de producción significativamente más bajo). Esto se debe a una serie de características que las diferencia del conjunto: todo o parte de sus presupuestos proviene del Estado; están sujetas de forma directa a las lógicas políticas y administrativas de sus universidades, están ligadas de manera inmediata a los productores y lectores naturales de esta clase de obras de CSH; participan del mercado a través de la comercialización en librerías y plataformas digitales; y han sido objeto de políticas públicas específicas del Ministerio de Educación de la Nación.

Los dos principios que estructuran el espacio editorial de CSH son, por un lado, la reputación del sello, y, por el otro, la relación con el mercado.¹⁴ El capital más importante en juego, el que otorga mayor poder dentro de este campo, es el prestigio acumulado. Esta modalidad del capital simbólico se define a partir del reconocimiento y valor otorgado al catálogo en un momento dado, de manera no del todo consciente, por parte de lectores calificados y por otros actores del campo de la edición. Es lo que hace posible que un sello se convierta en una «marca» que otorga credibilidad y cierta garantía de calidad. Así, a mayor reconocimiento, más dominante es la posición relativa de un sello en el campo editorial de las CSH.

13 Para un recorrido y análisis de la producción editorial de CSH desde el regreso de la democracia hasta mediados de la década de 1990, ver Bonacci (2020).

14 Para el estudio del subcampo editorial de las CSH en Argentina adaptamos el juego de propiedades que Bourdieu (2009a) propone en su análisis del campo de la edición literaria de Francia.

Esta variable se conforma a partir de las siguientes dimensiones:

- a. antigüedad del sello: el tiempo de existencia supone a priori un fondo editorial extenso, mayor conocimiento y reconocimiento por parte de los lectores y de otros editores, funcionando como una suerte de atributo de «nobleza»;
- b. extensión del catálogo: a mayor extensión mayor posibilidad de que sea conocido, y, potencialmente, reconocido;
- c. prestigio del catálogo: número de autores consagrados y obras de referencia centrales que lo componen, traducciones de las lenguas y polos teóricos centrales, políticas de autor, colecciones con identidades reconocibles, directores de colección de prestigio, y criterios de selección (entre los que se debe ponderar el mayor o menor peso de la financiación de la obra por parte del autor);
- d. visibilidad, circulación y alcance geográfico nacional e internacional: su grado de presencia en el país y en el espacio hispanoamericano, y su inclusión o no de una empresa con una estructura internacional.

Una editorial con una elevada reputación tiene mayor capacidad para incidir en la orientación y estructuración del campo de las ciencias sociales que un sello menos conocido o con un catálogo menos valorado. Mientras más prestigio posea una editorial, más atentos e interesados estarán los lectores a las novedades que produce y a su catálogo en general. De igual modo, a mayor capital simbólico más atractivas serán las editoriales para los autores. Para los autores consagrados integrar catálogos prestigiosos refuerza su visibilidad y posición dentro del campo académico y más allá de este, y para quienes están iniciando su carrera o son menos conocidos la reputación de la «marca» se proyectará sobre su propia obra y nombre. En términos de Thompson,

(l)a edición de la producción científica nunca es puramente un acto de difusión de resultados: es una parte intrínseca de la economía cultural de la investigación científica, un sistema complejo de recompensas simbólicas y económicas que modelan las chances vitales de los individuos que desean hacer una carrera en el mundo de la academia y de la investigación académica. (2005:83)

El segundo principio remite a la clase de relación que mantienen las editoriales con el mercado. Aquí encontramos tres modalidades de relaciones posibles, con una multiplicidad de posiciones intermedias:

- a. La primera es la subordinación del proyecto editorial a la búsqueda de una tasa de rentabilidad elevada. Esta posición se expresa en la publicación de

- obras que, al menos como aspiración, apuntan a un consumo masivo y a una rápida rotación.
- b. La segunda es la apuesta por autores u obras científicas, intelectuales o políticas más sofisticadas, densas o innovadoras, y cuyo público es, a priori, más acotado. No rechazan al mercado, pero tampoco están dispuestos a reducir sus elecciones a un criterio puramente económico.
 - c. Finalmente, la tercera modalidad remite a un tipo de sello que está más o menos desvinculado del mercado. Su existencia no depende de las ventas de ejemplares, o depende mucho menos de estas, porque sus ingresos o parte significativa de ellos provienen de fuentes distintas a la comercialización de libros. Aquí encontramos dos clases. En primer lugar, las editoriales universitarias o de instituciones académicas como CLACSO. En grados distintos según el caso, los costos fijos de funcionamiento y la publicación de este primer tipo de editoriales están cubiertos por el presupuesto institucional. En segundo lugar, se ubican aquellas editoriales que cobran a los autores la edición de su obra. Si bien la mayor parte de las editoriales comerciales, incluyendo las más reconocidas, cuentan con títulos costeados total o parcialmente por el autor o por subsidios institucionales, en este caso nos referimos a aquellas en las que esta clase de libros componen un porcentaje elevado de su catálogo, y que hacen de esta forma de publicación una práctica habitual pues el ingreso económico que suponen es tan o más importante que la venta de ejemplares. Ambas clases de editoriales pueden publicar más allá de la demanda real, más allá de las ventas efectivas de sus obras.

En base a estos dos principios podemos identificar una serie de posiciones que podemos designar como: dominantes de catálogo, centrales de mercado, parauniversitarias, especializadas y críticas.

A. Editoriales dominantes de catálogo

En la cima del espacio editorial de CSH se ubican los sellos que por su trayectoria y catálogo detentan un lugar central dentro del repertorio intelectual de las CSH en Argentina. Estas editoriales son reconocidas por los lectores especializados por haber publicado y continuar publicando autores consagrados y obras de referencia para distintas disciplinas, así como estudios monográficos sobre temas más acotados. Aunque, como ya se señaló, en la última década los estudios dedicados a temas específicos que no están en el corazón de la agenda pública han tendido a ocupar menos espacio en los catálogos de los sellos comerciales que no cobran a sus autores, así como a ver reducida

su extensión en términos de páginas. Asimismo, estos sellos buscan alcanzar un público mayor a través de distintas estrategias. Entre las principales se encuentra la edición de libros de divulgación y la búsqueda de una intervención pública más directa e inmediata a través de investigaciones empíricas o ensayos ligados a temas de agenda pública escritas por investigadores o por intelectuales y periodistas de prestigio externos al campo académico. Tipos de libros que no deben confundirse con los *instant books*, libros escritos, producidos y comercializados a gran velocidad por los grandes grupos editoriales a fin de satisfacer la demanda en torno a un tema de coyuntura.

Su prestigio se funda, decíamos, sobre la base de la acumulación de un fondo editorial de autores internacionales y nacionales consagrados que se va actualizando a través de la incorporación a su catálogo vivo de nuevos títulos de estos, y de una política de incorporación de autores, jóvenes o no, en vías de consagración. Del mismo modo, sus catálogos buscan mantener un grado de coherencia interna que resulte reconocible por los lectores, sea a través de una serie de temas, de perspectivas analíticas, o de una constelación de autores que dialogan entre sí. Pero también, y esto no es menor, por un trabajo muy profesional en todos los aspectos del trabajo editorial: adaptación del texto a un registro adecuado para un público no especialista, corrección, diseño, distribución, prensa, etc.

En Argentina esta posición está representada en la actualidad por dos sellos: Siglo XXI y Fondo de Cultura Económica (FCE). La editorial Siglo XXI fue creada en México en 1966 y al año siguiente inaugura una casa argentina que se convertirá en un referente cultural hasta su cierre en 1976 con el golpe militar. En 2000 la central mexicana decide reabrir su casa en el país, que al cabo de poco más de una década se convertirá en la principal fuente de renovación y prestigio de su catálogo. Al momento de finalizar este capítulo, Siglo XXI fue adquirida por capitales argentinos, llevando a que la casa central se traslade de México a Buenos Aires. Por su parte, FCE fue creada por el Estado mexicano en 1934. En 1945 abre una sede comercial en Argentina. Pero será recién en la década de 1990 que esta filial despliega un plan muy selectivo de publicación de obras de autores locales y de traducciones que, al igual que con Siglo XXI, aumentan el volumen y calidad del fondo editorial de la empresa.

Su fuerza no se reduce al plano simbólico. Siglo XXI y FCE tienen niveles de venta superiores a la media de las editoriales especializadas. Mientras la tendencia de los sellos de CSH en general ha sido avanzar hacia la reducción del número de ejemplares en la primera tirada, Siglo XXI y FCE han sostenido cifras de tiradas superiores a mil ejemplares en todos sus títulos. Este piso de

ejemplares es el que permite alcanzar un número relativamente alto de librerías en todo el país, y hacer comercialmente viable a un libro cuya venta no solo debe cubrir los costos materiales de manufactura sino también sostener un equipo editorial, administrativo y comercial profesional. Asimismo, a diferencia de la mayor parte de las editoriales especializadas, Siglo XXI y FCE tienen una presencia sostenida en los principales mercados editoriales de América Latina.

Los sellos que detentan esta posición tienen dos efectos reconocibles sobre el campo intelectual y académico. En primer lugar, gracias al capital simbólico acumulado, estas editoriales logran transformar su sello en una «marca» reconocible, cuya credibilidad le otorga el poder para incidir en la orientación temática y teórica del campo académico. Ya no a partir de un autor o de un libro en singular, que eventualmente puede suceder con cualquier editorial, sino a través de su catálogo. Por el solo hecho de ser publicados en estas editoriales, los libros que integran sus catálogos tienen mayores posibilidades de participar en las conversaciones del campo académico. En el estudio exploratorio de la bibliografía de tres programas doctorales que mencionamos previamente (Dujovne, 2018), identificamos 166 sellos de lengua castellana. Los dos primeros sellos que figuran son FCE (México–Argentina), que representa el 14 % de las referencias, y Siglo XXI (México–Argentina), que comprende el 5 % del total. La frecuencia con que sus títulos aparecen constituye un indicador de su centralidad en el campo de las CSH.

El segundo efecto remite a la proyección de su prestigio sobre los autores que componen el catálogo. Para los autores noveles o menos conocidos, integrar un catálogo que, como en el caso de Siglo XXI, incluye a un número de libros clave de autores internacionales como Pierre Bourdieu, Michel Foucault, Roland Barthes, Howard Becker, o argentino/as como Elizabeth Jelin, Hilda Sabato, Beatriz Sarlo, Juan Carlos Torre, Maristella Svampa o Gabriel Kessler, por citar solo algunos de los más importantes, no solo implica tener más chances de ser leído, sino también de afianzar su carrera académica. Para los más consagrados, publicar en estos sellos contribuye a reafirmar su posición dentro del espacio intelectual y académico.

B. Editoriales dominantes de mercado

Se trata de editoriales que publican fundamentalmente obras de CSH, pero que solo en un sentido general o de forma parcial pueden ser consideradas editoriales académicas pues su objetivo prioritario no es publicar títulos de y para especialistas, sino alcanzar un público amplio y obtener mayores cuotas

de mercado. Esta posición está en la actualidad representada de forma paradigmática por la editorial Paidós. Creada en 1945, Paidós desempeñó un papel fundamental en la modernización de las CSH argentinas y latinoamericanas, especialmente en relación con el psicoanálisis, la psicología social y la sociología. Territorios disciplinares que luego se fueron expandiendo en el país con otros sellos nacionales como Nueva visión, Amorrortu, Manantial, etc.¹⁵ Pese a continuar publicando traducciones y obras locales de calidad, la venta de Paidós al Grupo Planeta en 2003 supuso un cambio en la orientación del sello. Si hasta ese momento Paidós podía ser fácilmente ubicada en la posición anterior, a partir de la exigencia de mayor rentabilidad impuesta por los nuevos dueños, su catálogo comienza a incluir otros géneros y a priorizar de manera general la edición de libros y autores de venta rápida y masiva. Proceso que lo lleva a perder la especificidad y coherencia que lo caracterizaban y que le permitían ser reconocible por parte de lectores especializados. Ante esta deriva, y sin que haya alcanzado los objetivos de rentabilidad buscados, en 2017 la dirección de Planeta resuelve recuperar el perfil de editorial de CSH, aunque sin excluir otra clase de obras ni dejar de lado la orientación al mercado.

C. Editoriales parauniversitarias

Se trata de una zona relativamente amplia del campo editorial que comprende dos tipos de sellos especializados en CSH. Por un lado, editoriales cuyos catálogos combinan obras publicadas a riesgo de la editorial, es decir, completamente costeadas por esta, y un número más o menos grande según sea el caso de títulos cuya publicación es parcial o totalmente financiada por los autores a través de fondos propios, apoyos institucionales o subsidios de investigación. Si bien el aporte económico puede ser decisivo para que la obra se publique, hay una selección previa realizada por los editores y directores de colección mediante la cual evalúan si la obra es coherente con el catálogo. Por otro lado,

15 Nueva Visión, que cuenta con un fondo editorial de traducciones muy extenso y de calidad, fue creada en 1954 y deja de funcionar definitivamente entre 2018 y 2019. Amorrortu fue fundada en 1967. Aunque asociada primordialmente al psicoanálisis freudiano y lacaniano, y a autores como André Green, Amorrortu cuenta con una colección activa de sociología en la que sobresalen por su número autores franceses y anglosajones, junto a otras de antropología, comunicación, cultura y medios, y otras varias que reúnen distintas clases de ensayos. En Buenos Aires, al igual que las anteriores, en 1984 se funda el sello Manantial. Su catálogo combina traducciones, fundamentalmente de autores franceses, y trabajos locales de psicoanálisis, filosofía y estética, con obras de educación, historia y sociología.

se ubican las editoriales cuyos catálogos están completamente conformados por obras pagadas por sus autores. Entre las primeras podemos ubicar a sellos como Prometeo, Biblos y Miño y Dávila, y, entre las segundas, al tándem Teseo y Teseo Press, dos modalidades de un mismo proyecto editorial. Si bien por razones de espacio no podemos extendernos, sí es preciso señalar que esta última empresa requeriría un análisis detenido pues propone un modelo comercial de publicación y distribución digital muy diferente respecto de la mayor parte del mercado editorial de CSH, y que ha crecido muy rápido a través de alianzas con distintas instituciones académicas, públicas y privadas.

Si bien las «marcas» pueden resultar reconocibles para los lectores especializados en la medida en que las obras publicadas se ciñen a ciertos universos disciplinares, sus catálogos no guardan, desde un punto de vista relativo, un capital simbólico específico significativo. Su sistema de selección de obras no prioriza la construcción de constelaciones teóricas o de autor, ni tienen una política sostenida de reclutamiento de autores reconocidos de la academia local o de compra de derechos de traducción de obras y autores consagrados. En ambos tipos de editoriales, su visibilidad y conocimiento público descansan en el volumen y tipo de títulos publicados a lo largo de su historia, en la publicación eventual de algunos títulos de autores de referencia, y en la publicación de un gran número de libros monográficos destinados a nichos de lectores. En los casos de Prometeo y Biblos, cuya estrategia primaria sigue estando centrada en el libro físico, su identificación pública como editoriales especializadas también se debe a un buen trabajo de distribución y prensa.

Ambos tipos de editoriales otorgan una solución práctica a un problema estructural de la edición de CSH: la publicación de obras que tienen, en principio, un mercado relativamente acotado y, por lo tanto, su producción y comercialización en un sentido tradicional no resulta económicamente viable. Sin un aporte institucional o de los autores, un título requiere una tirada de alrededor de mil ejemplares para encontrar un punto de equilibrio que permita solventar los costos de producción a través de un precio al público más o menos accesible. En estos casos las tiradas iniciales suelen ser acotadas, variando por lo general entre entre 300 y 600 ejemplares. Además del aporte económico, y a fin de reducir los costos, se les suele solicitar a los autores una mayor participación e involucramiento en el trabajo de edición de los textos.

D. Editoriales especializadas

En el campo editorial encontramos una zona que comprende a editoriales que apuntan a construir catálogos especializados en un área disciplinar específica:

La Crujía (comunicación) Letra Viva (psicología/psicoanálisis), Antropofagia (antropología), Prohistoria (historia), Ampersand (historia y sociología del mundo escrito y la lectura), etc. En esta zona coexisten dos modalidades de proyectos editoriales. Por un lado, aquellos cuya apuesta prioritaria es construir catálogos cuidados basados en la calidad de las obras y autores, y la innovación temática y teórica. Por el otro, sellos en los que conviven autores y trabajos seleccionados por las editoriales y cuyo costo de publicación asumen las propias editoriales, y títulos que, con un criterio de selección menos exigente, acceden a ser publicados mediante el pago de sus autores. Más allá de la modalidad de publicación que adopten, estas editoriales cumplen un papel importante al proponer y ordenar un repertorio de problemas, perspectivas y nombres dentro de cada subcampo académico.

E. Editoriales críticas

Aunque la edición crítica tiene una extensa tradición en Argentina, que se remonta a los orígenes de la historia editorial, en la actualidad esta posición del campo editorial de CSH está compuesta por editoriales relativamente jóvenes, nacidas luego del cambio de siglo. Se trata de sellos que buscan intervenir políticamente en el ámbito público a través de ensayos e investigaciones escritas por especialistas. Dentro de esta zona del espacio editorial encontramos modelos de editoriales muy distintos, tanto por la estructura y vocación de sus editores, como por el tipo de catálogo que despliegan. Por un lado, encontramos proyectos editoriales más o menos tradicionales que procuran participar de la discusión pública. Por el otro, sellos animados por editores-activistas que suelen participar o estar ligados a espacios políticos y sociales. En el origen de este último tipo de sellos está la comprobación de que existe un vacío intelectual en la oferta editorial que debe ser cubierto. Por lo general, estos proyectos son concebidos como una extensión o como una modalidad del compromiso político de sus editores. De acuerdo con la socióloga Sophie Noël (2018:13-14), quien estudió al editor independiente crítico en Francia, «un editor crítico se define por la negativa, por lo que no es o no quiere ser: publica textos “contra” (el orden dominante, la doxa, las ideas recibidas...), rechaza la edición integrada y “mercantilizada”, se niega a enlazar el interés intelectual al interés comercial; luego, es posible todo un abanico de posiciones a partir de ese zócalo central».

Dentro del primer tipo se ubica de forma paradigmática Capital Intelectual, especialmente a través de su colección «Claves para Todos», que se desarrolló entre 2004 e inicios de la década siguiente. Con «Claves, la editorial

ofreció entradas sintéticas, informadas, por lo general críticas, y en registro de divulgación, a un amplio abanico de problemas nacionales e internacionales históricos y de actualidad. A través de su director, José Nun, la colección convocó a especialistas en cada una de las materias. Recuperando la tradición desplegada con maestría por la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (Eudeba) durante sus años iniciales y luego por el Centro Editor de América Latina (CEAL), y con el objetivo de lograr una presencia y una intervención pública más amplia, durante los primeros años «Claves para Todos» ofreció sus libros en kioscos de revistas para luego pasar a comercializarlos a través de librerías. El crecimiento y fuerza de Capital Intelectual durante este período respecto de otros proyectos cercanos se debió en gran medida al hecho de estar respaldada económicamente por su dueño, un reconocido empresario dedicado al rubro farmacéutico.

La segunda clase de editorial dentro de esta zona del campo editorial de CSH está representada por Tinta Limón. Este sello se crea en 2004 como parte de la evolución de la experiencia de edición—militante previa del Colectivo Situaciones, un grupo de jóvenes provenientes de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires cuyo objetivo era desarrollar investigaciones participativas en y junto a organizaciones sociales. La necesidad de ampliar el catálogo e incluir traducciones, y de formalizar el trabajo editorial para llegar a más lectores, lleva a los integrantes de Situaciones a crear Tinta Limón. En una senda análoga, encontramos otras experiencias independientes críticas como La Cebra o Madreselva, por citar solo dos.

La edición universitaria

En la última década la edición universitaria pública argentina atravesó una serie de transformaciones importantes. Se crearon nuevos sellos, se refundaron otros, y buena parte de los existentes avanzaron en una senda de profesionalización y consolidación. A la par de los sellos tradicionales, cuyos nombres estaban asociados al prestigio de las grandes universidades a las que pertenecen, emergieron proyectos nuevos, muy dinámicos, que resultaron piezas clave en el posicionamiento de un grupo de universidades nacidas en las últimas décadas, algunas de ellas en zonas alejadas de los principales centros urbanos del país. Este desarrollo no estuvo exento de contradicciones. Si por un lado la edición universitaria se benefició de políticas públicas activas, como el programa trianual de mejoramiento de la edición universitaria impulsado por

el Ministerio de Educación de la Nación en 2014, por el otro no solo sufrió las consecuencias de la contracción presupuestaria de las universidades y de la crisis de consumo que golpeó al sector editorial desde 2016, sino también padeció los problemas estructurales generales del mercado del libro que condicionaron sus posibilidades de expansión.

El análisis que realizamos a continuación se basa en una encuesta que llevamos adelante en 2019. La encuesta fue enviada a 51 editoriales de universidades públicas nacionales y a una provincial, y fue respondida positivamente por 35. Las que no respondieron son proyectos que se encuentran en una fase muy inicial de su desarrollo o están inactivas.

Si bien en las décadas de 1960 y 1970 surgen sellos como los de las universidades nacionales de Córdoba y Mar del Plata, estos no logran sostenerse más allá de unos pocos años. Más cercanos en el tiempo, lo mismo sucede con la creación de los proyectos editoriales de las universidades nacionales del Nordeste y Tucumán en 1985. En consecuencia, entre 1958, año de fundación de la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA), y 1987, en que se crea el sello de la Universidad Nacional de La Plata, se extiende un largo período de casi tres décadas donde el único proyecto editorial universitario importante y sostenido —no obstante haber sufrido sucesivas intervenciones— fue el de la Universidad de Buenos Aires.¹⁶

La inestabilidad de los proyectos editoriales es un rasgo que atraviesa la historia de la edición universitaria. En ocasiones se expresa a través de la interrupción de su funcionamiento por varios años y su posterior refundación. Y, en otras, muy frecuentes, pero menos visibles, se producen cambios en la dirección de los sellos a partir de la intervención de las autoridades universitarias en base a criterios no ligados a necesidades específicas del proyecto editorial. En estos casos se produce una desacumulación que dificulta la instalación y maduración comercial, cultural y académica del sello.

16 El primer período de EUDEBA, que abarca desde su creación hasta el golpe militar de 1966, y la figura de Boris Spivacow, su gerente, han sido elevadas al rango de mito por la narrativa editorial argentina. Entre 1959, año de publicación de su primer título, y 1966, Eudeba publicó 815 novedades y 289 reimpressiones, y más de 11 millones y medio de ejemplares (Gociol, 2012). Con períodos muy diferenciados en términos de política editorial, calidad de los títulos y volumen de producción, EUDEBA continuó siendo un actor relevante dentro de la edición universitaria argentina. No obstante, desde hace al menos una década fue perdiendo centralidad frente a la consolidación y profesionalización de un grupo de sellos universitarios de universidades medianas del conurbano bonaerense y de las provincias.

Tomando la fecha de fundación o de la última refundación, ya que nos interesa el momento a partir del cual funcionan de manera continuada hasta la actualidad, observamos que entre 1987 y 1999 se produce el primer salto cuantitativo: de una sola editorial se pasa a diez. Entre 2003 y 2018 tiene lugar una segunda etapa de crecimiento con 25 sellos nuevos, casi tres veces la cifra del primer salto. ¿Cómo se explica este proceso de ampliación?

En el período 1987–1999 se combina la creación de sellos de universidades más establecidas, con varias décadas de funcionamiento, situadas en ciudades importantes del interior del país (La Plata, Rosario, Litoral y Cuyo), universidades creadas a inicios de la década de 1970, también del interior (Misiones y Entre Ríos), y universidades del Conurbano bonaerense fundadas entre 1989 y 1995 (de General Sarmiento, Quilmes y Tres de Febrero). La etapa de mayor ampliación, de 2003 a 2018, se compone principalmente de universidades más pequeñas del interior del país (Santiago del Estero, Salta, Comahue, La Pampa, Villa María, Mar del Plata, etc.) creadas en las décadas de 1970, 1990, 2000 y 2010. Y, en un número menor, de universidades tradicionales como la de Córdoba, Tucumán y la Tecnológica.

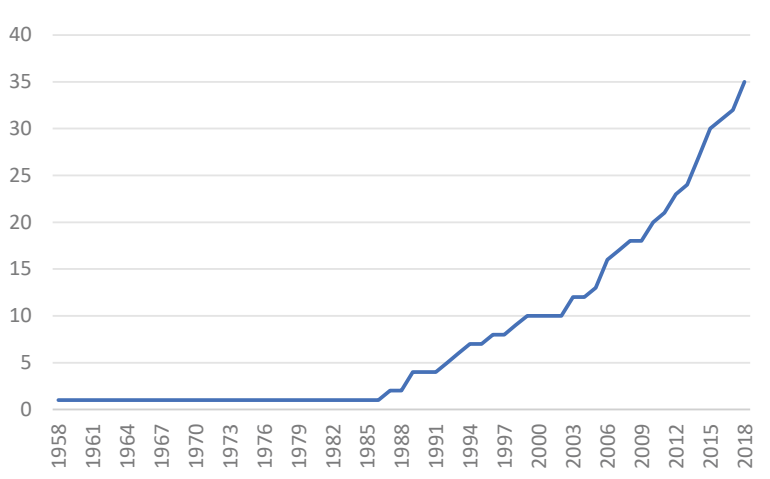
En la última etapa convergen, por un lado, condiciones generales muy favorables, como la creación de nuevas universidades, mayores recursos públicos para las universidades y la investigación científica, un período de estabilidad y expansión económica que favorece el comercio de libros; y, por el otro, de forma particular, un mayor nivel de organización colectiva a través de la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN), y recursos públicos específicos para el sector editorial universitario nacional. El clima favorable se detiene a inicios de 2016 con el recorte de los presupuestos universitarios y científicos y con la fuerte contracción del consumo de libros producto de la crisis económica. No obstante, los sellos universitarios continuaron siendo beneficiados, aunque de manera más limitada, por los recursos provenientes del plan de mejoramiento de tres años impulsado por el Ministerio de Educación de la Nación en 2014.

Editorial	Universidad nacional	Provincia + área metropolitana de Buenos Aires	Año de creación o año de la última refundación
EUDEBA	Buenos Aires	AMBA	1958
EDULP	La Plata	Buenos Aires	1987
EDIUNC	Cuyo	Mendoza	1989
UNR	Rosario	Santa Fe	1989
EdUNaM	Misiones	Misiones	1992
UNGS	General Sarmiento	AMBA	1993
UNL	Litoral	Santa Fe	1994
UNQ	Quilmes	AMBA	1996
EDUNER	Entre Ríos	Entre Ríos	1998
EDUNTREF	Tres de Febrero	AMBA	1999
EdUNLPam	La Pampa	La Pampa	2003
EDUCO	Comahue	Neuquén	2003
edUTecNe	Tecnológica Nacional	AMBA	2005
EUDEM	Mar del Plata	Buenos Aires	2006
UNSAM	San Martín	AMBA	2006
EDUNT	Tucumán	Tucumán	2006
UNC	Córdoba	Córdoba	2007
EDUVIM	Villa María	Córdoba	2008
EUNSa	Salta	Salta	2010
UNIPE	Pedagógica Nacional	AMBA	2010
UniRío	Río Cuarto	Córdoba	2011
UNM	Moreno	AMBA	2012
EDUNSE	Santiago del Estero	Santiago del Estero	2012
UNICEN	Centro de la Provincia de Buenos Aires	Buenos Aires	2013
UADER	Autónoma de Entre Ríos (provincial)	Entre Ríos	2014
EdUNLu	Luján	Buenos Aires	2014
EUDENE	Nordeste	Corrientes	2014
EDUNPAZ	José Clemente Paz	AMBA	2015

UNA	las Artes	AMBA	2015
UNDF	Tierra del fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur	Tierra del Fuego	2015
UNRN	Río Negro	Río Negro	2016
UNDEF	Defensa Nacional	AMBA	2017
UNdeC	Chilecito	La Rioja	2018
EdUNaF	Formosa	Formosa	2018
UNAHUR	Hurlingham	AMBA	2018

El año de fundación de un sello no implica, necesariamente, que haya funcionado de forma ininterrumpida hasta el presente: 10 de las 35 editoriales que respondieron afirmativamente discontinuaron su actividad en algún momento, siendo luego refundadas. En estos casos el año que tomamos para el gráfico que ilustra el proceso de evolución de las editoriales universitarias públicas es el de su última refundación.

Creación de editoriales por año acumulado



Entre 2014 y 2018 las 35 editoriales universitarias analizadas en la encuesta publicaron un total de 3068 novedades. El grueso de este volumen se explica por la incidencia de un grupo acotado de sellos. Durante este período siete editoriales publicaron poco más de la mitad del total: EUDEBA (15 %), UNR (8 %), UniRío (8 %), UNL (7 %), EDUVIM (6 %), EduNaM (6 %) y EDIUNGS (6 %). Esto es, un quinto de los sellos explica el 56 % de la producción. Le siguen un grupo de seis sellos mediano–grandes: EDULP, EdUNLPam, EDUNTREF, EDUCO, EUDEM y UNSAM Edita. La suma de los grandes y los mediano–grandes equivale a casi el 80 % de las novedades. No obstante, desde un punto de vista dinámico, observamos que desde 2016 en adelante hay un decrecimiento general tanto en términos absolutos como porcentuales de los siete sellos más grandes, y, de modo inverso, un crecimiento de los sellos pequeños y medianos durante el mismo período. Entre 2014 y 2018 este grupo incrementa su participación del 38 % al 55 %. Parte significativa de esta ampliación se explica por el «Proyecto de Apoyo al Desarrollo de las Editoriales Universitarias» implementado por la Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación en 2014.¹⁷ Este Programa trianual tuvo por objetivo fortalecer al sector editorial universitario a través de tres líneas que apuntaban a la creación, profesionalización y consolidación, según el estado de desarrollo de cada proyecto editorial.

Entre las 35 editoriales que respondieron la encuesta encontramos perfiles editoriales muy distintos. En un polo se ubican las que restringen su política de publicaciones a obras académicas. En el extremo opuesto se sitúan las que proponen una oferta muy diversificada de colecciones que va desde trabajos académicos a literatura infantil, para adultos, y poesía. Entre un polo y otro, hay una multiplicidad de combinaciones, que incluyen manuales de cátedra, obras de referencia, libros de divulgación, ensayos destinados a alimentar un debate público, etc. Esto es relevante por varias razones. Una de ellas es la amplitud del público y de ventas a las que pueden aspirar. Esto condiciona el interés que puede despertar su catálogo en distribuidores y librerías comerciales, y, en última instancia, en el alcance geográfico de su distribución. Excepto la editorial de la Universidad Tecnológica Nacional, todas las editoriales que detallaron su catálogo cuentan con una o más colecciones que abarcan obras de CSH. Prácticamente no encontramos colecciones que se restrinjan a una disciplina en particular. Predominan, en cambio, las que agrupan a un

17 Para acceder a la resolución del Proyecto ingresar a: www.argentina.gov.ar/sites/default/files/3d_editoriales_universitari.pdf

conjunto como «Textos y lecturas de ciencias sociales» de la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes o «Avisadores del fuego» de la Universidad Nacional de Rosario, o bien las que se organizan en función de temas o problemas como las distintas colecciones con foco en la educación de la Universidad Pedagógica Nacional o «Cuestiones metropolitanas» de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

Un aspecto crítico de la edición universitaria pública argentina es el dispositivo de selección de títulos. En el capítulo dedicado a la publicación académica de *The Oxford Handbook of Publishing* (Phillips y Bhaskar, 2019) se indica que lo determinante de esta categoría de productos textuales es haber atravesado por alguna clase de proceso de revisión de pares. Aun si tomáramos una definición laxa de este proceso, difícilmente podríamos incluir a la mayor parte de las editoriales universitarias nacionales argentinas bajo esta categoría. Al preguntar acerca del o los actores con poder de veto sobre los títulos a publicar, 15 editoriales respondieron los «evaluadores externos». 30 sellos señalaron que también o únicamente tenían ese poder el director/a de la editorial, el comité editorial y/o el director/a de colección, mientras que 11 casos indicaron que el rector u otras autoridades de la universidad tenían injerencia sobre la publicación o no de una obra. Mientras que la primera cifra revela la ausencia de pautas abiertas y transparentes de selección en más de la mitad de los sellos, la última evidencia la escasa o nula autonomía de un buen número de editoriales respecto del poder institucional. Este rasgo queda reforzado al constatar que 29 % de las editoriales que respondieron no cuenta con un comité editorial al que efectivamente consulte con regularidad, y que 5 editoriales tienen niveles altos de publicación de autores de la propia universidad, entre 69 % y 79 % de su catálogo, y 21 muy altos, entre 80 % y 100 % del total de lo publicado.

Las formas de circulación conforman otro plano importante. Al momento de la encuesta, 24 editoriales respondían afirmativamente a la pregunta sobre la publicación de libros digitales. Número que probablemente se haya incrementado con las transformaciones acaecidas durante la pandemia de Covid-19. De estas, solo 10 comercializaban ejemplares electrónicos a través de una plataforma propia o de terceros, y la totalidad ofrecía algunos o la mayor parte de sus títulos para descarga gratuita. Pero más allá de la relevancia que tienen la difusión y venta de libros digitales, la comercialización a través de librerías continúa siendo un elemento estructurador tanto del modelo de producción y circulación editorial, como de las formas de acceso y valoración públicas del libro. De esta suerte, una baja presencia de la oferta de las edi-

toriales universitarias en librerías a nivel nacional condena a esa producción, por más calidad que guarde, a un bajo reconocimiento público y marca un límite a su retorno comercial.¹⁸ Así, pocas novedades bien distribuidas pueden proporcionar una mayor acumulación de capital simbólico y un mayor retorno económico, que muchas novedades pobremente distribuidas. La relación de la distribución con el fondo histórico opera en un sentido similar. La publicación de muchos títulos a lo largo de los años sin una buena política de distribución limita severamente el conocimiento e impacto de esa producción, y, en términos económicos, impide avanzar hacia una tasa de retorno regular propia de un catálogo de obras de fondo y lleva, además, a una acumulación de stock.

En este punto nos enfrentamos con uno de los problemas estructurales más serios de la edición universitaria argentina. Tal como señalé en otro trabajo,¹⁹ aquí se combinan dos clases de fenómenos. Por una parte, la desconexión o autonomía relativa de la edición universitaria pública respecto del mercado. En la medida en que los costos fijos (personal, servicios públicos e impuestos varios) y en grados distintos según el caso también los variables (papel, imprenta, servicios tercerizados, etc.), depende de recursos provenientes de la universidad y no de las ventas, la dependencia del mercado es menor, y por lo tanto menor es la presión para alcanzar una buena distribución y comercialización. Por otra parte, al integrar el espacio general del mercado del libro

18 De acuerdo con el informe del mercado editorial de la Cámara Argentina de Publicaciones (CAP) correspondiente a 2017, el 81 % de la facturación del sector editorial provino de las librerías, el 7 % de la venta directa, el 2 % de los kioscos y supermercados, en tanto que las ventas por internet representaron solo 1 %. El 9 % restante se comercializó por otras vías. El Libro Blanco de la Industria Editorial Argentina, *Cámara Argentina de Publicaciones*, Buenos Aires, Argentina, 2018. Durante al menos una década y hasta 2015 el Estado también desempeñó un rol económico y cultural significativo a través de la adquisición y difusión de libros. A partir de 2016, las voluminosas y diversificadas compras estatales destinadas fundamentalmente a las bibliotecas de las escuelas se redujeron a textos escolares. El acceso al canal librero constituye por lo tanto un objetivo clave de cualquier proyecto editorial que busque hacer conocer y vender sus títulos. La venta, por otra parte, es más que la transacción material. La formación del valor social de los bienes simbólicos, en este caso de los libros, está en buena medida asociada a su precio monetario y su comercialización. Este problema analítico, que requeriría un desarrollo más extenso, señala, al menos hasta el momento, el rol de las librerías como canal privilegiado de visibilización, valoración y venta es igual tanto para los sellos comerciales como para las editoriales universitarias. Aunque, y este es un punto medular, los incentivos y presiones materiales para mejorar y ampliar la distribución en librerías son muy distintos en uno y otro caso.

19 Dujovne, Alejandro, «Gutenberg atiende en Buenos Aires. La edición universitaria ante la concentración geográfica del mercado editorial argentino.» *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*. Universidad de Palermo, Buenos Aires. Julio de 2019.

argentino, la edición universitaria padece los desequilibrios y límites estructurales propios de este mercado. Si un sello está muy alejado de la Ciudad de Buenos Aires, no solo hallará mayores dificultades para acceder a la mayor concentración de puntos de venta del país, sino que también le resultará más difícil ser aceptado por las empresas distribuidoras de mayor cobertura nacional, todas las cuales se encuentran asentadas en la capital argentina.

La desigualdad en la distribución también se observa en la amplitud de la presencia de las editoriales a nivel nacional. De 27 editoriales que indicaron las provincias que alcanza su distribución, 26 señalaron que sus libros llegan al AMBA y, en el otro extremo, solo 4 a Formosa y La Pampa, y cinco a San Juan, San Luis y Santa Cruz. Al AMBA le siguen las provincias más ricas y pobladas del país, Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Si por un lado tenemos una estructura de producción editorial más diversificada en términos geográficos respecto del mercado del libro general, por el otro las pautas de distribución son similares a las de la edición general, tendiendo a reproducir sus desigualdades.

Conclusiones

A lo largo del capítulo recorrimos una serie de problemas que buscaron ofrecer una panorámica de las transformaciones y estado actual de la edición de CSH en Argentina. Pero si tuviéramos que sintetizar nuestro análisis destacaríamos un punto del cual deriva parte importante de los problemas que fuimos mencionando: la comprensión limitada y en cierto sentido errónea de la clase de vínculos que definen la relación entre mundo académico y edición. En efecto, el campo de las CSH, las autoridades universitarias y las distintas instancias ministeriales con injerencia en las políticas científicas y universitarias, por lo general conciben a los libros como algo externo al mundo académico cuya función se reduce a comunicar lo que allí se produce. Desde ese punto de vista, las editoriales cumplen un papel subsidiario o auxiliar. Si, por el contrario, partiéramos de la comprensión de su centralidad en las lógicas de producción intelectual, de su papel en la configuración misma del campo de las CSH, quizás estaríamos en mejores condiciones para pensar y proponer una serie de políticas que contribuyan a incrementar y facilitar las posibilidades de publicación y acceso a los libros, profesionalizar los procesos de selección y evaluación, incluir los libros dentro de los procesos de evaluación científica, incrementar la circulación dentro del país y la región, promover la

traducción y con ella incrementar la internacionalización de la producción científica, llegar a un público no especializado, etcétera.

A su vez, en estas páginas intentamos presentar y proponer una aproximación sociológica que favorezca el desarrollo de una reflexión sistemática sobre un objeto, el libro, y un ámbito, la edición, que resulta muy cercano y familiar a los investigadores de CSH, pero que, sin embargo, se conoce poco. Ciertamente, las experiencias regulares de publicación y consumo de libros de editoriales argentinas ofrecen a muchos investigadores una falsa familiaridad con el mundo editorial. El conocimiento directo suele reducirse a un grupo acotado de sellos a cuyos libros accede y eventualmente lee, y a un grupo aún más acotado con los que alguna vez publicó o intentó publicar. Este punto de vista parcial es, además, muy personal. El acercamiento al mundo del libro está marcado por las experiencias concretas que ha tenido a lo largo de su carrera, que en parte responden a la trayectoria y posición de cada investigador dentro del campo académico. Esta relación suele crear la percepción de que se tiene un conocimiento comprensivo de las lógicas y actores que organizan al campo editorial de CSH, así como de los lazos entre la producción intelectual y la producción editorial. Al igual que con otros objetos de investigación, precisamos dotarnos de conceptos teóricos y herramientas metodológicas que nos permitan tomar distancia y analizar de forma sistemática la edición de CSH, así como comprender las relaciones entre esta y el campo académico en toda su complejidad.

Referencias bibliográficas

- Beigel, Fernanda y Osvaldo Gallardo (2021). Productividad, bibliodiversidad y bilingüismo en un corpus completo de producciones científicas. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, Nro. 46. Vol. 16. REDES y OEI, Págs. 41–71. <http://www.revistacts.net/contenido/numero-46/productividad-bibliodiversidad-y-bilinguismo-en-un-corpus-completo-de-producciones-cientificas/>
- Bekerman, Fabiana (2016). El desarrollo de la investigación científica en Argentina desde 1950: entre las universidades nacionales y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. *Rev. iberoam. educ. super* [online], vol.7, n.18, pp.3–23. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-28722016000100003&lng=es&nrm=iso. ISSN 2007–2872.
- Bonacci, Juan Martín (2020). Tesis de maestría inédita: Publicar o perecer: un análisis de la producción de la sociología argentina a partir de sus condiciones de publicación (1983–1995). Universidad de Buenos Aires.

- Bourdieu, Pierre (2009a). Una revolución conservadora en la edición. En *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, pp. 223–270.
- Bourdieu, Pierre (2009b). Las condiciones sociales de la circulación internacional de las ideas. En *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, pp. 159–170.
- CERLALC (2019). *El espacio iberoamericano del libro 2018*.
- CONICET (2014). Informe Eficacia del Programa de becas de posgrado del CONICET en la obtención de títulos de doctorado. <https://www.conicet.gov.ar/wp-content/uploads/2014/05/Informe-de-Eficacia-de-Becas-CONICET-2014.pdf>
- Dujovne, Alejandro (2017). Campo editorial y traducción. Valor y formación de valor de la traducción en las ciencias sociales y humanas en argentina (1990–2011). *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 56, N° 220 (enero-abril).
- Dujovne, Alejandro y Heber Ostroviesky (2016). Otro saldo ya pronto serás. Contradicciones y obstáculos en el campo editorial argentino. *Sociales en Debate*, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. N°10. ISBN 978–987–3810–23–7. Págs. 25–36.
- Giménez Toledo, Elea y Juan Felipe Córdoba Restrepo (eds.) (2018). *Edición académica y difusión. Libro abierto en Iberoamérica*. Editorial Universidad del Rosario – Editorial Comares. DOI: doi.org/10.12804/th9789587841671
- Gociol, Judith (2012). *Libros para todos. Colecciones de EUDEBA bajo la gestión de Boris Spivacow*. Eudeba.
- Heilbron, Johan, Gustavo Sora y Thiabud Boncourt (eds.) (2018). *The Social and Human Sciences in Global Power Relations*. Cham. Springer Nature Switzerland AG.
- Noël, Sophie (2018). *La edición independiente crítica. Compromisos políticos e intelectuales*. Edivim.
- Ortiz, Renato (2009). *La supremacía del inglés en las ciencias sociales*. Siglo XXI.
- Phillips, Angus y Michael Bhaskar (2019). *The Oxford handbook of publishing*. Oxford University Press.
- Sapiro, Gisèle (ed.) (2012). *Traduire la littérature et les sciences humaines. Conditions et obstacles*. Ministère de la Culture – DEPS.
- Sorá, Gustavo y Alejandro Dujovne (2019). Translating Western social and human sciences in Argentina: A comparative study of translations from Francés, English, German, Italian and Portuguese. En Heilbron, Johan y Gustavo Sorá (Eds.). *The Social and Human Sciences in a Global Perspective*, Palgrave Macmillan.
- Vigne, Éric (2017). *El libro y el editor*. Trama.
- Thompson, John B. (2005). *Books in the digital age*. Cambridge: Polity Press.

9. Las revistas de ciencias sociales en la Argentina

Maximiliano Salatino

A partir de la década de 1960 con la creación del Institute of Scientific Information y el desarrollo moderno del negocio editorial de la mano de Robert Maxwell se inició un proceso que valoró a las revistas científicas por sobre otros instrumentos de circulación del conocimiento científico. Así fue como las publicaciones periódicas y el formato artículo paulatinamente constituyeron el corazón de los campos científicos por su rol en los regímenes de evaluación de la ciencia.

El ingreso y promoción en la carrera científica, así como la evaluación de proyectos e institutos, cada vez más fueron orientados por parámetros y criterios guiados por los índices de productividad, citación, idioma y lugar de publicación. Por tanto, en mayor o menor medida, cada investigador/a debe seguir un camino que implica decidir si publicar un artículo o un capítulo de libro, hacerlo en inglés o en español, como autor/a único o en coautoría, elegir la revista según donde esté indexada, etcétera.

De ese modo, los estudios sobre revistas científicas se expandieron por fuera de las ciencias de información y se extendieron por todas las ciencias sociales y humanidades dado que se transformaron en instrumentos consagratorios en el sentido que sobre ellas recaen propiedades disputadas en los campos académicos. Por tanto, conocer sus trayectorias, su inserción en los circuitos de publicación y sus estrategias de visibilización permite avanzar en un conocimiento más acabado de los propios campos académicos.

Al mismo tiempo, es importante considerar que la edición de revistas científicas ha sido un rasgo destacado en los procesos de institucionalización de las ciencias en América Latina. Muchos estudios especializados mencionan la edición de revistas como un rasgo de maduración de las disciplinas, un instrumento de circulación local de conocimiento científico y como la consolidación de líneas teóricas afincadas en políticas editoriales. Incluso dentro de las primeras experiencias de diagnóstico de la circulación científica regional, las revistas científicas fueron objetos privilegiados de estudio (UNESCO, 1964; Salatino, 2021).

Para el caso argentino, los estudios pioneros de Romanos de Tiratel apuntaron a indagar los alcances de la visibilidad de las revistas argentinas, ya sea

en una aproximación disciplinar o por base de datos (Romanos de Tiratel et ál., 2010; Romanos de Tiratel & López, 2004; Tiratel & Giunti, 2005). Por su parte, algunos especialistas han contribuido desde las ciencias de la información a mapear la producción argentina editada en revistas, particularmente utilizando bases de datos como Scopus y Scielo (Miguel, 2011; Miguel et ál., 2011; Miguel & Herrero-Solana, 2010).

Otros estudios han buscado reflexionar acerca de las potencialidades y desafíos de la publicación de revistas en Argentina (Albornoz, 2006; Girbal-Blacha, 2011). En este sentido, Martinovich (2019) identificó 567 revistas científicas argentinas activas a las que analizó a partir de los grados de su apertura/gratuidad, suscripción, derechos de reproducción y libertad de circulación.

La mayor parte de las contribuciones de especialistas argentinos/as se relacionan con el análisis de la adopción del acceso abierto en el país. Desde estudios que han analizado el conocimiento que se posee al respecto (Miguel, Bongiovanni, Gómez & Bueno de la Fuente, 2013) y los alcances del acceso abierto a escala nacional (Fushimi, 2016; Pené et ál., 2015; Rozemblum et ál., 2014) hasta discusiones teóricas de fondo (Babini & Rovelli, 2020; Salatino & Banzato, 2020).

Al mismo tiempo, contamos con estudios propios que han buscado conocer empíricamente la publicación científica a nivel latinoamericano y argentino (Salatino, 2018a). En estos trabajos hemos analizado a las revistas científicas a partir del concepto de circuitos de publicación con el fin de evitar el determinismo de pensar solamente a partir de la indexación. Por ello, se analizaron los circuitos locales (Salatino, 2018b, 2019a), la publicación universitaria (Salatino, 2019b) y áreas disciplinares específicas (Beigel & Salatino, 2015; Salatino & Gallardo, 2020).

Las contribuciones asociadas a estudios sobre revistas insertas dentro de áreas disciplinares son diversas: para el caso de las ciencias sociales y humanidades (Liberatore et ál., 2013; Rozemblum, 2014), ciencias de la educación (Palamidessi & Devetac, 2007), sociología (Pereyra, 2005), ciencia política (Salatino & Gallardo, 2020) y psicología (Visca et ál., 2018), entre otros.

En este capítulo nos proponemos mapear el estado actual de las revistas científicas argentinas en ciencias sociales. Lo haremos a partir de un relevamiento primario, revista a revista, guiado por las series de ISSN para la Argentina y el Directorio de Latindex. Este proceso implicó el desarrollo artesanal de una base de revistas de ciencias sociales y humanidades teniendo en cuenta su actividad al año 2019. Se incluyeron revistas con indexación y sin indexación, editadas completamente en papel y en formato digital, en acceso abierto y con acceso restringido.

El trabajo se divide en cuatro secciones. En la primera, contextualizamos históricamente la edición de revistas de ciencias sociales en Argentina. Trazamos aquí líneas interpretativas ligadas a la historicidad de la edición de revistas, sus rasgos disciplinares y los soportes de edición. En un segundo momento, nos enfocamos en analizar las instituciones que editan revistas. Luego, caracterizamos las direcciones de la circulación de las revistas nacionales. Y, por último, indagamos los debates vinculados a la indexación, la evaluación académica y el rol de las revistas.

Morfología histórica de la circulación de revistas argentinas

En América Latina se han desarrollado redes y espacios editoriales de revistas científicas desde finales del siglo XVIII y principios del XIX. Es decir, la región cuenta con una larga tradición editorialista que ha tenido períodos de emergencia, expansión y consolidación. Sin la contextualización de la larga tradición editorialista latinoamericana es difícil pensar las políticas editoriales y la circulación de revistas argentinas en la actualidad. Muchas revistas, instituciones editoras y colectivos editoriales que actualmente editan publicaciones periódicas en Argentina y América Latina, forman parte de un espacio de circulación que, en muchos casos, podemos reconocer como previo a la institucionalización y profesionalización de las ciencias de mediados de siglo XX (Salatino, 2021).

Las revistas argentinas acompañaron todo el proceso de constitución del espacio regional de revistas científicas. Formaron parte de las discusiones primigenias en determinadas áreas y temáticas al tiempo de consolidarse como espacios de consagración hacia el interior de sus instituciones editoras. La fundación de revistas puede tener diversas motivaciones que varían según los equipos editoriales, los/as editores/as y, hasta incluso, las disciplinas o áreas temáticas. En muchas ocasiones, los equipos de investigación buscaron consolidar una mirada, una perspectiva de análisis sobre determinada área de estudio. Para ello, fundaron revistas que fueron el espacio de discusión, debate y crítica académica. Al mismo tiempo, la creación de una revista genera «efectos» consagradorios en el campo académico en general y hacia el interior de la institución editora, en particular.

Las revistas activas más antiguas de nuestra base de datos son editadas por instituciones de la sociedad civil, sociedades científicas y algunos organismos públicos, en clara sintonía con un período durante el siglo XIX donde las prin-

cipales instituciones editoras eran asociaciones y academias nacionales. Las más antiguas de ciencias sociales y humanas son los *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* (1922); *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales* (1922); *Pensamiento económico* (1925); *Anales de la academia nacional de Ciencias Económicas* (1927); *Boletín de la Academia Argentina de Letras* (1933); *Revista del museo de la Plata Sección Antropología* (1936); *Revista Oficial de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe* (1936); *Anales de Arqueología y Etnología* (1940); *Anales del instituto de Lingüística* (1941); *Cuadernos de Historia de España* (1944) y *Runa* (1948). Del grupo de 798 revistas que componen la base el 15 % fueron creadas antes de la década de 1980.

El fenómeno de la edición durante las últimas décadas del siglo xx fue acompañado por procesos de documentación y profesionalización de la edición. Desde la Reunión de expertos sobre revistas científicas en Río Piedras (Puerto Rico) en 1964 hasta el Taller de Guadalajara en 1994 (antecedente inmediato de Latindex), se consolidó un espacio de circulación de revistas científicas que tuvo una expansión cuantitativa durante la década de 1990. Allí se conjugó la puesta en marcha de redes regionales y nodos nacionales, la inserción de las tecnologías de la comunicación y de la información y el desarrollo de las políticas de acceso abierto (Salatino, 2018a). Para el caso argentino, la creación del Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAICYT) (con orígenes desde 1958), el asentamiento nacional del Centro ISSN en 1978, el vínculo con Latindex desde 1997 (a partir del cual se establecen criterios y parámetros de evaluación de la calidad de las revistas), la creación del Núcleo Básico de Revistas y la fundación de la colección argentina de Scielo en 1999 permitieron la consolidación de circuitos de publicación argentinos al calor del desarrollo del espacio latinoamericano de revistas científicas.

El análisis propuesto nos muestra una fotografía del estado de la edición nacional cuya periodización se encuentra con relación a las revistas de ciencias sociales y humanidades activas a los años 2018/2019. En nuestra base de datos contamos con publicaciones periódicas activas creadas desde 1922 hasta el año 2019. Esto marca un claro vector de análisis asociado con la existencia de una larga tradición de edición y con la adecuación de la revista a diferentes tiempos y procesos históricos. Si pensamos a las revistas científicas como instrumentos de circulación e instrumentos de consagración podemos advertir que las revistas estudiadas se encuentran fuertemente ancladas con una trayectoria editorial que ha pasado por varias fases de la competencia científica contemporánea a escala local y global.

Muchas revistas tuvieron vidas efímeras, de tan solo pocos números. Y muchas otras tuvieron un largo desarrollo editorial, fueron importantes en sus respectivas temáticas; pero, sin embargo, no pudieron continuar con su trayectoria de publicación. Los motivos son diversos y pueden encontrarse en las tensiones entre los campos intelectuales y académicos, el aumento de los costos de la edición impresa, los desafíos de la implementación de la digitalización, el escaso desarrollo de la profesionalización editorial, la inexistencia de financiamiento específico para la edición de revistas científicas, la poca adaptación a las reglas de la competencia científica regional e internacional, entre otros. En esta misma línea de interpretación, muchas revistas se reconvirtieron, fueron refundadas, dejaron atrás una tradición de publicación y se adaptaron con nuevos ISSN a la edición digital e inauguraron nuevas etapas. En nuestro relevamiento no pudimos constatar la actividad de más de 1000 revistas argentinas de ciencias sociales. Un universo amplio y diverso que consideramos necesario estudiar ya que nos muestra el lado b de la edición científica de publicaciones periódicas.

Ahora bien, como se ha señalado, hemos constatado la actividad de 798 revistas de ciencias sociales y humanidades. En un estudio anterior (Beigel & Salatino, 2015) identificamos al año 2014 la actividad de 468 revistas, esto nos demuestra un vigoroso aumento del 70 % en un período de 5 años. En el gráfico 1 podemos observar la tendencia creciente de fundación de revistas que se potencia a finales del siglo xx. Ya a partir del 2000 emerge con mayor notoriedad un numeroso conjunto de revistas editadas en formato digital y principalmente en universidades nacionales.

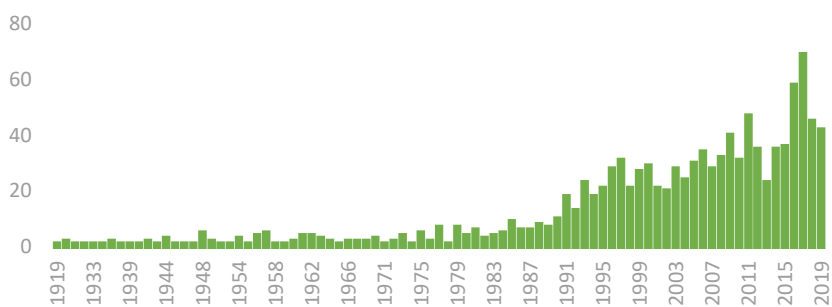


Gráfico 1. Periodización de la edición de revistas científicas de CSyH en Argentina

Fuente: construida por el autor en base a la matriz de revistas de ciencias sociales y humanidades activas al año 2019 (n:798).

Un elemento central en la observación del crecimiento de la edición periódica tiene que ver con las posibilidades que presenta el uso de la digitalización. Durante la década de 1990 fue predominante la edición en papel. Los costos de la edición, las dificultades de la distribución y las dinámicas de la suscripción llevaron a que muchas revistas paulatinamente adoptaran algún formato digital. Esto permitió un boom editorial que se ve reflejado en los últimos 20 años.

El giro hacia la edición electrónica acompañó la adopción de políticas de acceso abierto al conocimiento científico. En toda la región, desde finales de la década de 1980, se iniciaron proyectos de acceso abierto a la literatura científica que tuvieron dos objetivos principales: en primer lugar, hacer cada vez más visible la producción latinoamericana y aumentar su circulación y, en segundo lugar, consolidar una valorización del acceso abierto como política de democratización del conocimiento en la cual no se encuentren presentes relaciones comerciales. La digitalización y la transición electrónica permitieron durante la década de 1990 que Latinoamérica fuera considerada un faro del acceso abierto no comercial a nivel mundial.

Al momento de analizar el desarrollo de las revistas durante el siglo xx, observamos que las trayectorias disciplinares son centrales a la hora de pensar el espacio nacional de revistas. Las ciencias exactas, naturales y médicas fueron predominantes por lo menos hasta 1960. Por su parte, las humanidades tendrían una expansión importante entre 1940 y 1970. La institucionalización de la filosofía tuvo una etapa muy temprana que se vio consolidada en parte en la generación de un dinámico circuito nacional orientado por importantes revistas. Podemos mencionar los *Anales de Filología Clásica* o los *Cuadernos de filosofía* que aún se editan y han permitido la estructuración de un diálogo fecundo desde la década de 1940.

A partir de las décadas de 1970 y 1980, son las revistas de ciencias sociales las que inician un cambio morfológico muy importante en el espacio argentino. Es decir, aquella estructuración orientada por revistas de las ciencias médicas, exactas y naturales comienza crecientemente a ser transformada por la incorporación al espacio de un gran número de revistas de ciencias sociales. En términos absolutos, las ciencias sociales y las humanidades representan el 65 % del total de revistas editadas en Argentina, mientras que las ciencias naturales, exactas y médicas el 26.3 %. La composición relativa de los períodos correspondientes a las décadas de 1980, 1990 y las primeras del siglo xxi demuestran una mínima participación de las áreas de exactas, médicas y naturales. Corresponde preguntarse si dicha disminución relativa en la edición de este tipo de

revistas se debe a la expansión de otras áreas disciplinares, lo que implicaría claramente un nuevo rostro disciplinar de la estructuración del circuito nacional. Sin embargo, también es plausible pensar que, debido al grado de internacionalización de estas disciplinas y la expansión de la publicación en inglés, ya no haya una motivación para la fundación de revistas nacionales. Las lógicas de consagración y acumulación de capital científico en estas áreas pueden haber virado hacia una perspectiva estrictamente de corriente principal.

La distribución por disciplina o área temática de las revistas argentinas de ciencias sociales y humanidades¹ nos permite observar rasgos singulares: historia (101), ciencias económicas (73), ciencias de la educación (64), filosofía (52), psicología (51), multidisciplinarias (49), ciencia política (47), ciencias jurídicas (41), antropología (31), sociología (31), geografía (30) y literatura (30) son las disciplinas que más revistas editan. Recordemos que hemos respetado la autoadscripción de cada publicación periódica presente en la descripción de su alcance en su sitio oficial. Esta información responde entonces al diseño editorial propuesto por los equipos de gestión y dirección de cada revista. Son las áreas y temáticas que se proponen para recibir contribuciones. Ahora bien, conocemos que el conocimiento científico tiende a circular en las fronteras o límites de áreas disciplinares dado que, en muchas ocasiones, se aceptan contribuciones que estrictamente no se pueden clasificar dentro de una disciplina específica. Es el caso de artículos sobre estudios de género, ambientales, salud colectiva o estudios del trabajo que difícilmente pueden ser etiquetados de manera absoluta dentro de las disciplinas clásicas.

Un rasgo fundamental para considerar la política editorial y la circulación de revistas concierne a la visibilidad, el acceso y la indexación. El soporte implica la modalidad en la cual la revista se edita y publica. Para este trabajo hemos agregado en una sola variable las diversas formas de publicación en formato digital, ya sea en una plataforma o software completamente digital del tipo OJS, o la publicación en formato HTML o PDF. Identificamos por tanto revistas editadas solamente en papel, en papel y algún formato digital, y solamente en digital. Alrededor del 29 % de las revistas argentinas de CSyH se editan únicamente en formato papel. Éste es un rasgo fundamental a la hora de pensar la circulación nacional de revistas. Ya bien adentrados en el siglo XXI, aún se continúa editando en papel cuando desde los especialistas en bibliotecología

1 Las revistas fueron clasificadas según los lineamientos establecidos en las descripciones del alcance de cada publicación en su sitio oficial web. A partir de allí, se utilizó la guía de clasificación disciplinar de la OCDE (manual Frascati). Se le asignó la categoría «multidisciplinaria» a todas aquellas revistas que por su alcance o descripción temática pueda ser clasificada en dos o más disciplinas.

hasta buena parte de la comunidad científica recomiendan formatos digitales. El formato papel trae consigo un alto costo en el proceso editorial y en el de distribución, implica además la práctica de suscripción para financiar parte de la publicación y restringe espacialmente la circulación de sus contenidos. Lo editado en papel no es accesible sino por aquella persona que tiene en sus manos la revista. Esto limita ampliamente las posibilidades de una revista de ser leída, comentada, citada y, por tanto, conocida dentro del campo científico.

Las revistas que aún se editan en papel son antiguas, se encuentran ligadas a instituciones editoras como academias y/o consejos profesionales y poseen objetivos de edición clásicos. Es decir, su comunidad conserva prácticas de publicación y lectura tradicionales: se piensa a las revistas como el instrumento de publicidad de las actividades de los organismos editores, no se encuentran sujetas al ritmo de la productividad contemporánea y tampoco se someten a la exigencia de la indexación. Al mismo tiempo, existen proyectos editoriales que conservan la edición en papel como parte de un proyecto intelectual más amplio que atañe a las posibilidades efectivas de debate, crítica y respuestas en el seno de una publicación periódica. Dichas revistas son importantes en sus áreas de acción, suelen ser altamente citadas y conservan la lógica de la suscripción que funciona como una forma de club intelectual.

La incidencia concreta del soporte de edición atañe a las posibilidades de acceder a los contenidos publicados. Con el actual desarrollo de las TICs y la extensión de internet en buena parte del territorio nacional, si una revista se edita en algún formato digital es factible de ser encontrada, leída, descargada y utilizada por cualquier persona, sea o no con fines académicos. Pero una publicación editada en formato digital no garantiza *per se* que sea accesible a texto completo, ya puede estar en una plataforma de última generación, pero sus contenidos pueden ser solo accesibles vía suscripción. Aquí posiblemente podremos conocer títulos y autores/as de los artículos, pero deberíamos contar con una suscripción institucional o individual para leer, descargar y utilizarlos.

La edición en formato digital posee una tendencia en alza. La mayor parte de las revistas creadas durante el siglo XXI nacieron como proyectos editoriales electrónicos. Esto se demuestra con claridad en el núcleo de las revistas universitarias que son aquellas que más crecieron en el último tiempo y se editan en algún formato digital. Un eje central en esta discusión refiere a que la publicación electrónica permite una serie de ventajas sustanciales que atañen a la edición científica: en primer lugar, potencia el acceso abierto, ya que, si los contenidos pueden ser accesibles por cualquier persona con conexión a internet y una computadora, tablet o smartphone, esto implica una democra-

tización en el acceso y uso de conocimiento científico producido en el país. A esto podemos sumar que la mayor parte de la investigación científica en Argentina es financiada por fondos públicos, ya sea por universidades nacionales, el CONICET y otros organismos científicos estatales, por lo que es central para las discusiones acerca de la publicación científica contemporánea que cada vez haya más revistas electrónicas en acceso abierto no comercial. En segundo lugar, la edición digital permite generar cambios positivos hacia una creciente profesionalización de la edición. Esta es una discusión central en las ciencias de la información y la bibliotecología. Se hace necesario mejorar los procedimientos de edición, control, gestión y publicación de las revistas, que redundarán en una mayor calidad editorial y académica de cada publicación. Y permitiría conservar metadatos y resguardar la valiosa información que circula para tiempos y generaciones venideras.

¿Quiénes editan revistas de ciencias sociales en Argentina?

Los estudios disponibles coinciden en señalar que el espacio regional de revistas es eminentemente público (Alperín, Babini, & Fischman, 2014; Babini, 2016; Bongiovani, 2013; Miguel et ál., 2013). Es decir, son los Estados nacionales, a través de sus políticas públicas y correspondientes organismos científicos, los que financian indirectamente la edición de revistas. Los proyectos de investigación que derivan en publicaciones, las becas de posgrado e investigación, los programas de posgraduación, los salarios de los agentes científicos–universitarios, la infraestructura en la cual las revistas llevan adelante sus actividades, los árbitros que evalúan artículos, todos estos elementos son financiados directa o indirectamente por el estado nacional en el caso argentino. Este rasgo estructural es fuertemente contrastante con la realidad editorial en Europa y EE.UU. donde existen muchas editoriales científicas privadas.

En nuestra aproximación, las instituciones editoras,² principalmente universidades y organismos no gubernamentales, forman parte de la infraestructura de la comunicación científica, lo que implica en primera instancia un

2 En cuanto al registro de los datos asociados a las instituciones editoras consideramos en primera instancia el mayor grado de desagregación obtenido, por ejemplo, Revista Millcayac: Centro de Publicaciones, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo. Debido a la gran cantidad de instituciones editoras para el caso del análisis estadístico descriptivo, inferencial y factorial tomamos la decisión de considerar el mayor grado de desagregación, en el caso ejemplificado, Universidad Nacional de Cuyo..

reconocimiento de dinámicas estatales asociadas a los campos científicos nacionales. La articulación entre las políticas públicas asociadas a la producción y circulación de conocimiento científico incumbe indefectiblemente a las formas e instrumentos en que ese conocimiento circula. Así es como las revistas científicas, como articulación entre editores, árbitros, comités científicos, usuarios, bases de datos e indexadores se encuentran ancladas institucionalmente y, como consecuencia, su capital editorial es situado local/nacionalmente. Y, en este sentido, la consolidación de proyectos editoriales asimismo da cuenta de los réditos simbólicos que trae aparejado tanto generar un espacio editorial como publicar. El campo científico–universitario argentino se encuentra atravesado por culturas evaluativas que privilegian la publicación científica y, por tanto, esto redundará en la creación de proyectos editoriales (Salatino 2018a, 2019).

Mencionamos en el primer apartado que este es un fenómeno presente en América Latina en la década de 1990, que responde a los cambios en las reglas del juego de la competencia científica internacional. Paulatinamente se propició la valoración de la productividad científica, la indexación como garante de excelencia y un conjunto de criterios cuantitativos de evaluación de la ciencia que privilegió la publicación *mainstream* como guía simbólica y material en los campos científicos latinoamericanos. Así fue como en los noventa hubo una explosión de revistas científicas en toda la región y, concretamente, en Argentina, debido a la necesidad de generar espacios de publicación en español (o portugués). Es decir, se buscó generar revistas locales que permitieran a investigadores/as publicar sin tener que mediar con los desafíos lingüísticos de la publicación en inglés. Esto se profundizó al tiempo que las culturas evaluativas nacionales generaron recompensas materiales y simbólicas a la publicación científica. En el caso del PROINCE por su valorización de la revista argentina sin pretensiones de indexación, y en el CONICET por su apertura a recompensar la revista latinoamericana indexada en repositorios regionales, como Latindex, Scielo, Redalyc, y nacionales como el Núcleo Básico de Revistas.

En el gráfico 2 podemos observar que más del 50 % de las revistas argentinas de CSyH son editadas por universidades nacionales, tendencia que se consolidó en las últimas dos décadas. Si a este dato le sumamos la edición de revistas en universidades privadas, se alcanza más del 60 % de edición universitaria. Se trata de un rasgo no sorprendente dado el carácter preeminente público del financiamiento científico nacional. Las academias, asociaciones y consejos profesionales editan alrededor del 23 % de las revistas. Estos

organismos son considerados como clásicos, ya que la edición de revistas a nivel mundial, regional y nacional nació en el seno de organismos públicos no estatales. Primero las academias y luego las asociaciones científicas, durante el siglo XIX y por lo menos hasta 1970, han sido los actores editoriales más importantes.

Por otra parte, existe una serie de instituciones editoras pequeñas, colectivos de editores y hasta editores individuales que publican revistas de CSyH en Argentina, que representan el 7 %. Esta edición privada no puede ser considerada estrictamente como comercial ya que los precios de las suscripciones son muy bajos y responden a afrontar los costos de la edición. No contamos con un circuito comercial con una lógica de ganancia tal como existen en los campos académicos de Europa y Estados Unidos. Además, un 7 % de las revistas son editadas por organismos gubernamentales tales como museos o dependencias de los poderes ejecutivos nacionales y/o provinciales.

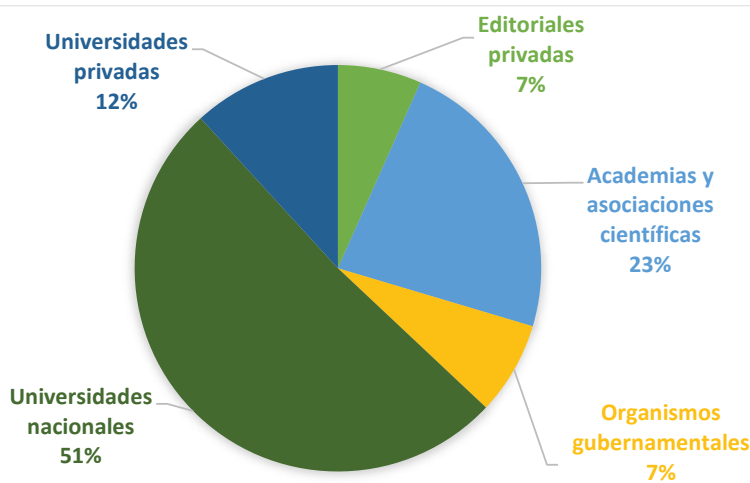


Gráfico 2. Revistas argentinas de CSyH según institución editora.

Fuente: construida por el autor en base a la matriz de revistas de ciencias sociales y humanidades activas al año 2019 (n:798).

Un elemento central al momento de pensar las instituciones editoras de revistas en la Argentina implica despegarnos de una mirada estrictamente institucionalista. Es decir, la identificación del tipo de institución es importante ya que nos orienta a ubicar los nodos editoriales centrales, y derivar de allí algunas pautas vinculadas con la financiación de las revistas. Especialmente, porque en la Argentina no se ha desarrollado una política de sostenimiento de publicaciones periódicas perdurable en el tiempo del tipo que se ha implementado en México y Brasil. En este sentido, la edición de revistas se lleva adelante como actividad secundaria de los agentes editoriales por las cuales no perciben una remuneración específica. Generalmente, son docentes-investigadores/as quienes tienen su dedicación en CONICET o alguna universidad nacional y que al mismo tiempo gestionan una revista. Si continuamos en esta dirección analítica también deberíamos pensar que las revistas editadas en organismos gubernamentales, asociaciones científicas y, en menor medida, en universidades y editoriales privadas, son gestionadas por agentes que perciben sus remuneraciones por cargos en CONICET y/o alguna universidad nacional. En su composición, el campo científico argentino, como hemos dicho, es eminentemente público. Esto es observable en el análisis de sus institutos, investigadores/as, docentes y publicaciones (Beigel et ál., 2018). Por tanto, dichos agentes conforman el espacio público científico argentino más allá de la pertenencia institucional de cada revista.

Concentrémonos ahora en el subuniverso de revistas argentinas editadas en las universidades nacionales que fueron responsables principales de la proliferación de revistas en las últimas décadas. Como se ha señalado, del total de revistas argentinas el 51 % está editado por alguna universidad nacional, lo que implica una fuerte concentración de la edición. Tal es el caso de la Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Rosario, Universidad Nacional de Cuyo, Universidad Nacional de Córdoba, Universidad Nacional de Tucumán, Universidad Nacional de Mar del Plata, Universidad Nacional del Nordeste, Universidad Nacional del Litoral, Universidad Nacional de Río Cuarto, Universidad Nacional de San Luis, Universidad Nacional de La Pampa, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires y Universidad Nacional del Comahue.

El rol central de la UBA y la UNLP posiciona a CABA y la provincia de Buenos Aires como el centro neurálgico de edición de revistas, seguidas por provincias del centro nacional como Córdoba y Santa Fe. La consolidación de las universidades nacionales como los espacios editoriales privilegiados tiene

mucho que ver con la constitución histórica del campo universitario–científico argentino y la implementación de sistemas de evaluación ligados a las publicaciones científicas.

Las múltiples direcciones de la circulación de las revistas

La circulación de las revistas se encuentra fuertemente vinculada al tipo de soporte (papel y/o digital), la disponibilidad en texto completo, su inclusión en bases de acceso abierto y su indexación. Todos estos elementos permiten conocer la dirección de la circulación y, por tanto, la visibilidad de las producciones allí publicadas. Las universidades tradicionales, con mayor matrícula estudiantil, con plantas docentes numerosas y localizadas en los nodos metropolitanos centrales poseen una mayor capacidad institucional para publicar y orientar la circulación de sus revistas.

Para el caso de las revistas argentinas, podemos afirmar el desarrollo de un fenómeno que refleja por lo menos dos tendencias: por un lado, la persistencia de espacios estrictamente locales e institucionales de publicación que, por fuera de las reglas de la competencia científica internacional, han desarrollado espacios de comunicación de larga tradición y muy consolidados en las fronteras de sus instituciones editoras y, por otra parte, la proliferación de proyectos editoriales que nacen situados o localizados en respuesta precisamente a la creciente presión por la publicación, al parecer como traducción del *publish or perish*. Frente a la primera tendencia, nos podemos preguntar ¿por qué existen todavía revistas con circulación restringida? Una primera aproximación nos sugiere que muchos de los proyectos más locales de revistas son parte de la estrategia de un agente o grupo de estudio/investigación que ha buscado mediante un proyecto editorial, por un lado, una vía de publicación de sus propias producciones y, por otro, el inicio de un posicionamiento hacia el interior de sus campos disciplinares, facultades e incluso universidades. Para la segunda tendencia interesa observar la estrategia de indexación que para muchos proyectos editoriales marca espacios de visibilidad y acceso. Que una revista ingrese en la colección de Scielo Argentina implica un efecto para su valorización en los procesos de evaluación pero también de visibilidad y acceso, ya que toda la producción de dicha revista se encuentra en un sitio tecnológicamente avanzado y funcional que permite descargas a texto completo.

Un elemento central en esta discusión es la cuestión de la lengua de la publicación. América Latina, donde la mayoría de la población posee como lengua nativa el español o el portugués, es una región dominada frente a los centros mundiales de lengua, parafraseando a Abram de Swaan. El proceso de regionalización explicado en el comienzo de este trabajo responde en parte a estas mismas cuestiones: la estrategia por generar espacios de producción, publicación y comunicación del conocimiento latinoamericano que permita niveles de visibilidad, acceso e impacto que logren ser una alternativa a la constitución y consolidación mundial de la corriente principal en general, y la supremacía del inglés en particular. El español dentro del mundo de la ciencia es periférico, e incluso en Brasil a pesar de la cercanía regional. Por tanto, el hecho de que las revistas argentinas se publiquen en español implica ceñir las fronteras de circulación a espacios nacionales: más allá de la tan remanida globalización de la ciencia, en el siglo XXI existen circulaciones locales en contextos globales.

Del universo de revistas universitarias argentinas solo cuatro se editan completamente en inglés: *The Journal of Management and Economics* (UBA), *Journal of computer science and technology* (UNLP), *Iberoamerican journal of project management* (UNMP) y *Latin American Applied Research* (UNSur). La apuesta aquí es a por lo menos ser leídas (tal vez citadas) en espacios de circulación en inglés que les permitan a estas revistas generar audiencias internacionales no latinoamericanas. En relación con el idioma de aceptación de artículos, el 86,2 % de las revistas solo permiten producciones en español. Este dato nos marca fuertemente los límites lingüísticos de circulación de las revistas científicas ya que solo buscarán audiencias en español (tal vez en portugués) pero claramente no en inglés. Y a la vez, quienes publican allí solo deben escribir en español (o esperar ser traducidos) lo que dificulta aún más la circulación en otros espacios no argentinos. Este rasgo lingüístico nos señala un claro perfil de la circulación de las revistas argentinas que en su gran mayoría están indexadas en repositorios latinoamericanos y cuya máxima aspiración será la circulación regional.

Hemos operacionalizado la circulación a partir del cruce de la disponibilidad a texto completo de los contenidos de las revistas, soporte de publicación, indexación y el idioma de publicación. Buscamos así dar cuenta de un fenómeno de circulación que no se reduce tan solo a la inclusión o no de una revista en un sistema de indexación sino también considerar la disponibilidad a texto completo de los recursos. Esto implica dar cuenta de formas de circulación orientadas localmente pero que al mismo tiempo no pueden ser consideradas como endogámicas, ya que suponen la digitalización y la adopción

de políticas de acceso abierto. Es una forma de deconstruir sentidos comunes asociados a la calidad de una revista científica a partir de la consideración de su indexación, en este caso, teniendo en cuenta las revistas que se encuentran fuera de esas lógicas pero que al mismo tiempo se insertan en redes globales.

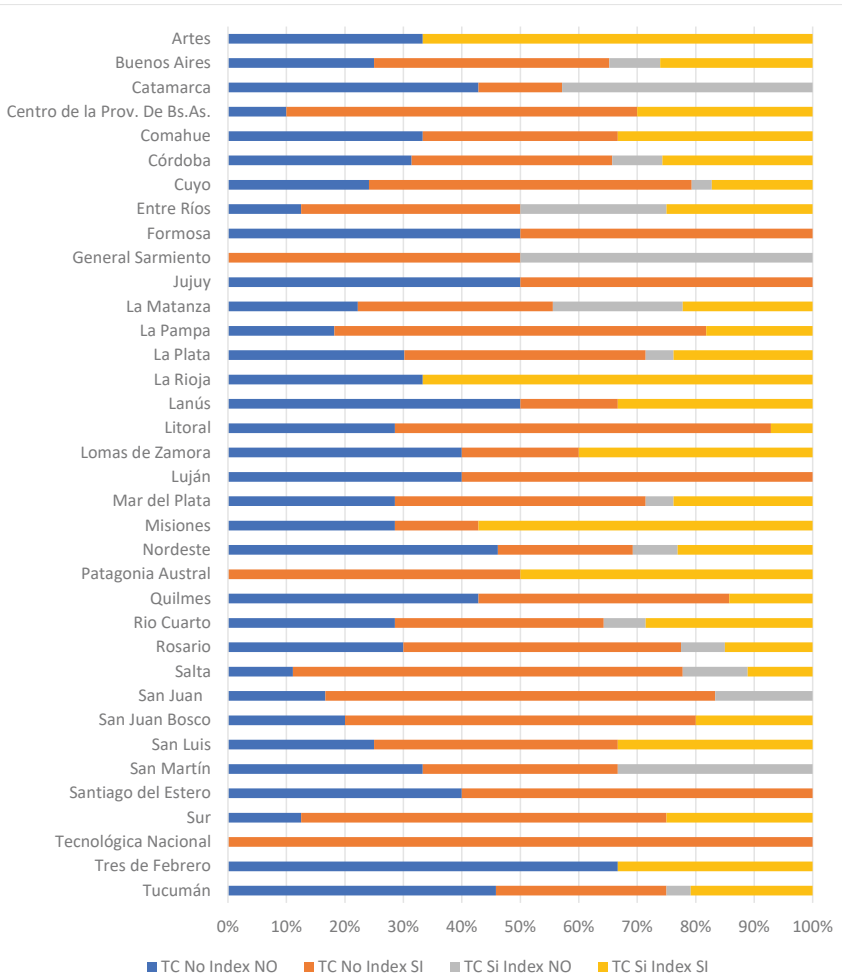


Gráfico 3. Revistas universitarias argentinas según disponibilidad a texto completo e indexación
Fuente: construida por el autor en base a la matriz de revistas de ciencias sociales y humanidades activas al año 2019 (n:798). Referencias (TC no Index no: revista no indexada y sin disponibilidad a texto completo; TC no Index SI: revista indexada sin disponibilidad a texto completo; TC si Index No: revista no indexada con disponibilidad a texto completo; TC si Index si: revista indexada con disponibilidad a texto completo).

En el gráfico anterior podemos observar las revistas editadas por universidades nacionales en relación con su inclusión en bases indexadoras y la disponibilidad de sus contenidos en texto completo. La barra azul representa a la proporción de revistas que su circulación se encuentra ceñida estrictamente a las redes editoriales ya que no han apelado a construir redes de visibilidad y acceso digitales. Es el conjunto de revistas que además de la orientación local podemos advertir si poseen o una estrategia o una deriva editorial artesanal. Podemos mencionar aquí el caso de la revista *Archivos del movimiento obrero y la izquierda*, editada por un equipo de agentes insertos en el CONICET, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de San Martín, que solo editan en formato papel y no se encuentra disponible en las grandes bases indexadoras. Es una revista que funciona estrictamente vía suscripción y en relación con la consolidación de un grupo/área de estudio específico. Se edita desde 2012, por lo que la decisión de no digitalizar sus contenidos es estrictamente editorial.

El gráfico 4 nos muestra cuán disímil es la circulación de revistas universitarias, siendo posible trazar perfiles por institución. Son revistas que dependen de condiciones locales dado el estado actual del espacio argentino pero que, al mismo tiempo, tienden a desarrollar espacios de visibilidad regionales y globales. Cada uno de los casos es diferente y pueden señalarse singularidades concretas acerca de las explicaciones que ha llevado a cada revista a tener la estrategia editorial que posee en relación a la visibilidad y el acceso. Sin embargo, este fenómeno que hemos sintetizado como *encrucijada entre lo regional y lo local* puede ser percibido a partir de la coexistencia de muchas revistas universitarias con largas tradiciones de edición, ancladas localmente por las redes editoriales y con apuestas disímiles de indexación.

El caso de la Universidad de Buenos Aires es relevante. Como mencionamos anteriormente, se trata de la principal editora de revistas de la Argentina. Si observamos en términos de visibilidad y acceso, el 65 % de sus revistas no se encuentra a texto completo, de las cuales el 24 % solo se edita en papel. En relación a la indexación, el 34 % no se encuentran incluidas en una base de datos. Lo interesante aquí es señalar los sitios de indexación del grupo del 66 % sí incluidos: 57 de ellas están en el antiguo Catálogo de Latindex, 7 en scielo, 6 en redalyc, 1 en Scopus y ninguna en Web of Science. Esto nos muestra una fuerte orientación regional, especialmente por la preponderancia de Latindex y una casi nula circulación en espacios de corriente principal vía indexación. Principalmente, se destaca una circulación local, intramuros, relacionada a la búsqueda de generar capital social y a la construcción de un

proyecto editorial que diferencie a sus agentes de otros en un contexto de necesaria distinción dada la competencia académica hacia el interior de la UBA.

La edición de revistas en la trama de la indexación

Un dato central para analizar las revistas argentinas es la cantidad de publicaciones sin indexación. Aquí se pone en juego un aspecto de las revistas científicas vinculado a su (e)valuación según las reglas editoriales vigentes en bases de datos y, al mismo tiempo, la restricción de su consideración en los sistemas de evaluación de investigadores y/o instituciones. En función del primer aspecto, una revista que no se encuentra indexada se asume como de mala calidad, tanto editorialmente como de contenido, muy en sintonía con las posturas que consideran a la indexación como garante de excelencia científica. En este sentido, podemos en primera instancia señalar que «el mundo indexado» no es monolítico y homogéneo y que, por lo tanto, la inclusión de una revista en Scopus, Scielo, Catálogo de Latindex o Web of Science implica diferentes instancias simbólicas y materiales (Salatino, 2018a; Salatino & López-Ruiz, 2021). Y, en segundo lugar, la indexación como sinónimo de «buena ciencia» invisibiliza una estructura que engloba diferentes fenómenos, vincula patrones cuantitativos de evaluación de la ciencia y clasifica de manera jerárquica artículos y revistas científicas. La indexación pasa de ser un «índice», un «indicador» y, en definitiva, de proveer un indicio sobre la calidad eventual de la producción científica, a constituirse en un ícono, valorado en sí mismo, que acaba substituyendo al objeto que pretende representar. En otras palabras, se convierte en un fetiche, pasa a tener una valía propia y, de ser una señal de que un trabajo científico concluido pueda ser de relevancia y calidad, pasa a convertirse en el objetivo primero y previo del mismo: el conseguir ser publicado en una revista bien indexada (Salatino & López-Ruiz, 2021).

Concretamente, dentro del mundo editorial la consideración de la calidad de los contenidos se vincula con la evaluación por revisores ciegos o alguna otra forma de evaluar los artículos. En términos generales, la revisión por pares es requisito para pedir indexación. Sin embargo, no podemos afirmar a priori que todas las revistas que no están indexadas no poseen revisión o son simplemente de «mala» calidad. En función de la relación indexación y regímenes de evaluación, las revistas no indexadas generalmente no otorgan los réditos simbólicos necesarios para la competencia científica internacional y, por tanto, son aisladas de los sistemas de evaluación de investigadores y/o instituciones,

lo que restringe su circulación. Incluso, podemos señalar que la indexación representa una forma de extensión de la visibilidad de las revistas simplemente con el hecho de incluir en su sitio web a la publicación en cuestión.

El 29 % del total de revistas argentinas no poseen ninguna indexación. Éste es un dato muy importante ya que nos interroga acerca de los motivos por los cuales aún existen estas revistas, muchas de ellas editadas desde principios del siglo XIX. La distribución de este grupo de revistas no indexadas, según su año de creación, nos indica una larga tradición de publicación: casi el 50 % de revistas de este grupo fueron creadas antes del año 2000 y son en su mayoría editadas por organizaciones de la sociedad civil (academias, asociaciones y consejos profesionales). Por lo que representan un circuito tradicional, orientado por el vínculo vía membresía, por la participación de los autores en actividades oficiales de las organizaciones (del estilo encuentros, congresos y jornadas). En general, estas publicaciones tienen el formato de anales, boletines o papeles de trabajo.

Las revistas indexadas representan el 71 % del total, ya sea en el Catálogo de Latindex, DOAJ, Scielo, Redalyc, Scopus o Web of Science. Un fenómeno importante para considerar refiere a la implementación de una nueva versión del Catálogo de Latindex denominado Catálogo 2.0. Desde el año 2018 y, concretamente a partir de enero de 2019, se inició un proceso de evaluación nuevo en el cual los criterios de inclusión se enfocan estrictamente en las publicaciones electrónicas. Esto llevó a que el Catálogo tradicional forme parte de un recurso llamado Catálogo histórico y se inicie una nueva época a partir de 2019 que al momento cuenta con 2779 revistas, de las cuales 362 son argentinas (enero de 2022).

Podemos observar la preponderancia de las bases regionales en la circulación de revistas argentinas; el 70 % se encuentran incluidas en Scielo, Redalyc y/o Latindex Catálogo. Asimismo, la representación argentina en bases de corriente principal es bastante baja en relación con el total de revistas indexadas, solamente el 4 % se encuentran incluidas o en Scopus o Web of Science. Y, además, estas últimas tienen múltiples indexaciones por lo que solo 23 revistas apuestan únicamente a la indexación de tipo mainstream. Por tanto, el perfil de las publicaciones científicas argentinas tiene principalmente anclajes nacionales y regionales de circulación.

Es importante destacar aquí un grupo de revistas (alrededor del 20 % del total) que posee múltiples inclusiones y que por tanto han diversificado sus estrategias de visibilidad y acceso. En primer lugar, se trata de revistas que han desarrollado un fuerte proceso de profesionalización dada la necesidad

de contar con equipos y conocimientos técnicos necesarios para iniciar los procesos de indexación. Es decir, para ser indexada una revista no simplemente se debe chequear criterios específicos, sino que esto trae consigo la necesidad de contar con una adecuación diaria y cotidiana a prácticas orientadas por esos criterios.

Como hemos mencionado anteriormente, la discusión acerca de la indexación se encuentra estrechamente vinculada con los regímenes de evaluación vigentes en universidades y el CONICET. En este sentido, en las últimas décadas se ha privilegiado la indexación mainstream, factores de impacto y primeros cuartiles a la hora de evaluar la trayectoria de publicación de un agente. Por ello, las revistas se encuentran en el corazón de la disputa por el acceso a becas, cargos permanentes y promoción en la carrera científica. Esto ha llevado a reducir la discusión acerca de las revistas a la esfera de la evaluación académica. Las revistas, por su rol como vehículo de circulación de conocimiento científico, poseen funciones que escapan a la discusión acerca de la evaluación de la producción científica. Ya que se insertan en el corazón de la ciencia a partir de la posibilidad que brindan al conocimiento producido de ser visible y considerado en diferentes comunidades académicas. La ciencia es ciencia publicada ya que, más allá de la relevancia de simplemente de «mala» calidad. En función de la relación indexación y regímenes de evaluación, las revistas no indexadas generalmente no otorgan los réditos simbólicos necesarios para la competencia científica internacional y, por tanto, son aisladas de los sistemas de evaluación de investigadores y/o instituciones, lo que restringe su circulación. Incluso, podemos señalar que la indexación representa una forma de extensión de la visibilidad de las revistas simplemente con el hecho de incluir en su sitio web a la publicación en cuestión.

El 29 % del total de revistas argentinas no poseen ninguna indexación. Éste es un dato muy importante ya que nos interroga acerca de los motivos por los cuales aún existen estas revistas, muchas de ellas editadas desde principios del siglo XIX. La distribución de este grupo de revistas no indexadas, según su año de creación, nos indica una larga tradición de publicación: casi el 50 % de revistas de este grupo fueron creadas antes del año 2000 y son en su mayoría editadas por organizaciones de la sociedad civil (academias, asociaciones y consejos profesionales). Por lo que representan un circuito tradicional, orientado por el vínculo vía membresía, por la participación de los autores en actividades oficiales de las organizaciones (del estilo encuentros, congresos y jornadas). En general, estas publicaciones tienen el formato de anales, boletines o papeles de trabajo.

Las revistas indexadas representan el 71 % del total, ya sea en el Catálogo de Latindex, DOAJ, Scielo, RedALYC, Scopus o Web of Science. Un fenómeno importante para considerar refiere a la implementación de una nueva versión del Catálogo de Latindex denominado Catálogo 2.0. Desde el año 2018 y, concretamente a partir de enero de 2019, se inició un proceso de evaluación nuevo en el cual los criterios de inclusión se enfocan estrictamente en las publicaciones electrónicas. Esto llevó a que el Catálogo tradicional forme parte de un recurso llamado Catálogo histórico y se inicie una nueva época a partir de 2019 que al momento cuenta con 2779 revistas, de las cuales 362 son argentinas (enero de 2022).

Podemos observar la preponderancia de las bases regionales en la circulación de revistas argentinas; el 70 % se encuentran incluidas en Scielo, RedALYC y/o Latindex Catálogo. Asimismo, la representación argentina en bases de corriente principal es bastante baja en relación con el total de revistas indexadas, solamente el 4 % se encuentran incluidas o en Scopus o Web of Science. Y, además, estas últimas tienen múltiples indexaciones por lo que solo 23 revistas apuestan únicamente a la indexación de tipo mainstream. Por tanto, el perfil de las publicaciones científicas argentinas tiene principalmente anclajes nacionales y regionales de circulación.

Es importante destacar aquí un grupo de revistas (alrededor del 20 % del total) que posee múltiples inclusiones y que por tanto han diversificado sus estrategias de visibilidad y acceso. En primer lugar, se trata de revistas que han desarrollado un fuerte proceso de profesionalización dada la necesidad de contar con equipos y conocimientos técnicos necesarios para iniciar los procesos de indexación. Es decir, para ser indexada una revista no simplemente se debe chequear criterios específicos, sino que esto trae consigo la necesidad de contar con una adecuación diaria y cotidiana a prácticas orientadas por esos criterios.

Como hemos mencionado anteriormente, la discusión acerca de la indexación se encuentra estrechamente vinculada con los regímenes de evaluación vigentes en universidades y el CONICET. En este sentido, en las últimas décadas se ha privilegiado la indexación *mainstream*, factores de impacto y primeros cuartiles a la hora de evaluar la trayectoria de publicación de un agente. Por ello, las revistas se encuentran en el corazón de la disputa por el acceso a becas, cargos permanentes y promoción en la carrera científica. Esto ha llevado a reducir la discusión acerca de las revistas a la esfera de la evaluación académica. Las revistas, por su rol como vehículo de circulación de conocimiento científico, poseen funciones que escapan a la discusión acerca de la

evaluación de la producción científica. Ya que se insertan en el corazón de la ciencia a partir de la posibilidad que brindan al conocimiento producido de ser visible y considerado en diferentes comunidades académicas. La ciencia es ciencia publicada ya que, más allá de la relevancia de congresos, jornadas y otras instancias de circulación oral, el rol de libros y revistas científicas continúa siendo central en el siglo XXI.

Conclusiones

La edición de revistas argentinas se desarrolló al calor de la institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales y humanidades. Es así como a partir de las décadas de 1960 y 1970 hubo un aumento importante de la edición nacional. Este proceso se consolidó en la década de 1990 cuando el CAICYT se convirtió en la sede nacional de Latindex y Scielo. La aparición del Núcleo Básico de revistas y la diversificación de las funciones del CAICYT, junto con el desarrollo de las tecnologías de la información y comunicación, redundó en una explosión de la edición argentina.

Este proceso puede ser analíticamente interpretado por lo menos en dos dimensiones: por un lado, la creación de nuevas revistas como órganos difusores de equipos de investigación que buscaron generar un espacio propio de discusión y difusión de sus investigaciones y diálogos en la comunidad científica. Esta dimensión se relaciona con el objetivo tradicional de las revistas científicas como vehículos de la comunicación científica. Por otro lado, las revistas se transformaron en dispositivos consagradorios debido a la ponderación de la productividad e indexación en las evaluaciones de carreras, instituciones y proyectos científicos.

El panorama general de las revistas de ciencias sociales y humanas en la Argentina es heterogéneo. Hemos identificado un total de 798 revistas activas al año 2019, de las cuales el 51 % es editado por alguna universidad nacional y un 12 % por alguna universidad privada. La mayor parte de ellas se edita en algún formato electrónico, generalmente, gestionadas por OJS. El 71 % de las revistas se encuentra indexado en Scielo, Redalyc, Latindex Catálogo 2.0, Web of Science, DOAJ o Scopus. El 20 % posee múltiples indexaciones. Todos estos datos descriptivos nos muestran diversas estrategias de circulación y publicación.

En términos analíticos hemos dado cuenta de las particularidades y singularidades de las revistas científicas argentinas. Singularidades en relación con

la coexistencia de formas simultáneas y diversas de circulación. Como resultado de este análisis observamos que muchas revistas apuntan a circular en espacios de visibilidad regionales en español o portugués a partir de su edición digital y su inclusión en bases de acceso abierto como SCIELO, Latindex o RedALYC y, además, buscan inclusión en espacios mainstream a través de Web of Science o Scopus.

Un grupo de revistas solo se edita en papel lo que implica una circulación restringida y localmente orientada. En cambio, otras revistas se encuentran en las fronteras de la circulación nacional ya que poseen una larga tradición de edición, tienen edición digital y se desarrollan en el seno de grandes universidades nacionales. Éste es un fenómeno que sitúa a las revistas universitarias en la bisagra entre lo local, dada su territorialidad, lo nacional, regional y global, dada las estrategias de visibilidad vía formatos digitales y del idioma de publicación.

Las revistas científicas han sido clasificadas por los agentes, por lo general, según su alcance y cobertura. La inclusión en una base de corriente principal indicaría, según las clasificaciones más extendidas, que dicha revista circula internacionalmente, pero eso ¿la hace realmente internacional? Como contrapartida, las revistas sin indexación son consideradas locales por los gestores de la ciencia. Pero desde nuestro punto de vista habría que distinguir fenómenos distintos. ¿Son locales aquellas revistas que desarrollan una agenda local de discusión o aquellas que tienen una circulación restringida, limitada a circuitos que no se alejan prácticamente de la institución editora? Si el caso es el segundo, entonces una revista sin indexación, pero en formato digital, podría tener una gran difusión, razón por la cual la indexación no puede ser el criterio único ni primordial para determinar la escala de la circulación de las revistas.

Una consideración importante merecen las agendas temáticas y su relación con las escalas de la circulación. Es decir, podríamos afirmar que hay temáticas y problemas local/intranacionalmente orientados que circulan en función de las necesidades de contextos de producción específicos. En este sentido, Chavarro et ál., (2017) señalan que existen motivaciones para que investigadores colombianos no publiquen en revistas mainstream. Cuestiones que tienen que ver con: el entrenamiento en la publicación científica, la necesidad de generar puentes entre discusiones internacionales y locales, y el tratamiento de temas no abordados en revistas de corriente principal. Para el caso argentino podríamos hacer una analogía con el caso colombiano, lo que nos invitaría a avanzar hacia la dimensión de análisis de artículos y sus agendas temáticas.

Asimismo, la discusión entre evaluación, indexación y revistas científicas ha llevado a plantear una mirada simplista acerca de lo que se considera una publicación prestigiosa. ¿Cuáles son las revistas más importantes de ciencias sociales y humanidades en la Argentina?, ¿son las mejor indexadas?, ¿son las que poseen cuerpos editoriales prestigiosos?, ¿son las más citadas? Todas estas preguntas difícilmente pueden ser contestadas chequeando la indexación de las revistas. Por tanto, dado el actual grado de desarrollo de las discusiones acerca de la productividad, las citaciones, rankings, índices de impacto, etc., se requiere una mirada más comprehensiva acerca de las revistas científicas que permita generar perspectivas más amplias e integrales.

Un elemento central en los debates contemporáneos referidos a la edición y publicación de revistas científicas refiere al acceso abierto. Como hemos mencionado en este capítulo, el acceso abierto, entendido como la democratización del conocimiento científico y su consideración como bien común, formó parte constitutiva de la edición regional y nacional. Las revistas argentinas se editan en softwares de uso libre, y sus contenidos son de descarga libre y gratuita, por lo que cualquier persona (académico/a o público en general) puede tener acceso solo si cuenta con conexión a internet. Este fenómeno, que tal vez resulte familiar y naturalizado, debe ser destacado porque no es una realidad que se replique en las sociedades del Atlántico Norte o incluso en otros países latinoamericanos.

Referencias bibliográficas

- Albornoz, Mario (2006). Estrategias para la promoción de las publicaciones científicas argentinas. *Acta Bioquímica Clínica Latinoamericana*, 40(2), 233–237.
- Alperín, Juan Pablo, Babini, Dominique y Fischman, Gustavo (2014). *Indicadores de acceso abierto y comunicaciones académicas en América Latina*. CLACSO.
- Babini, Dominique (2016). ¿Derecho o mercancía? El conocimiento como bien común. *Megafón. La Batalla de Las Ideas*, 8.
- Babini, Dominique y Rovelli, Laura (2020). *Tendencias recientes en las políticas científicas de ciencia abierta y acceso abierto en Iberoamérica*.
- Beigel, Fernanda, Gallardo, Osvaldo y Bekerman, Fabiana (2018). Institutional Expansion and Scientific Development in the Periphery: The Structural Heterogeneity of Argentina's Academic Field, *Minerva*, 56(3), 305–331. <https://doi.org/10.1007/s11024-017-9340-2>
- Beigel, Fernanda, y Salatino, Maximiliano (2015). Circuitos segmentados de consagración académica: Las revistas de ciencias sociales y humanas en la Argentina, *Información, Cultura y Sociedad*, 32(1), 11–35.

- Bongiovani, Paola (2013). *Introducción al Acceso Abierto Marco Conceptual y Contexto Comunicación Científica*.
- Chavarro, Diego, Tang, Puay y Ràfols, Isamel (2017). Why researchers publish in non-mainstream journals: Training, knowledge bridging, and gap filling, *Research Policy*, 46(9), 1666–1680. <https://doi.org/10.1016/j.respol.2017.08.002>
- Fushimi, Marcela (2016). Acceso abierto y repositorios digitales en Argentina. *XXII Reunión de Comunicaciones Científicas y Tecnológicas, Corrientes Argentina*.
- Girbal-Blacha, Noemí (2011). Revistas regionales en ciencias sociales y humanidades: Una alternativa invisible ? *Segundo Encuentro Iberoamericano de Editores Científicos*.
- Liberatore, Gustavo, Vuotto, Andrés, Fernández, Gladys (2013). Una cartografía de las revistas científicas en ciencias sociales y humanidades en Argentina: diagnóstico, evaluación y marcos de referencia. *Perspectivas em Gestão y Conhecimento*, 3(2), 259–270. <http://periodicos.ufpb.br/Çojs/index.php/pgc/article/view/17486/10009>
- Martinovich, Viviana (2019). Argentine open access scientific journals with international circulation: An analysis from Pierre Bourdieu's field theory, *Información, Cultura y Sociedad*, 40(junio), 93–116. <https://doi.org/10.34096/ics.i40.5540>
- Miguel, Sandra (2011). Revistas y producción científica de América Latina y el Caribe su visibilidad en SciELO, RedALyC y SCOPUS, *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 34(2), 187–200.
- Miguel, Sandra, Bongiovani, Paola, Gómez, Nancy, y Bueno de la Fuente, Gema (2013). Situación y perspectivas del desarrollo del Acceso Abierto en Argentina, *Palabra Clave (La Plata)*, 2(2), 1–10.
- Miguel, Sandra, Chinchilla-Rodríguez, Zaida, y de Moya-Anegón, Félix (2011). Open access and Scopus: A new approach to scientific visibility from the standpoint of access, *Journal of the American Society for Information Science and Technology*, 62(6), 1130–1145. <https://doi.org/10.1002/asi.21532>
- Miguel, Sandra y Herrero-Solana, Víctor (2010). Visibilidad de las revistas latinoamericanas de bibliotecología y ciencia de la información a través de google scholar, *Ciencia Da Informacao*, 39(2), 54–67. <https://doi.org/10.1590/S0100-19652010000200004>
- Palamidessi, Mariano y Devetac, Roald (2007). Las revistas académicas del campo de la educación, *Archivos de Ciencias de La Educación*, 1(1).
- Pené, Mónica, Unzurrunzaga, Carolina y Borrell, Marina (2015). Repositorios institucionales universitarios argentinos, un acercamiento a sus colecciones. *Actas de Las 4ª Jornadas de intercambio y reflexión acerca de la investigación en bibliotecología*.
- Pereyra, Diego (2005). Las revistas académicas de sociología en la Argentina. Racconto de una historia desventurada, *Revista Argentina de Sociología*, 3(5), 285–293.
- Romanos de Tiratel, Susana, Contardi, Silvia y Giunti, Graciela (2010). Estrategias de difusión del conocimiento de los investigadores en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, *Información, Cultura y Sociedad*, 23(23), 31–62.
- Romanos de Tiratel, Susana y López, Nora Cecilia (2004). Las revistas argentinas de Historia: visibilidad en bases de datos internacionales, *Información, Cultura y Sociedad*, 11(11), 95–115. <http://eprints.rclis.org/handle/10760/17101%5Cnhttps://drive.google.com/open?id=0BwAnBTDW9juaMkdPVFUwaHdZOGsyauthuser=0>

- Rozemblum, Cecilia (2014). El problema de la visibilidad en revistas científicas argentinas de Humanidades y Ciencias Sociales: Estudio de casos en Historia y Filosofía. Tesis de Maestría. Universidad Nacional de Quilmes.
- Rozemblum, Cecilia, Bava, Leslie, Unzurrunzaga, Carolina y Banzato, Guillermo (2014). Costos y beneficios de la inclusión de revistas universitarias en bases de datos de Acceso Abierto. 12a Jornada sobre la Biblioteca Digital Universitaria «La producción científica en la actividad universitaria».
- Salatino, Maximiliano (2018a). La estructura del espacio latinoamericano de revistas científicas. Tesis de doctorado. Universidad Nacional de Cuyo.
- Salatino, Maximiliano (2018b). Más Allá de la Indexación: Circuitos de Publicación de Ciencias Sociales en Argentina y Brasil, *Dados*, 61(1), 255–287. <https://doi.org/10.1590/001152582018152>
- Salatino, Maximiliano (2019a). Circuitos locales en contextos globales de circulación. Una aproximación a las revistas científicas argentinas, *Palabra Clave (La Plata)*, 9(1), e073. <https://doi.org/10.24215/18539912e073>
- Salatino, Maximiliano (2019b). Las encrucijadas de las revistas universitarias en Argentina. En F. Beigel y F. Bekerman (Eds.) *Culturas evaluativas* (pp. 115–138). CLACSO. <https://doi.org/10.2307/j.ctvt6rksm.9>
- Salatino, Maximiliano (2021). Entre Ciudad de México y San Pablo. Itinerarios históricos del espacio latinoamericano de revistas científicas, *Pilquen. Sección Ciencias Sociales*, 24(4).
- Salatino, Maximiliano y Banzato, Guillermo (2020). Confines históricos del acceso abierto latinoamericano. En Ariana Becerril–García y Saray Córdoba González (Eds.). *Conocimiento abierto en América Latina: Trayectoria y desafíos*. CLACSO; Universidad Autónoma del Estado de México. pp. 79–115.
- Salatino, Maximiliano y Gallardo, Osvaldo (2020). Cartografías de la ciencia política argentina. Un análisis de sus espacios de producción/circulación, *Civilizar*, 20(38), 99–114.
- Salatino, Maximiliano y López–Ruiz, Osvaldo (2021). El fetichismo de la indexación. Una crítica latinoamericana a los regímenes de evaluación de la ciencia mundial, *CTS: Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 16(46), 73–100.
- Tiratel, Susana y Giunti, Graciela (2005). Las revistas argentinas de filosofía: visibilidad en bases de datos internacionales, *Información, Cultura y Sociedad*, 0(13), 57–79. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/ICS/article/view/898>
- UNESCO (1964). Informe Técnico. Grupo de Trabajo para la Selección de Revistas Científicas Latinoamericanas.
- Visca, Jorge, Gallegos, Miguel, López, Wilson, Polanco, Roberto y Cervigni, Mauricio (2018). Las publicaciones periódicas de psicología en argentina: revisión histórica y situación actual. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, 27(3), 478–491. <https://doi.org/10.24205/03276716.2018.1076>

10. La evaluación de las ciencias sociales en Argentina¹

Fernanda Beigel, Denis Baranger y Juan Ignacio Piovani

La evaluación de los conocimientos científicos ha estado presente desde la institucionalización de las comunidades científicas en el siglo xvii, época «fundacional» de la práctica conocida como «revisión por pares expertos» (*peer review*), cuando la revista *Philosophical Transactions* somete los trabajos presentados para su publicación al informe de un miembro de la *Royal Society* en 1665 (Sanz Menéndez, 2004; Albornoz, 2003). En un proceso evolutivo, la evaluación de pares siguió desarrollándose hasta el siglo xx, y pasó a extender su campo de acción: primero a utilizarse como procedimiento de asignación de fondos para la investigación y posteriormente para evaluar otros objetos, como los programas, los resultados de las organizaciones o los/as investigadores/as individuales en el ingreso o promoción de sus carreras (Hackett y Chubin, 2003).

Las últimas décadas han estado signadas a nivel mundial por un desarrollo, en un grado anteriormente desconocido, de la evaluación en el ámbito de las políticas públicas, y en particular en las atinentes al sector científico–académico, hasta llegar a la situación actual, con un espacio científico mundial cuya dinámica se torna cada vez más competitiva. Como resultado, existen múltiples formas de evaluación de las instituciones y los individuos que ya no se limitan a evaluaciones de pares, sino que se constituyen sistemas sofisticados de medición de resultados sobre la base de rankings universitarios, indicadores bibliométricos y estructuras burocráticas que procesan datos cuantitativos basados en algoritmos de diferente tipo. También se ha complejizado la evaluación en las revistas académicas mediante la utilización de métricas de impacto, los rankings de revistas e índices de citación.

La Argentina no ha sido ajena a esta corriente, cuyos efectos han venido cobrando cada vez mayor intensidad desde los años 90 en adelante. En este capítulo nos abocamos a esta problemática, siempre tendiendo a destacar las particularidades que reviste la cuestión de la evaluación en el ámbito de las ciencias sociales. Comenzamos por una discusión sobre el marco teórico más

1 En la elaboración de este capítulo, hemos recurrido, con significativas alteraciones y muchos agregados, a fragmentos del capítulo 1 y de las conclusiones del libro coordinado por Beigel y Bekerman (2019).

adecuado para abordar la dimensión evaluativa de las prácticas científicas. Luego entramos de lleno en una descripción del campo científico argentino, y en la cuestión de las disciplinas, que se ubica en el mismo centro del sistema del *peer review*. En una tercera sección recurrimos al concepto de «culturas evaluativas» para mostrar las notables diferencias en el modo de encarar la evaluación en el CONICET y en las universidades nacionales. Por último, insistiremos en el carácter irremplazable del juicio experto como base de cualquier sistema eficiente de evaluación de la ciencia y en el lugar que este debe ocupar en los procesos de evaluación de carreras académicas.

Los determinantes de la evaluación: de Lamont a Bourdieu

Por lo general, «revisión por pares» es el nombre que se da al juicio del mérito científico producido por otros científicos que trabajan en el campo disciplinar o la especialidad en cuestión. La premisa es que el juicio sobre la calidad es una decisión experta que solamente pueden tomar aquellos que tienen suficiente conocimiento sobre el desarrollo del campo y su agenda de investigación. En efecto, como todo campo de producción cultural para existir en tanto tal, el campo científico solo puede desarrollarse en condiciones de un grado suficiente de autonomía. Rip (1994) sostiene que ese método de evaluación se basa en la determinación del mérito de las propuestas, en la que se fundan las decisiones sobre la asignación de fondos, asentando así el funcionamiento del sistema de I+D sobre la legitimidad científica. Ahora bien, la «legitimidad» resultante del proceso de evaluación, lejos de ser objetiva sin más, está atravesada por múltiples factores. Los juicios sobre la calidad de la investigación se realizan a partir de «opiniones razonables» de un grupo concreto de pares académicos que alcanzan un consenso intersubjetivo (Sutz, 2014).

En 2009, la canadiense Michéle Lamont —quien alguna vez fue discípula de Bourdieu— publicó *How Professors Think*, que devino en una obra de referencia en cuanto al análisis sociológico de la evaluación académica. En este y en trabajos posteriores, Lamont ha mostrado cómo en esta operación intervienen factores cognitivos y extracognitivos que se encuentran incrustados en una *cultura evaluativa* e influenciados por la identidad social de los evaluadores, por su impronta disciplinar, sus autopercepciones, sus definiciones de la «excelencia» y sus propias trayectorias.

Si bien Lamont reconoce la relevancia de los conflictos que hay detrás de la negociación sobre los criterios de evaluación y el peso de las relaciones de

poder que determinan quiénes son jueces legítimos, centra su diferencia con Bourdieu en la escasa atención que este le otorgó a la crítica artística en la práctica, en el terreno concreto de la evaluación. Lamont aboga por la necesidad de observar el gusto y la valoración artística, no solo como mecanismos para producir desigualdades, sino también como procesos matizados por la interacción. Propone, en definitiva, traer a los objetos culturales y a sus evaluadores de vuelta en escena (*back in*). El objetivo no es volver a una visión de los objetos culturales como poseedores de un valor intrínseco, sino relocalizarlos en el marco de un análisis de la agencia, la identidad y las emociones de los actores de la evaluación y de sus prácticas. Este enfoque le parece prometedor para distintos campos en los que las evaluaciones rutinarias profesionales tienen incidencia (Lamont, 2015:43).

Ahora bien, las culturas evaluativas no solo están atravesadas por las auto-percepciones y disposiciones relacionadas con lo que Knorr-Cetina (1999) denominó *culturas epistémicas*, sino que se desarrollan en un «espacio de los posibles» conformado por dos factores relevantes, pocas veces articulados en los estudios etnográficos sobre la evaluación académica. En primer lugar, la relación de las valuaciones de los evaluadores con los principios de legitimación que operan en su contexto inmediato: los saberes institucionales y los estilos de producción que conviven en esas culturas institucionales (Beigel, 2017). En segundo lugar, el hecho de que las creencias están ligadas a distintas escalas de categorización/clasificación que son cada vez más dependientes de criterios «universalizados» para clasificar la calidad de los trabajos publicados en las revistas científicas, antes que su originalidad. Las resistencias también se juegan en los procesos de evaluación y dependen en buena medida del margen de maniobra que exista en la cultura institucional.

Compartimos con Lamont (2012) la necesidad de superar la falsa disyuntiva entre los estudios que se limitan a los factores cognitivos y aquellos que explican todo mediante el recurso a las posiciones y tomas de posición de los agentes. Pero a diferencia de ella, luego de escudriñar durante muchos años nuestras culturas evaluativas, nos parece que esa sociología no debería ser precisamente «posbourdiana», sino que resulta indispensable traer al campo *back in* para entender la injerencia de las creencias, y también de las resistencias, a la llamada «globalización académica» en los procesos de evaluación.

La literatura disponible sobre evaluación, instrumentos y resultados, es profusa. Ya en 1942, desde una perspectiva normativa de la ciencia, Merton (1965:547-552) estaba sentando las bases éticas para cualquier sistema de evaluación por pares: a condición de respetar la norma del *comunismo* (poner

a disposición los resultados del trabajo científico), el *escepticismo organizado* podría ser ejercido a través de comités editoriales de revistas o de agencias de financiamiento de la investigación. Pero lo cierto es que a medida que se masificó el sistema de acreditación y se multiplicaron las instancias de evaluación, estos procesos devinieron en caminos separados, solapados o directamente reemplazados por las estructuras burocráticas de las agencias de investigación.²

Los estudios del sistema de evaluación por pares se han focalizado casi exclusivamente en las dimensiones cognitivas de la evaluación, resaltando su papel en la competencia académica por la definición de excelencia, y concibiendo las dimensiones «extra cognitivas» como influencias corruptivas. Para Lamont (2009), en cambio, el proceso de evaluación es profundamente emocional e interactivo y está culturalmente incrustado en e influenciado por, «la identidad social» de los evaluadores, o sea, por sus autopercepciones, así como por las formas en que otros los definen. El deseo real de los evaluadores por hacer que sus opiniones sean respetadas por sus colegas juega un importante rol en las deliberaciones. En contraste con la posición de Merton, Lamont sugiere que los elementos extra cognitivos no solo no corrompen el proceso de evaluación, sino que la evaluación sería imposible sin ellos. Las definiciones de excelencia que los evaluadores emplean están influenciadas por sus tendencias individuales y por varias facetas de sus identidades y trayectorias intelectuales y sociales. Además, intervienen las culturas disciplinares sobre la excelencia, las formas de definir la calidad y de reconocerla, las creencias acerca de la investigación, los estándares y el rol de la teoría, la importancia de los límites disciplinares, el significado de la subjetividad, etcétera.

Lamont considera que Pierre Bourdieu y Richard Whitley son de los pocos que proveen bases sistemáticas para comparar disciplinas, para destacar luego la originalidad de su enfoque: «Ambos nos dicen que los académicos compiten por definir la excelencia y ambos creen en la coexistencia de criterios alternativos de evaluación. Pero ninguno de los dos los analiza de forma inductiva» (Lamont, 2009:21).

2 Bianco, Gras y Sutz (2014) sostienen que la evaluación de los méritos requiere una jerarquización que permita establecer comparaciones basadas en criterios predefinidos. Esos criterios de evaluación, así como los instrumentos concretos que se utilizan para realizarla, son el resultado de los lineamientos de una política. Ahora bien, tanto los procesos de evaluación como las definiciones de políticas constituyen procesos dinámicos que sufren modificaciones, avances y retrocesos. Incluyen evaluación de pares, pero sus modalidades también han ido variando con el tiempo.

Para Lamont, los juicios de los evaluadores no solo reflejan o sirven a la posición que ocupan en el campo, sino que mayormente están dependiendo de su participación pragmática en la resolución colectiva de problemas. Es así que, en contra de Merton, de Bourdieu y de Whitley, la autora se opone a una visión que ve a los evaluadores solo impulsados por una lógica competitiva y sugiere considerar al *peer review* como una interacción y una empresa emotiva, en el sentido de Goffman. El programa de una sociología de la (*e*) *valuación* que propone Lamont (2012), y su insistencia en distanciarse del modelo de Bourdieu, está fuertemente influenciado por la lectura de los estudios de este sobre la producción artística y cultural. Lamont señala las limitaciones de una concepción dualista de la estructura del campo cultural, considerando la dificultad de aplicar sin más ese modelo del mercado literario y artístico al campo científico, ya que en este último no se da la misma división en dos mercados —uno masivo y otro restringido— que plantea Bourdieu para los campos artísticos.

En relación con la evaluación de las prácticas científicas, es más conducente ir a indagar en *El sentido práctico* (1980), obra ubicada en el corazón mismo del pensamiento de Bourdieu, en la cual propone la mirada del etnólogo para analizar la diversidad de prácticas, representaciones y lógicas que anidan en una comunidad en relación con un «sistema de preferencias» que depende no solo de todas las opciones de aquel que decide sino también de las condiciones en las cuales son efectuadas esas opciones. Básicamente las prácticas solo pueden explicarse si se vinculan las condiciones sociales en las que se ha constituido el habitus que las ha engendrado con las condiciones sociales en las que este opera, o sea, a condición de poner en relación mediante el trabajo científico esos dos estados del mundo social que el habitus efectúa en y por la práctica.

Sin embargo, cuando se dedica a analizar específicamente el campo científico, Bourdieu sostiene que la especificidad del *oficio* de científico procede del hecho de que ese aprendizaje es la adquisición de unas estructuras teóricas extremadamente complejas que se incorporan a lo largo de la trayectoria de formación y de práctica científica en equipos e instituciones. Las reglas y las regularidades que determinan el comportamiento del científico solo existen como tales, en el sentido de la conformidad con las exigencias de cientificidad, porque son percibidas por unos científicos dotados del habitus que les permite percibir las y apreciarlas. Son los agentes (los científicos aislados, los equipos o los laboratorios) definidos por el volumen y la estructura del capital específico que poseen, quienes determinan la estructura del campo

que los determina, es decir, el estado de las fuerzas que se ejercen sobre la producción científica, sobre las prácticas de los científicos. El peso asociado a un agente, que soporta el campo al mismo tiempo que contribuye a estructurarlo, depende de todos los restantes agentes. El margen de libertad concedido a las estrategias dependerá de la estructura del campo, caracterizada, por ejemplo, por un grado más o menos elevado de concentración del capital. Las estrategias de los investigadores están orientadas por las presiones y las posibilidades objetivas que se hallan inscritas en su posición y por la representación que son capaces de formularse de su posición y de la de sus competidores (Bourdieu, 2001).

Como en tantos otros campos simbólicos, la *illusio* que atraviesa todo el campo científico es el ideal del «desinterés», entendido no solo como denegación de la prosecución de un beneficio económico, sino también de la búsqueda de reconocimiento simbólico, comportamientos que irían en desmedro del interés en el puro conocimiento, el único legítimo. El campo científico no es una simple torre de marfil equiparable al sector «artepurista» de la producción cultural. La estructura de la relación de fuerzas que es constitutiva del campo científico está definida, para Bourdieu, por la estructura de la distribución de las dos especies de capital (temporal y científico) que intervienen en él. Como la autonomía nunca es total y las estrategias de los agentes comprometidos en el campo son a un tiempo científicas y sociales, el campo es el espacio de tensiones entre un capital de autoridad propiamente científica y un capital de poder sobre el mundo científico, que puede ser acumulado por unos caminos que no son estrictamente científicos (a través de las instituciones que conlleva) y que es el principio burocrático de poderes temporales.

En tanto Bourdieu consideraba a estos conflictos como librándose a nivel estrictamente nacional, lo «internacional» se le presentaba como un valioso recurso susceptible de ser usado contra los poderes temporales para contrarrestar la debilidad constitutiva a nivel local. Sin embargo, la «globalización académica» y el fenómeno de «universalización» de criterios e indicadores bibliométricos para «valuar» trayectorias e instituciones ha producido, como veremos más abajo, que diversos circuitos de consagración penetren las fronteras nacionales de los campos, incidiendo en las lógicas del mismo, con lo cual lo internacional puede aparecer como una nueva amenaza a la autonomía del campo, y muy especialmente en el caso de las ciencias sociales y humanas, cuya autonomía es más frágil.

No obstante, la percepción de amenazas frente a la globalización académica no es unívoca. Martín (2013) ha señalado que, frente a este fenómeno,

en las academias latinoamericanas se constatan dos respuestas opuestas: la de aceptación / asimilación, y la de rechazo que, a su vez, puede deberse a una crítica fundada de los estándares internacionales y sus efectos negativos en las periferias científicas, o a una mera actitud defensiva y culturalista. En este marco, se puede sugerir que, según sea el posicionamiento de los científicos, tanto la asimilación como el rechazo acrítico de los estándares internacionales podrían representar una amenaza: en el primer caso, para algunos de ellos, como ya se ha señalado, por sus consecuencias para la autonomía del campo en el plano nacional y, en el segundo, para otros, por sus efectos adversos para la internacionalización de la ciencia local, con su consecuente creciente inserción y reconocimiento en los circuitos globales más prestigiosos.

La consideración del peso de los criterios extracognitivos, vinculados a la experiencia y trayectoria de los evaluadores, es compatible con la idea bourdiana del *habitus* como «oficio», algo que visualizamos en nuestras propias observaciones de los procesos de evaluación en Argentina, por cuanto éstas señalan precisamente la existencia de disputas y tensiones pero también de una auténtica dedicación y honestidad puesta en la tarea, intentando trascender a aquellas en la búsqueda de una suerte de «justicia evaluativa». La principal limitación del enfoque propuesto por Lamont reside en el excesivo peso que se otorga al *peer review*, a sus bases de *expertise* y rectitud, a las que concibe incluso como dominantes frente a los métodos bibliométricos que son cada vez más populares porque, según Lamont, estos descansarían indirectamente también en la evaluación de pares (en el caso de las revistas).³

Empero, si nos concentramos en las culturas evaluativas del ámbito académico, conviene volver a preguntarnos: ¿en qué se fundan los juicios académicos y esas emociones que recorren a los evaluadores de una promoción, o de un ingreso a un cargo de investigación o de docencia? Nuestros estudios sugieren que, efectivamente, esos juicios y esas prácticas evaluativas se construyen en escalas locales que no pueden ser reducidas meramente a la lógica de un campo internacional o nacional. Se relacionan indefectiblemente con saberes institucionales y disposiciones largamente estructuradas en organismos científicos del mayor nivel (como el CONICET o la ANPCYT), en agencias de evaluación y acreditación, en universidades, institutos, departamentos, equipos de investigación, cátedras, instancias todas en las que se van forjando culturas evaluativas. Hay un saber–hacer nutrido de elementos extracognitivos

³ Lamont (2012) señala también que las ciencias sociales y humanas consideran poco creíbles los indicadores bibliométricos, lo cual no es del todo cierto, si observamos el impacto que éstas tienen en varios países, incluyendo Latinoamérica (por ejemplo Chile y México).

que intervienen en la conformación de la trayectoria de los evaluadores, en sus clasificaciones y en sus «emociones». Y según nuestras observaciones empíricas, aquellas disposiciones, valoraciones y deseos han ido cambiando con el tiempo, especialmente en las últimas décadas en relación directa con trayectorias moldeadas cada vez más por el prestigio de la ciencia *mainstream*, hecho que pone en evidencia el carácter performativo de los estándares científicos predominantes en el plano internacional y, más específicamente, de su incorporación a las prácticas evaluativas institucionalizadas.

El campo científico argentino y los campos disciplinares

En un contexto político y económico signado por políticas de corte neoliberal, y al amparo de las recomendaciones de los organismos internacionales, se produjo en Argentina una transformación de las instituciones científicas que acompañó el proceso de hegemonía creciente de las corrientes del *mainstream* científico en los diversos campos. Así fue como en los años 90, dentro del campo científico argentino, se conformó un conjunto de organismos con funciones que implican un desarrollo sistemático de la evaluación científica y académica, todas con sus propias especificidades e intereses y, a menudo, en competencia unas con otras. Hasta ese entonces, las universidades y el CONICET venían con sus propias tradiciones respecto a la evaluación, forjadas a lo largo de varias décadas y corporizadas en distintas culturas evaluativas, las que resultaron impactadas por los cambios producidos a nivel del sistema científico nacional.

Esa fue la época en que tuvo lugar la tentativa más notable de conformar un sistema científico más eficiente y coherente (no necesariamente más justo, ni más productivo, hubiera podido decir Bourdieu). La furia evaluadora, motorizada por los organismos internacionales —en especial, el BID—, llevó a la creación de agencias específicas. En primer lugar, se estableció el Programa de incentivos para docentes–investigadores (PROINCE, 1993) con la función de administrar un sistema de estímulos tendiente a introducir criterios de productividad para mejorar las remuneraciones de los investigadores universitarios.⁴ Luego fue el turno de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU, 1995), dedicada a acreditar y evaluar las carreras universitarias, y a realizar evaluaciones institucionales de las univer-

4 En sus inicios este sistema aseguraba un sobresueldo significativo para los investigadores, no siendo ya éste el caso en la actualidad.

sidades. Y finalmente se creó la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCYT, 1996) —desde 2020 Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación— con la específica función de financiar los proyectos de investigación científica. Correlativamente, tuvo su inicio una política de Estado que se propuso desarrollar el nivel del posgrado, que hasta ese entonces era sumamente escuálido, y más aún en el caso de las ciencias sociales y humanas.

Esto no fue un proceso que transcurrió linealmente, sino que originó diversas resistencias. Así, se llegó a plantear en su momento que la ANPCYT estaba destinada a convertirse en el nuevo centro neurálgico de la política científica, sustrayéndole al CONICET la función de promoción de la investigación. Es que el CONICET era visualizado por los impulsores de las reformas como una megaestructura anquilosada, carente de la agilidad requerida para instrumentar los cambios necesarios, y cuya autonomía era susceptible de convertirlo en un obstáculo para el desarrollo de la política científica.

J. C. Del Bello, principal artífice de las reformas de los años 90,⁵ describía así el conflicto entre el CONICET y la ANPCYT:

Contradictoriamente con las políticas públicas reseñadas, en el CONICET se producía entre 1990 y 1995 una «contrarreforma», que intentaba retornar al enfoque del organismo público mixto, de promoción y simultáneamente de ejecución de actividades científico–tecnológicas. Se registraba por lo tanto, y como mencionado anteriormente, una profunda inconsistencia de las políticas públicas; existían dos enfoques diferentes: por un lado el de la SECYT y el CONICET, y por otro lado el del Ministerio de Economía (con el FONTAR) y la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU) [...] La creación del FONCYT fue resistida por los «conicetistas», quienes se opusieron a la creación del FONCYT, ya que le quitaba al CONICET la herramienta que originalmente había justificado y fundamentado su creación a fines de los años 1950, es decir brindar financiamiento a los investigadores para sus proyectos de I+D. Sea porque sintieron un desgarró a su misión histórica o por la pérdida de poder en la asignación de recursos. Cabe advertir el conflicto de interés de carácter estructural del organismo que resultaba de asegurar el financiamiento para el pleno funcionamiento del centenar de unidades ejecutoras (institutos y centros) propias, al margen de mecanismos de competencia con evaluación de la calidad intrínseca de los proyectos. (Del Bello, 2014:44–48)

5 Del Bello fue interventor en el Conicet en 1996–97 y Secretario de Ciencia y Tecnología de la Nación en 1996–99.

Asimismo, en ese tiempo, tanto la CONEAU como el PROINCE fueron visualizados como atentando contra la autonomía de las universidades, dando lugar a oposiciones más fuertes cuanto más poderosas: caso paradigmático de la UBA, la cual durante largos años se sustrajo a la autoridad de la CONEAU.

La incidencia de las disciplinas en la evaluación

Las culturas evaluativas no son propias solamente de instituciones, sino que también aparecen asociadas a las diferentes disciplinas. Justamente en los paneles multidisciplinares que Lamont tiene en mente, ocurre que de algún modo sus integrantes se ven compelidos a limitar la influencia de la cultura evaluativa asociada a su disciplina en sus juicios, y por ello no puede sorprender que en su análisis la dinámica de la interacción cobre una mayor preeminencia. Por cierto, estos dos factores no son independientes, siendo que la relación de fuerzas entre disciplinas vigente en una institución tiene una incidencia marcada en la cultura evaluativa de la institución.

Obviamente, uno de los aspectos fundamentales que está en la base misma de las modalidades en la evaluación de las ciencias sociales es la cuestión de la unidad de la ciencia. Desde una perspectiva positivista, que encuentra en la física matemática el canon al que deberían ajustarse todas las demás disciplinas (Wright, 1987:21), parece evidente que, siendo uno y el mismo el objetivo —producir conocimiento científico—, no deberían existir diferencias en los instrumentos utilizados para *medir* el grado en que se lo ha alcanzado.⁶ En la culminación de esta tradición, la reconstrucción popperiana del método hipotético deductivo continúa cumpliendo el papel de proveer de una ideología a los científicos (Bourdieu, 2001),⁷ la cual, a nivel de la administración de la ciencia, es susceptible de llegar a funcionar como una base eficiente para imponer estándares comunes que deberían ser satisfechos en todos los casos. Así, por ejemplo, el modelo IMRAD (véase Piovani, capítulo 6 de este volu-

6 No obstante, como se ha señalado ya con justeza, «también en el campo de las ciencias sociales y humanas existen tradiciones que se ajustan a dichos modelos» (Piovani, 2015: 35). Lo cual ocurre no solamente entre disciplinas, sino el interior mismo de cada una de éstas, en virtud de la situación de pluralismo teórico-epistemológico que las caracteriza (Passeron, 2006).

7 En una posición opuesta, desde la tradición francesa de filosofía e historia de las ciencias, más atenta a la práctica real de las diferentes disciplinas científicas, Bachelard (1940/1994) se rehusaba a dotar de ese poder a la epistemología y planteaba que a cada ciencia le correspondía producir sus propios criterios de validación.

men) llega a plantear un esquema uniforme a ser seguido universalmente en la exposición de los resultados producidos por todos los científicos, independientemente de su pertenencia disciplinar.⁸ Empero, hay un límite planteado por la realidad de las prácticas de los científicos: el hecho de que no todas las disciplinas se ajustan a los mismos procedimientos. No hay que menospreciar la importancia de este factor que juega un papel de relevancia en las pugnas internas al campo científico, en especial para denegarle a las disciplinas sociales su carácter de ciencia.

Con este se combinan otros elementos que tienen que ver con la organización de la producción científica, en cuanto al modo de comunicación de sus resultados, como lo son el idioma y el formato de la publicación. Así, si el artículo en inglés (el *paper*) es el medio privilegiado de comunicación para los avances producidos en la investigación, este debería ser adoptado universalmente.

En la mente del burócrata de la ciencia, la posibilidad de imponer estándares comunes a todas las ciencias presenta la gran ventaja de permitir la valoración comparativa no solo de los investigadores y de las instituciones, sino también de las mismas disciplinas. Como se ha observado, es frecuente la crítica a esquemas de evaluación académica que tienden «a sobrevalorar las prácticas de investigación y, en sentido más estricto, aquellas que se ajustan a la investigación científica definida en términos canónicos. Como el peso relativo de dichas prácticas es mayor en las ciencias naturales, se concluye entonces que se trata de un modelo pensado exclusivamente para esas disciplinas» (Piovani, 2015:35).

Otro factor cuya influencia no hay que despreciar está dado por la informática, un recurso insoslayable en la perspectiva de la gestión de un volumen de evaluaciones siempre creciente, pero que técnicamente deriva en presiones hacia una uniformización cada vez mayor —vía el *software*— de los procedimientos, presiones que no están próximas a desaparecer.

¿Pares—evaluadores disciplinares?

Todos los organismos que hemos mencionado se basan, en algún grado, en la idea de que la evaluación debe ser llevada a cabo por pares—especialistas.

⁸ Golombek (2012) ha ilustrado con gran humor, los extremos a los que podría llevar dicho esquema aplicado en toda su formalidad, con absoluta independencia del contenido —delirante— de las investigaciones imaginadas.

Esto implica inevitablemente recurrir en cada caso a expertos de las disciplinas involucradas. Es el modo de garantizar que la evaluación sea pertinente, de modo tal que los evaluados no puedan poner en duda la competencia de los evaluadores y, por ende, su legitimidad. Ahora bien, la independencia real con la que puedan operar dichos pares es sumamente variable, encontrándose limitada por instrumentos que determinan *a priori* la naturaleza de los elementos a tener en cuenta en la evaluación y su ponderación en base a las famosas «grillas». A propósito de las instancias de reclutamiento, Bourdieu distinguía dos orientaciones polares adoptadas por los evaluadores: la burocrática y la carismática (1997:30). El burócrata está orientado hacia la selección de «científicos normales» (en el sentido de Kuhn) y tiende a conformarse con el «porroteo»,⁹ mientras que el carismático apuesta a descubrir la *calidad* en los genios en ciernes, en un modo por completo ajeno a la *cantidad* de pergaminos que los candidatos puedan exhibir.

La «Ley de Djanov» —según la denominaba Bourdieu¹⁰— es un mecanismo, con propensión a convertirse en circular, que conduce casi inevitablemente a que el poder temporal quede en manos de los elementos menos competentes desde el punto de vista científico, ya que los más talentosos no disponen del tiempo necesario para dedicar a la política y a la gestión institucional, y ésta es la vía privilegiada para una intervención de criterios *políticos* (en el sentido de extracientíficos) dentro del campo. Así, allí donde los sindicatos son fuertes (en las universidades, especialmente), predomina una ideología igualitarista.¹¹ El antielitismo a ultranza, cuyo propósito —explicable, en una óptica sindical— es el de intentar asegurar por todos los medios

9 «Contar porotos» es una expresión utilizada en la jerga de las comisiones evaluadoras (en el CONICET como en el PROINCE), para referirse al aspecto cuantitativo de la evaluación. Por ejemplo, en el CONICET, se dirá: «Tiene x puntos por su número de artículos en el Grupo 1»; o en el PROINCE: «Es Profesor Titular interino, sumando por ello y puntos».

10 «En los campos menos autónomos [caso de las ciencias sociales] se enfrentan agentes de desigual autonomía. Allí, los investigadores más heterónomos y sus verdades endóxicas, como dice Aristóteles, tienen, por definición, mayores chances de imponerse socialmente contra los investigadores autónomos. Los científicamente dominados son en efecto los más propensos a someterse a las demandas externas, ya sea de derecha o de izquierda (lo que llamo la ley del djanovismo), y los mejor preparados, a menudo por defecto, para satisfacerlas, con mayores chances por lo tanto de triunfar en la lógica del plebiscito —o del aplausómetro, o del *audimat*» (Bourdieu, 2001: 171).

11 En muchas de las universidades nacionales la lógica sindical se opone a la meritocracia académica, lo cual se refleja en reglamentos de concursos que le otorgan escaso peso relativo a la investigación científica y en cambio valorizan aspectos ligados a la dedicación a la docencia y al «compromiso» con la institución y con el medio (una cualidad por cierto muy propensa a ser operacionalizada en base a criterios políticos).

el progreso en la carrera académica de sus afiliados, termina perdiendo de vista que la universidad, por su propia naturaleza, nunca podrá dejar de ser una máquina de producir élites en diferentes campos.

Una grilla detallada al extremo redundante en un cercenamiento de la libertad de criterios de los evaluadores, cuya decisión —en el límite— se convierte en puramente administrativa. Así, cuando la actividad parece reducirse a contabilizar casi mecánicamente el número de *papers* en tal o cual categoría, no es infrecuente escuchar frases del tipo de «pero esto lo puede hacer un administrativo (o una computadora)». Lo cual no es del todo cierto, ya que siempre las grillas dejan algún margen para posibles ajustes, realizados con anterioridad al examen de los candidatos,¹² y luego su aplicación no es mecánica, sino que hay puntos que requieren algún grado de interpretación. Por un lado, la institución tiene sus objetivos, que no necesariamente serán compartidos por los evaluadores a quienes convoca y, en este sentido, la grilla permite controlar la subjetividad de los evaluadores. Pero no es menos cierto que, llevada al extremo, la grilla puede llevar a que se termine desechando al bebé junto al agua del baño, ya que impide a los evaluadores ejercer plenamente su juicio experto. Obviamente, no hay una solución universal para determinar el grado justo de autonomía de los evaluadores.

Ahora bien, está claro que, en lo que hace al desarrollo del conocimiento científico considerado *per se*, las disciplinas no son más que modos de dividir el estudio de la realidad según modos prácticos de operar y que, en este sentido, pueden volverse en un obstáculo, cuando el objeto no se deja atrapar en los estrechos límites que ellas proveen.¹³ En el límite, la especialización lleva a un estrechamiento del campo teórico y perceptivo que, aun cuando esté en el preciso principio de sus logros científicos más extraordinarios, como señalaba Kuhn (1970:64), puede devenir contraproducente para la invención de las nuevas teorías que implica la noción misma de progreso científico, tanto en el sentido de la *Unended quest* de Popper como de la *connaissance approchée* de Bachelard. Una buena evaluación en principio debería descansar en expertos cuya pertinencia fuera lo más próxima posible a la de los candidatos a evaluar, de modo de estar en condiciones de formular un juicio cualitativo

12 Las comisiones evaluadoras dedican largas discusiones en sus primeras reuniones a la elaboración de estos criterios afinados.

13 A la vez que reconocía que «las fronteras entre las disciplinas son a menudo ficticias», Bourdieu constataba que «por ellas, la gente está dispuesta a morir» (2015: 26).

informado sobre las condiciones del aspirante.¹⁴ Por supuesto, este es un *desideratum* difícilmente alcanzable, y más aún cuanto mayor es el número de candidatos a evaluar.¹⁵

En los distintos organismos, el tema de la especificidad de los evaluadores se plantea de modo diferente. El máximo grado de pertinencia se alcanza, en general, en el caso de los concursos universitarios para cargos docentes, cuando lo integran profesores de la misma asignatura en otras universidades.¹⁶ En el CONICET las comisiones se conforman a nivel disciplinar, aunque algunas no sean totalmente homogéneas, como ocurre en los casos de «Sociología, Demografía y Comunicación», de «Historia y Geografía» o de «Literatura y Lingüística»; pero ello no es demasiado grave, ya que en todos los casos se aspira a recibir de los pares externos un juicio calificado por su pertinencia temática.

Ahora bien, en el otro extremo tenemos a la ANPCYT, en la cual las comisiones son mucho más heterogéneas, al menos en el caso de las ciencias sociales y humanas. Es así que, en este organismo, para evaluar los proyectos PICT existen 17 comisiones, de las cuales solamente tres tienen que ver con las disciplinas sociales y humanas. Son las de *ciencias sociales* (abarcando sociología, demografía, ciencia política, antropología social, etnografía, etnología, educación y psicología), *ciencias humanas* (incluyendo antropología biológica, arqueología, arquitectura, historia, geografía, filosofía, lingüística, literatura y artes), y de *ciencias económicas y derecho* (Baranger, 2014:8). También en este caso es el recurso a los pares externos el que provee la posibilidad de una evaluación específica, y aún con mayor peso relativo que en el CONICET, dado que en la ANPCYT los integrantes de las comisiones son en cierto sentido «gestores» del proceso de evaluación, y se ocupan entre otras cosas de seleccionar a los pares externos, pero los puntajes son asignados exclusivamente por estos últimos, salvo en lo que concierne a la ponderación de los antecedentes curriculares formales de los investigadores que presentan los proyectos a evaluar.

Por supuesto que hablar de «ciencias sociales» por oposición a «humanidades» es un problema, cuando se trata de conjuntos cuyos límites son tan difu-

14 En algunas áreas temáticas poco transitadas, este criterio colisiona con el de la ecuanimidad, ya que puede llegar a ser difícil encontrar evaluadores que no mantengan alguna relación (ya sea positiva o negativa) con el aspirante. Ello lleva a veces a recurrir a evaluadores extranjeros.

15 Piovani (2015:37) ha observado la problemática factibilidad de las evaluaciones cualitativas, tanto en las realizadas caso por caso, como en las instancias plenarias, dado el volumen que actualmente ha alcanzado el material objeto de evaluación.

16 Sin embargo, muchas universidades contemplan en sus reglamentos la participación en el jurado de integrantes no especialistas, y a veces llega a ocurrir, por ejemplo, que estudiantes presenten un dictamen en disidencia.

sos como aquellos de las disciplinas que los integran. Se puede definir, como ocurre por ejemplo en Noruega, que la Antropología es una ciencia social en tanto que la Etnología pertenece a las Humanidades (Sivertsen y Larsen, 2012:572), echando por tierra la evidente continuidad histórica entre ambas. Pero esto obedece a factores locales, como observa Hammarfelt:

La definición de los campos de investigación como pertenecientes a las ciencias sociales o a las humanidades depende de consideraciones institucionales y epistemológicas, y está además supeditada a la organización de la investigación en los países o regiones. La lista de los campos definidos como pertenecientes a las humanidades difiere según los contextos y los países. [...] Debido a la frontera borrosa de las humanidades, y al paisaje disciplinar siempre cambiante, no es posible establecer un conjunto definido de campos dentro de éstas. (Hammarfelt, 2016:116–17)

El hecho es que, aun cuando pueda haber una dimensión epistemológica en la definición de una disciplina, lo esencial deviene del grado de organización social que ésta haya alcanzado en un contexto determinado.¹⁷ Las clasificaciones, al igual que las definiciones, no son verdaderas ni falsas, sino materia de convención; solo pueden ser juzgadas de acuerdo con su utilidad: se trata de decisiones pragmáticas, por lo cual un criterio útil en un contexto puede no serlo en otro.¹⁸ En rigor, la oposición entre ciencias sociales y humanidades no tiene mayor sentido, cuando estos dos conjuntos ocultan con frecuencia fuertes heterogeneidades internas, y algunos de sus integrantes pueden considerarse como pertenecientes indiferentemente a uno u al otro.

Hammersfelt observa ciertas características típicas de lo que podría llamarse humanidades en sentido estricto¹⁹ en base a su tipo de organización social

17 Becher habla de la incertidumbre que genera el concepto de disciplina en su aplicación. Si se pregunta, por ejemplo, por la pertenencia de la estadística a la matemática, la respuesta dependerá «de hasta qué punto las instituciones académicas principales reconozcan la separación en su estructura organizativa (es decir, si cuentan entre sus departamentos más sólidos con uno de estadística) y también de hasta qué punto haya aparecido una comunidad internacional independiente, con sus propias asociaciones profesionales y publicaciones especializadas» (Becher, 2001: 37)

18 Obviamente, el potencial heurístico de una taxonomía es el elemento clave a considerar. Así, para el desarrollo de la biología la clasificación de los animales en vertebrados e invertebrados resulta ser muy superior a aquella antigua que distinguía entre animales terrestres, acuáticos y aéreos, como señalaban Cohen y Nagel (1968: II, 42).

19 Los estudios literarios y religiosos exhiben con mayor pureza las características propias de las humanidades, seguidas por filosofía, arte, música y lengua (Hammersfelt, 2016: 117).

e intelectual. El hecho de encontrar a sus lectores fuera del campo lleva, por ejemplo, a privilegiar las referencias al pie antes que el sistema autor-año; significa también que las recompensas por parte de los pares disciplinares son de menor valor, y que por ende las citas mismas se extienden más fácilmente más allá de los límites de la propia disciplina (Hammarsfelt, 2016:125-6).

De ahí que puedan coexistir distintas clasificaciones de las disciplinas, ya no solamente de un país a otro, sino incluso en un mismo sistema científico, como es el caso del argentino. Mientras que en el PROINCE la antropología aparece agrupada con sociología y ciencia política, en el CONICET durante décadas lo fue con historia y geografía (Baranger, 2014).²⁰ La propia organización de las Facultades en las universidades argentinas evidencia diferentes combinaciones de disciplinas rotuladas en las humanidades o en las ciencias sociales.

No todos los organismos apelan a los mismos mecanismos de evaluación. Se trata siempre de valorar la calidad de los candidatos y propuestas; pero los formatos se diferencian, siendo variables los objetivos de las evaluaciones y, en especial, la escala de magnitud en la que deben ser llevadas a cabo. En todos los casos hay una instancia superior —el Directorio, o bien los Consejos Directivo y Superior en las universidades— que aprueba finalmente los resultados. Las diferencias residen en lo que sucede con anterioridad a esa instancia, según se puede visualizar en la Tabla 1.

²⁰ Luego de ser separada de Antropología Biológica y Arqueología, Antropología Social ha terminado siendo una comisión independiente a partir de 2020, ahora con el nombre de Ciencias Antropológicas.

Tabla 1. Características de las formas de evaluación en diferentes instituciones

Instituciones	Comisión evaluadora	Pertinencia de los pares	Periodicidad de la convocatoria
Universidades (concursos docentes)	No la hay (son los propios pares)	asignatura/ disciplina	variable
CONICET (ingresos y promociones)	Disciplinar/ multidisciplinar	área temática	anual
PROINCE	Disciplinar/ extradisciplinar	no los hay	plurianual
CONEAU	disciplinar	disciplina	plurianual
ANPCYT (FONCYT)	multi disciplinar	área temática	anual
Revistas	comité editorial	área temática	continua

Fuente: elaboración propia.

Dentro del campo científico las diversas instituciones se encuentran en tensión, como ya se ha observado a propósito de la relación entre la ANPCYT y el CONICET, así como entre la CONEAU y las universidades. Pero la tensión más persistente y relevante desde el punto de vista del sistema científico, es la que se ha dado entre el CONICET y las universidades nacionales a propósito del PROINCE. Estos dos organismos, por lo demás, son los que de lejos abarcan a una amplísima mayoría de investigadores, por lo cual la comparación entre ambos será el objeto de nuestro próximo apartado, en el que ahondaremos en su carácter peculiar y en las modalidades que adoptan para la evaluación de las ciencias sociales.

Hasta aquí, hemos puesto el foco en la comparación de los procesos y culturas evaluativas centrados fundamentalmente en las trayectorias individuales de docentes e investigadores. Ello no implica desconocer el papel clave que ha jugado la CONEAU en la conformación de una tradición local de evaluación académica (por pares), a través de las prácticas y criterios para la evaluación institucional y para la acreditación de la oferta formativa, especialmente en el nivel de posgrado.

Al respecto, y al solo efecto de dar cuenta del alcance de los procesos de evaluación llevados a cabo por la CONEAU, cabe señalar que desde sus orígenes y hasta 2021, esta institución le ha dado curso a un total de 10 638 trámites de evaluación de carreras de posgrado, de los cuales 6378 corresponden a carreras en funcionamiento y 4260 a carreras nuevas, anteriormente denominados proyectos de carreras.²¹

El impacto de las prácticas evaluativas de la CONEAU ha sido especialmente significativo en el campo de las ciencias sociales y humanas. El 48,2 % de los trámites de carreras de posgrado presentados ante la CONEAU corresponden a estas disciplinas (5131 en total), y el 79,9 % de ellos ha resultado en la acreditación de la carrera presentada (4103 en total): 1862 Especializaciones, 1709 Maestrías y 532 Doctorados de universidades públicas y privadas de todo el país.

La singularidad del PROINCE y su impacto en el sistema científico argentino

Conviene comenzar ubicando el surgimiento del PROINCE dentro de una tendencia más general para destacar luego su originalidad en comparación con otras experiencias semejantes.

Hacia fines de los años setenta y principios de los ochenta, en los países de Europa Occidental, fue surgiendo e instalándose un tipo de Estado denominado por Neave (1988) «Estado evaluador» que establecía una forma particular de vincular estado–sociedad–educación superior y que condujo al desarrollo de nuevos sistemas de evaluación en las instituciones académicas. El surgimiento de los sistemas de evaluación estuvo vinculado a ciertos reclamos de la sociedad que se manifestaron como aspectos esenciales de cualquiera de ellos. En primer lugar, diversos sectores de la ciudadanía reclamaban conocer cómo y en qué se gastaban los recursos públicos que el Estado extraía a través de los impuestos; los alumnos pedían buena educación, el mercado exigía calidad, los organismos internacionales solo financiaban proyectos que pudieran ser evaluados seriamente, todo esto obligó a la universidad a redefinir —vía la evaluación de sus actividades y productos— los términos del contrato social que la ligaba con su entorno. Esta es la función de rendición de cuentas (*accountability*) de la evaluación institucional. En segundo lugar, la uni-

21. Agradecemos a Marcela Groppo y Martín Dubini, de la CONEAU, por los datos relativos a la acreditación de carreras de posgrado.

versidad necesitaba información sistemática sobre sí misma e instrumentos de gestión válidos, es decir, cumplir la función de aprendizaje institucional. Finalmente, la evaluación es un instrumento racionalizador en el proceso de asignación de recursos que siempre son escasos, lo cual convierte los sistemas de evaluación en herramientas de gestión (Krotsch, Camou y Prati, 2007).

Estos sistemas tuvieron mayor impacto en el ámbito de la investigación por tres razones: por un lado, la evaluación del desempeño en la actividad de investigación comenzó a asociarse directamente con la obtención de premios o de recompensas monetarias y simbólicas; en segundo lugar, estos sistemas comenzaron a regular el ingreso y/o permanencia en segmentos profesionales con diferente jerarquía y prestigio; y, en tercer lugar, el acceso al desarrollo de la actividad investigadora comenzó a ser garantía de un mayor status profesional, al mismo tiempo que la obtención de mejores recompensas (Araujo, 2003). Esta autora sostiene que

el fortísimo impacto en la estratificación académica de este mecanismo basado en la remuneración diferenciada según los antecedentes y desarrollo profesional individual en el área de investigación, lleva a sostener que quienes solo se ocupen de las tareas de enseñanza y de gestión, serán considerados «ciudadanos de segunda» en el complejo campo de la educación superior. Así, la antigua estratificación del cuerpo académico basada en la posición ocupada como profesor, fue siendo sustituida por el lugar que se ocupa como investigador (...) y para cuyo acceso se aplican refinados —y también altamente cuestionados— instrumentos de evaluación. (Araujo, 2003:86)

Las políticas de evaluación de la calidad tuvieron un carácter transnacional, es decir, la aparición de ese tipo de políticas se dio a nivel mundial y regional y, en su mayoría, los patrones de regulación de la educación superior que se instalaron eran propios del sistema norteamericano de acreditación de instituciones y programas. Es así que en México, en 1984, se creó el SNI, un sistema de incentivos para orientar la actividad de los investigadores del sistema público y privado distribuyendo un monto económico y una categoría (prestigio). En Venezuela, en 1990, se inauguró el PEII, un programa de promoción del investigador científico y del innovador tecnológico, con la distribución de una beca mensual en función de la categoría obtenida (Sarhou, 2013). En Colombia se constituyó un sistema de incentivos para las universidades públicas que consiste en otorgar un adicional en el salario de acuerdo con una calificación de cada docente universitario según una serie de criterios

como títulos académicos alcanzados, categoría dentro del escalafón docente, experiencia calificada y productividad académica. Más recientemente, en 2007, Uruguay creó el Sistema Nacional de Investigadores asociado al otorgamiento de incentivos económicos y a un «nivel» de investigador. Por su parte, Paraguay, luego de ser asesorado por funcionarios uruguayos, implementó en 2011 el Programa Nacional de Incentivo a los Investigadores. Todos estos programas tienen en común el pago de incentivos monetarios individuales a científicos y profesores universitarios en base a la realización de un conjunto de actividades y la demostración de ciertas credenciales. Esta política implicó a su vez el diseño de procesos de evaluación de la investigación y de los investigadores. De allí que, a tres décadas de adoptadas estas medidas, puedan encontrarse sistemas de evaluación que buscan dirigir y definir la calidad del trabajo y sistemas que buscan profundizar en la organización, determinar la asignación de recursos y valorar la relación entre los inputs y los objetivos que se pretenden alcanzar (Sarhou, 2016).

Ahora bien, lo notable en el caso del PROINCE es cómo, a pesar de haberse originado como una iniciativa de la tendencia general conocida como «Estado evaluador», sus marcos de referencia originales terminaron en buena medida siendo moldeados de la mano del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN). La participación activa de los Rectores no solo limitó las aspiraciones de la SPU por la fuerza de intereses corporativos o con el objetivo de equiparar perfiles de investigación pura con perfiles de gestión, como pudo registrarse en la voz escéptica de varios «nativos», sino que incidió para configurar un sistema que apuntó a crear una *illusio* de investigación propiamente universitaria.

Este proyecto se forjó a imagen y semejanza de la política científica desarrollada en la Universidad de Buenos Aires durante la gestión de Oscar Schuberoff (1984–2000) y de su experto a cargo de la Secretaría de Ciencia y Técnica, Mario Albornoz. La política consistió en implementar una política de «regadera» que apuntara a incentivar y financiar («fertilizar») a todos los docentes que tuvieran la intención de investigar tan solo exigiendo el cumplimiento de requisitos mínimos. La idea era luego seleccionar en función del desarrollo de los grupos aquellos que pudieran alcanzar proyectos de mayor envergadura (Vasen, 2012). El liderazgo que Schuberoff ejerció en el CIN, en base al propio peso de la UBA en el sistema, generó que otras universidades comenzaran también a acariciar este proyecto mediante la participación activa de sus Rectores en la Comisión de ciencia y técnica del CIN, promoviendo en sus casas de estudio políticas científicas institucionales de mayor o menor amplitud, pero tendientes a desarrollar esta función.

CONICET *versus* PROINCE: culturas evaluativas en pugna

El PROINCE se insertó en un sistema científico dominado por una institución con características únicas en el contexto regional, como lo es el CONICET, que había sido fundado ya en 1958. En otros trabajos Beigel (2014, 2017) ha hecho referencia a esta peculiaridad del sistema científico argentino; a saber, la convivencia conflictiva de estos dos sistemas de evaluación de investigadores.²² Mientras que en el primer organismo se estimulan las trayectorias internacionalizadas, en el segundo se tiende a incentivar a investigadores con un «habitus local». Es un caso único de coexistencia de dos culturas evaluativas de nivel nacional. Una de ellas, anclada en el CONICET, donde se recompensa la publicación indexada por sobre todas las cosas y existe una tendencia a categorizar según estándares hace ya largo tiempo impuestos por las ciencias exactas y naturales. La otra, propia de las universidades nacionales, en las cuales se recompensa el prestigio docente y donde tienen mayor incidencia las ciencias sociales y humanas.

Estos principios de legitimación disputan entre sí en un mismo campo, atravesando las disciplinas y anclando en trincheras locales desde las cuáles se acometen las arenas de batalla: los concursos docentes, la conformación de comités científicos y los procesos de categorización del PROINCE. Es que, en efecto, estas dos «carreras» de investigación no funcionan en paralelo, sino que existen cruces entre ellas. Ocurre que los investigadores del CONICET están cada vez más presentes en las universidades nacionales, de la mano del crecimiento del CONICET en la última década y de una política de federalización que promovió la radicación de investigadores del organismo en todo el país, aunque con especial concentración en la UBA (2063 investigadores de la CIC) y, aunque en menor medida, también en otras grandes universidades metropolitanas como las de La Plata (990) y Córdoba (936).²³

De modo que en las universidades nos encontramos también con investigadores altamente internacionalizados, que continúan construyendo sus carre-

22 Sobre el PROINCE la obra de referencia es la ya citada elaborada por Beigel y Bekerman (2019) a partir de una revisión general de las fuentes disponibles de todo tipo, y de una investigación empírica basada en entrevistas y observación. El PROINCE viene de ser suplantado por el Sistema Nacional de Docentes Investigadores Universitarios —SIDIUN— (Beigel y Bekerman, 2019: 282–4), sin que ello invalide el presente análisis.

23 Datos de CONICET para el total de grandes áreas a febrero de 2020. Si bien en números absolutos mucho menores, también es significativa la presencia de investigadores del CONICET en las universidades de Mar del Plata (471), Litoral (465), Rosario (439), Sur (425). Cabe señalar, sin embargo, que el peso de esta presencia relativa varía considerablemente en distintas disciplinas.

ras en el CONICET, pero sin dejar de participar de la vida universitaria en distintos niveles, desde un cargo docente simple hasta la dirección de institutos de investigación y de carreras de posgrado. En efecto, los investigadores de CONICET en general aprecian detentar un cargo de profesores en una Universidad Nacional.²⁴ De hecho, la gran mayoría de los/as investigadores del CONICET tienen lugar de trabajo y cargo docente en una Universidad Nacional.

Y, por otro lado, hay un conjunto más amplio de investigadores con un «habitus» local que han alcanzado importantes niveles de reconocimiento institucional en su universidad, y que se han categorizado en el PROINCE, quienes, incluso permaneciendo por completo ajenos a la carrera del CONICET, pueden aspirar a ser considerados en un pie de igualdad con los investigadores del CONICET. Así, en las universidades nacionales nos encontramos con investigadores con «oficios» muy diferentes que compiten en el mismo locus y disponen de credenciales habilitantes semejantes.

De esta manera, los estilos diferenciados de producción y de circulación que suelen estar asociados a las diversas disciplinas, encuentran una fuente adicional de diferenciación que incide en todo el campo científico-universitario. Así, por ejemplo, en el CONICET, un fenómeno como el reemplazo de la evaluación de la originalidad por la calificación de la indexación de las revistas atraviesa a todas las disciplinas, incluidas las ciencias sociales y humanas (Beigel, 2014). La lógica de esos estilos diferenciados está en gran medida vinculada a una dimensión institucional, en la que se oponen el peso de la cultura evaluativa internacionalizada del estilo CONICET y la tendencia más nacionalizante de la cultura evaluativa universitaria en el estilo PROINCE.

Pero también en el conjunto de las mismas universidades nacionales se observan diferencias importantes, ya que los requisitos para acceder a un cargo docente efectivo varían significativamente en función de las regulaciones autónomas de cada una. En general, en las universidades, el detentar un doctorado no es determinante para acceder a un cargo docente. Además, en muchas universidades, la trayectoria de investigación no se considera tan importante como la formación/actuación docente. Las publicaciones y los títulos de doctorado no siempre han sido factores cruciales en las evaluaciones periódicas de las universidades por parte de CONEAU,²⁵ y sobre todo han ca-

24 No solo por el cargo de dedicación simple que están autorizados a sumar a su remuneración en el CONICET, sino también por el prestigio asociado a éste y con vistas a disponer de un vivero para el reclutamiento de discípulos.

25 Obviamente, esto es diferente en la evaluación de las carreras de posgrado, especialmente en el caso de las de doctorado. La máxima titulación de los docentes, sus trayectorias en investigación

recido de impacto en el financiamiento gubernamental para las universidades públicas: de hecho, solo un 10 % del personal docente de todo el país tiene título de doctor/a. El tradicional sistema de cátedras prevalece en las universidades más grandes y antiguas, por lo que el poder «temporal» de los profesores y decanos influye en la selección de los jurados de los concursos. Y, sin embargo, tampoco cabría afirmar simplemente que los puestos docentes se asignan de manera discrecional, porque los antecedentes docentes implican un conjunto de competencias relacionadas con el dominio de la agenda local y son un capital de peso en estas disputas.

A diferencia de los investigadores del CONICET, acostumbrados a ser examinados por comisiones con criterios de evaluación cada vez más internacionalizados, los profesores universitarios se desenvuelven en instituciones con autonomía y autarquía, muchas de las cuales resistieron la implementación de la evaluación externa y acreditación que se impuso durante los años de 1990. Esto favoreció la extensión de un discurso horizontalista que cuajó en la idea de un profesorado «popular» frente a un investigador que habitaba en su «torre de marfil». Parte de esa autopercepción fue alimentada durante la década de 1990, una etapa de ajustes financieros en todo el campo científico–universitario en la que la mayoría de los cargos docentes fueron interinos y en la cual los investigadores que lograban ingresar al CONICET lo hacían en institutos que estaban fuera de la universidad. Los profesores que desarrollaron una trayectoria docente y no pudieron —los hay también que no quisieron— ingresar al CONICET, vivieron un ambiente de restricción que motorizó su compromiso personal para asegurar el funcionamiento de las carreras de grado. El resultado fue una autopercepción de «superioridad» de los profesores universitarios frente a sus contendientes «externos», la cual estaba basada en el conocimiento de la agenda local de discusión, la participación en la construcción de las instituciones, en el dominio pedagógico y en la experiencia docente, por muchos considerada como la función básica de la universidad. Se condensó, así, en estos perfiles, una conjunción entre el prestigio docente, un saber–hacer construido en una experiencia institucional refractaria a la influencia externa y una especie de capital social que se adquiere en la dinámica política de las facultades.

El hecho de que existan tasas diferenciales de conversión para los capitales en juego, es decir, que los investigadores de CONICET participan en importante

y sus publicaciones son criterios importantes para la acreditación de las carreras y, en particular, para la asignación de categorías.

cantidad en los comités de pares de PROINCE mientras que son escasos los docentes–investigadores que integran las comisiones asesoras del CONICET, llegó a generar en éstos últimos algún temor acerca de los peligros de la imposición de los criterios CONICET. Esto produce una constante tensión en las prácticas evaluativas universitarias, por una parte, frente a los criterios que se aplican en CONICET, y por la otra, atendiendo a la propia diversidad que existe entre las universidades nacionales de distintas regiones del país que exhiben diferentes culturas evaluativas y científicas. En las ciencias exactas y naturales se observan mayores afinidades con los criterios aplicados en CONICET que en las ciencias sociales y humanidades, pero las tensiones se registran a lo largo de todo el proceso de categorización, con particularidades disciplinares y regionales.

Sin embargo, según lo muestran las observaciones realizadas, los investigadores del CONICET que han participado como evaluadores en el PROINCE, han asumido por lo general que venían a evaluar un sistema muy distinto, y se comportaron por ende de acuerdo con parámetros diversos a los de su institución de procedencia. Con una tendencia «solidaria», a muchos de ellos se los vio dedicados a analizar en detalle las postulaciones apuntando siempre a que los aspirantes alcancen la categoría solicitada. Desmintiendo a quiénes los consideraban «agentes dobles», parecieron más bien ajustarse a la consigna: «No transportemos criterios de CONICET a las universidades ni a la inversa, de las universidades al CONICET» (Beigel y Bekerman, 2019).

La evaluación de las ciencias sociales en el CONICET y en el PROINCE

En el sistema científico argentino, estas dos culturas evaluativas interactúan entre sí, de modo que cada una termina produciendo efectos sobre la otra. Es oportuno traer aquí un caso sintomático del proceso de uniformización de las prácticas evaluativas en Argentina, que denota el impacto del PROINCE sobre el CONICET, y que concierne, no casualmente, a las ciencias sociales.

Nos referimos a la utilización de la indexación de las revistas como instrumento de clasificación del valor de las publicaciones de los candidatos a ingreso y promoción del CONICET. En sus comienzos, este proceso operó en las ciencias exactas y naturales, mediante el uso del *Science Citation Index* y del Factor de impacto/*ranking* de las publicaciones.²⁶ Así, el CONICET distinguió

26 Gingras (2016, p.103) ha denunciado cómo el *factor de impacto*, un indicador creado inicialmente para la evaluación de las revistas, ha pasado a ser usado de modo impropio para la evaluación de los investigadores y de sus artículos.

tres grupos de revistas, según su «calidad», identificados con las jerarquías impuestas por esos *rankings* y bases de datos. El proceso fue extendiéndose de a poco a las demás ciencias «duras» con el uso de Scopus, una base que fue concebida por el organismo y por esas comunidades académicas como más abarcativa de la diversidad disciplinar.

Ahora bien, más recientemente, las ciencias sociales y humanas también establecieron sus propios «tres grupos de revistas», acorde a la indexación de las mismas. Esto llevó a que el Directorio del CONICET aprobara la Resolución D-2249/14, por la cual también las disciplinas sociales pasaron a clasificar sus publicaciones con un mecanismo de exteriorización de la autoridad científica, depositando la confianza en los estándares de calidad evaluados por esos repositorios bibliométricos. Pero en este caso, con una diferencia crucial: la inclusión formal de SCIELO en el Grupo 1 junto a SSCI-Clarivate, Scopus y ERIH. Más aún, esta ampliación de los indexadores admitidos se extendió rápidamente a Latindex-Catálogo, en este caso, ya con carácter de «uso consuetudinario», vale decir, no amparado por resolución alguna.²⁷ Este ha sido un cambio sustancial, si se tiene en cuenta que la relevancia de las otras formas de indexación (en los Grupos 2 y 3), es secundaria: en la práctica evaluativa son las revistas del Grupo 1 las que terminan definiendo un ingreso o una promoción.

Lo cierto es que, a pesar de que las reglamentaciones nunca han dejado de apuntar a la necesidad de producir juicios cualitativos, en la práctica la indexación funciona como un mecanismo de tercerización que cada vez más tiende a reemplazar la evaluación y discusión acerca de la calidad y originalidad de los trabajos, y este fenómeno es común a todas las áreas científicas (Beigel, 2014). El argumento es que el *paper* ya ha sido sometido a un riguroso proceso de evaluación por parte de la revista,²⁸ y hace abstracción de las importantes disparidades de calidad que pueda presentar con respecto a otros publicados en la misma revista, situación aún más grave en el caso de las ciencias sociales, caracterizadas por una fuerte heterogeneidad de criterios.

27 En la Resolución 2249/14 Latindex-catálogo figura como Grupo 3.

28 Sobre este mecanismo de tercerización, Piovani escribió: «Para defender esta operación se ha argumentado que si un artículo fue publicado en una revista de primer nivel su calidad puede darse por descontada, ya que para aceptarlo se han aplicado estrictos sistemas de revisión por pares»; observando además la incongruencia que supondría extender el argumento a la situación inversa, infiriendo que un artículo publicado en una revista no indizada habrá de ser necesariamente de «baja calidad», y estará condenado a no tener impacto (Piovani, 2015: 37-8).

Al fenómeno de la tercerización evaluativa hay que asociar, además, la valoración mayor de las publicaciones internacionales con respecto a las nacionales, que son menos recompensadas en la evaluación de las candidaturas. Es sintomático que, llamados los investigadores del CONICET a seleccionar sus publicaciones más relevantes, solo un 7 % del total de las publicaciones que han elegido para promocionar pertenezcan a revistas argentinas (Beigel, 2014). Esta combinación de sobrevaloración de la indexación y de desprecio por las publicaciones nacionales muestra como la globalización académica traza fronteras al espacio de posibilidades de las prácticas evaluativas en todas las disciplinas.²⁹

Así, como un resultado más del impacto de las otras culturas institucionales en juego, la batalla que las ciencias sociales y humanas libraron en las instancias decisorias del CONICET para validar indexaciones alternativas al circuito *mainstream* terminó estimulando una modalidad específica de publicación internacional que marcó una diferencia notable en las trayectorias de estos investigadores. Las publicaciones en el circuito iberoamericano resultaron finalmente aceptadas por los biólogos, ingenieros y matemáticos como siendo de igual valor que las editadas en inglés. Hoy en día, la mayor parte de los jóvenes científicos sociales ingresados al organismo en la fase expansiva de la última década tienen una orientación hacia el circuito regional,³⁰ y solo una pequeña minoría registra apariciones en Scopus y cuenta con un *h index*. Ello contrasta fuertemente con la situación en otros países latinoamericanos —especialmente México, Colombia y Chile—, donde las élites académicas de todas las disciplinas son incentivadas bajo diferentes formas para publicar exclusivamente en circuitos *mainstream*.

Obviamente, si incluso en el propio seno del CONICET la peculiaridad de las ciencias sociales y humanas ha tenido éxito en ampliar los márgenes de maniobra y conquistar cierta autonomía institucional, en el otro sistema nacional de clasificación de investigadores —el PROINCE— ha tenido efectos mucho mayores.

Globalmente, la cultura evaluativa del CONICET ha probado ser mucho más homogénea y universalizante que la de las universidades nacionales: el

29 Empero, el desprecio por lo nacional dista de ser unánime. Eloísa Martín cita un investigador brasileño de las ciencias sociales que argumenta su preferencia por publicar en revistas de su país. «Con lo que demoro en publicar un artículo en una revista internacional, publico tres en una A1 nacional. Y mal no me ha ido con eso en mi carrera» (2013, p. 13). [A1 es el máximo nivel de calidad en la clasificación brasileña de las revistas por el QUALIS-CAPES].

30 Véase, en este volumen, el capítulo a cargo de Baranger y Beigel.

ingreso y promoción se obtienen básicamente a través de las publicaciones internacionales en revistas indexadas, con lo cual el circuito de publicación dominante es el *mainstream* y la lengua dominante de escritura es el inglés. El PROINCE, en cambio, categoriza nacionalmente los investigadores/as en base a un conjunto de criterios entre los cuales las publicaciones son apenas un ítem entre otros, y solo demanda que las mismas sean «preferentemente con referato». Es un sistema de evaluación muy heterogéneo, en el que pueden observarse diferencias de aplicación disciplinares y geográficas. Por otra parte, el ingreso a la docencia depende de reglamentaciones tan diversas como las sesenta universidades nacionales existentes y, en muchas de ellas, los antecedentes de investigación tienen una participación considerablemente menor a los antecedentes de docencia. Uno de los aspectos principales que singularizan el PROINCE en relación con las tendencias evaluativas globalizadas, y que se explica por la combinación de una «autonomía histórica» y las estrategias de la «heteronomía concertada» arriba señaladas, se halla alojado en el corazón de los criterios de evaluación. Nos referimos al hecho de que nunca se incorporó un criterio de evaluación de la producción basado en la indexación, y mucho menos en el impacto o el índice de citas, lo que sí ocurrió en otros países, y que es moneda corriente en el CONICET.

Abordando ahora lo ocurrido con el PROINCE existe una copiosa literatura que analiza la historia y la normativa que le dio vida, su devenir —sobre todo en el contexto de los años 90— y sus efectos en la estructura general del sistema universitario (Sarhou 2014 y 2016; Carrizo 2011; Prati 2008; Araujo 2003; Carullo y Vaccarezza 1997, Bekerman 2018; entre otros). Existe un grupo de trabajos más focalizados que examinan el impacto de dicho Programa en instituciones universitarias específicas a partir de la percepción de los mismos docentes (Algañaraz y Castillo 2018; Ridel 2011; García de Fanelli y Moguillansky 2009; Prego y Prati 2006; Prati 2003; Fernandez Berdaguer y Vaccarezza, 1996). En su mayoría estos autores coinciden en puntualizar su impacto en la profesionalización académica, un incremento en el número de investigadores y proyectos, mayor en las universidades con menor tradición en la investigación y, dentro de cada universidad, mayor en las disciplinas con menor tradición en la investigación: las humanidades y las ciencias sociales, ciertas especialidades del campo tecnológico, y las áreas en las que tiene un fuerte peso el ejercicio profesional. Prati (2003) señala como uno de los efectos más relevantes del PROINCE un cambio en los criterios de status en el medio académico, a partir de la creciente importancia que adquirieron las actividades de investigación en la adquisición de prestigio social. La mayor parte

de la literatura especializada coincide en afirmar que el Programa contribuyó a otorgar identidad institucional a la investigación en las universidades, a partir de la creación de una nueva figura, el «docente–investigador», que realiza investigación en relación de dependencia respecto de la propia universidad, y no necesariamente en relación con un organismo externo (por ejemplo, el CONICET). Esta identidad fue además reforzada mediante la creación de una suerte de «escalafón» específico para los investigadores (la «categoría»), paralelo al escalafón docente y que dio origen a no pocos conflictos (Prati, 2003:51).

Otros autores señalan que, por otra parte, el PROINCE modificó la inserción de los investigadores del CONICET porque comenzaron a dedicarle más tiempo a las actividades de docencia; produjo cambios en la estructura de los proyectos al aumentar el promedio de integrantes y disminuir la participación de proyectos unipersonales; impactó positivamente en la formación de recursos humanos, las publicaciones, la difusión y su impacto social (Araujo, 2003). El principal objetivo del programa parece haberse cumplido, esto es, institucionalizar un sistema de investigación en las universidades que colabore en dos sentidos: potenciar la actividad de investigación en docentes que se dedicaban casi exclusivamente a la enseñanza y articular la actividad de investigación y docencia, cuyo divorcio tiene raíces históricas, manifiesta en científicos que pertenecían a organismos como el CONICET y que no realizaban tareas de docencia.

Mientras los impactos positivos y negativos del PROINCE han sido ampliamente analizados (Leal de Man, 2002), la dinámica de trabajo de los comités de pares durante el proceso mismo de categorización ha sido poco indagada. Precisamente, la investigación coordinada por Beigel y Bekerman procuró ahondar en el modo en que se *categoriza* en el PROINCE. Las responsables de organizar y monitorear la evaluación son las Comisiones Regionales de Categorización (CRC), cuyos integrantes, según el caso, tienden a mantener cierta permanencia en el cargo, llegando a instituir criterios de evaluación perdurables. En otros casos, los miembros de las CRC son «recién llegados» al campo y responden a los vaivenes de la política universitaria.

Pero quienes efectivamente realizan la evaluación son los comités de evaluación, integrados por investigadores que han alcanzado la categoría I o II, aunque sin que lleguen a funcionar realmente como pares evaluadores, al enfrentarse a montañas de capetas, ceñidos por la grilla y la presión derivada del escaso tiempo disponible frente a la cantidad de postulaciones.

El proceso de categorización en sí consiste en una evaluación *ex post* de proyectos y rendimiento que comienza con la verificación de una condición de admisibilidad que se resuelve administrativamente: la participación en (o

dirección de) proyectos de investigación acreditados por una universidad, en base la evaluación externa del proyecto y de sus resultados. Sobre esa base se pasa a la evaluación propiamente dicha cuyo resultado es la clasificación en cinco categorías de los aspirantes en base a un examen de la trayectoria individual de los docentes investigadores y a una valoración de los productos de las actividades académicas realizadas (Bekerman, 2019).

El análisis sobre la organización de los comités evaluadores y sus condicionamientos ha mostrado que éstos desarrollan una evaluación de tipo *sui generis* que se diferencia del sistema de evaluación basado en pares expertos y que tampoco constituye una comisión con potestad de elaborar un orden de mérito general (ya que no se trata de un concurso). En efecto, la conformación de los comités evaluadores está basada en criterios disciplinares amplios, pero no se seleccionan (ni sería factible hacerlo, dada la complejidad y la masividad del programa³¹) pares externos expertos en temáticas o perspectivas específicas de los evaluados.³²

Vale decir que los evaluadores solo ocasionalmente pueden tener alguna versación especial en los temas desarrollados por los aspirantes. Es que en verdad ni siquiera es necesario que se cumpla un criterio estricto de pertenencia al mismo campo disciplinar. Primero, porque muchas comisiones son multidisciplinarias: «antropología, sociología y ciencias políticas», sin ir más lejos. Segundo, porque en sus últimas ediciones, solo dos de los tres integrantes del comité de pares, pertenecen al área (multi)disciplinar, mientras que el restante es extradisciplinar. Los miembros de cada comité solo disponen del Manual de procedimientos, de la grilla, y de un concepto más o menos brumoso sobre lo que se debe entender por buena investigación en un docente universitario.³³ Vale decir que las más de las veces los evaluadores no están en condiciones de emitir un juicio informado sobre la calidad científica de las contribuciones de cada postulante, con lo cual se refuerza la tendencia a realizar una mera evaluación de perfiles y de productividad.

31 El último proceso de categorización, durante 2016–18, versó sobre un total de 28.714 postulaciones (Beigel y Bekerman, 2019: 76). En cambio, las comisiones de ingreso y promoción del CONICET trabajan cada año sobre números de aspirantes que se cuentan por decenas o, a lo sumo, por centenas.

32 En el CONICET las evaluaciones de ingreso y promoción de los investigadores se hacen siempre recurriendo a pares externos con experticia temática, no así la de los informes bienales (anuales para los Asistentes), ni de los informes finales.

33 Como fuera observado en la investigación ya mencionada, «no existe en los comités de pares un criterio uniforme sobre lo que implica la calidad de la investigación ni mucho menos una forma única de ponderar el desempeño de sus pares docentes» (Beigel y Bekerman, 2019: 278)

Siendo esta la situación, no es de extrañar que, en la última categorización, los evaluadores ya ni siquiera hayan tenido acceso a los contenidos de las publicaciones, por lo tanto, sin posibilidad alguna de evaluar directamente la calidad y originalidad de los aportes científicos del postulante, de modo que debieron limitarse a una ponderación cuantitativa de sus producciones, actividades de investigación, extensión, transferencia, gestión, etc. El programa establece puntajes máximos (y, en algunos casos, mínimos) predefinidos para cada ítem (la grilla de puntajes) lo que contribuye a profundizar una forma de evaluación burocrático-administrativa. Esto deriva en una suerte de rutinización de los procesos donde los evaluadores aplican un instrumento de política, a veces sin mayor claridad en relación con los objetivos y los principios que la justifican desde el punto de vista político-institucional (Algañazar, 2019; Bekerman, 2019).

Conclusión

Comenzamos este capítulo discutiendo sobre los factores que inciden en la valoración de la excelencia, la cual solamente en parte resulta ser un juicio modelado por los propios actores del proceso de evaluación, como enfatiza Lamont, puesto que la evaluación opera siempre, según Bourdieu, dentro de un marco de condiciones que emergen en un campo o subcampo en un punto determinado del espacio-tiempo.

Luego realizamos una somera descripción del campo científico en la Argentina, tal como se conformó a partir de las reformas emprendidas en los '90, en el marco de un proceso de globalización de las políticas públicas. En esa década fue cuando más cerca se estuvo de que emergiera un *sistema* científico en sentido pleno, cuyos elementos respondieran todos a una orientación política unificada. Pero, ni siquiera en esa oportunidad, la eficacia de la llamada «globalización académica» o del Estado evaluador alcanzaron para imponer un tipo de cultura evaluativa o modificar estilos de producción y circulación científica en una comunidad nacional con un sistema universitario caracterizado por una fuerte autonomía institucional. En el caso argentino fueron dos los factores histórico-estructurales que condicionaron fuertemente el espacio de los posibles en los procesos de evaluación.

El primer factor fue la existencia, desde 1958, de una agencia pública como el CONICET, con una carrera de investigación separada de las universidades, que conoció etapas de fuerte expansión, en especial durante la última dicta-

dura militar y luego, ya en el presente siglo, con los gobiernos de Néstor y de Cristina Kirchner.

El segundo factor fue la arraigada tradición de autonomía universitaria que también atravesó distintas etapas en Argentina y asumió, en los años noventa, una particular configuración. El análisis de la literatura disponible sobre el PROINCE ha permitido establecer que, aún cuando su objetivo medular fuera la instauración de mecanismos externos de evaluación, en el proceso de su configuración terminó moldeándose como un mecanismo para impulsar la investigación por parte de los docentes universitarios, y no como la aplicación de un modelo basado en una vara foránea (Beigel y Bekerman, 2019).

Por otra parte, en un país como la Argentina, es importante tener en cuenta la estructura desigual del sistema académico mundial que genera la universalización de ciertos juicios o criterios asociados a un proceso histórico de mercantilización de la ciencia que ha venido extendiéndose desde el norte hacia el sur.³⁴ Pero ello sin dejar de tener presente que incluso aquellos criterios globales o universales, que son aceptados muchas veces localmente por provenir de los «centros de excelencia», producen apenas una «excelencia local» contextualizada, construida socialmente por determinados actores, que tiende a «universalizarse» a través de una sucesión continua de procesos de evaluación (Davyt y Velho, 1999:33).

Junto con el proceso de «universalización» de criterios e indicadores bibliométricos sostenidos en bases de datos supuestamente «internacionales», el proceso de categorización/clasificación de los investigadores ha venido complejizándose en todas las instituciones. La evaluación de pares propiamente dicha sigue teniendo intervención mediante la opinión experta de especialistas para evaluar artículos en una revista, proyectos de investigación en la ANP-CYT, ingresos a carrera o promociones en el CONICET.

Pero existe toda una estructura intermedia de comisiones evaluadoras compuestas también por pares, quienes, más que officiar como expertos para analizar la originalidad de las contribuciones científicas de los/as candidatos/as, tienen el cometido de analizar perfiles y ofrecer un orden de mérito a quienes

34 Esto no significa que en el Norte los evaluadores tengan más libertad de acción que en la periferia. La atadura del financiamiento a la productividad medida en términos bibliométricos afecta a todas las comunidades científicas en mayor o menor medida. Ya a fines de los 80 Bourdieu veía como única posibilidad de autonomía de la ciencia social la constitución de un campo a escala mundial basado en una suerte de «unión de los trabajadores de la prueba» para resistir a los embates del neoliberalismo, lo que llevó al episodio de su paradójico acercamiento a James Coleman en ocasión del Coloquio de Chicago en 1989 (Baranger, 2005, p. 210).

resuelven efectivamente sobre los cupos, cargos docentes y de investigación o ascensos de categoría. Esa estructura institucional que analizamos en detalle para el caso del PROINCE argentino y de su alter ego, el CONICET, reduce cada vez más la injerencia tanto de los juicios como de los distintos marcos categoriales, y no solamente en función de las posiciones de los evaluadores en el campo, sino mayormente, en relación con las tensiones y márgenes de autonomía que esas instituciones tienen para moldear esos perfiles en función de las presiones de agentes locales, nacionales o foráneos.

La capacidad de estas comisiones evaluadoras para modificar criterios establecidos y refractar criterios heterónomos es limitada, lo que precisamente reactualiza los efectos estructurantes del campo. La adopción de los criterios «universales» o rankings universitarios es variable según los países y establece un espacio de los posibles abierto a las culturas institucionales. Esos efectos son «de campo», porque la modalidad de adopción por parte de las agencias públicas y universidades de esos indicadores finalmente resulta en una «nacionalización» histórico-concreta de criterios e instrumentos de evaluación que define perfiles para las posiciones, cargos y promociones.

Mientras en el CONICET se forjó un oficio de investigador internacionalizado, basado en una cultura evaluativa productivista, las universidades nacionales construyeron su propio estilo de investigador, con mayor énfasis en el prestigio docente. Estos dos principios diferentes de legitimación nos han permitido pensar en la existencia de una élite académica bifronte, con hábitos de producción y circulación diversos que generan perfiles sumamente internacionalizados frente a perfiles claramente localistas o nacionalizantes (Beigel, 2017).

Sin embargo, esta oposición entre las dos culturas evaluativas bien descritas por Beigel se despliega en varios matices intermedios cuando se pretende dar cuenta en sus detalles de una experiencia que es bastante abigarrada. Hay que pensar más bien en un continuo de situaciones en el cual los dos principios se combinan en grados diversos entre los dos extremos «puros» del internacionalismo globalizante y el localismo a ultranza. De hecho, es sabido que existen en universidades públicas institutos con el mayor nivel de exigencia científica, mientras que en el mismo CONICET pueden subsistir bolsones de muy bajas productividad e internacionalización. Así, las instituciones que se oponen en ese conflicto no constituyen bloques totalmente homogéneos, deben verse más bien como tipos polares de un continuo. Por otra parte, en la práctica el sistema de evaluación del CONICET es menos opuesto al de las universidades de lo que se podría pensar. Así, si la masividad en el PROINCE

ha llevado de modo ineluctable al predominio de criterios cuantitativos, también el productivismo del CONICET ha venido inclinándose más y más hacia procedimientos de esa naturaleza.³⁵

Cada vez más, el CONICET pone el acento en la definición de la productividad de sus investigadores en todas las disciplinas de acuerdo con criterios cuantitativos (número de *papers*) antes que cualitativos. Es una forma de tercerización de la tarea basada en la idea, no del todo descabellada, de que la calidad de los artículos ya ha sido objeto de evaluación por parte de las propias revistas. Esto puede llegar a funcionar razonablemente bien, siempre y cuando las revistas ejecuten a conciencia los delicados procedimientos atinentes al referato doble ciego. Pero ello no es siempre el caso en un sistema de publicaciones crecientemente mercantilizado, cuando además puede ocurrir que la indexación responda a criterios considerados en su formalidad y no en la calidad de su aplicación, o se difuminen las diferencias entre revistas de calidad y revistas cuestionables o predatorias. Los integrantes de las comisiones pueden estar al tanto de algunas de esas infracciones. Pero en la situación actual en que la aplicación de los puntajes se hace más y más mecánica («para un artículo en una revista del Grupo 1, x puntos»), no parece simple dejar de puntuar un artículo en una revista que por sus indexaciones figura formalmente en el Grupo de cada nivel. De más está decir que en esta instancia —al igual que en muchas otras— la perspectiva de una eventual judicialización, que deriva en el fetichismo del número, no contribuye a aumentar la calidad de las evaluaciones.

La falta de consensos básicos en el campo de las ciencias sociales hace que la tarea de la evaluación se torne mucho más complicada. La siguiente observación de un colega entrevistado por Davyt y Velho (1999:32–3) ilustra perfectamente la cuestión: «los científicos sociales tenemos una estructuración del campo tan baja, que tenemos que sistemáticamente estar construyendo una intersubjetividad,³⁶ en cambio, los científicos duros dicen: publicó en tal revista, esto es tantos puntos; no se preocupan por el contenido; en tanto

35 Según el primer principio del *Manifiesto de Leiden* «La evaluación cuantitativa, debe apoyar el juicio experto cualitativo [...] Los indicadores no deben sustituir al juicio experto» (Hicks *et al.*, 2015, p. 430). Pero el hecho es que, lamentablemente, hay una tendencia muy fuerte en muchas instituciones a proceder a esa sustitución.

36 Ya Galtung advertía, a propósito de la sociología latinoamericana, acerca de lo difícil que es lograr esto: «*It is easy to talk about the scientific requirement "intersubjectivity" – that the validity of propositions and theories should be confirmed by the widest possible variety of competent scientists – it is not so easy to institutionalize*» (1966, p.20).

que evaluadores, sistemáticamente están delegando las evaluaciones a otros». Dado el estado actual de masividad de las convocatorias,³⁷ es explicable la tendencia de la evaluación a reducirse a la dimensión cuantitativa. Y el problema se agudiza cuando esto se combina con un sistema de reglas de evaluación de las revistas lleno de ambigüedades, con el riesgo cierto de llevar a resultados cada vez más dudosos.

Nos hemos referido ya al carácter performativo de la evaluación. En la medida en que los evaluados tienden a ajustar sus prácticas a los criterios más valorizados, la evaluación es un instrumento muy poderoso de política científica. Pero a la vez se generan efectos perversos, por la misma tendencia de los candidatos a cambiar sus prácticas de publicación para beneficiarse con los indicadores privilegiados.³⁸ Así en el CONICET, se observa un círculo escasamente virtuoso, ya que el énfasis en lo cuantitativo impulsa a los becarios y candidatos al ingreso a la CIC a publicar el mayor número de artículos posible en el Grupo 1, lo cual en ocasiones juega en detrimento de la calidad. Ello entraña un fenómeno de sobreproducción de artículos, que configura una situación de polución editorial en la cual cada vez se hace más difícil distinguir lo bueno de lo menos bueno.

Es imposible —amén de no necesariamente deseable— acercarse en las ciencias sociales a un modelo de evaluación como el vigente en Física, que se basa en amplios consensos paradigmáticos, que se extienden hasta abarcar los formatos de publicación y la calidad de las revistas. El hecho es que, por cuestionables que puedan ser, métricas como el *factor de impacto* y el *índice h* tienden a ser reconocidas como legítimas por los investigadores de las ciencias duras. En Argentina la aplicación de esos procedimientos de la cienciometría no ha avanzado mucho en las ciencias sociales y esa es una ventaja para reconfigurar el sistema de evaluación hacia un ciclo más virtuoso. No solo por la situación de pluralismo teórico que es consustancial a estas disciplinas, sino también porque en ellas, en general, la práctica de la publicación en inglés no se ha convertido en el estándar, siendo que los principales referentes en la materia (WoS y Scopus) operan con muy escasa presencia en sus catálogos de revistas publicadas en español o en otras lenguas.

37 Durante 2020, en el CONICET la Comisión de Becas de Sociología tuvo que avaluar más de 500 presentaciones, mientras que la de Ingresos a la CIC trató unas 150 solicitudes.

38 «Publication practices tend to change in order to perversely adapt to the indicators used in evaluation. Hence, social scientists and humanists are pushed to publish more journal articles instead of books or book chapters, as the latter take more time to be cited and cannot be attributed an impact factor» (Gingras, 2016, p.61).

Una mejora de los procedimientos de evaluación requiere inevitablemente hacerle un mayor lugar al aspecto cualitativo, en consonancia con lo que expresan en general las reglamentaciones, aunque este criterio termine pasando a segundo plano por fuerza de la necesidad. La intersubjetividad trabajosamente alcanzada en la construcción y aplicación de criterios de calidad requiere esencialmente tiempo a la vez que es siempre más propensa a sucumbir ante la «objetividad» del número impoluto en los estrados judiciales. Pero el juicio que debe importar es el que está a cargo de pares evaluadores expertos en la temática. En ellos está la base irremplazable de un buen sistema de evaluación. El problema consiste entonces en crear las condiciones para que este juicio experto pueda expresarse del modo más efectivo, aliviando la carga evaluativa en el sistema, priorizando pocas pero relevantes instancias de evaluación, y reconociendo esa tarea.

Retornar al énfasis en lo cualitativo no significa necesariamente tirar por la borda la dimensión cuantitativa, fundada en el argumento de la tercerización, según el cual el estar publicado en una revista de primer nivel es suficiente para que un artículo pueda ser considerado de calidad. Pero la aplicación de un criterio tal requeriría aunque más no fuera llegar a establecer un sistema consensuado a nivel nacional de clasificación de las revistas a la manera del QUALIS brasileño, en el cual el nivel de una misma revista varía según la disciplina³⁹ y también en el tiempo como fruto de una revisión periódica ejercida consistentemente. Aunque ésta no sería la panacea, mejoraría la situación.

La evaluación, hoy más que nunca, está al orden del día. En un proceso a todas luces irreversible, cada vez son más las demandas desde diferentes instancias del sistema científico y académico a las que deben responder los investigadores, y cada vez resulta más difícil encontrar respuesta por parte de éstos. De ahí una tendencia creciente en algunos organismos a convocar a especialistas del extranjero⁴⁰ para resolver áreas de vacancia y conflictos de interés propios de un universo que, aún en expansión, se torna diminuto a la escala de *expertise* demandada. Por cierto, la discusión acerca de la evaluación científica, y más aún en el área de las disciplinas sociales, no está próxima a agotarse.

39 Conviene señalar, sin embargo, que los estudios del sistema QUALIS destacan el uso extendido del factor de impacto para evaluar las revistas frente a la aspiración originaria del sistema que consistía en una evaluación experta de la calidad de cada revista.

40 El procedimiento actual de la ANPCYT establece que en las categorías más altas de los PICTs, cada solicitud debe ser evaluada como mínimo por tres especialistas, y al menos uno de ellos del extranjero.

Referencias bibliográficas

- Albornoz, Mario (2003). Evaluación en ciencia y tecnología. *Perspectivas metodológicas*, noviembre, Año III, Nº 3, pp.17–34. Universidad de Lanús.
- Algañaraz, Víctor (2019). Las prácticas evaluativas del programa de incentivos in situ. Geografía y geología del proceso de categorización. En F. Beigel y F. Bekerman (Coords.) *Culturas evaluativas: Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a Docentes–Investigadores en Argentina (1993–2018)* (pp. 139–182). CLACSO–CONADU.
- Algañaraz, Víctor y Gonzalo Castillo (2017). El Desarrollo Reciente de las *Research Capacities* en la Universidad Nacional de San Juan (2003–2017). Entre la expansión y su freno. *De prácticas y discursos*, UNNE. 6, 8, 11–44. <https://revistas.unne.edu.ar/index.php/dpd/article/view/2368>.
- Araujo, Sonia (2003). *Universidad, investigación e incentivos. La cara oscura*. Ediciones Al Margen.
- Bachelard, Gaston (1994 [1940]). *La philosophie du non*. PUF.
- Baranger, Denis (2005). *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*. Prometeo.
- Baranger, Denis (2014). ¿Primos paralelos o cruzados? Antropólogos y sociólogos en el sistema científico argentino. Documento de trabajo. <https://unam-ar.academia.edu/Denis-Baranger>
- Becher, Tony (2001 [1989]). *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*. Gedisa.
- Beigel, Fernanda (2014). Publishing from the periphery: Structural heterogeneity and segmented circuits. The evaluation of scientific publications for tenure in Argentina’s CONICET. *Current Sociology*, 62, 5, 743–765. <https://doi.org/10.1177/0011392114533977>
- Beigel, Fernanda (2017). Científicos periféricos, entre Ariel y Calibán. Saberes institucionales y circuitos de consagración en Argentina: Las publicaciones de los investigadores del CONICET, *DADOS – Revista de Ciências Sociais*, 60 (3), 825–865.
- Beigel, Fernanda y Fabiana Bekerman (2019). *Culturas evaluativas: Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a Docentes–Investigadores en Argentina (1993–2018)*. Buenos Aires, CLACSO–CONADU. <https://www.clacso.org/culturas-evaluativas/>
- Bekerman, Fabiana (2018) El Programa de Incentivos a los docentes–investigadores «puertas adentro». *Horizontes Sociológicos*, 10, 6, 115–137. Disponible en: <http://aass.org.elsevier.com/ojs/index.php/hs/issue/view/11/showtoc>
- Bekerman, Fabiana (2019). El PROINCE como instancia de legitimación de una cultura evaluativa. Capitales, inversiones y controversias. En F. Beigel y F. Bekerman (Coords.) *Culturas evaluativas: Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a Docentes–Investigadores en Argentina (1993–2018)* (pp. 237–268). CLACSO–CONADU.
- Bianco, Mariela, Natalia Gras y Judith Sutz, (2014). Reflexiones sobre la práctica de la evaluación académica. En M. Bianco y J. Sutz (Coords.) *Veinte años de políticas de investigación en las Universidades de la República. Aciertos, dudas y aprendizajes* (pp. 209–233). Ediciones Trilce.
- Bourdieu, Pierre (1980). *Le sens pratique*. Minuit.

- Bourdieu, P. (1997). *Les usages sociaux de la science. Pour une sociologie clinique du champ scientifique*. INRA.
- Bourdieu, Pierre (2001). *Science de la science et réflexivité*, Raisons d'agir.
- Bourdieu, Pierre, (2015). *Sociologie générale, volume 1 – Cours au collège de France 1982– 1984*. Seuil.
- Carrizo, Erica (2011). Las políticas de C y T durante los años noventa: la triangulación entre el Conicet, la Secretaría de políticas universitarias, y la Agencia nacional de promoción científica y tecnológica en torno a la promoción de la investigación. Tesis de Maestría en política y gestión de la ciencia y la tecnología, UBA.
- Carullo, Juan Carlos y Leonardo Vaccarezza (1997). El incentivo a la investigación universitaria como instrumento de promoción y gestión de la I+D. *Redes*, 4, 10, 155–178. <http://www.redalyc.org/pdf/907/90711303007.pdf>
- Cohen, Morris y Ernest Nagel (1968). *Introducción a la lógica y al método científico*. Amorrortu, 2 vol.
- Davyt, Amílcar y Léa Velho (1999). Excelencia científica: la construcción de la ciencia a través de su evaluación. La Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC), Uruguay. *Redes*, 6, 13, 13–48.
- Del Bello, Juan Carlos (2014). Argentina: experiencia de transformación de la institucionalidad pública de apoyo a la innovación y al desarrollo tecnológico. En G. Rivas y S. Rovira (eds.): *Nuevas instituciones para la innovación. Prácticas y experiencias en América Latina* (pp. 35–83). CEPAL/GIZ/BMZ.
- Fernández Berdaguer, L. y Leonardo Vaccarezza (1996). Estructura social y conflicto en la comunidad científica universitaria: la aplicación del programa de incentivos para docentes investigadores en las universidades argentinas. En M. Albornoz, P. Kreimer y E. Glavich (eds.), *Ciencia y sociedad en América Latina* (pp. 250–264). UNQUI.
- Galtung, Johan (1966). Socio-Cultural Factors and the Development of Sociology in Latin America. *Social Science Information*, 5, 7–33.
- García de Fanelli, Ana María y Marina Moguillansky (2014). La docencia universitaria en Argentina Obstáculos en la carrera académica. *Education Policy Analysis Archives/Archivos Analíticos de Políticas Educativas*, 22, 1–18.
- Gingras, Yves (2016). *Bibliometrics and research evaluation: uses and abuses*. Cambridge (MA): The MIT Press.
- Golombek, Diego (2012). *Demoliendo papers: la trastienda de las publicaciones científicas*. Siglo XXI.
- Hackett, Edward J. y Daryl Chubin (2003) Peer Review for the 21st Century: Applications to Education Research. Prepared for a National Research Council Workshop Washington DC. February 25.
- Hammarfelt, Björn (2016). Beyond Coverage: Toward a Bibliometrics for the Humanities. En Michael Ochsner, Sven E. Hug y Hans-Dieter Daniel (eds.), *Research Assessment in the Humanities. Towards Criteria and Procedures* (pp. 115–131). Zürich, Springer.
- Hicks, Diana et al. (2015). The Leiden Manifesto for research metrics. *Nature*, 520, 429–431.

- Knorr Cetina, Karin (1999). *Epistemic Cultures. How the Sciences Make Knowledge*. Cambridge y Londres: Harvard University Press.
- Krotsch, Pedro, Antonio Camou y Marcelo Prati (coords.) (2007). Evaluando la evaluación: políticas universitarias, instituciones y actores en Argentina y América Latina. Prometeo.
- Kuhn, Thomas S. (1970 [1962]). *The Structure of Scientific Revolutions*. The University of Chicago Press.
- Lamont, Michèle (2009). How professors think: inside the curious world of academic judgment. Harvard University Press.
- Lamont, Michèle (2012). Towards a comparative sociology of valuation and evaluation. *The annual review of sociology*, 38 (21), 1–21.
- Lamont, Michèle y Joshua Guetzkow (2016). How Quality Is Recognized by Peer Review Panels: The Case of the Humanities. En Michael Ochsner, Sven E. Hug, Hans–Dieter Daniel (eds.), *Research Assessment in the Humanities* (pp. 31–41). Zürich, Springer Open.
- Leal de Man, M. (2002). La vida profesional y tareas intelectuales de dos comunidades académicas de la UNT y sus patrones de respuestas frente al Programa de Incentivos. ponencia en el Tercer Encuentro Nacional «La Universidad como Objeto de Investigación», La Plata.
- Martín, Eloísa (2013). (Re)producción de desigualdades y (re)producción de conocimiento. La presencia latinoamericana en la publicación académica internacional en Ciencias Sociales. *desiguALdades.net Working Paper Series*, 59, Berlin, International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.
- Merton, Robert (1968) The Matthew Effect in Science. *Science*, 159 (3810), 56–63.
- Merton, Robert K. (1965[1942]). La ciencia y la estructura social democrática. En R.K. Merton, *Teoría y estructura sociales* (pp. 542–552). FCE.
- Neave, Guy (1988). On the Cultivation of Quality, Efficiency and Enterprise: an overview of recent trends in higher education in Western Europe, 1986– 1988. *European Journal of education* (23), 1, 7–23.
- Passeron Jean–Claude (2006). *Le raisonnement sociologique. Un espace non poppérien de l'argumentation*. Albin Michel.
- Piovani, Juan Ignacio (2015). Algunos desafíos para la evaluación académica en ciencias sociales, *Controversias y concurrencias latinoamericanas*, 7, 12, 25–38.
- Prati, Marcelo (2003). El impacto del Programa de Incentivos a partir de las percepciones de los académicos. Trabajo final de grado. UNLP–FAHCE. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.536/te.536.pdf>
- Prati, Marcelo (2008). El Programa de Incentivos como caso representativo de las políticas universitarias de los 90 en Argentina. Ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología de la UNLP.
- Prego, Carlos y Marcelo Prati (2006). Actividad científica y profesión académica: transiciones en el marco de las políticas de incentivos. Un enfoque comparado de ciencia básica y humanidades en la Universidad argentina. VI Congreso Esocite, Bogotá.
- Ridel, Betiana (2011). La política de investigación científica en las Universidades Nacionales y los sujetos involucrados. Acerca de la percepción y mirada de los docentes–investigadores de la FCPyS (UNCUYO) y de los hacedores de la política pertenecientes a los

- Organismos del Estado 1990–2010. Trabajo final de grado. UNCUIYO. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- Rip, Arie (1994). The Republic of science in the 1990's. *Higher Education*, 28, 1, 3–23.
- Sanz–Menéndez, L. (2004) Evaluación de la investigación y sistema de ciencia, *Boletín de la Sociedad Española de Bioquímica y Biología Molecular (SEBBM)*, 140, 6–10.
- Sarthou, Nerina F. (2013). Los sistemas de evaluación de la investigación y la universidad en América Latina: ¿distintos sistemas para un mismo fin? *Gestión Universitaria*, 6, 1, 1–20. <http://www.gestuniv.com.ar/gu16/v6n1a1.htm>
- Sarthou, Nerina F. (2014). Entendiendo la política pública a través de sus instrumentos: el Programa de Incentivos a Docentes Investigadores de Universidades Nacionales. *Documentos y Aportes en Administración Pública y Gestión Estatal*, 22, 14, 71–102. <https://doi.org/10.14409/da.v1i22.4254>
- Sarthou, Nerina F. (2016). ¿Que veinte años no es nada? Cambios y continuidades en los criterios de evaluación del Programa de Incentivos a Docentes–Investigadores en la universidad argentina (1994–2014). *Revista CTS*, 11, 32, 85–110.
- Sivertsen, Gunnar y Birger Larsen (2012). Comprehensive bibliographic coverage of the social sciences and humanities in a citation index: an empirical analysis of the potential. *Scientometrics*, 91, 567–575. DOI 10.1007/s11192–011–0615–3.
- Sutz, Judith (2014). Calidad y relevancia en la investigación universitaria: apuntes para avanzar hacia su convergencia. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad–CTS*, 9, 27 63–83. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=92431880004>
- Vasen, Federico (2012). La construcción de una política científica institucional en la Universidad de Buenos Aires (1986–1994). Tesis Doctoral. UNQ.
- Wright, Georg Hendrik von (1987). *Explicación y comprensión*. Alianza.

Sobre las autoras y los autores

Anabella Abarzúa Cutroni · Licenciada en Ciencia Política y Doctora en Ciencias Sociales. Investigadora Asistente del CONICET en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA). Docente auxiliar de Metodología de la investigación en Ciencia Política y responsable de cátedra de Introducción al Big Data en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo.

Denis Baranger · Licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales. Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Misiones, con funciones de investigación y docencia en el Programa de Posgrado en Antropología Social. Especializado en metodología y epistemología, en la recepción de la obra de Bourdieu en América Latina y en el campo de las ciencias sociales en Argentina. En 2016 obtuvo el Premio Konex en Sociología.

Fernanda Beigel · Licenciada en Sociología y Doctora en Ciencias Políticas y Sociales. Realizó estudios posdoctorales en el Centre de Sociologie Européenne (EHESS, Paris). Investigadora Principal del CONICET en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA). Profesora Titular en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo. Directora del Centro de Estudios de la Circulación del Conocimiento (CECIC).

Fabiana Bekerman · Licenciada en Sociología y Doctora en Ciencias Sociales. Investigadora Adjunta del CONICET en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA). Docente efectiva en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo. Codirectora del Centro de Estudios de la Circulación del Conocimiento (CECIC).

Alejandro Dujovne · Doctor en Ciencias Sociales. Investigador Independiente del CONICET especializado en la historia y sociología del libro y la edición. Director de la Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural de la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (IDAES) y del Centro de Estudios y Políticas Públicas del Libro de la Universidad Nacional del San Martín.

Fernanda Niño · Profesora de Matemáticas y Magíster en Docencia Universitaria. Fue Profesora Titular de Estadística y de Metodología y técnicas de la investigación social en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones. También fue docente del Programa *PRES-
TA* de la Universidad Libre de Bruselas (auspiciado por la Unión Europea).

Juan Ignacio Piovani · Doctor en Metodología de las Ciencias Sociales y Magíster en Métodos avanzados de investigación social y Estadística. Profesor Titular ordinario en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata. Investigador Principal del *CONICET* en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (*IdIHCS*) y de *MECILA*.

Maximiliano Salatino · Licenciado en Ciencia Política, Magíster en Estudios Latinoamericanos y Doctor en Ciencias Sociales. Investigador Asistente del *CONICET* el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (*INCIHUSA*). Profesor de grado y posgrado en la Universidad Nacional de Cuyo. Integrante del Centro de Estudios de la Circulación del Conocimiento (*CECIC*).

Gustavo Sorá · Licenciado, Magíster y Doctor en Antropología, especializado en la cultura escrita, el mundo impreso y el campo intelectual. Profesor Titular en el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba e investigador Independiente del *CONICET* en el Instituto de Antropología de Córdoba (*IDACOR*).

Martín Unzué · Doctor en Ciencias Sociales, Licenciado en Ciencia Política y Licenciado en Economía. Investigador y director del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, donde coordina el Programa de Estudios sobre Universidad Pública (*PESUP*). Profesor Titular ordinario en la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de La Plata.

El Consejo de Decanos y Decanas de Ciencias Sociales de Argentina (CODESOC) y el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (MINCyT) lanzaron en 2012 el Programa de Investigación sobre la Argentina Contemporánea (PISAC). El objetivo principal de este programa fue generar conocimiento sólido desde las ciencias sociales acerca de la sociedad argentina actual. Sin embargo, también se reconoció que las ciencias sociales son una parte integral de la sociedad y, por lo tanto, pueden ser objeto de estudio.

Junto con otras dos líneas de investigación, una enfocada en revisar investigaciones recientes de las ciencias sociales sobre temas relevantes en la sociedad y otra centrada en recopilar y analizar datos de gran envergadura sobre la sociedad argentina contemporánea, se desarrolló una tercera línea de investigación. Esta se dedicó a examinar aspectos fundamentales relacionados con las instituciones científicas y de educación superior, los actores involucrados en ellas, los procesos en los que participan y sus resultados, especialmente las publicaciones.

Este libro presenta los resultados de la tercera línea de investigación del PISAC, no solo valiosos en términos de conocimiento, sino también relevantes para la formulación e implementación de políticas públicas específicas en el ámbito universitario y científico.



Ministerio de Ciencia,
Tecnología e Innovación
Argentina



Consejo de Decanos
de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas



CLACSO
Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

PISAC

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**